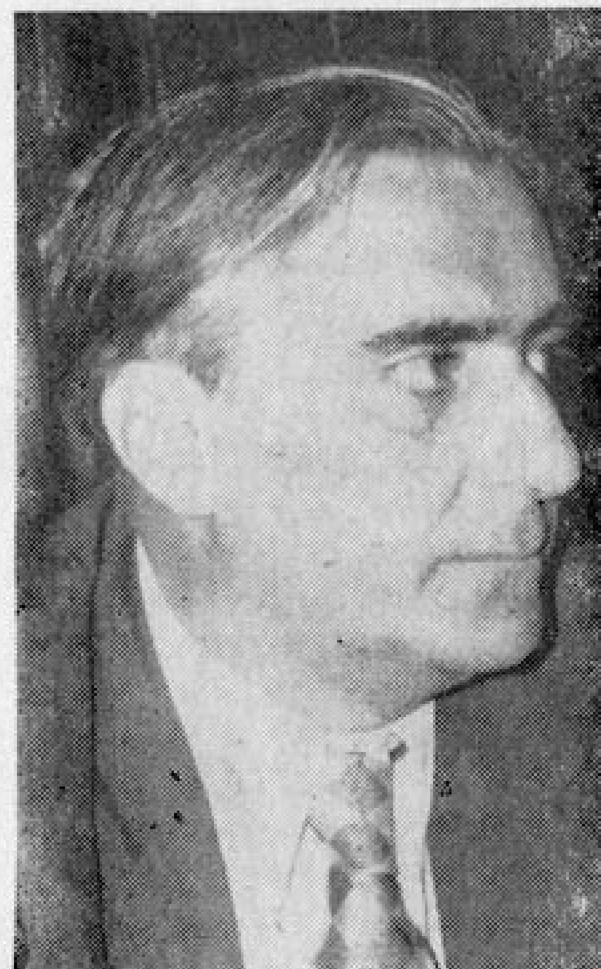
Historia de la Capilla de San Antonio y el Corrillo

El Gato Negro



Honorio Aragón Herrera



Gobernador d[illegible]o [illegible] Va-
lle - Dr. Marino R[illegible]jifo Salcedo.

LOS VI JUEGOS PANAMERICANOS

......"En el año entrante, que para el caso es mañana, Cali será la sede de los VI Juegos Panamericanos. Se trata de un compromiso que Colombia adquirió con América y del cual estarán pendientes los ojos del mundo entero. Va en ello, por tanto, envuelto el prestigio de la Patria; y cuantas fallas se produzcan por error u omisión, carecerán de atenuantes ante propios y extraños. Por lo mismo, nuestro deber es salir airosos, completamente airosos, de esta prueba a que se ven sometidas Cali y Colombia. Tengo fé, porque los conozco y he compartido sus preocupaciones, en la capacidad de quienes están organizando el gran evento y a ellos les ofrezco el respaldo irrestricto del Gobierno Departamental......".

MARINO RENJIFO SALCEDO

Discurso de posesión de la Gobernación del Valle
Agosto 29 de 1.970



Alcalde Mayor de Cali, Dr. Carlos Holguín Sardi.

LOS JUEGOS PANAMERICANOS

"Este es un acto para el presente: el compromiso de Cali con el Continente, a propósito de los Juegos Panamericanos deberá ser satisfecho con elegancia cívica, precisión organizadora y decoro urbanístico.

Este es un acto pra el futuro: 1970 es una cifra para el año 2.000.

Este es un acto para el pasado: lo que otras manos hicieron y otros corazones sintieron y otras cabezas pensaron exige revisión sin irreverencia, respecto sin fanatismo y continuidad creadora".

"POR CALI CON AMOR"
Administración Municipal 1971
CARLOS HOLGUIN SARDI
Alcalde de Santiago de Cali.



LOS VI JUEGOS PANAMERICANOS



Dr. Jorge Herrera Barona - Director de los VI Juegos Panamericanos.

Para fines del próximo mes de julio del año que corre, se ha programado un gran certamen deportivo internacional: los VI Juegos Panamericanos, obtenidos en dura lid con varias otras ciudades de América. En esta brega, y en el desarrollo organizativo de los mismos, ora como impulsadores, ora como miembros del Comité Organizador; ya como actores, ya como espectadores visionarios de un futuro cierto, los doctores Alfonso Bonilla Aragón y Jorge Herrera Barona. Desde luego que en esta tarea han sido acompañados solidariamente por varios ilustres caleños; pero es la verdad que el impetuo, la responsabilidad, la promoción permanente, el entusiasmo contagioso ha estado a cargo de ellos dos.

Y es que ambos a dos tienen por Santiago de Cali una estimación, un amor que ya en estos tiempos no se vé; no es de la época presente amar a los pueblos, sinó, más bien, el ambicionar el poder de gobernarlos, no propiamente para fines de generoso desinterés, y mas bien si para cultivar su bien arraigada egolatría. Uno ve a muchos que salen de las Alcaldias y de las Gobernaciones, y en lugar de tornarse en personeros de la sociedad, en servidores permanentes de la ciudad sacra, se dedican de lleno al lógro de efímeras posiciones burocraticas, muchas veces absurdamente ajenas a su verdadero mérito.

El doctor Alfonso Bonilla Aragón, pertenece a las generaciones medias de la ciudad. Su prosa estilizada, es una de las más famosas con que cuenta la comarca y el país entero. Su castellano fino, de prosa clara y firme, tiene a veces matices cervantinos y huellas de Azorin, su autor predilecto, al parecer, para sus achaques idiomáticos. Como polemista fue famoso en sus dí as de florida juventud: ahora en la madurez, ya son muy pocos, a no ser que ignoren su capacidad para la ironia, para el sarcasmo férreo y destructor, los que puedan pretender emular con él en cuestiones li-

terarias o periodisticas. Fue diplomático hace tiempo, aunque no de alamares -que harto los hubiese merecido-, y en esa tarea de servicio cumplió una labor que pueblos extraños le reconocieron mejor que el nuestro. Fue por ello, quizas, que resolvió volver a sus batuecas caleñas, y cumplir dentro de su ciudad la labor de engrandecerla, a hacerla más amable y grata al corazón de propios y extraños.

El doctor Jorge Herrera Barona, como el anterior, es uno de los ingenieros más connotados que tiene la ciudad. Ha desempeñado cargos técnicos en su ramo y ocupado con honor, en diversas oportunidades, una curul en el Concejo de la ciudad. Poseedor de gran elocuencia, su actuación al frente de la consecusión de la sede para los VI Juegos Panamericanos, fué práticamente definitiva. Durante los debates de Winnipeg, frente a las naciones que aspiraban a dicho honor, el doctor Jorge Herrera Barona presentó una serie de argumentaciones que se consideraron hasta por los nuestros, tan dados a determinar a los propios al soslayo - mientras tienen la oportunidad de injuriarlos-, como la piedra angular de aquel debate que finalmente fovoreció a Santiago de Cali. Obtenida la sede, luego de algunas visicitudes que no nos es dable consignar en este articulo, fue designado como Director General del Comité Organizador de los VI Juegos Panamericanos, desde la cual ha venido adelantando, como en un principio se dice, una superlabor que solo los resentidos y los enfermos del alma pueden negar.

En los Juegos Panamericanos como en todas las obras del hombre, pueden haber habido errores, y los hay; pero estos cuentan mil veces menos que los aciertos. No es fácil levantar de la noche a la mañana, una ciudadela deportiva, sin un centavo, con la esperanza puesta en el centralismo bogotano; tratando de hallar crédito a base de buen castellano y mejor diplomacia. No es lo mismo unos Juegos Deportivos en el Canada, ni siquiera en México, donde la unidad popular esta basada en el orgullo de la raza. Aquí en nuestro medio no ocurre lo mismo, porque hay que luchar no solo contra la inopia presupuestal, sino también, y muy principalmente contra la envidia de los propios, y no quisieramos designar que "cosa" de los estraños de otras comarcas.

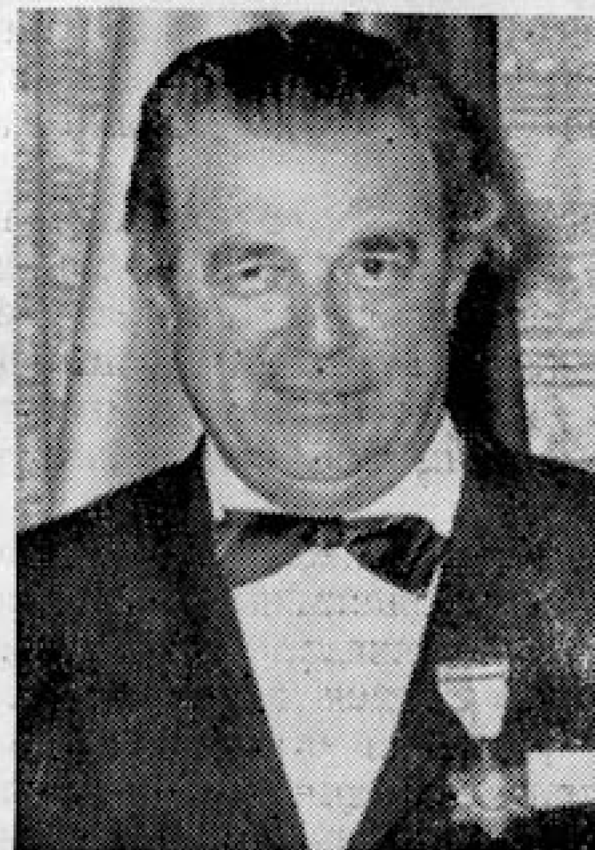
Queremos dejar en las páginas de este libro caleñista, nuestra sincera voz de agradecimiento y de aplauso a estos dos gladiadores del progreso caleño. Cuando en las tardes, desde la sacra Colina miramos hacia el sur y cada día vemos crecer, como por encanto, las obras de los VI Juegos Panamericanos, vienen a nuestras memorias los nombres de Alfonso Bonilla Aragón y Jorge Herrera Barona, porque sabemos que esa semilla de concreto que hoy florece sobre la parroquia, fué sembrada por el tesón de su esfuerzo casi increible.

DEL ARTE DE CONVERSAR

"EL GATO NEGRO"

—Por Alfonso Bonilla Aragón—

En alguna parte leí que a los pueblos que más les gusta conversar son el ruso y el español. Conversar es un arte muy difícil. Pues no es al diálogo interesado de los tratantes ni de los que discurren sobre cosas importantísimas, —para ellos desde luego—, sobre la política y la administración pública. No. Conversar es otra cosa. Más útil dentro de su inutilidad. Lo sabían los griegos, quienes por vivir conversando inventaron, sin darse cuenta, todas las ideas y conceptos de los cuales veinticinco siglos después estamos viviendo.



Dr. Alfonso Bonilla Aragón.

Conversar es hablar con la discreción y gracia que Dios haya dado a cada uno, sobre cosas que aparentemente no importan mucho. O que por lo menos no van a dar nadie para la comida.

El pueblo ruso, a pesar de los "stajanovistas" y de su obsesión por ganar para la producción todas las horas, gasta los lentos inviernos charlando, y jugando al ajedrez, que es una forma sublimada de la conversación, pues lleva la ventaja de no necesitar palabras.

En el otro pueblo conversador, el español, los sitios más importantes de la vida diaria son los dedicados a charlar. El café, el bar, la taberna y el casino. Quien haya leído los libros que Azorín dedicó a los pueblos de España, sobre todo de Castilla, la Mancha, y el Levante, recordará que en la Plaza Mayor al lado de la Iglesia se levanta siempre el casino, donde pasan sus horas vacantes los señores del lugar. Labradores y funcionarios; el médico, el notario y el político cuando cae por allí. En algunas meses se juega al tresillo, al tute o al dominó. Pero en la mayor parte, en torno a una copa de vino, un vaso de cazala o una taza de café, se van las horas con la lentitud que tiene el tiempo en las aldeas y pequeñas ciudades provincianas. Hasta que el reloj, el viejo reloj de la iglesia, dá la hora de la retirada, variable según las estaciones. (Quién desee ahondar líricamente en estas cosas, qué busque un pequeño libro de Antonio Machado y lea su elegía a Soria, ciudad que el poeta gustaba recorrer bajo la luna).

Nosotros heredamos la costumbre española de conversar. Eso se nota en Colombia sobre todo en los sitios donde no fue determinante la influencia de los vascos, que son gente ocupada, a la que no queda tiempo ni para perderlo. Es el caso de la gente antioqueña. Cuando esos hombres

de esa raza conversan, en el Club o en el café, se puede apostar que están arreglando algún negocio.

Pero las otras regiones que recibieron su aporte de castellanos, andaluces o levantinos, conservan el dulce placer de la conversación intrascendente. En el Cali del antaño próximo conversar era uno de los mayores placeres. En el segundo para los abuelos, lo juraría. Fuera de las tertulias en las boticas, que el Chato Buenaventura, gran charlador; historió se hablaba largamente en la Plaza de Cayzedo. Cada banca tenía sus propios parroquianos. Estaba el corrillo de los liberales, de los conservadores, de los ganaderos, de los agricultores, de los comerciantes...... Aún quedan reductos de esa costumbre en tal plaza y en algunos otros sitios. Van los que se resisten a gastar sus horas nocturnas frente a una pantalla de televsión o de cine o prendidos a una radio.

Lo más típico de los sitios para conversar que haya tenido Cali, el "Corrillo del Gato Negro", que siempre tuvo como única sede la Colina de San Antonio, quiere perpetuar sus recuerdos en un breve libro para el cual me ha pedido esta nota. Y como creo que entre las cosas más auténticas de un Cali semi-aldeano que yo viví y que ya no encontraré al morir, está el parladero nombrado, no he vacilado en consagrarle tres o cuatro palabras.

No sé quien lo fundó. Dudo que exista quién lo sepa pues las cosas que obedecen a una costumbre, no tienen acta de nacimiento. Imagino que desde hace muchos años los caleños que tenían la costumbre de comer a las cinco de la tarde y que vivían en los castizos barrios de "El Empedrado", "La Pila del Crespo", y "San Antonio" y que no eran de las tertulias doctorales de las **reboticas**, gustaban trepar el pequeño alcor consagrado a San Antonio, a tirarse en la yerba a mirar las nubes del crepúsculo que volvían a amarrarse en Los Farallones como tardas barcazas, y a conversar de las cosas de la aldea con los amigos.

Allí se quedaban hasta que los candiles de petróleo y posteriormente la anémica luz eléctrica, indicaba la hora de la retirada. Mientras los mayores conversaban, los hijos elevaban cometas jugaban al toro o se entretenían en cualquiera de esos juegos que fueron desapareciendo en homenaje al deporte: me refiero al trompo, la rayuela, la palabra, etc. Algún día el muchacho dejaba de serlo y era recibido por los mayores en las conversaciones del corrillo. Así fue perpetuando hasta hoy el simpático "club".

Me duele tener que creer que estamos asistiendo al final de ese instituto tan grata a los caleños. La Colina de San Antonio perdió mucho de su gracia con los caminos bordados de lápidas sepulcrales que le hizo un párroco progresista, con las carreteras que cruzan su lindero, con el horrible transformador eléctrico que plantaron como para establecer un contraste entre la ciudad febricitante de hoy y la aldea que perdimos.

Ya no juegan los muchachos cometas, rayuela y trompos. Mucho me temo que cuando vayan faltando, en el inexorable acaecer de la vida, los actuales socios, la Colina de San Antonio, habrá desaparecido cubierta por una urbanización donde habiten prósperos cafeteros venidos hasta nosotros.

Por ésto esta nota es casi una elegía.

Historia de la Capilla de San Antonio y del Corrillo de El Gato Negro

NUESTROS AGRADECIMIENTOS

Los editores de esta obra se permiten presentar un sincero agradecimiento a las siguientes entidades y personas que en una u otra forma contribuyeron a la publicación así:

A la Honorable Asamblea Departamental y al Honorable Concejo de la ciudad de Santiago de Cali, así como al señor Gobernador Dr. Marino Rengifo Salcedo y Alcalde Municipal, Dr. Carlos Holguín Sardi.

A don Alvaro H. Caicedo González, ilustre hombre público miembro de la colectividad.

A los distinguidos amigos que nos facilitaron sus escritos; opúsculos, sipnosis históricas, biografías etc. y coadyuvaron al buen éxito de la publicación.

A los que por motivos ajenos a su voluntad no pudieron o no quisieron facilitar su colaboración a la culminación de éste boceto histórico de las cosas de Santiago de Cali.

AMABLES LECTORES

Queremos presentar a los caleños, y al Valle del Cauca en general, "La Historia de la Capilla de San Antonio y del Corrillo de "El Gato Negro", ambos de gran tradición. Tanto la Capilla como estos "gatos" que hicieron del corrillo un hogar, un tertuliadero ameno y un defensor infatigable de las cosas de Cali, y muy especialmente de su loma y de su Iglesia. Por ello vamos a dar al público este folleto en el cual encontrarán una crónica histórica del sagrado contorno que acuna nuestras vidas, y las memorables inquietudes de los "Gatos" en sus "ratones" de euforia. Allí campea la originalidad, la ironía, la fina sátira, y por sobre todo, la inteligencia y la camaradería de los felinos. Estos hombres, todos nacidos en la ciudad y unos pocos avecindados con todos sus "corotos" desde hace muchos años en esta bella y hospitalaria de Santiago de Cali.

Es bueno recordar la historia de esa Joya colonial que bajo la advocación de San Antonio de Padua, ha sido testigo mayor de toda acepción del desarrollo de la comarca. Entre sus principales cronistas, figura, sin duda alguna, ese apóstol, historiador, filólogo, orador y literato que se llamó ALFONSO ZAWADZKY COLMENARES. Este ilustre sacerdote caleño que tanto se interesó por las cosas de Cali, y que como su hermano Jorge fuera miembro de la Academia de Historia del Valle del Cauca, rindió un cálido homenaje a los rectores de la Capilla de San Antonio con ocasión al Bicentenario de la fundación, o sea en el año de 1947, y de este magistral ensayo historiográfico también hallarán sus gloriosas páginas.

También econtrarán los lectores la historia de la fundación de "EL GATO NEGRO", así como algunas producciones literarias de los miembros del corro vecinal, en especial de aquellos que ya se fueron, como Luis Si-

nisterra G., Eulogio Echeverri V., Monseñor Guerrero, Luis Alberto Guerrero, Joaquín Herrera, Cornelio Buenaventura, Juan Antonio Bonilla Torres, Mateo Gamboa, Gonzalo Martínez y tantos otros que sería largo enumerar.

Leerán las producciones de los gatos vivos, entre otros, Francisco A. Ortiz (Don Casto) Ricardo Bonilla Muñoz, Ricardo Vallejo Torres y otros que no son, pero siempre están con nosotros.

Otro amigo y constante defensor del sector y de su Capilla, Rafael Garcés Campo, nos hace un análisis amenísimo de lo que fué la colina en el pasado, las costumbres y las fiestas de sus vecinos, que siempre se han distinguido por su euforia y camaradería.

La narración de lo que ha sido "El Gato Negro" en sus últimos tiempos, sus reuniones, sus paseos, los cumpleaños de sus socios o sus fiestas anuales han quedado a cargo del grupo que aún lo integra.

Hay un "gato" que se fué, de grata recordación, el Copetón Naranjo, y el cual siempre alegraba nuestras fiestas navideñas en el depósito de granos de ese gran señor y mejor amigo que es don Jorge E. Rincón, actual presidente del Corrillo. Don Jorge dona cada año a "El Gato", un regalito mojado y acompañado de sabrosos buñuelos que sólo doña Julia, la esposa del anfitrión, los sabe hacer. Pero hablábamos del Copetón Naranjo. Este alegre y chisparoso amigo, aunque no era músico, ni cantante, ni peeta, solía subirse con una guitarra sobre los bultos de maíz o fríjol para amenizar la fiesta sacándole punta y a veces rabia a quienes allí concurríamos. Un grato recuerdo nos dejó el Copetón, y sea ésta la oportunidad para regar sobre su recuerdo la esencia anímica de nuestro cariño.

Hemos tratado de presentar a los lectores en forma sencilla y clara las producciones de estos amigos gatunos, sin ponerles ni quitarles coma, No sería de ninguna utilidad reformar lo que ellos escribieron y dijeron al calor de su eventual euforia, porque nuestro ánimo es de dar a Cali un recuerdo exacto de sus buenos tiempos, de sus gentes sanas y de sus costumbres idem. No se le escapará al lector que nuestros viejos amigos, muchos no tenían gran cultura; pero sí mucho ingenio y talento, y escribían y decían las cosas sin pulirlas y sin pesarlas dos veces.

Los dejamos, pues, en la portada de un libro breve pero profundamente humano.

Luis Tafur Victoria.

Breve Historia de Santiago de Cali



LA PRIMERA CIUDAD

Se llamó "AMPUDIA". El Primer Fundador. Orígenes de la primera ciudad. Fenómeno de la Transición. Las raíces tradicionales de su nombre. Los Primeros habitantes de raza blanca. De 23 habitantes se componía la urbe. Anécdotas y consecuencias.

EL FUNDADOR: El intrépido fundador de Santiago de Cali (la muy noble y muy leal ciudad), se llamó y se continuará llamando don Sebastián de Belalcázar, como él quizo que así fuera en homenaje a su tierra natal, la pintoresca aldea de Belalcázar (España), en donde habia nacido una mañana radiante de 1496. Sus óleos bautismales le fueron impuestos en ese mismo año, en la legendaria Iglesia "El Santo" levantada siglos ha sobre una amplia planicie de su terruño ibérico. Su primitivo nombre de pila era Sebastián Moyano y era de auténtica extracción plebeya. Enamorado romántico de las grandes aventuras humanas, esperó los once años de su edad inquieta para lanzarse por los vericuetos de la hazaña a la usanza de sus émulos.

Don Sebastián de Belalcázar, nuestro brioso corcel de la conquista gloriosa, fundador impertérrito de este su cantón arcaico, no sabía leer ni escribir según se desprende de un manuscrito del año de 1540, que rubricó con dos señales digitales manifestando al escribano don Cebrián de Caritate: "que él no sabía escribir. Más, era sí el señor Gobernador de la Provincia".

ORIGENES ......

El conquistador Español don Francisco Pizarro, bajo cuyas órdenes militaba don Sebastián de Belalcázar, ordenó a éste que abriera operaciones de pacificación y conquista contra el cacique y general indígena Rumiñahui, quien se había apoderado fuertemente de la región de Quito.

Mientras esto ocurría en las tierras ecuatorianas y el Adelantado fundaba a Guayaquil y descubría la costa de este país sureño, por las tierras de Colombia avanzaban dos de sus mejores tenientes JUAN DE AMPUDIA y PEDRO DE AÑASCO, venciendo en franca lid a los Quillacingas, a los Patías, para llegar triunfantemente al hermoso como ubérrimo valle de Pubenza. De aquí zarparon en el velero de sus odiseas románticas, coronando alturas, bajando las cuchillas que separan las aguas del río Claro, de las de Jamundí y saliendo por fin al Valle, descendieron por este último río, en cuyas márgenes había un pueblo numeroso que obedecía al gran Cacique Jamundí, amo y señor de un vasto imperio, en cuyos límites nunca se ponía el sol.

Cuentan los historiadores de la época o cronistas de la conquista que la tribuna jamundeña, al notar en sus dominios virginales la presencia inesperada y nunca soñada del hombre blanco, salieron a la defensa de sus derechos prehistóricos con un ejército de enfurecidos guerreros, que ostentaban en sus cuerpos desnudos diversos adornos de oro con los que engalanaban sus brazos, sus orejas y cabezas a la manera de los dioses fabulosos.

Más de 10.000 hombres, con el mero taparrabo, a la usanza, portando en sus mestizas manos la flecha envenenada, la lanza, y la macana, como únicas armas de combate, retaron, bajo el grito del Cacique, al invasor sediento de riqueza y de glorias y en disputa sangrienta, sinfonizada con una algarabía de gritos, de triunfo o de derrota, entregaron al invasor don Florentino Serrano, la vieja heredad de sus mayores.

LA FUNDACION

Nos refiere el historiador acerca de este episodio guerrero, lo siguiente: "El combate es reñido, los indios luchan con dardos, y macanas blancas; el ímpetu de los disparos logró inclinar la victoria a su favor, pues en un principio pareció estar del lado de los nativos, por lo abrumador de su número. Acobardados por la vista de los caballos, pasaron el río y dejaron a los contrarios libre el pueblo, donde estos últimos posaron, buscaron en todos los rincones y hallaron diversos objetos de oro. El Alferez encntró en un bohío un suelo removido, metió allí con ambas manos el asta de la bandera y dió con una chaguala que pesaba trescientos castellanos: entraron a la choza otros soldados, cavaron codiciosos y todavía toparon oro por valor de cinco mil pesos" ($ 50.000 hoy).

Pacificados los jamundíes Ampudia mandó cien hombres a explorar la Cordillera Central al mando de Francisco Cieza, quien a su paso por las regiones andinas encontró opositores que dificultaron su misión fundadora. Y agrega el historiador sobre tales hechos: "El clima de las orillas del Cauca no les probó a los españoles; de otra parte, como Belalcázar les había ordenado ocupar el país de modo permanente, es decir, colonizándolo, subieron por Jamundí varios kilómetros más allá del actual pueblo de ese nombre y fundaron una villa que denominaron "Ampudia". Este repartió solares, eligió alcalde y regidores y arregló su campo y cuartel general. La villa fue atacada por los indios que con ímpetu rechazó la caballería, sin otra pérdida que un negro esclavo de Añasco". Y continúa el relato del cronista: "A los pocos días avanzaron los españoles a los términos septentrionales de la villa y dieron con otros indios pero retrocedieron a explorar la cercana cordillera en demanda del cacique PETE. Fueron seis caballeros y treinta peones: sin demostrar fatiga y embarazado el escudo llegaron hasta la morada del cacique, donde hubieron de contemplar estupefactos los despojos humanos que en gran número tenia ese régulo en su morada y ostentaban en las suyas varios jefes. PETE huyó y convocó a los indios de toda la comarca, montaña adentro, para que se unieran con los arcos, dardos, macanas y demás elementos bélicos. Los españoles tenían que pasar por una profunda y áspera quebrada y para no caer en la trampa que así les armaban los indios, de noche y con premura arreglaron el paso y al amanecer estaban libres de esa estrechura, donde no habrían podido actuar los jinetes. El sol les permitió divisar todas las alturas llenas de enemigos. Por doquiera resuenan tambores, caracoles y bocinas; Pete anima a sus huestes y hace que por todo lado se acometa a los cristianos.

Los indios manifestaban bien ser gente rica
según las joyas y gallarda traza;
entre los escuadrones la cacica
y otras mujeres muchas, o con maza
o con grueso bastón o larga pica
para las emplear en esta caza
con que pensaban ocupar las brazas
y colgar los pellejos en sus casas.

A los europeos les llueven piedras y "jáculos" en espejo espeso torbellino; con la adarga se defienden, protegiéndose unos a otros, y siempre avanzando, aunque los indios no les dejaban punto de reposo; no pueden mitigar la sed ni el hambre, el calor los asfixia; cristalinos arroyos truécanseles en suplicio de Tántalo, porque la incesante "lluvia" no les deja instante de sociego. Pete y su tropa dan amagos de cesar a eso del medio día, pero los contrarios tienen que retemplar el coraje, porque la cacica anima a los suyos a la pelea, tratándolos de cobardes contra tan poca gente; los indios arremeten con más furia, los cristianos los reciben con espadas y lanzas que les traspasan pechos e ijares, les cortan las cabezas u otros miembros. Los españoles tuvieron algunos heridos de poca significación y ya de noche tomaron el regreso de la villa. Posaron en sitio que juzgaron seguro, pero sin dejar de vigilar ya que las alturas seguían ocupadas por enemigis con macanas, hondas y flechas y gritaban y tocaban sus instrumentos de

guerra. Al amanecer descendieron molestados siempre por los indios e indias, éstas lanzándoles improperios hasta que llegaron al llano. Allí se detuvieron los indios. Era el martes santo de 1536, pero por error de cálculo había sido celebrada ocho días antes la semana mayor". (Crónica aparte).

Los españoles supieron por boca de algunos indios, a quienes no faltó quien entendiera que por el sur llegaban más hombres blancos. Ampudia temiendo fueran gentes de Santa Marta o Venezuela con quienes podía haber disputa por cuestión de términos de jurisdicción, salió al encuentro de los visitantes a quienes consideraban intrusos. Mas todo se clarificó satisfactoriamente. Era Belalcázar que llegaban con ochenta jinetes, entre estos Jorge Robledo, doscientos veinte peones y bastante número de yanaconas o sea indios de servicio oriundos de la región de Quito-Ecuador".

En la anterior descripción vemos la forma como fué fundada la PRIMERA CIUDAD DE SANTIAGO DE CALI - la cual se llamó primitivamente "AMPUDIA" en homenaje a su fundador, el Capitán JUAN DE AMPUDIA.

LA SEGUNDA Y DEFINITIVA CIUDAD

Obedeciendo al fenómeno de la "transición" la "muy noble y muy leal ciudad de Santiago de Cali" - padeció al igual que muchas ciudades y pueblos de América, el proceso tradicionalista, tal como lo veremos en el relato a seguir: "Siempre en el empeño de colonizar, Belalcázar resolvió concluír con la "Villa de Ampudia" y dejando las llanuras del Cauca y sus afluentes avanzó por las tierras altas del occidente y en el Valle que dá paso al río Calima, en sus cabeceras sentó las bases de una futura ciudad que fuera centro de escala entre el mar y las regiones del interior. Fundola el 25 de julio de 1536, día del Apóstol Santiago, patrón de España, sin designarle alcaldes y regidores, como se acostumbraba para formar el cabildo, al erigir toda ciudad o villa, y se limitó a nombrar teniente gobernador a Ampudia, porque deseaba conservar para sí todo el gobierno". -Arroyo- "El Valle que albergó la ciudad se llamaba de LILI; algunos creen que de la adulteración de ese nombre salió el de Cali, con que se bautizó la nueva ciudad, siendo su primer alcalde don Antonio Redondo.

EL NOMBRE DE CALI

Es más factible deducir, que el nombre de CALI proviene de la palabra "CALIMA" -nombre éste con el cual se denominaba la vasta región que fuera patrimonio de los primitivos colonizadores. Dividiendo la etimología de este vocablo arcaico, se presume que los bautizadores de la nueva urbe optaron por la primera definición de la frase: CALI -abreviando así la gloriosa FE DE BAUTISMO, ya que les pareció más bonito, cómodo, práctico decir CALI -que CALIMA-.

LOS LIMITES O TERMINOS JURISDICCIONALES

La ciudad de Cali perteneció por largo tiempo a la provincia de Quito en atención a disposición superior, pues todo cuanto fuera conquistado por Belalcázar al norte de la Capital del Ecuador formaba parte de esa jurisdicción.

El documento en el cual se señalaban los términos jurisdiccionales de la ciudad de Santiago de Cali, reza textualmente así: "El Marqués (de los Atavillos) don Francisco Pizarro, adelantado, capitan o gobernador por su majestad, en estos reinos de la nueva Castilla, llamada Perú, del consejo. E por cuanto a placido a Nuestro Señor que aia fundado la ciudad de Caly e que sea principio para que Dios se sirva e que los naturales vengan al verdadero conocimiento de nuestra santa fe católica e puestos en camino de salvar las ánimas e por que tan buen principio no sesae; y el fin que su majestad tiene, a questas tierras sean pobladas, ten propósito y he acordado que convengan de poblar un pueblo en la provincia que se dice Anserma por que poblándose la tierra esté mas sujeta y permanezca en el servicio y obediencia de sux majestad y los españoles que en ella anduvieren tengan mas seguridad de las vidas, e soy informado que al tiempo que se fundó la dicha ciudad de Caly, tuvo de terminos alguna parte de dicha provincia de Anserma"""", "señalo para aora y para siempre jamás, por términos y jurisdicción de la dicha ciudad de Caly, desde ella misma, la vía de Anserma veinticinco leguas y por la parte de la mar, hasta la laguna de aguay y por la tierra adentro asia Buga, treinta leguas y asia Popayán hasta el pueblo de Jamundi, con todos los caciques e indios e tierras que en este término cae, e mando, a cualesquier justicias, de la dicha ciudad de Caly que agora son o no fueren de aquí en adelanten que guarden o tengan esta tierra de susso declarada, por término y jurisdicción"""". Fechado en el pueblo de Chocuito, términos de la ciudad de Cuzco, a veinte días del mes de agosto de agosto de mil quinientos treinta y nueve años. El Marqués don Francisco Pizarro, por mando de su señoría, Antonio Picado".

SUCESOS DE LA NUEVA FUNDACION

Le correspondió a Miguel Muñoz cumplir la misión de fundar la ciudad en el sitio que hoy ocupa, según lo dispuso el adelantado don Sebastián de Belalcázar el día que determinó hacerlo.

El comisionado acompañado de don Juan de Ampudia, (Fundador de la primera ciudad o Villa de Ampudia). Pedro de Añasco O., el primer gobernador. Pedro de Ayala (primer Alcalde). Antonio Redondo (El regidor más antiguo). Juan Cabrera; Jorge Robledo (Fundador de la Villa de Cartago). Pedro Cobo; Juan Daza; Cristóbal Quintero; Cristóbal Ayala; Francisco H. Raposso; Pedro Solano de Quiñones; Pedro Juan de Ocaña; Juan Muñoz de Collantes; Sancho Sánchez de Avila; Martín Yañez Tafur; Juan de Arguello; Hernando Morán; Juan de Aguilar; Francisco Hernández; Francisco Ruiz; Juan Ladrilleros (descubridor de la vía al mar); Baltázar González; Florentino Serrano (vencedor de los indios Jamundíes); Francisco Cieza de León (el Cronista); Fernando García de Tovar; Rodrigo de Villalobos y Hernando Barnnardo de Quiroz, acompañados del sacerdote Fray Santos de Añasco, descendió por la falda legendaria y después de violar las virginales praderas del Valle que se perdían en lontananza, detuvo sus plantas en una planicie cubierta de grama, en medio de la cual se alzaba un montículo de guadua cuyos tallos nudosos, elevados y gruesos recibieron el nombre de Cañas Gordas", por su semblanza con la caña dulce, que cultivaban otros pueblos ya vencidos. Ante la majestuosidad del paisaje, los com-

ponentes de la primogénita expedición, resolvieron templar allí un toldo sobre cuatro estacones del admirado vegetal y bajo su sombra, dijo el Cura Añasco la primera misa de la historia.

El teniente Muñoz, se fortificó lo mejor que pudo para evitar las acometidas belicosas de los aborígenes que los asediaban y seguían de cerca, bajo una intención celosa y vengativa. No había día ni noche que los nativos no atacaran a los invasores, por lo cual tenía que combatir. Al menor descuido, los salvajes mataban los peones (Yanaconas), y se les llevaban como trofeo los miembros dispersos los cuales se disputaban a la rebatiña.

Así pues, se llevó a cabo la segunda fundación de la ciudad, nombrándose cabildo del cual hicieron parte, como Alcaldes, Pedro de Ayala y como Regidor más antiguo, a Antonio Redondo, lo mismo que otros funcionarios.

También se procedió al trazado de las calles y a la construcción de las primeras edificaciones de estilo primitivo bahareque y techo de paja).

He aquí una descripción geográfica, estética, económica, social y política de la pretérita urbe, la cual nos relata don Pedro Cieza de León: "La ciudad estaba asentada una legua del río Grande, ya dicho, junto a un pequeño río de agua singular, que nace en las sierras que están por encima de ellas; todas las riberas están llenas de huertas frescas, donde siempre hay verduras y frutas de las que ya he dicho. El pueblo está asentado en una mesa llana". "Los indios y caciques sirven a los señores que los tienen, por encomienda y están en las sierras. En el año que yo salí de esta ciudad habían veintitrés vecinos que tenían indios. Nunca faltan españoles viadantes que andan de una parte a otra entendiendo en las contrataciones y negocios".

"A la parte del poniente de la ciudad hacia la serranía, hay muchos pueblos poblados de indios sujetos a los moradores de los que han sido y son muy domésticos; gente simple, sin malicia. Entre estos pueblos está un pequeño valle (El del Calima, asiento primitivo de la ciudad) que se hace entre las sierras; por una parte lo cercan unas montañas, de las cuales luego diré; por las otras sierras altísimas de campaña y muy pobladas; el valle es muy llano y siempre está sembrado de muchos maizales y yucales y tiene grandes arboledas de frutales y muchos palmares de las palmas de pixivaes; las casas que hay en él son muchas y grandes, redondas, altas y armadas sobre derechas vigas. Caciques y señores habían seis cuando yo entré en este valle; son tenidos en poco de sus indios, a los cuales tienen por grandes serviciales, a sí a ellos como a sus mujeres muchas de las cuales están siempre en las casas de los españoles. Por mitad de este valle que se nombra de Lili, pasa un río, sin otro que de las sierras abajan a dar en él, las riberas están bien pobladas de las frutas que hay de la misma tierra, entre las cuales hay una muy gustosa i olorosa que nombran granadillas".

"En el gran valle de Cali (el del Cauca) con ser muy fértil están las vegas y llanos con sus yerbas desiertas y no dan provecho sino a los venados y otros animales que los poseen, pues los cristianos no son tantos que puedan ocupar tan grandes campañas". Para venir del norte se caminaba

después de pasar el río Frío por grandes llanos poblados de venados muy ligeros. En aquestas vegas tienen los españoles sus estancias o granjas, donde están sus criados para atender en sus haciendas".

"Los indios vienen a sembrar las tierras y a coger los maizales de los pueblos que los tienen en los altos de la serranía. Junto a estas estancias pasan muchas acequias y muy hermosas con que riegan sus sementeras y sin ellas corren algunos ríos pequeoñs de muy buena agua; por los ríos y acequias ya dichos hay puestos muchos naranjos, limas, limones, granados, grandes platanales y mayores cañamelares de cañas dulces, sin esto hay piñas, guayabas, guabas y guanábanas y unas ubillas que tienen una cáscara por encima, que son sabrosas, caimitos, ciruelas, otras frutas y muchas y en abundancia y a su tiempo singulares melones de España y mucha verdura y legumbres de la misma patria". Agregaba Cieza de León: "Que la carestía de algunos elementos para la vida era mucha y los precios altísimos. Por ejemplo: Los bienes de Cristóbal Ayala, muerto a manos de los indios -de la Provincia de Buga- se vendieron por cantidades fabulosas así: una marrana y su cochino $ 1.000 pesos, la cual vendió Robledo y luego cobró Belalcázar de los bienes de éste". La puerca fue servida en un banquete ofrecido en Cali a Badillo" Juan Pacheco Conquistador que -agora está en España, marcó un cochino en doscientos veinte pesos y los cuchillos se vendían a quince pesos; a Jerónimo Luis Tejelo, oí decir que cuando fue con el Capitán Miguel Muñoz a la jornada que dicen de "La Vieja", marcó una almarada para hacer alpargates en ocho pesos de oro. También se vendió en Cali un pliego de papel en otros treinta pesos, etc., etc.,.." En la anterior forma comenta el cronista Cieza de León la vida de esta villa de don Sabas, a raíz de su fundación definitiva.

EL ESCRITOR EUSTAQUIO PALACIOS

Para que nos formemos una idea más vasta sobre la incipiencia de la "muy noble y muy leal Santiago de Cali" durante la era de la colonia o coloniaje español, veamos el relato que dicho escritor nos hace en su inmortal novela histórico-idílica el "EL ALFEREZ REAL". Dice así el informe biográfico del señor Palacios: CALI EN 1789- Cali no tenía en aquel tiempo la misma extensión que tiene ahora, ni menos el número de vecinos que cuenta actualmente. Según el riguroso empadronamiento hecho en 1793- el recinto de la ciudad sólo contenía seis mil quinientos cuarenta y ocho habitantes; y de estos, mil ciento seis eran esclavos. Sabido es que Cali fue fundada el 25 de julio de 1536 por el Capitán Miguel López de orden de Belalcázar; que fue la ciudad que más prosperó de todas cuántas los españoles fundaron en el Valle; y que en poco tiempo llegó a ser muy populosa; pero que después muchas familias principales se trasladaron a Popayán en busca de mejor clima. En ese año, pues, de 1789, la ciudad se extendía desde el pie de la Colina de San Antonio hasta la capilla de San Nicolás, y desde la orilla del río hasta la plazuela de Santa Rosa. Ese extenso barrio que existe hoy desde la plazuela hasta el llano, es enteramente moderno. Aunque el aerea de la población es grande, los edificios no eran tantos como podían caber en ella; porque había manzanas de solo dos o tres casas, cada casa con un espacioso solar, y cada solar sembrado de árboles frutales, principal-

mente cacao, plátano y algunas palmas de coco. Los árboles frutales eran los mismos que hay ahora, con excepción del MANGO que no era conocido todavía. Casi todos los solares estaban cercados de palenques de guadua, y solo uno que otro, pertenenciente a los vecinos más ricos, tenían paredes de tapia, aunque muy bajas. No había empedrados sino al frente de algunas de las casas de la plaza y en algunas calles inmediatas a ella, en la parte de arriba; esta circunstancia hizo que se le diera a ese barrio el nombre de "EL EMPEDRADO". El resto, y todo el Vallano, carecían de ellos. En tiempo de lluvia se formaban en las calles profundos lodazales; pero los caballeros y las señoras usaban altos zuecos de madera y andaban en ellos por el lodo con asombrosa agilidad".

El autor del Alférez Real -se extiende además en otros pormenores de la vida colonial, como por ejemplo: La visita que hizo a Cali en 1787 don PEDRO DE BECARIA -Gobernador de Popayán- y quien dictó un decreto por el cual se ordena empedrar las calles de la ciudad, especialmente los frentes de las casas ubicadas en la Plaza de Caycedo, "para que en las procesiones que andan al reedor de dicha plaza no vayan tanto los sacerdotes como las demás personas que a ellas concurran, pisando el barro". -Otro- "Los muebles eran de grandes escaños de guanabanillo, sillas de brazos, poltronas y estrados o tarimas. Los que tenían ejecutorias de nobleza, grababan su escudo de armas en los guardamaciles de las sillas; y todos tenían canapes forrados en vaqueta, con patas doradas figurando la de un león o las de un Aguila con una bola entre las garras. -Otro- El río no tenía puente permanente, cada año se hacía uno de madera"""". -Otro- "En toda dificultad, toda desavenencia y toda desgracia que ocurría en las familias, era un frayle el consejero obligado". -Otro- El correo de Cali a Popayán era un vecino de Jamundí- quien solía conducir grandes cantidades de oro y plata; salía por las tardes y se quedaba a veces tomando aguardiente en la Chanca mientras el caballo con su carga de dinero continuaba la marcha". -Otro- "Toda familia acomodada tenía por lo menos un esclavo para el servicio de la casa". -Otro- "Poca era la gente que sabía leer y escribir". -Otro- "El pueblo vivía en la abundancia". "ETC".

EL CALI —NUEVO— (A manera de Epílogo)

Cuatrocientos años han quedado atrás con su equipaje de leyendas, de grandezas, de ruinas y miserias, de hechos y de cosas que fueron, son y han sido la portentosa gama de su historia.

Hoy, la antigua Villa, el Cantón sencillo y bondadosos, la incipiente ciudad de vastos horizontes, de pretéritos solares sembrados de palmeras donde un día cantó sobre sus hojas cual peinetas el viejo Coclí la dulce canción de la montaña, la añeja urbe que fundara un don SEBASTIAN DE BELALCAZAR, nacido en no que aldea milenaria, ésta digo, la vieja y la nueva ciudad apostolada que surgió después del laberinto del nativo y del extraño, con su cabildo de "regidores más antiguos", de "alcaldes mayores y menores", de "alguaciles y alcabaleros", de "Alferez reales", "esclavos y gentuza", de "mestizos y mulatos" de capillas de techos de paja, de mansiones señoriales con sus patios perfumados de jardines, de acequias repugnantes, de calles tapizadas de piedra, de esquinas con faroles de vela, de merca-



FRANCISCO A. ORTIZ

(Don Casto)

— x —



Capilla de San Antonio

dos en la plaza mayor y en Santa Rosa (el uno para la aristocracia engominada, el otro, para los vaqueros de Sachamate, Cañas Gordas y El Peñón) con sus puentes de guadua sobre el río correntoso con sus rancheríos de bahareque a la usanza arquitectónica del dominante coloniaje, ésta y aquella, la que vió crecer a su manera la típica virtud de las monjías, bajo el palio broncíneo de sonoras campanas cuyos ecos milagrosos repercutían hasta más allá del Valle esplendoroso.

Esta repito, la vieja ciudad de don MIGUEL MUÑOZ, su segundo fundador por mandato del señor Adelantado, quien armado de arcabuces, de lanzas, de yelmos y de corazas, caballeros sobre alazanes potros es hoy la NUEVA CIUDAD o CALI NUEVO, cuyo pasado feudal y rezandero se quedó en la mitad de su camino de glorias y recuerdos; cansado y abatido como un fantasma de milenaria traza para dar paso a la joven, a la vigorosa, a la hermosa e impulsiva, a la "muy noble y leal ciudad..." con su concierto alegre y bullanguero, surgiendo de su fastuosa garganta cuál un eco de cánticos divinos bajo la artística batuta del paisaje. La moderna urbe, la metrópoli somera, con su acuarela de imponentes edificios hiriendo con sus cimétricas terrazas el alma de los cielos; con sus parques y avenidas, con sus calles pavimentadas, sus barrios residenciales de elegante redundancia, sus mercados cerrados, sus clínicas modernas, sus universidades y colegios, sus palacios y templos majestuosos, sus estatuas y museos, su comercio fantástico de mercantil policromía, su Estadio, su Piscina Olímpica, su Plaza de Toros, sus Teatros bellísimos, su gigantesca Estación Ferroviaria, sus semáforos, sus cerros naturales sobre los cuale se clavó una corona de símbolos cristianos, su Gimnasio Olímpico para el arte y el deporte, su Teatro al Aire Libre incrustado en la colina milenaria, su pléyade de mujeres hermosas compitiendo con las flores de los múltiples jardines, con el Sol, la Luna, y las Estrellas, sus Centrales Eléctricas, sus Plantas de Purificación, su Acueducto, etc., en fin, con sus rascacielos o moles que parecen mecerse bajo el viento en las multicolores tardes que proyectan los crepúsculos.

Y mañana, nuestros nietos y bisnietos dirán a mi manera: esta es la heredad asombrosa de mis mayores!

A San Antonio de la Colina

San Antonio de Padua, tu colina
suaviza el pensamiento dulcemente,
y eres para tu Cali la más fina
joya que se contempla en Occidente.

Yo tengo allí mi estrella vespertina
cuando se oculta el sol en el poniente
y es la única ilusión que me fascina:
sobre tu loma reclinar mi frente.

Buscar los compañeros del corrillo
quemar las vacalocas y el castillo
y gozar las delicias de tu fiesta.

Contemplar la reliquia de tu capilla
tanto más bella cuanto más sencilla
y dormir en tu regazo eterna siesta.

Cali, septiembre 1933

Don Casto.

En Torno de la Capilla de San Antonio

Preliminares.— Un Capítulo de la olvidada historia de Cali parroquial del siglo dieciocho y comienzos del diecinueve.— Limitaciones de su progreso religioso.

Al amanecer el día primero de enero del primer año del Siglo XVIII, ejercía el cargo de Párroco de Santiago de Cali, el Presbítero Doctor Juan Rodríguez Montaño, que ejerció su cargo durante veinte años largos, falleció el Domingo de Ramos, 9 de abril de 1721. Gobernaba la Diócesis de Popayán el Obispo don Fray Mateo de Villafañe, fraile carmelita, que dejó huellas imborrables en su gobierno de solícito pastor de su grey.

La vida de la ciudad transcurría como la vida de todas las villas y ciudades de la época colonial, apacibles y sosegada en general. Don Sebastián de Belalcázar no se había equivocado al fundarla con ojo previsor de que la muy noble y leal ciudad, según reza la Real Cédula que le concedió escudo de armas, habría de ser un centro urbano de bastante progreso y mucha prosperidad.

No había logrado Santiago de Cali, en su progreso religioso, lo que consiguieron otras ciudades de la misma y hasta menor edad en México, Quito, Guatemala y Lima, en lo relativo a majestuosas obras de arquitectura conventual y de templos severos y sólidos. Apenas se lograron edificaciones mediocres para conventos, algunas antiestéticas e inconclusas. Desde sus primeros amaneceres, fundaron en Cali, convento de su orden los

padres Mercedarios. Se ha dicho que la ciudad comenzó su formación cerca del primer templo que ellos elevaron y en torno del propio sitio en donde es voz tradicional se dijo la primera misa. Como la Merced se levantaron los templos modestísimos de Santa Teresa, de los Dominicos, de San Agustín, de San Francisco, de Santa Rosa, la iglesia parroquial y San Juan de Dios. Salva este vacío de obras arquitectónicas, la torre Mudéjar de San Francisco obra dirigida por un arquitecto llamabo Pablo que fue contratado por el propio padre Larrea. El viajero francés M. E. André, que visitó a Colombia en 1876, asegura que la torre fue "construída en 1773 por Fray Fernando J. Larrea, de Quito". Precisamente el 3 de noviembre de ese año falleció el religioso fundador del convento franciscano de Cali. Con este dato se destruyen las leyendas que corrían acerca de quien fue o pudo ser el constructor de la torre Mudéjar. Sólo a fines del Siglo XVIII se dió comienzo al nuevo templo de San Francisco, que fue consagrado el 20 de enero de 1828 por el Obispo de Popayán, señor Salvador Jiménez Padilla, acontecimiento que fue celebrado en Cali con ocho días de fiesta de plaza y representación de tragedias y comedias en públicos procenios. (3)

En donde estuvo San Agustín, hoy se levanta un almacén de regalos y una fuente de soda. Donde fué Santa Teresa, ningún rastro quedó. Hay un proyecto de edificio moderno, de trazado frío e inexpresivo, como todas las monótonas edificaciones modernistas en serie de cajones volados... Del antiguo San Juan de Dios, llamado beaterío, sólo queda la memoria en viejos papeles. El edificio Marchant cubre el área del viejo "Recogimiento". Sólo Santa Rosa es Santa Rosa. No se apagó allí la llama y un majestuoso templo ocupa el sitio de la vetusta capilla de largos cultos a Dios en más de doscientos treinta años. (4)

Mas, a pesar de estas deficiencias, Cali sostenía en el siglo XVIII intensa vida parroquial. Es verdad que durante muchos años, ella fué víctima, principalmente dentro del Cabildo, de disenciones y odios, que llegaron a tener manifestaciones recias, perturbadoras y peligrosas. No callan los libros capitulares tales hechos, analizados por los investigadores de historia como preludios de los movimientos de emancipación política, como en verdad lo fueron. (5)

Hacia el año 1745, con las diferencias que tenían dos grupos que se disputaban la hegemonía en el Cabildo, se marcó una fuerte tendencia de antipatía en contra del Presbítero doctor don José de Alegría y Cayzedo Párroco propio de la ciudad, desde 1742. (6)

No era él, manco ni mudo. Los cabildantes Ceballos y Zorrilla, capitanes del grupo opuesto y los Caicedos, elevaron al Obispo de Popayán quejas y solicitudes de cambio de Párroco. Decían que con él "era imposible la paz porque era favorable a la facción de los Caicedos". Agregaban que él capitaneaba fiestas de plaza a matachines. Otros cargos se hicieron al Padre Alegría y Cayzedo ante el Prelado diocesano, que lo era entonces el ilustrísimo doctor Francisco Figueredo y Victoria, que supo manejar el báculo y obró con tino, y justicia pastoral.

Los amigos del Párroco en el Cabildo obraron, a su turno, con actividad para contrarrestar la obra de los odios y rencores. El padre Alegría,

que sabía gobernar su parroquia, salió indemne de la tormenta. La ciudad demostró tener conciencia recta y bien formada de los méritos del sacerdote, que estaba desempeñando, como juez eclesiástico, la visita que le había encomendado el prelado diocesano. Por los documentos de este proceso se entrevé como había relajamiento en las costumbres de la sociedad. El hecho de haber sostenido el prelado, en su jerarquía, al señor Párroco, si demuestra la confianza que en él depositaba, también prueba de manera clara cómo la intriga no logró sus planes e intentos en contra del activo, celoso y benemérito sacerdote. Ya era vieja usanza entonces, la de extender a donde no llegaba el espíritu del Patronato Real, que tantos e irreparables males causó a la libertad de la Iglesia en América, por los cabildante, alcaldes, regidores y gobernadores, cuando no les acomodaba la manera de obrar de los sacerdotes encargados del régimen de las parroquias. Están llenos los archivos coloniales de papeles de pleitos y acusaciones, que muestran una modalidad un poco más que simplemente anticristiana.

Desde 1743, especialmente, Cali fue teatro de una larga contienda que tuvo resonancias oficiales, así en los dominios civiles o de la Gobernación de Popayán y hasta en el Virreinato de Santafé, como en la Curia Eclesiástica de Popayán y en la metropolitana de Bogotá, que en últimas de dares y tomares, para acallar a los intrigantes, nombró al padre Alegría y Cayzedo, visitador del Arzobispado, cuando por dos veces había sido visitador de la Diócesis de Popayán. Fue el Vicario en Sede Vacante, don Nicolás de Barasoda Larrazábal, quien firmó el oficio de tan honroso cargo.

SOBRE LA FUNDACION DE LA CAPILLA DE SAN ANTONIO

En medio de los perturbadores nacidos en el seno del Cabildo y extendidas por la ciudad, no cesó el buen celo del Párroco doctor Alegría y Cayzedo de fomentar el culto a Dios y la piedad en los fieles de su feligresía.

Fue durante su administración parroquial cuando sucedió la fundación de la Capilla de San Antonio sobre la apacible colina del mismo nombre, hacia el poniente, sitio acariciado de los moradores de Cali.

Acerca de este suceso conviene fijar la verdad de la historia, a fin de que las personas que intervinieron en la fundación reciban el testimonio de gratitud de la posteridad.

Cuando el Padre Alegría y Cayzedo entró en el gobierno y administración de la Parroquia de Cali, existía en la iglesia parroquial instituída de muchos años, la Cofradía de San Antonio de Padua. Era devoción popular alimentada con fervor por la piedad de los cristianos.

Digo que existía la cofradía. Ya en el año de 1613, cuando era Párroco el Presbítero Diego Rengifo, se menciona como organizada esta devoción. Y no sólo estaba instituída la Cofradía, sino que en la Iglesia Parroquial había una Capilla dedicada a San Antonio. El Párroco había enmendado el cuidado al alguacil Holguín. (10)

Datos dispersos en libros de partidas de bautismo dicen de fiestas y cofradías en las viejas iglesias coloniales. Así, puede apenar el cronista medio entretejer narración simplemente cronológica.

La capilla de San Antonio, "sita sobre la colina que hace cabeza al lugar", como decía en una petición de 1786, el mayordomo de la mencionada cofradía de San Antonio, tiene origen en la devoción de don Juan Garcés de Aguilar y en el celo y entusiasmo del Presbítero José Alegría y Cayzedo.

El señor Garcés de Aguilar hizo testamento, otorgado en Cali el 24 de diciembre de 1746, con todas las formalidades de la ley. Este documento es fuente de la verdad de esta fundación. La parte pertinente a la historia se contiene en la siguiente cláusula: "Declaro que la capilla que se está fundando de mi glorioso Padre y Señor San Antonio de Padua, es con permiso mío y porque voluntariamente le he tomado para su fundación dos cuadras en largos ydos en ancho no más". (11)

No puede, pues, omitirse el nombre de este dadivoso cristiano, en la narración histórica de la fundación de la capilla. Sin la donación seguramente nunca habría tenido Cali, la capilla que dió a la colina un encanto peculiar y a la ciudad un sitio de alegría y recreo.

Don Juan José fué natural del "asiento de San Juan de Ambato, jurisdicción de la ciudad de Riobamba, hijo del capitán Baltázar Alonso Garcés dc Aguilar de doña Inés Lasso de la Vega". Tomo esta filiación del propio testamento a que antes aludí.

Era cristiano de buena cepa. En su profesión de fé retrata su personalidad religiosa. Y da relieve a sus ejecutorias en la forma de hacer distribución de sus bienes temporales. El testamento fue cerrado y sellado con siete sellos, entregado por el propio don Francisco, el 24 de diciembre de 1746, al escribano público y de cabildo, Antonio José de Valdés, delante de los testigos don Juan de Argomedo, don Francisco Domínguez de Riascos, don Leonardo de Sudrot, don Juan Gandía, don Matías Granja y don Diónisio Quintero Ruiz.

En la propia cláusula de donación de las dos cuadras de terreno en largo y dos en ancho, el señor Garcés fijó, previsivamente, una condición especial, de mucho saber y muy importante. Mejor que el comentario del historiador es el desnudo texto de la cláusula que dice así, a la letra: "Y por si en algún tiempo se demoliere dicho templo y quedare desertado el sitio haya de volver al cuerpo de dichas mis tierras, procediendo avalúo de lo que puedan valer las dichas dos cuadras en largo y ancho, como dicho es, y que su importe los paguen mis herederos, para que no se introduzcan en ellas otro terreno, y que su monto se aplique a la cofradía del Glorioso Santo, que así es mi voluntad".

No revocó ni anuló el señor Garcés de Aguilar antes de su muerte el testamento de 1746. Al morir bajo la vigencia de su última voluntad, la Capilla de San Antonio ya había sido edificada casi en su totalidad.

Aparece en estos documentos el nombre del señor Francisco Antonio García, mayordomo de la Cofradía de San Antonio y síndico de la capilla, denominada desde un principio por el propio Párroco de Cali, doctor Alegría y Cayzedo, "Viceparroquia o Iglesia Viceparroquial". Este mayordomo fue un hombre solítico y se preocupó por asegurar las consecuencias "jurí-

dicas" de la donación del señor Garcés de Aguilar. Al efecto, el día 3 de agosto de 1787, elevó ante el Alcalde ordinario de Cali, que lo era entonces el Capitán Comandante don Manuel de Cayzedo, Alferez, Regidor perpetuo y Alcalde ordinario más antiguo de Cali, y su jurisdicción "por su majestad", como solían decir los escribanos y no escribanos, por aquellos lejanos días, una petición en que expresaba los motivos de pedir se hiciera por la respectiva autoridad el deslinde de la tierra donada a la capilla de San Antonio, para evitar que "el transcurso de los tiempos pueda borrar la memoria de esta piadosa donación", según las propias palabras del peticionario. Como la señora Antonia Josefa de Vallecilla, esposa del finado señor Garcés de Aguilar, era sucesora de la tierra circunferente, García solicitaba que fuera citada para los efectos del deslinde de las cuadras donadas en largo y ancho a la piadosa fundación antoniana.

El Alférez Real señor Cayzedo ordenó sin demora la diligencia de dar posesión de la tierra al mayordomo y síndico, hecho que se verificó el día 6 de agosto de 1787 (12).

En el acto de dar posesión de la tierra donada para la capilla acompañó al Alférez Real el señor Vicario Superintendente doctor Manuel de Cuero, insigne sacerdote que vinculó su nombre en la vida de Cali perpetuamente por la fundación de la escuela de niñas. Es su testamento un documento que habla del espíritu público de este benemérito hijo de Cali. Estuvo presente doña Antonia Josefa de Vallecilla, dueña de las tierras. Y por ausencia del síndco García, el señor Vicario designó para el caso al señor José Ramos de Morales, que aceptó el nombramiento.

La señora Vallecilla hizo, en ese acto, donación "inter vivos de más terrenos, cuyos linderos se fijaron con mojones y se detallaron por el escribano público. Así, creció el dominio y lo que era en un principio donación de dos cuadras en ancho y dos en largo, se transformó en una inmensa propiedad raíz. Impuso como condición, que el síndico o mayordomo de la Viceparroquia pudiera vender, en acuerdo con los vicarios foráneos de la ciudad, solares e imponer sus valores a censo perpetuo. Del cinco por ciento de los réditos se costearían sacerdotes para la celebración de la misa en los días domingos y de fiesta, "a fin de que todos los habitantes de este barrio logren este beneficio para cumplir el precepto de la Iglesia". Son palabras textuales de la donante (13).

Esta donación de doña Antonia fue aceptada "a nombre del Santo Glorioso", por el señor Vicario doctor Manuel de Cuero y el síndico que se nombró para dar validez al acto. El documento tiene una frase que abre la flor de una piedad y de un espíritu cristiano modelado en la bondad de los viejos caballeros que sabían cumplir promesas y dar respetabilidad a la palabra empeñada. Dijo el Vicario entonces, que daba las debidas gracias a la benefactora, ofreciéndole a nombre de dicho Santo su intercesión para con Dios que le retribuya su liberal mano en esta y en la otra vida".

La formalidad de la posesión del terreno donado para la fundación de la capilla es descrita en el mismo documento por el señor escribano, y vale más ese texto que cualquiera descripción liraria que se haga de cose-

cha del historiador. La transcribo a la letra, porque ese solo pasaje evoca viejas o antañeras costumbres de los hombres que procuraban ceñir sus determinaciones a la ley del honor.

Terminada que hubo su manifestación el señor Vicario a doña Antonia, "su Merced -dice la escritura- el señor alcalde ordinario agarró de la mano al síndico mayordomo nombrado para este efecto, don José Ramos y a nombre del propietario, en presencia del señor Vicario, de doña Antonia Josefa de Vallecilla y de don Manuel de Herrera que se halló presente, lo entró en la posesión de dichas tierras y en ellas hizo varias demostraciones a nombre de la Santa Cofradía de propiedad esparciendo hierbas por el aire y otras demostraciones, la que aprehendió quieta y pacíficamente, sin contradicción alguna, y su Merced se la dió en nombre de su Majestad Real".

Intervino como escribano público de número don Marcelo Roso, que dió forma de derecho, según la usanza de entonces, al documento, signado por los mencionados funcionarios y los testigos.

El síndico mayordomo, señor Francisco Antonio García, con fecha 27 de agosto del mismo año de 1787, pidió al señor Alcalde de la ciudad que ordenara al escribano la agregación de todos los documentos presentados en el protocolo de la Notaría, a fin de que fueran reducidos a escritura pública. Decía textualmente "para que queden reducidos a escritura y contrato público". Así se hizo por el escribano, en la misma fecha en que fue elevada la solicitud del mencionado síndico García.

Comprobada la propiedad y asegurada la escritura de donación, la donación Garcés de Aguilar - Vallecilla, la historia ha de ser digna en la verdad y dar a cada uno lo que le pertenece. Y así, en la fundación de la capilla en honor de San Antonio de Padua sobre la colina que de la ciudad de Cali suele llamar cariñosamente "la loma de San Antonio"- que es por cierto un lugar memorable para muchos viajeros (14)-, deben fijarse con relieve de amor profundo los nombres de don Juan Garcés de Aguilar y de su esposa doña Antonia de Vallecilla, nombres de verdaderos fundadores, pues no sólo encendieron con su fe religiosa y su mucha y encendrada piedad, la lámpara de un entusiasmo, sino que también contribuyeron con lo fundamental y de buena substancia, la tierra, la necesaria tierra para poder edificar la capilla de San Antonio, que en su raro simbolismo para la ciudad cristiana, fue desde entonces una especie de cimborio sobre la apacible colina, bañado de la claridad del sol de la mañana y del sol del atardecer, que dan, en sus horas, contrastes inefables al paisaje, inaprisionables por el pincel y que dejan en la retina un algo que no sabe la palabra definir con propiedad. (15).

Don Juan Francisco Garcés de Aguilar, que fué hombre acaudalado, hubo por compraventa, en el año 1774 las tierras de las cuales hizo donación para la capilla de San Antonio, al señor Lorenzo Ordóñez de Lara y a su hermana doña María. (16)

Hay un antecedente en la historia de la fundación de la capilla de San Antonio. En el año 1744, el día 12 de junio, se hizo escritura pública por

doña Ana Quintero, viuda de Jerónimo Ramos, de dos cuadras de tierra medidas en contorno de las tierras que los otorgantes poseían en el sitio de La Mina. Era una donación irrevocable y perfecta que no tuvo efecto. (17)

Doña Antonia de Vallecilla sobrevivió a su esposo muchos años. Falleció en Cali el día 12 de junio de 1791. (18)

Como aparece en esta breve narración, el señor Francisco Antonio García, como mayordomo de la cofradía de San Antonio y como síndico de la viceparroquia, tuvo decidido empeño en salvar del olvido y de la frustración con el correr de los días, la donación del señor Garcés Aguilar. Su labor meritoria pertenece a la historia de la capilla colonial, que sigue a estas horas de la vida de Cali, representando una tradición y embelleciendo a la ciudad. No sería digno callar el nombre de tan eficaz colaborador en la fundación de la capilla. A García se debe el que los documentos que conservan el testimonio de la donación, hubieran pasado al registro de la Notaría Pública y hubieran quedado con el carácter de escritura pública para siempre valedera. Al evocar el pasado y tejer la breve historia de la fundación, al cumplirse el bicentenario de la misma, el nombre de Francisco Antonio García merece honores de gratitud, iguales a los que de reconocimiento tributa la historia lugareña a los nombres del señor don Juan Garcés de Aguilar, de su esposa doña Antonia de Vallecilla, del párroco de Cali doctor Alegría y Cayzedo, y de los demás benefactores que cooperaron a la edificación de la capilla.

El nombre del señor presbítero doctor José María Alegría y Cayzedo, en esta historia, es luz y acción. Fue durante su administración parroquial en Cali, cuando se proyectó y se ejecutó la fundación de la capilla sobre la colina, consagrada al culto de San Antonio de Padua. Este sacerdote era oriundo de Popayán, en donde hizo los estudios de su carrera eclesiástica. Desempeñaba en aquella ciudad una capellanía hacia el año 1738, que renunció, porque le era desfavorable.

En 1742 hizo permuta de otra capellanía, con el expreso consentimiento de los encargados de velar por el cumplimiento del Patronato Real, por el cargo de párroco de Santiago de Cali, que por entonces lo desempeñaba el doctor don Melchor Jacinto Arboleda. El señor Arboleda se arrepintió, años después, del cambio o permuta, y puso apoderado para conseguir la revocatoria de los decretos pertinentes al caso. El apoderado estuvo en la Corte e interpuso influencias ante el rey. Fue en 1747 cuando confirió poder al presbítero don Miguel Jerónimo López de Guzmán. La escencia de la revocatoria que se pedía por don Melchor Jacinto estaba en obtener anulación del consentimiento que el gobernador de Popayán había dado para efectuar la mencionada permuta, pues el gobernador era vicepatrono. No debió surtir ningún favorable resultado, toda vez que el padre Alegría y Cayzedo continuó de párroco y el arrepentido don Melchor hubo de quedarse con la tristeza de haber hecho una permuta, tardíamente acusada de "viciosa y defectuosa", según decía en los papeles de su apoderado.

Entró el padre Alegría a promover el progreso religioso y moral de la Parroquia de Santiago de Cali. Era casi a su mitad el Siglo XVIII. La

historia del Cabildo caleño da para gruesos volúmenes, de manera muy especial en lo corrido de 1740 hasta expirar el siglo. El oleaje de una transformación, fuerte en Europa, alcanzó a golpear las costas espirituales de América. España puso empeños muchos en contrarrestar la fuerza penetrativa de ideas que en verdad no eran más que consecuencias de la secularización social, obra dura que nació de las consecuencias del Renacimiento, de la relajación de la sociedad cristiana y de las consecuencias sociológicas de la reforma protestante, como movimiento de emancipación y de ataque a la vida de una unidad político-religiosa.

La crónica lugareña de aquella época es variada y de vivo interés para el historiador y el crítico. Tiene la vida caleña curiosos contrastes, así en su aspecto religioso, como en el político y social. No entra en la índole de este breve estudio, hacer análisis sereno y lógico de los factores que concurrieron a definir las modalidades paradójicas que determinaron los hechos del final de siglo y del principio del siguiente.

Este doctor Alegría y Cayzedo era hombre de fuerte y acusada personalidad. Sabía defender sus fueros y los derechos eclesiásticos de su jurisdicción parroquial. Buena visión tenía y comprendía con precisión cual dirección debe dársele a la vida. Las tres referencias que conservan los documentos oficiales, traducen la influencia que en Cali ejercía el doctor Alegría. Las contradicciones de los opositores son la revelación de lo indoblegable que era el progresista y celoso sacerdote, no cotizable ni fácil para caer en redes. Las mediocridades humanas nunca saben mirar con pupila entornada y llena de claridad a los semejantes que tienen dones de superioridad que quiso concederles el cielo en dádiva generosa y libérrima. Anduvo durante muchos meses envuelto el padre Alegría en el torbellino de la intriga lugareña incubada en el alma de una facción del Cabildo de esta "muy ilustre y muy leal ciudad" de Cali, según los viejos decires de la heráldica!.........

La donación del señor Garcés de Aguilar dió amplio campo al celo religioso del benemérito sacerdote. La capilla de San Antonio no era un simple pretexto de expansión jurisdiccional, sino una necesidad de "espacio vital", como ahora dicen, para la acción de la fe cristiana de la feligresía. La Cruz se enseñoreaba de la apacible colina y marcaba el derrotero del vecindario, todo creyente, sumiso a la Iglesia, timorato y deseoso de tener la tutela que siempre prestan los templos en cada barrio de las ciudades, en donde se hallan o son ubicados. San Antonio de Padua tenía de vieja data en Cali, desde muy al comenzar el siglo XVII, la cofradía, que no era más que la congregación fervorosa de sus devotos organizados paar rendirle culto. La historia pormenorizada de las cofradías de la Parroquia de Santiago de Cali, desde la época dicha, hasta después del año 1864, daría un sonoro testimonio de la fé religiosa de la ciudad. Tiene aspectos interesantes y curiosos. Mas adelante haré breves comentarios, al definir trazados de la geografía eclesiástica de la ciudad.

Entre los testimonios de piedad práctica, podría citarse el caso de la Cofradía de la Santísima Trinidad, instituída en la iglesia parroquial o matriz. (21) Esta fundamental devoción ejerció saludable influjo en la

vida religiosa de la feligresía durante largo correr de años, así del siglo XVIII como el siglo XIX. Los transtornos políticos y las usurpaciones hechas en censos y bienes que pertenecían al sostenimiento del culto, destruyeron la continuidad de una vida lozana en el culto y en la piedad.

El señor doctor Alegría y Cayzedo extendió su actividad sobre todas las zonas de su jurisdicción parroquial en la dilatada feligresía de la única parroquia que tenía Cali en aquella época, ya que sólo en 1849 fue cuando el obispo de Popayán doctor Fray Fernando de Jesús Cuero y Cayzedo, dignísimo obispo, creó la Parroquia de San Nicolás o Parroquia de Cayzedo o de San Nicolás de Cayzedo. La capilla existía de tiempo atrás. El vicario capitular doctor Manuel Antonio Bueno, concedió, el primero de septiembre de 1852, licencia para la construcción del templo. Mas, solo en 1880, cuando era obispo el ilustrísimo doctor Carlos Bermudez, se colocó y bendijo la primera piedra de dicho templo. (22) Desde 1827 se hicieron sepelios en San Nicolás. Solo en 1852 se abrió el cementerio público de la ciudad. En tiempos anteriores se daba sepultura en los templos o lugares adyacentes.

La Parroquia de Cayzedo —tal es la denominación oficial— se segregó de la de San Pedro. El Cabildo comunicó al obispo de Popayán de la apropiación hecha de ocho mil reales para comprar paramentos, vasos sagrados y "demás cosas necesarias para la erección de la Iglesia Parroquial de CAICADO" (23) palabras de la respuesta del obispo Cuero al Cabildo, fechada en Popayán el 10 de junio de 1849. Ya había sido nombrado primer párroco el presbítero Angel Piedrahíta.

En ese tiempo, por causa de la fatal herencia del Patronato y por la manía política de los herederos, se estableció una curiosa nomenclatura, pues existía y actuaba "el Cabildo parroquial de los Distritos de la Libertad".

Igualdad y Fraternidad. Este Cabildo era el que discutía, apropiaba y aprobaba el presupuesto de la Parroquia. Así, por ejemplo, en 1853, el presupuesto fue de 76.000 reales. Legisladores patronales que terminaron por destruír el culto o reducirlo a precaria situación. Y eso, en Cali, el viejo prestigio de los padres fray José Ignacio Ortiz, fray Damián González, presbítero Gregorio Camacho, impidió la consumación de mayores injusticias. Y no obstante todo el prestigio del padre Ortiz, prestigio aureolado por los indiscutibles servicios de este verdadero padre del espíritu público en Cali, sucedió que se formó una sociedad femenina presidida por doña María Ignacia Escovar, para ayudar a los hombres en la política "conservadora". Entre las realizaciones se cuentan la prueba de máxima ingratitud dada a aquel benemérito fraile, pues enviaron un memorial al obispo Cuero, en que pedían que sacara al padre Ortiz de Cali. (24))

A pesar de las turbaciones internas de Cali, en todo el correr de los años de 1742 a 1790, la vida parroquial tuvo éxito en sus actividades culturales y de ejercicio evangélico. Para poder explicarse claramente ciertos sucesos que acusan manifestaciones paradójicas de los fieles cristianos, conviene siempre tener en cuenta las modalidades que marcó el Patronato Real, factor funesto para la libertad de la Iglesia, pues limi-

tóla e impuso la intervención sin medida en las determinaciones de la política eclesiástica. Tejida está, desde 1.500 a 1.800, la historia eclesiástica, en Hispano-América, de sucesos que evidencian la verdad de esta censura.

La capilla de San Antonio fue levantada en 1747. No era una fábrica de piedra labrada, cortada en canteras, para glorificar el arte. Simple edificación de adobe. Un pretel o atrio sencillo y una espadaña de viejo estilo para las campanas vocingleras que llamaban a los fieles a oración. Llamaron siempre, entonces, y en doscientos años transcurridos, las sonoras esquilas de la capilla nunca han emudecido. Repiquetean alegres o doblan lúgubremente porque saben decir el lenguaje de la vida y el de la muerte.

Prestó en breve tiempo eficaz cooperación en el servicio religioso de la ciudad. Oficialmente desempeñó su categoría de iglesia viceparroquial en el barrio de la loma para sus moradores, para los de la Chanca, San Fernando la Mano del Negro y El Peñón. En los viejos papeles así se dice, la tradición lo confirma y en el trazado de linderos, esos y otros nombres hablan de una devoción, de una espiritualidad cristiana vivaz. Doña Antonia Josefa de Vallecilla quería, como el donante de los terrenos señor Garcés de Aguilar, que los dineros destinados al sostenimiento de eclesiásticos buscaban asegurar la celebración de la misa en los días domingos y festivos en la capilla, a fin de que todos los vecinos pudieran cumplir con los preceptos de la iglesia. El padre Alegría y Cayzedo erogó de su peculio en muchos gastos para sostener el culto divino y no dejar decaer la devoción al glorioso taumaturgo lusitano.

La fiesta anual de San Antonio constituía uno de los programas llamativos para los vecinos del barrio de la loma. Hubo siempre entusiasmo. Y fué creciendo año tras año, desde la época de 1749 hasta muy entrado el siglo XX. El padre Alegría era dadivoso y de larga mano para el culto. Muchos sacerdotes celebraban la misa en la capilla de San Antonio y honraron así la fundación y la voluntad de los donantes.

No en vano puso el padre Alegría y Cayzedo su entusiasmo y sus dineros en servicio de la capilla de San Antonio. Quería el progreso moral de la ciudad y el florecimiento del culto en los templos. Cuando se proyectaba, en 1750, la fundación del convento de padres franciscanos, como adelante se verá, el párroco dirigió una nota explícita al Cabildo, en que declaraba que, a costa de su peculio, se había hecho la fábrica y se había dotado al templo de lo necesario, sin invertir dineros de la iglesia ni de la cofradía del Santo (25).

LA COLINA DE SAN ANTONIO

(Crónicas de don Casto 21 de Abril 1944).

Día Domingo.- Una mañana de ardiente verano en pleno mes de abril, un sol canicular que en sus comienzos invita a la más sanas expansiones del espíritu y en nuestra mente fecunda la idea de un paseo al campo, un baño al aire libre, un rato de descanso vivificante, que no sea el "Café con sus falsas cortesías, ni la parada en el chaflán más concurrido de la plaza, ni el cemento infernal de nuestras calles, ni nada de este cotidiano vivir de la semana, en que nos agitamos tras de un sueldo o salario que nos sustente para seguir luchando.

Las campanas de la bella capilla de San Antonio alegran el ambiente entusiasta y sonoras. Los vecinos atienden sus llamadas, presurosos y en obedientes romerías ascienden por los quingos y faldas de la loma hacia la capilla que los acoge en su seno de paloma impuluta.

Es la misa de siete. Mi programa dominical está hecho desde la víspera y con los atavíos de baño público me cuelgo entre los fieles al último repicar de las campanas.

El mismo vestido de baño me sirve de mullido tapete de lana a la antigua y me dan comodidad para escuchar con sociego el largo evangelio de ordenanza, explicado y comentado con oportunidad por el Reverendo Padre Capellán. Cumplido el mandamiento de la Santa Madre Iglesia salgo de los primeros.

La salida de la misa es uno de los instantes más llenos de emoción en aquella hora de la vida. A los turistas, fotógrafos y artistas del lápiz, la pluma o el pincel, se les ha escapado este hermoso cuadro de costumbres profundamente sencillas y admirablemente espiritual de nuestro pueblo.

Con la satisfacción íntima de quien cumple un deber, cristiano, hombres y mujeres se lanzan a la planeta con un saldo de devoción que es prolongado con la belleza emotiva del paisaje, cuando a sus ojos aparecen en todo su esplendor el cielo, el sol, el cerro, el río, el bosque, la ciudad, el valle esplendoroso que a lo lejos muestra "El Paraíso", la histórica casa de María, los trenes que parten con su cabellera destrozada hacia los cuatro puntos cardinales; y los automóviles que corren imponentes sobre la hermosa Avenida Belalcázar; y los que corren majestuosos hacia San Fernando y los pintorescos sitios de Meléndez, Lili, Pance y Rioclaro; los aviones mercantiles y los de guerra que al amparo de un sol esplendente y un inmenso cielo azul, cuál águilas domésticas, revolotean sobre los techos polícromos de la ciudad, para ausentarse luego en el fortín lejano de sus diversos horizontes.

Prolongado, así, la devoción con que se sale de la Iglesia de San Antonio, porque cuando se puede admirar como desde esa colina, en forma tan completa la obra inmensa de la Naturaleza, se puede exclamar con el

corazón pleno de fe con el poeta: hoy la he visto y la he admirado, hoy creo en Dios..........

La Colina de San Antonio es el paseo más bello de esta capital, y también el más higiénico: el aire más puro allí se respira; los ojos descansan y se alimentan a la suave caricia de su verde esmeralda y de las demás agradables vicisitudes; desde su cima se divisan el más amplio horizonte y el más completo panorama de la ciudad Sultana. Las más puras ideas allí se conciben.

Sobre ese pedestal de esmeralda escribió Jorge Isaacs su María; Eustaquio Palacios, su Esneda o Amor de Madre; Isaías Gamboa, su Tierra Nativa; Mateo Gamboa, sus paisajes caucanos, que le dieron renombre; Ezequiel Gamboa, sus candentes escritos, sus fogosos discursos y sus dulces poemas.

Todo el que tiene la fortuna de conocerla y gozar de su ambiente delicioso, al punto siente la inspiración de decir un canto, un verso, una frase, un elogio intituivo, una alianza.

A la loma de San Antonio concurren todos los días de la semana numerosas personas que ha hecho de ese paseo, un número imprescindible de su diario vivir, una recompensa a las fatigas del trabajo, una necesidad imperativa del espíritu.

Se destacan por su afabilidad en la asistencia, los miembros del antiguo tradicional corrillo de "El Gato Negro" que sobre su asidua concurrencia de todas las tardes, ha llevado a cabo periódicamente fiestas en honor del Santo Patrono, con gran suntuosidad. Ultimamente cuando por una increíble acción comercial, se vió la amada colina en inminente peligro de desaparecer, el Gato Negro saltó airado en su defensa. La ciudadanía toda atendió el clamor de su llamada y llena de fervor, con las mas grandes de las emociones, asistió ante las altas autoridades a implorar la suspensión de tamaño atentado. El señor Personero haciéndose eco a la voluntad del Cabildo juró ante el altar del municipio defender para el servicio de la ciudad esa preciosa joya. Y estamos en espera de esa formal promesa.

LA LOMA DE SAN ANTONIO.

(Por Alberto Carvajal.)

Hacia el occidente y hacia el noroeste hay dos cerros que marcan de especial manera la fisonomía de la ciudad. El cerro de Las Tres Cruces y la Loma de San Antonio. Dos promontorios andinos que cumplen una atractiva misión de ornato y de centinelas vigilantes.

La Loma de San Antonio es la cabecera del poblado, un suave almohadón de esmeraldas que ve tenderse a sus pies las calles y las torres, las plazas y los jardines, los gualandayes, los nísperos, las ceibas y las palmas, las iglesias, las fábricas y las humeantes chimeneas de esta vieja

ciudad de Santiago de Cali, recogida en un recodo del Valle a la salida del camino del mar, arrullada por el pífano de cristal del río de su nombre y acariciada por los vientos de la tarde que bajan de la sierra a abanicarla como lo hicieran los humildes servidores de un imperioso sultán con la bella odalisca de un harem ignoto.

A esta colina de donde se divisan en las mañanas de verano, en toda su blancura inmaculada, el nevado del Huila y las más empinadas crestas de la Cordillera Central, y desde cuyo arranque se desenvuelve, cuál una visión de ensueño, la casi ilimitada planicie del Valle que puntúan las manchas rojizas de los tejados y la esbeltez de las torres de Palmira y del Cerrito, y subrayan las grises paralelas de la vía férrea del norte en una recta que parece interminable, y empurpuran las flores de los cachimbos y los písamos que asombran los cacaotales y escoltan la cinta ondulante del Cauca, iba en compañía de otros muchachos a corretear y elevar en las tardes de agosto mi cometa. Allí aprendí a ensanchar el espíritu con la visión de amplios y encantados horizontes; allí surgieron mis primeros ensueños de vagabundeo intelectual; allí sentí en las noches de plenilunio en toda su hondura sugestiva, extasiado ante el cielo luminoso, los incomparables versos de Fallón:

Un lucero no más lleva por guía,
por himno funeral silencio santo,
por solo rumbo la región vaciá
y la insondable soledad por manto.

En la cima de la loma existe desde tiempo inmemorial una iglesita que es el encanto de cuantos visitan la ciudad. Desde las calles se divisa, como el peinetón de marfil de la colina, como la piedra preciosa indispensable que señala la eminencia final de una corona. Hacia mediados del verano era costumbre hacer allí la novena del Santo en las tardes diáfanas y alegres en que la luz del ocaso esplendía en un derroche miliunanochesco de colores. Media ciudad llenaba en estas tardes la colina. Caras alegres, risueñas, vestidos de todos los colores, cohetes, tronantes, pífanos, castañuelas, bambucos y pasillos, formaban un torbellino y una algazara seductora que, a través de los años, suena como ayer en mis oídos. Y el último día en que adornaban el camino de la capilla arcos triunfales, flores y cintas, tras la función religiosa, para dar un carácter más popular a la fiesta, se prendía la caña esbelta de un castillo, en el que culebreaba de mil maneras, con varios coloridos la pólvora encendida; y como punto final se lanzaba al campo la vaca-loca, un fingido animanl que echaba fuegos por los cueros, la boca y los costados y que atacaba a cuanto ser viviente hallaba en su camino.

Y sin embargo de que esa colina es para Cali algo así como la Acrópolis de Atenas para las ciudades griegas, se ha intentado sacrílegamente urbanizarla. La Iglesia en esto reemplaza al Paternón, y en lugar de estar consagrada a una deidad pagana, es el asilo de un Santo del catolicismo, la casa bendita del Señor de los Señores, del Dios Supremo a quien aprendimos a adorar desde la infancia. Por una rara coincidencia está situada,

como la Acrópolis ateniense, al occidente de la urbe, donde a la mora de la puesta del sol, el hervor del crepúsculo presenta inesperadas tonalidades y las caprichosas luces y figuras de las nubes dan un esplendor sorprendente al paisaje.

"como si el orbe recogiera
todo su amor y su beldad,
toda su fe, toda su gracia,
contra la sombra que vendrá".

Esa colina es uno de los lugares más atractivos de la ciudad, uno de los aspectos más decorativos de ella. Su situación, su altura, la suavidad de su curva, su forma sonriente, y hasta su historia porque por allí pasaron, una noche memorable, los soldados de Arboleda a vencer en los Cristales, a los cuales sirve de fácil escalón, todo hace de la Loma de San Antonio una parte integrante de importancia definitiva para Cali. Es preciso que quede para las futuras generaciones, para la gran ciudad que será esta "tierra del alma" en el porvenir, tal y oomo la dejaron nuestros abuelos; que esa iglesia regazo de los años coloniales, pueda ser cuidadosamente restaurada, pero que, en sus conjuntos y en su conjunto y en sus principales detalles, reste intacta. En cada nación, en cada ciudad, en cada aldea, hay lugares y monumentos sagrados que los hombres de todas las edades deben conservar con respeto y amor, pero no modificar porque el carácter, la fisonomía, el sello de los pueblos es un tesoro inviolable.

LA COLINA DE SAN ANTONIO

(Por Antonio Moreno Mosquera)

Este refugio de la niñez, este regazo de la senectud, esta meseta del enseñado amor de los donceles, este mirador de la belleza, este altar de la oración, bajo su cielo claro, entre sus azules farallones, frente a la llanura que se pierde en la espuma de los horizontes lejanos, ha constituído para los hijos de Cali, parte esencial de su gloriosa historia.

Hay influencias, no! por sutiles, menos decisivas en la formación y estructura de los pueblos. Ellas contribuyen a plasmar un tipo racial determinado, un estilo de vida y una especial manera de sentir, de pensar y de querer, entre esas influencias, la del medio físico es innegable. Los actos de los hombres están en cierto modo tocados del aire que respiran, del cielo que los cobija, del sol que los calienta, de la tierra que los sustenta y del propio paisaje entre cuyos pliegues se desenvuelve la vida. La misma fisonomía humana, lleva este singular tatuaje de las influencias telúrgicas. Por eso muchas veces cuando el espíritu vacila en el hallazgo de las causas de hechos que le sorprenden, viene al cabo, a descubrir que aquel generoso impulso, aquella amplitud de miras, aquella plenitud de miras, aquella plenitud de pensamiento, aquella que pudiera llamarse alma de la acción, radica en una de esas influencias que quizá no recordemos, pero que trabaja al fondo de nosotros mismos, poniendo un sello particular a nuestros actos.

Desde un punto de vista meramente espiritual, quien podría calcular los beneficios que se reciben de asomarse desde la colina amable al Valle paradisiaco, dejando que desde allí, el suave y fresco soplo de los vientos de la tarde, la mirada se pierde en la contemplación de lo inefable y el alma se unimisma con el esplendor y la magnificencia de paisaje en esa hora crepuscular? Una gran diferencia debe mediar entre quien recibió esa arrebatadora influencia y quien cerró los ojos a la visión de este encantado universo.

Ciertos rasgos del carácter de los hijos de esta ciudad, su desplazamiento de las zonas del comercio y de todas aquellas otras que el fenicio espíritu del lucro ha invadido; esa especie de romántica actitud ante la vida, su probado amor a la patria, la diafanidad de sus ideas, la expresión escueta de sus pensamientos, encuentran su raíz y fundamento en la comunión del ser humano con su propio paisaje.

En esta misma compenetración, como una conjunción resultante del dinamismo inconsciente, se halla también la fuente de esas ya extrañas virtudes de la generosidad, de la lealtad, de la franqueza, que fueron singulares atributos de aquellos varones chapados a la antigua manera caleña y cuyos ojos solían descansar en la contemplación de los horizontes, de pie el hombre sobre la colina, donde a la postre, frente a tantas maravillas, solo en Dios se puede pensar. Con razón, en su cúspide, se eleva como una cándida paloma la blanca iglesia colonial.

Cuán diferente el hijo de esta tierra que le vuelve la espalda a su paisaje, su debilidad, su doblez, su pequeñez de miras, su egoismo, todas las sombras de su personalidad, encuentran al menos en parte, su explicación en esta tremenda negación de lo que debiera serle más querido y amado. De allí, entre otras causas, la supeditación de los valores autóctones. Porque olvidar el paisaje constituye un principio de abandono de la propia tierra en la visión más esplendorosa y más rica en motivos de superación y de amor. Es una renuncia a la grandeza.

Es, pues, indispensable, volver a compenentrarse con este vallecaucano paisaje y estimar en lo que vale la colina, donde esta ciudad recuesta su imperial cabeza, recordando su pasado, saboreando su presente y pregustando su futuro de progreso y de gloria.

LA COLINA DE SAN ANTONIO

"El que nace en una árida breña,
a esa breña quisiera volver.
Qué es la patria?... Es el risco, la peña,
el rincón que nos viera nacer".

Alguna vez escuché esta sencilla y sugestiva estrofa, recitada en el correr de una conferencia por un hombre elocuente y sabio. Encontré en aquella cita poética sólo un pensamiento de belleza literaria, y mi imaginación suplía, acaso, lo que la sensibilidad no percibió para alcanzar la definitiva comprensión de la idea emocional recogida en esas líneas bajo el soplo encendido de la nostalgia.

La patria es esencia y fuerza en nuestra vida; el paisaje de sus contornos perdura en el fondo de la conciencia. La tierra que nos ha nutrido hace parte íntima de nuestro propio ser.

La colina de San Antonio, situada al occidente, de esta ciudad de Cali, cubierta casi a perennidad por su tapiz de grama, que toma en el verano un matiz de hoja seca y ostenta en su cumbre una pequeña iglesia colonial dedicada al Santo de Padua; surcada en la falda que mira hacia el poblado por un sendero en zig zag, ahora en moderna gradería de cemento, y que antaño la piedad de los fieles había empedrado con amorosa y tenaz constancia; esa colina, como vigilante centinela de los siglos, es para cuantos hemos nacido en Cali, un lugar de veneración de amor y de inexhaustas añoranzas. Nuestro clima, esta canícula casi perenne, recibe el suave aliento de brisas marinas que penetran en ráfagas impetuosas ascendiendo desde el mar pacífico por sobre los altos picos de la montaña y descendiendo luego sobre el poblado como lenitivo restaurador para las vidas humanas. Estas brisas tocan en suave caricia el montículo de San Antonio y retozan allí con un ritmo encantado de músicas lejanas como una evocación de ilusionados ensueños.

Por eso la colina es un lugar obligado en cierta época del año para el ascenso a ella de los caleños. La pequeña iglesia que se levanta en la cima, consagrada con amor de creyentes por los devotos del santo taumaturgo que se hacía escuchar de los peces cuando dejaba caer el ritmo de su palabra sobre la superficie marina, es un tranquilo y grato refugio a donde las almas van a buscar seguras consolaciones de la gracia divina, que transforman la esperanza en la fe, y nos muestra los caminos de la redención.

Durante el cálido mes de julio los devotos ascienden todas las tardes para asistir a las salves que se ofician en la capilla para impetrar el favor del Santo. Las muchachas casaderas, de rodillas en el sagrado recinto, bajo el grato influjo del incienso y de las múltiples luces de los cirios, admiran la faz radiante de la efigie del bienaventurado que lleva en brazos al Dios Niño, como una promesa de maternidad para ellas; y, con los corazones henchidos por la esperanza confían al abogado celestial sus secretos anhelos y las ansias angustiadas de su destino.

En los años pretéritos los habitantes de la ciudad promovían con loco entusiasmo alborozados recogijos públicos que denominaban "Fiestas de San Juan". Antiguas tradiciones, conservadas con celo riguroso y entusiástico espíritu, impelían a los ciudadanos a organizar ruidosas cabalgatas, que recorrían las calles de la ciudad al son de alegres músicas y de sonoros timbales, mientras se toreaban reses bravas en alguna de las plazas abiertas, donde aún no había cultivos de árboles ni rosedales florecidos, como ahora. Todo era bullicio y jubiloso movimiento en esta villa de don Miguel López Muñoz. Los cohetes en esos días de general zarabanda atronaban el espacio a toda hora; en las noches, las luces variadas de los castillos, que se quemaban en diversas partes de la ciudad, congregaban la multitud entusiasmada y jocunda, efervorizada de alegría al son de los bambucos y las danzas, después de haber presenciado lo que llamaban el albazo, que consistía en un

compacto desfile de jinetes que recorrían atropelladamente las calles al son de estruendosas músicas populares, llevando todos en el extremo de largas pérdigas encendidas teas.

Fue tradicional durante la vida de Fray Damián González, venerado Cura de esta Parroquia hasta su muerte, que los jinetes iniciasen las fiestas previa la bendición del franciscano. En efecto, al amanecer del primer día de regocijos públicos, los caballeros de la alegría congregábanse en tumultuosa manifestacón en la plazuela del templo de San Francisco, y pedían que se presentase el Padre Damián, para que les hablase y les bendijese. El buen hijo del Serafín de Asís acudía al llamamiento de sus fieles, y allí, en la parte más alta de la gradería del atrio, en actitud la más sencilla de su inalterable humildad, pronunciaba cariñosas y exhortivas palabras recomendando prudencia, sobriedad y decoro.

Todos los jinetes se desmontaban para escuchar con uncioso recogimiento las bondadosas frases del apóstol cristiano, y cuando éste terminaba su admonitiva y cariñosa plática y levantaba el brazo para impartir la bendición, los hombres caían tumultuariamente de rodillas bajo la emocionada influencia de aquel solemne instante. Erguíase acto seguido en sus cabalgaduras, y a los gritos estentóreos de ¡Viva Fray Damián! ¡Vivan las fiestas!, partía el alegre desfile de jinetes, por la que llamamos hoy la Carrera Sexta, en dirección a la Capilla de San Antonio. A la cabeza de esta cabalgata, bulliciosa y alborozada, era conducida una pequeña imagen de San Antonio, debidamente colocada en una especial caballería, enjaezada con diminuto galápago arreglado al efecto, con gualdrapas vistosas y riendas nuevas de lujosa factura. El capitán designado para el día inicial de la fiesta conducía de tiro al orgulloso cuadrúpedo que llevaba sobre sus lomos la sagrada carga. Al llegar frente a la pequeña iglesia todos los jinetes echaban pié a tierra, y esperaban a que la efigie del santo fuese colocada en el altar central por el sacerdote que estaba esperando a los fiesteros para decir luego la misa, que era de rigor y seguida por todos con singular devoción. Después de la ceremonia religiosa rompían las músicas la quietud del aire, tronaban los cohetes, y a los gritos incensantes de los muchachos y los vítores estridentes de los jinetes, empezaba la agitación de la general alegría.

Aquel, era, sin duda, un mundo distinto. La sed enfebrecida del oro no turbaba entonces con insidiosa avidez los espíritus como ahora. La confraternidad se entendía con sinceridad bajo el noble influjo del pensamiento cristiano; una sencillez bondadosa imperaba en las almas; todos laboraban para todos y había una humana solidaridad bien entendida; las gentes eran sencillas y generosas; la comunidad social vivía bajo el álito permanente y benefactor de una serena esperanza, en insuperable tranquilidad ecuánime y acogedora: era el reinado de la sencillez y de la nobleza de corazón. Todo aquello ha desaparecido para no volver nunca.

Cuando he conversado con uno de aquellos ya muy escasos sujetos, cargados de años y de ingénita bondad, he oído de sus labios en el tono melancólico de una elegía, el rememorar de los años bonancibles; y he escucha-

do sin poderme sustraer a la tristeza, las amargas lamentaciones que añoran un pasado inolvidable, cuya evocación imperativa y torturadora habrá de acompañarles hasta la muerte. Y entonces he pensado: Sólo se vive por el recuerdo; cuando todo lo hemos olvidado penetramos ya en el oscuro y misterioso dominio de la muerte. De aquí la fuerza dominante de la sentencia solemne del verso de Jorge Manrique:

"Como, a nuestro parecer, cualquiera tiempo **pasado fué mejor**".

En las tardes luminosas del mes de julio, cuando llega hasta mí el tintinear de las campanitas de la Capilla de San Antonio, como una evocación del pasado, pienso en el amor, en la esperanza que es el esueño de la eternidad, y me refugio en el consolador apotegma del místico:

"Los días del hombre son fugaces, y están contados sobre la tierra".

Andrés J. Lenis.

LA FIESTA DE SAN ANTONIO

(Reproducción)

En los momentos en que circula esta edición de "Colombia Occidental" cuyo director tuvo la gentileza de encargarme esta página, empiezan a estallar en lo más alto de la colina los cohetes y pedreros que anuncian la iniciación de la fiesta organizada por el Corrillo de "El Gato Negro" en honor del glorioso taumaturgo, hoy ya medio arrinconado en la devoción de los fieles católicos, desbancado por otros santos (o santas) de cartel modernista. Hasta en estas cosas de la fe tienen influencia la moda. Anteriormente las fiestas de San Juan y la de San Antonio, eran los acontecimientos que en cada año conmovían más vivamente el ánimo de la ciudad, sin excepción de clases o gremios. Hoy la primera está completamente abolida y la segunda es sólo un estremecimiento que predice la agonía.

Contra esas decadencias de unas de las más sanas y bellas tradiciones caleñas ha iniciado "El Gato Negro" una entusiasta labor, que incluye el propósito de restaurar la vieja capilla y rescatar para el porvenir, como lo dice el programa de la fiesta, la histórica reliquia.

LO QUE ES EL "GATO NEGRO"

Este corrillo está formado por elementos diversos, sin más propósito individual que el de reaccionar de la fatiga diaria, aspirando el aire puro que baja de la montaña, contemplando la magnificencia del Valle, las puestas del sol, el nacimiento de las primeras estrellas y en las noches que siguen el plenilunio, los camofeos que borda la luz en torno de las nubes que la hostilizan. El corrillo es una institución de apariencia pateísta y carece de estatutos, de reglamento, de presidente. Apenas de tarde en tarde una persona de alta dignidad, acompañado de un mastín revoltoso y trapacero, ingresa al grupo y asume, sin advertirlo, la presidencia. Como en la nación, la religión católica es la oficial, pero el adventismo y la teosofía tienen también su voz y voto, "Vox clamantis i deserto".

Por lo demás, como en toda reunión, es indispensable el plato de la crónica lugareña, orillando hasta donde es posible la salsa política y prescindiendo del vinagre de la murmuración y de la mostaza irritante del chisme callejero. En punto a crítica maleante no hay más víctima que los propios asociados. A pesar de ello, el Corrillo goza de mala fama, por lo demás, muy merecida. A quien se le ocurre ponerse un nombre semejante? De allí que haya otro grupo más reducido, pero muy respetable que ha sabido, desde luego, ponerse a cubierto de todo prejuicio adoptando un nombre que en género y color es precisamente el antípoda de "El Gato Negro".

LOS QUINGOS

Quiero recordar, a propósito de los quingos de San Antonio, una sabrosa página de don Ramón de Campoamor, la que, si no recuerdo mal, es como sigue:

Cierto monte por su altura
no dejaba ver el mar
desde la casa del cura
de un lugar.

Para ampliar el horizonte
con un cuento baladí
trasladó el cura aquel monte.
Cómo? Así:

"A las que una piedra —dijo—
lleven de aquel monte, Dios

Les dará, a algunas, un hijo,
y a otras, dos".

Hubo mujer diligente
que se llevó de una vez,
no una piedra solamente
sino diez.

Perdió así el monte su altura
y al fin vino a resultar
que desde casa del cura,
se vió el mar.

Sin recurrir a medios artificiosos, como el del cuento de don Ramón, sino solamente al espíritu público y al sentimiento de su grey, el Pbro. Rafael García Reza, sacerdote muy popular que tuvo a su cargo las capellanías de San Antonio y la Merced, construyó lis quingos de piedra de la colina, también ya destruídos en parte. Convocó al vecindario, le expuso su proyecto y, en tanto que los hombres se ocupaban de extraer del río las piedras y acumularlas en las orilla, las mujeres y los muchachos las transportaban hasta la colina, tal como las hormigas llamadas arrieras transportan a sus viveros las provisiones que roban, con escalamiento o factura, de los huertos circunvecinos.

RETROSPECCION

No dejemos morir todas las tradiciones de la ciudad. Mezclemos a la prosa del presente, a la lucha cada día más ardua y menos productiva, que desgasta y deprime, un poco de la poesía del pasado, de la poesía popular que encarna la vitalidad espiritual y liga lo que fué con lo que vendrá, formando así la osatura que da fisonomía propia a los pueblos y los premune contra la degeneración y el asimilamiento de costumbres extrañas, que acaban por hacerles perder la personalidad, base de la historia y de la independencia.

Que al desvanecerse el humo, el cabrilleteo y el estrépito de los fuegos artificiales, el resonar de los tambores y flautas de la banda de PALO ALTO? EL SON DE LAS TROMPETAS y cornetines de las bandas cívica y militar, la algarabía de los chiquillos y la policromía de los trajes de las muchachas casaderas, antaño tan devotas de San Antonio, resurja de su nido de ruinas la Capilla y alce al cielo las agujas de sus torrecillas entre la resucitada vocinglería de seis campanas, mientras las golondrinas que anidan en las ojivas y aleros revuelan en los aires y lanzaa sus chillidos de alborozo, aunciando la epifanía de una nueva era que perpetúe los cándidos sueños de nuestros antepasados y matice con sus tonos fantásticos y alegres el panorama gris del escepticismo presente.

EZEQUIEL GAMBOA
1932

EL ALMA DE LA CIUDAD

(LA LOMA DE SAN ANTONIO)
(Mario Carvajal)

Cuando llegamos a la loma de San Antonio hacia la hora del anochecer, la luna va muy alta. Redonda y plena sobre un fondo maravillosamente azul y encerrada en un amplio círculo de resplandor, llueve sobre el paisaje embrujándolo, toda la magia, todo el misterio, toda la sugestión inefable de su lúgubre. Ante nuestros ojos y ante nuestras almas como novias románticas vigilan la hora asomadas a nuestras pupilas, se extienden esta visión de ensueño que es una noche de luna en el Valle. Dilatado hasta límites imprecisos, el horizonte se arquea en vasta curva de la Cordillera Central, cuyo relieve destácase a trechos con precisión de paisaje japonés y a trechos se pierde entre un nimbo de nubes que, por obra y gracia de la Luna, son de plata, casi de oro. Todo preséntase a nuestras miradas ennoblecido por esta claridad, fuerte e indefinida a la vez, que precisa las cosas como sobre un fondo de ensueño, destacándolas en la expresión de la belleza y esfumando el detalle que el sol, crudo y violento, parece intensificar en el resplandor de las horas diurnas. La ciudad erizada de torres y palmeras, los grupos de bosque, las cúpulas gigantescas de los Andes, el paisaje total, adquiere en el prodigio del momento, ese encanto único, esa emoción inolvidable de cosa contemplada en una visión que no acertamos a precisar, si es un sueño que se parece a la realidad o una de esas realidades que se parecen a los sueños.

Suavemente inclinada la colina de San Antonio marca el último declive de la Cordillera Occidental en su descenso hacia el Valle. Entre el recodo de el Peñón y la prolongación de la pampa hacia el sur, destácase aislada, como si fuera, más bien que un esfuerzo final de la montaña, un tímido levantamiento de la llanura; dijérase el anillo de unión entre la mole de que se desprende y el Valle que se postra, como un mar, a sus pies. Limpia, de un suave tono de esmeraldas y surcadas en zig-zag por un angosto caminito de piedra, da la imagen de uno de esos paisajes con que los primitivos decoraban el fondo de sus lienzos y de los que dijo bellamente un poeta español que se creyeran soñados por un niño. Y para que nada falte a la imagen evocada, corona la cúspide y centro de la colina, una diminuta Capilla,

en torno de la cual se agrupan, en cándido decorado de pesebre, un montón de casitas enanas y pintorescas. Y un lado y prendida al alero de la torre, que apenas si alcanza a elevarse sobre el resto de la construcción, están las campanas que, como aves de horas, echan a volar sus plegarias y sus canciones (las campanas cantan y rezan a la vez) a la aurora, al mediodía y a la tarde...

Edificada por nuestros mayores para que la loma tutelar vigilara y amparara la entonces incipiente Villa de Santiago, allí permanece a través de los años, inmóvil en su actitud maternal, respetada en su vetustez, atenta a la salud de las almas que a ella acuden a beber, como en fuente de milagro, el agua viva del Señor...

Por los días del Patrono -el dulce y seráfico hijo de Padua- y por los tiempos de San Juan, la Capilla reúne en su seno y en sus alrededores a los moradores cercanos. Destácase entonces, como en torno de una abuela solícita, la alharaquienta alegría de los niños que llevan a correr sus cometas, como trofeos familiares, por los suaves ribazos que a ellos de seguro, se les antojan caminos de vida y de gloria. Truenan tres veces los cohetes y florecen, en lluvia de encanto, las luces de Bengala, cuyo abigarrado conjunto sugiere, mirado desde la ciudad, la impresión de una fiesta maravillosa, infantil y mágica, como un cuento de las mil y una noches de nuestra niñez.

Tendidos sobre hierba muelle y olorosa de la colina muy amigo y yo, contemplamos el espacio, cuyo dombo inmenso, abismado en el fúlgor de la noche, infúndeme una vaga sensación de mareo. Y así, de espaldas a la tierra y de cara al cielo, me parece alcanzar a sentir en mi cuerpo la vibración recóndita de la naturaleza. Hay pocas estrellas y todas están pálidas, apenas visibles. Lejos, alcanzan a divisarse la Cruz del Sur, con sus brazos abiertos sobre las "huérfanas llanuras" y la Vía Láctea que marca un camino misterioso al ensueño... Y absorto en el prodigio estelar, pienso en que las mujeres a quienes, como a las estrellas, la lumbre de la luna borra o hace palidecer casi hasta la diafanidad.

Abiertos con religiosa avidez todos los sentidos, alcanzamos a escuchar con el rumor del tiempo entre los árboles, el murmullo del río que corre cerca, ciñendo de una curva amorosa la casa de EL PEÑON, en donde en otro tiempo vivió Isaacs horas inolvidables de su niñez y en donde más tarde en noches como ésta congregaba a un grupo de sus amigos para leerles páginas de María, en la época fecunda y dolorosa de la gestación del poema. Yo pienso en el bardo, a quien nunca dejé de recordar en estos sitios y enlazo su recuerdo con el de aquel otro vate melancólico y atormentado, Isaías Gamboa, muerto en playas extrañas tras largo divagar en una ausencia nostálgica de estos contornos, en los que jugó niño y soñó adolescente y cuyo recuerdo le arrancó lágrimas de dolor.

Pasa un grupo de muchachas, charlando en voces cantarinas y riendo con risas locas y musicales. En pos del grupo a prudente distancia, va una pareja. Por el movimiento de los ojos y de los labios y por las varias actitudes de las manos, comprendo que conversan. Mas a pesar de que cruzan muy cerca a donde estamos, no alcanzo a percibir el más leve cuchicheo;

parece como si quisieran que las palabras fueran de corazón a corazón sin contagiarse de exterioridad: Parece, acaso, como si quisieran suprimir los vocablos. Así como hay momentos en que lo que más nos sobra, somos nosotros mismos, hay otros en que todo, menos nosotros mismos, nos sobra.

Mi amigo, soñador, idealista, quédase mirando largo rato hacia la pareja, que hace evocar la pareja del Nocturno, y luego, en frases melancólicas, lamenta la ausencia del idilio que completaría vivificándolos, su corazón y el paisaje. Su voz vibra en el silencio con ritmo penoso y emocionado. Y como quien recita una oración recuerda los versos de Pombo:

Noche como ésta y contemplada a solas
no la puede sufrir mi corazón...

Al pie de la colina, entre un corro de gente de tertulia principia a sonar una guitarra. Tímida y vacilante en los acordes iniciales, va haciéndose clara, definida, locuaz y juguetona por momentos y ronca y atormentada, luego torna a apagarse, a hacerse casi inaudible, como la voz de las mujeres y de los poetas cuando quieren que lo que dicen se oiga y se comprenda mejor. Yo no acierto a saber si esta ondulación que se nos va alma adentro, viene de la guitarra misma o del viento que nos trae su armonía en la sabia y oculta complicidad de los seres y de las cosas.

Nunca como en estos instantes alcanzamos a sentir la influencia sentimental de una guitarra. Nunca su voz llega tan hondo a nuestros espíritus como en la claridad de estas noches, cuando desde el leve promontorio de una colina nos extasiamos en el paisaje natal, vasto y magnífico, y seguimos con los ojos y con el corazón las calles de la ciudad materna que a la lumbre lunar pudieran compararse a paralelos ríos de oro.

Y ya no escuchamos el canto del agua, ni el rumor de las brisas, ni las mil voces del silencio nocturno. Es como, si la hora, según la bella expresión de un poeta, "no hubiese más que aquella melodía".

SEGUNDO CENTENARIO DE LA CAPILLA DE SAN ANTONIO

(Jesús María Fernández F.)

Sobre el costado occidental de esta noble ciudad de Santiago de Cali, se yergue -cubierta de perenne verdor y refrescada por incesantes brisas, que envía la cordillera cercana- la colina de "San Antonio", el más pintoresco y admirado sitio de cuantos circunda la urbe, y en cuya cima se alza, modesta y solitaria, la capilla del mismo nombre. En los días tranquilos de la Colonia, allá por el año de 1747, manos piadosas de pura esencia cristiana la construyeron, en testimonio de su profunda fe y de intenso fervor por las altas cosas de Dios.

Una ligera observación sobre el conjunto de la obra monumental o arquitectónica, da a entender desde luego que quienes la proyectaron y levantaron no hicieron despliegue alguno de ingenio artístico. La sencillez de estilo y la cortedad de sus proporciones, parecen indicar que hubo apremio urgencia intencionados para dar al sitio donde se encuentra nobilísimo destino, que no podía ser otro diferente de aquel de casa de oración que en verdad se le dió, como para que desde ella, una serena altura, el ojo del Ser Providente pudiera mirar complacido la sin par belleza del valle prodigioso y amado, que, con sobra de munificencia, hiciera El mismo para regalo nuestro y de todas las generaciones que aquí se congregaren a lo largo de los siglos.

En su recinto, fresco y silencioso, que incita al recogimiento espiritual y al mismo tiempo evoca la piedad sin dobleces de los cristianos corazones de nuestros antecesores, los giros del incienso parece que ascendieran con más ligereza al trono del Altísimo llevando nuestras preces. En sus paredes blancas, ausentes de frisos y molduras, tan frecuentes en la arquitectura religiosa de todos los tiempos y lugares, nada hay que admirar. Unicamente los cuadros de las estaciones de la Pasión de Cristo y unos pocos lienzos al óleo de Padres de la Iglesia, constituyen su ornamentación, la que consideramos de muy alato valor, por cuanto lleva el sello que imprimió la ansiosa mirada de muchas generaciones de fieles visitantes y de asombrados turistas que han desfilado bajo su techo, que no se inclina a pesar del disgregante discurrir del tiempo.

Su altar mayor, de madera bien labrada, con primorosos altorrelieves color de oro sobre fondo azul celeste, da albergue en sendos nichos laterales a preciosas estatuas de la Virgen del Carmen y San José, y en uno alto y central al patrono de la capellanía, el humildísimo San Antonio de Padua.

Los verdaderos caleños miran cada día con creciente veneración su memoriosa capilla y se ufanan de poseer la incomparable bella colina que le sirve de fundamento. En realidad esta capilla es para las gentes de la ciudad y de toda la comarca como un maravilloso relicario que aprieta y guarda en su interior ricos tesoros de crónicas, tradicionales y costumbres de épocas que no por distantes dejan de despertar en nuestro espíritu emociones de hondo afecto.

Según los documentos auténticos que se tienen sobre la historia de la capilla, en el mes de Julio de este año de 1947 se cumplen doscientos años de haber sido fundada. Con este motivo su muy virtuoso Capellán Pbro. doctor Gerardo González, y los miembros del Centro de Historia y Antigüedades del Valle del Cauca, tiene arreglado en selecto programa de actos conmemorativos, que de seguro se desarrollarán con todo el esplendor y solemnidad que corresponde a un hecho de suyo importante, el cual, como bien se entiende, suscita en nuestro interior gratas evocaciones sobre la sencillez, la piedad intensa y la depurada fé que exoraron el apacible vivir de nuestros antepasados.

REMINISCENCIAS HISTORICAS DE SAN ANTONIO

(Rafael Garcés)

Desde muy temprana edad conocí la Capilla y la loma de San Antonio como familiar y tradicionalmente se le ha llamado a esta última, mi padre (q. d. D. g.), me llevaba de la mano todas las tardes, era nuestro paseo cotidiano.

Así era la colina (hasta donde yo recuerdo): escuela sin árboles ni edificaciones que impidieran al visitante contemplar la espléndida vista panorámica de la ciudad de Santiago de Cali; el verde sus prados que siempre la a cubierto era el único adorno natural que la embellecía; ahora la han convertido en bosque, echando a perder sus encantos; no la llaman constantemente el balcón de Cali?, (balcón con telarañas?) nunca es igual lo artificial a lo natural. Pero sigamos adelante en descripción de la Colina; ascendía hasta la Capilla un ancho camino de piedra negra, redonda, que arrancaba en la esquina de la calle 2ª cruce con la carrera 5ª llamada vulgarmente "Los Quingos" de San Antonio por la forma de zig-zag que presentaban; en la esquina de la misma carrera quinta cruce con la calle 1ª, existía una chivera de los Quinteros, continuando el ascenso, al llegar frente a la Capilla, se bifurcaba, continuando el camino principal hasta llegar al pie de la escala que conduce al atrio de la Iglesia, y el ramal de la izquierda seguía rodeándola por el sur hasta encontrar el arco o portada de ladrillo que daba frente a la puerta lateral de la capilla. Esta vía empedrada fué sustituída por una escala moderna de cemento. El banqueo, arborización, estructuras metálicas y otras obras modernas han ido acabando con la belleza natural de este pintoresco lugar de recreo al que cantaron tanto todos nuestros poetas, y que hoy no aprecian en su verdadero valor. Sólo falta la construcción de elevados edificios que pongan mampara a la panorámica. Es que en Cali ya no hay caleños que defiendan su ciudad?, el modernismo, la indiferencia y la envidia quieren acabar con las reliquias que en otras ciudades del país conservan. Qué dice el Honorable Centro de Historia y Antigüedades del Valle del Cauca?. Aquí se ha enseñoreado la sed de acabar con los recuerdos históricos de la ciudad de Santiago. Y qué opina la Sociedad de Amor a Cali?, a todo esto se agrega la acción destructora de la muchachada sin control; en qué consiste la instrucción cívica que dan en las escuelas y colegios?; el asunto no es crear sino conservar; la educación moral radica en el hogar y ella debe continuar en la escuela y el colegio.

Entremos en el Santuario del Traumaturgo de Padua.

Cómo era: Una estrecha escala de ladrillo protegida por gruesos muros que arrancaban y terminaban en columnas que remataban en pirámides de piedra de cantera, daba acceso al atrio o altozano encerrado también por un muro que impedía hasta cierto punto la entrada de animales cuadrúpedos; la puerta mayor tenía una reja de madera fuerte, con dos naves, que abría y cerraba a voluntad la feligresía; aún existen las argollas en que se colgaban las naves, esto para evitar que el ganado vacuno y caballar entrara a la iglesia beber el agua bendita de las pilas de piedra de cantera incrustadas en las paredes laterales, y a la vez, no ensuciaran el piso. La espadaña que sirve de campanario, tenía dos pirámides de piedra laterales que remataban en bola, reemplazadas hoy por modernas copas de cemento, dos de sus antiguas campanas fueron vendidas no sabemos a quien; su tañido era muy agradable y popular. No será posible restaurarlas?. Las tapias de adobe que encierran la Capilla, no son coloniales, sus patios laterales eran cercados con guadua o caña, la escala de subir al coro arrancaba dentro de la iglesia y el lado derecho de la puerta mayor, enseguida de las pilas para el agua bendita, había un pequeño Bastisterio al lado derecho; esta iglesita figuraba como Vice-parroquia; el piso era de ladrillo de barro quemado, tamaño heroico; el púlpito era muy bonito, hacía juego con el altar, también desapareció (aunque no del todo, existe en otro lugar); los ventanales del costado norte no existían, posiblemente debido a los fuertes vientos de la tarde, no habían nichos en las paredes, tampoco altares menores; la baranda (comulgatoria) era sencilla y recta, la puerta que conduce a la Sacristía era abajo del Presbiterio, aún se ve la señal, el altar es de estilo barroco, el sagrario era pequeño, rústico y sencillo, también desapareció; la mesa de oficiar era de ladrillo, en forma de pecho de paloma (como dicen los albañiles) ahora les dió por modernizarla y finalmente destruírla, la imagen antigua del Santo Patrono era de esqueleto o varillas de madera de vestir con sayal de paño, ésta fué vendida a un señor Paz quien estableció la devoción en Florida (Valle), y muerto él, la imagen fué abandonada; la que existe actualmente, es estatua de madera macisa, existió anteriormente en San Pedro (hoy Catedral) (esto hace unos cincuenta años); así mismo existieron (o existen en otro lugar) tres imágenes pequeñas talladas en madera por el presbítero Buenaventura Jiménez, quien fué capellán de esta iglesia varias veces y del cual conservo algunas anécdotas. Las imágenes son: San Cayetano, San Buenaventura y San Juan Bautista, además hay un Crucifijo grande y una imagen de San José también antiguas. Todos los objetos y elementos para el culto y que varias veces los caleños y devotos del Santo le hemos dado, han desaparecido (aunque no del todo, existen en otro lugar); hasta los terrenos que fueron donados para el sostenimiento de la Capilla y del culto del Santo, han pasado a otras manos.

FIESTA PATRONAL

(13 de Junio)

Todo el mes era dedicado a honrar a San Antonio desde el día 1º. Mañana y tarde los tambores fiesteros recorrían las calles de la ciudad invitando a sus moradores a concurrir a los oficios religiosos que en honor al Santo se cumplían en su Santuario; entre otros recuerdo a los Zeas, (remoqueteados los "Timbos"), a José Redondo; había mucha animación en la Colina durante todo el mes, la novena al Santo era muy concurrida y alegre, se quemaba mucha pólvora, había música, venta de comestibles, atracciones para los muchachos, el día principal era muy solemne tanto dentro del templo como afuera, en las vísperas y día se quemaban uno o varios castillos muy hermosos, hábilmente elaborados por Lucas Figueroa ("Conejo"), Eusebio Potes, Andrés Varona y otros pirotécnicos de la época; el día 13 había solemne procesión con la imagen del Santo Patrono, se armaban hermosos y variados arcos triunfales, desde la capilla y por "Los Kingos", hasta donde don Benjamín Martínez, que era uno de los devotos que metían el hombro en la fiesta, así como Juan de la Cruz Garcés y muchos más que ya murieron; no faltaban los globos, la banda de "Palo alto", la vaca loca, varas de premio etc. Entre los sacristanes más antiguos y de mayor duración al servicio de la capilla, recuerdo a Manuel Rodríguez y a Ernesto Castillo; el negro Genaro (patojo y ñato), recogía la limosna con el San Antonio Callejero.

La misa conmemorativa del día 13, era muy solemne, no faltaba el panegírico del Santo y era amenizada por la orquesta de aquel entonces, compuesta por don Fidel Jordán con su clarinete, el maestro Serafín Rodríguez con su violín o bajo, el maestro Batango y otros que se me escapan. En agosto los devotos del Santo le hacían una segunda fiesta tan solemne como la anterior, todos los devotos no sólo del "Empedrado" sino del "Vallano", concurrían con devoción y entusiasmo a solemnizar con su presencia estos cultos a San Antonio. "Ah tiempos que no volverán"... El modernismo trae progreso pero acaba con las tradiciones y recuerdos. Para los que no saben, "Empedrado", se le llamaba a la parte alta de la ciudad y "Vallano", a la baja (o sea San Nicolás); la ciudad se extendió inicialmente de Occidente a Oriente y después al Sur (Santa Rosa).

La loma de San Antonio ha sido y aún es escenario del tradicional concurso y carrera de macetas (29 de Junio, fiesta de San Pedro y San Pablo) aunque ha decaído un poco.

Y en Agosto la diversión con las cometas. Mucha animación, muchos pleitos, también ha decaído.

LA ERMITA DE SAN ANTONIO

(Echevarría Barrientos)

En la colina iluminada de Cali hay una ermita, la más hermosa del mundo, que aquí se conoce desde el momento mismo en que se construyó, como la Capilla de San Antonio. Una joya de estilo colonial que no tiene nada que envidiar a su similar en Madrid, hacia donde acuden las modistillas solteras todos los mayos a pedirle marido al buen Santo.

Por cierto que hay una estupenda Zarzuela. Luisa Fernanda, de Moreno Torroba, a quien se le ve por la Gran Vía a la orilla de un "chato" tintorro, que cuenta la conmovedora historia anual de la Ermita madrileña.

La nuestra, la de Cali, tiene sus leyendas y tradiciones muy personales. Es la capilla de los abuelos del burgo, allá iban en penitencia, no sólo por apego a su belleza antigua, sino por la lógica panacea de mirar el Valle desde la Colina.

Las nuevas generaciones la olvidaron, y la Capilla de San Antonio empezó a amenazar con desplomarse. La civilización, que a veces es tan ridícula como indispensable, instaló a su lado una estación generadora de energía eléctrica. Por ahí derecho asesinó la perspectiva de la deslumbrante ermita.

Porqué la gente joven de Cali no acude a San Antonio?. No me explico porqué no se celebran allí todas las bodas. Fastuosas o sencillas. No hay en este planeta un lugar más tierno y místico que la colina iluminada.

La arquidiócesis, con singularísimo buen gusto, restauró La Merced. Otra joya de la historia caleña. El turno es ahora de San Antonio.

La empresa de la restauración de la Capilla está a cargo de los miembros de EL GATO NEGRO, una "maffia" al revés, o sea, lírica, bondadosa, altruísta. Está constituída por cincuentones caleños a quienes les duele la colina y la Ermita. Linda actitud que, desde luego, necesita la cooperación de todos los caleños, sobre todo de los hombres atornillados aquí por las raíces de la sangre.

LA COLINA DE SAN ANTONIO

(Dr. MARIO CARVAJAL)

(Romancero Colonial de Santiago de Cali)

La colina a la que el año
de la fundación primera
el capitán don Miguel
Muñoz, trasladó la aldea
tiene la forma de una
leve almohada sedeña,
donde el ígneo sol del valle
cada tarde descabeza
breve sueño antes de ir,
por las rapas de la cuesta,
a hundirse en el mar océano
detrás de la cordillera.
Parva colina oriental
de esmeralda tierna
de la que a saber no alcanza
jamás el que la contempla,
si es el peldaño final
del farallón, o es apenas
elación hacia el azul
de la tímida pradera.

Sumaba Miguel a ojo
de águila, alma de poeta,
que así eran aquellos hombres
y así aquellos tiempos eran.
Nadie, después, en la noche
ha visto errar su silueta
(fantasmas del hondo antaño)
sombra de la antigua gesta;
capa al aire, gladio al cinto,
luz y música en la espuela,
por las faldas del collado
con la cósmica sorpresa
que inundó su ser el día
en que, en pago al ansia épica
púsole el mágico alcor
frente a la llanura inmensa?
Inefable privilegio,

suerte de una aldea
reposar al casto abrigo
de una colina como ésta;
que le da para que acune
su alegría y su tristeza,
un horizonte de ensueño
una perspectiva incierta,
de paisaje primitivo
de evanescente viñeta
paisaje para el ensueño.
y el idilio y la leyenda.

Andando el tiempo, en la cumbre
del bíblico alcor, las buenas
piadosas gentes antiguas
levantaron una iglesia;
minuscúla, nívea, dulce
como alba cofia de abuela.
Cuatro paredes enanas
y al lado, casi en la puerta,
y muy bajo el campanario;
en cuyo nido se aprieta
un grupo de esquilas párvulas
un racimo de aves huérfanas.
A cada vez que las niñas
al pasar, la miran, piensan
que así, como ella, es
la casa de sus muñecas.
En el césped de la loma
fué dibujando una senda
serpenteante, el peregrino
Caminito. caminito
de la infancia alharaquienta;
caminito del romántico
piadosa de aquella época.
amor de la adolescencia;
caminito que has sentido
ir y venir por la vena
de tu cauce, en el humano
fluír de la antigua aldea;
y después, en el de ahora
el de la fábrica nueva,
el misterio de la vida
que, a veces, no es más ¡Oh senda!
que un hilito serpenteante
sobre una colina trémula.
Y los rubios angelitos
al escuchar la respuesta,
abandonan el trabajo

y llenos de espanto, vuelan
derramando entre las nubes
tristes lágrimas de pena.

LA CAPILLA DE SAN ANTONIO

(Fr. Enrique Aguilar O. F. M.)

(Fragmento)

Muchas veces huyendo de la vida
-si es que podemos escondernos de ella-
he ido a refugiarme en la penumbra
de aquella ermita.

De aquella ermita que se yergue humilde
sobre una muelle estribación del Ande,
como un dulce recuerdo de otros tiempos
tal vez mejores.

Allí no llega, sino el sordo ruido
como las olas de la mar bravía
de la ciudad, pero se extingue al punto
sobre las playas.

Un perfume de siglos se diluye
en la penumbra de la vieja ermita;
goza allí el alma de sentirse presa
de vago ensueño.

En la quietud de su penumbra mística
no hay grotescos. ni tallas coloniales,
ni retablos, ni altares relucientes
de oro bruñido.

No se ven en sus muros las pinturas
que rememoran un pincel maestro,
ni ventanales de motivos bíblicos
policromados.

No hay plata repujada en sus altares,
ni cálices antiguos, ni custodias,
pero hay, en cambio, la quietud inmensa
que ansía el alma.

No hay mausoleos de luciente mármol
con estudiadas inscripciones clásicas;
no hay, sino un rinconcito, donde duerme
dulce poeta (1).

Dulce poeta que murió nostálgico
soñando siempre en la lejana patria,
siempre cantándole al hogar bendito...

(1) (Se refiere al poeta Isaías Gamboa, cuyos restos yacen en la Capilla cerca del púlpito).

DESAPARECERA LA CAPILLITA DE SAN ANTONIO.

Abril 23 de 1.967 **(Omar Gustavo Quintero)**

No vengo a escribir de historia antigua ni cosa parecida. Solamente quiero -como caleño- dar un clarinazo a todos los caleños raizales: desaparece poco a poco otra joya colonial de nuestra querida ciudad: La Capillita de San Antonio, enclavada en la colina que lleva su nombre.

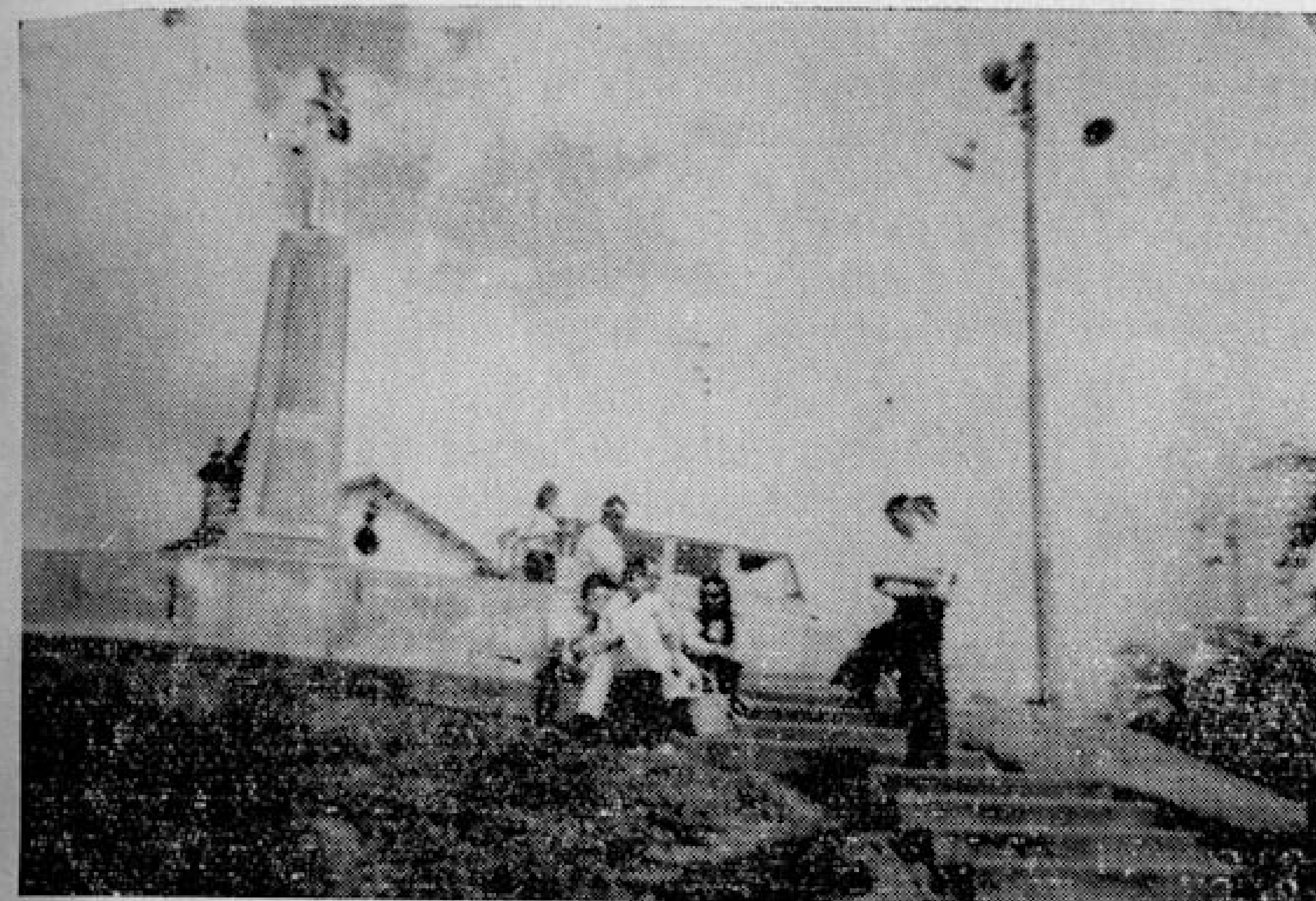
Así como desaparecido el claustro de Santa Librada y casi desaparece el rincón caleñísimo de La Merced tiende también a desaparecer otra joya caleña. Y en donde están los caleños? No habrá una mano compasiva que diga alto a las destrucciòo de cosas tan nuestras?

Se que un viejo grupo de caleños fututos, ellos del corrillo "El Gato Negro", han bregado por mantener esa reliquia del Cali viejo como lo es la capilla de San Antonio. Ellos han luchado, han hablado con todas las autoridades para que se les restablezca y se mantenga esa iglesia colonial. Pero la capilla se cae, se viene abajo y hay que conservarla sea como sea. Hay que hablar yo no sé con quien, pero ese pedazo del Cali nuestro tenemos qûe salvarlo.

Cuál será el caleño que no ha subido a la colina y conocido la capilla por fuera y por dentro? La fachada -colonial, antigua y bella- es admiración de todos. Dicen los libros que recibe el nombre de capilla porque ya en la Iglesia matriz del Siglo XVII existió una capilla dedicada a San Antonio de Padua, que al crecer la ciudad, en el siglo XVIII fue transferida a este lugar como hijuela. Después de varios intentos a mediados del Siglo XVIII, la fundación se llevó a cabo por la voluntad testamentaria de don Juan Francisco Garcés de Aguilar, cristiano viejo avecindado en la ciudad. La capilla quedó erigida en 1747. El lugar fue elegido por el Padre Campino para la fundación del colegio franciscano misional, pero al fin prevaleció el criterio más realista del padre Larrea, que prefirió un sitio más céntrico.

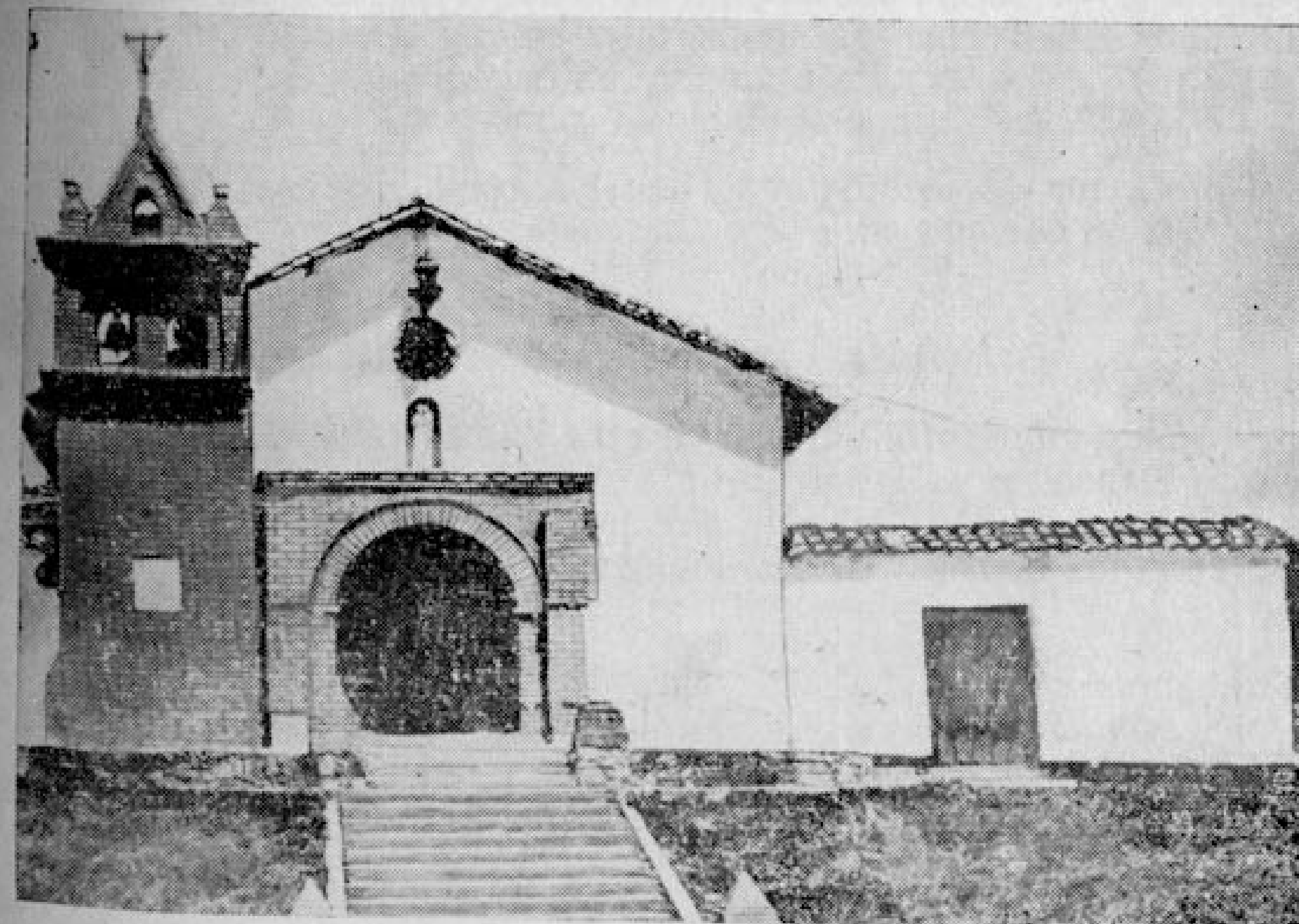
La fachada tan hermosa muestra el ingreso de medio punto flanqueando por pilastras también de ladrillo; la portada que remata con una ornacina y un óculo. La espadaña es totalmente de ladrillo y consta de tres cuerpos; el segundo alberga las campanas en dos vanos de medio punto, encuadrados según la vieja tradiciónalmohade. El remate es un frontispicio triangular muy agudo, flanquean por dos bácaros y coronado por un aditamento de cerámica, que de ser de esta época, sería uno de los más antiguos precedentes del uso de la cerámica de el Valle del Cauca.

El interior de la bella joya que, aunque transformado, puede darnos idea del ambiente colonial. Su planta, sencilla, es de tipo rectangular,



Vista de San Antonio de Padua en la colina del mismo nombre.

* * *



Antigua Capilla de San Antonio.

* * *

con coro a los pies sobre estructura de madera. Las gradas del presbiterio y la balaustrada describen curvas muy diciochescas, del tipo barroco. La techumbre primitivamente parece que fue a dos vertientes, pero hoy aparece en forma de artesa con fondo de madera, y tirantes rústicos.

Por un inventario de 1786 se sabe que en el altar mayor, en un nicho central, había una efigie del bulto de San Antonio, muy deteriorada por el comején; a la derecha también una imagen de Nuestra Señora de Belén, sentada en una silla con el niño en la mano y dotada con la interior de ropa repuesto. En el nicho de la izquierda estaba una image del retablo de San Joaquín y de Santa ANA, ya bastante vieja. Había diez cuadritos de los doce Apóstoles, una torre con dos campanas y estaba por fuera un arpa de propiedad a la iglesia.

Dénse cuenta, pues, los hijos de la ciudad, si vale la pena salvar una obra colonial como esta capilla tan caleña y tan nuestra. No podremos movilizar los caleños en favor de esta joyita colonial? Seremos capaces de dejarla y que desaparezca? No lo creo. Todavía hay caleños de corazón que pondrán los ojos sobre la Capilla de San Antonio. Adelante, pues, corazones.

JUNTA PRO-CAPILLA DE SAN ANTONIO RINDIO INFORME

(Abril 15 de 1967)

La Junta Pro-Restauración de la Capilla de San Antonio, "Corrillo del Gato Negro", ha rendido un informe sobre las inversiones que se han hecho de las contribuciones de los benefactores. Entre las obras realizadas están la reconstrucción de la base de la imagen de San Antonio, erigida en la colina, la reparación de gran parte del empedrado "quingos" que conduce a la Capilla, empradizado de un tramo, reestructuración de los techos de la iglesia y demolición de una mediagua, por no corresponder a la edificación original. El monto de las inversiones asciende la suma de $ 12.677.65.

Merecen especiales felicitaciones los miembros del corrillo del "Gato Negro", por esta labor cívica, orientada a la conservación de la histórica capilla de San Antonio.

RESTAURACION DE SAN ANTONIO

"El Corrillo de El Gato Negro", círculo integrado por personas pertenecientes a la "vieja guardia" de Cali, todas ellas residentes el barrio de San Antonio, adelanta actualmente una amplia labor de los trabajos de restauración de la Capilla de San Antonio, una de las más antiguas de la ciudad y valorada joya de Colombia.

Los integrantes del "Gato Negro", dan cuenta a la ciudadanía de los dineros recaudados y las inversiones que se han realizado, con los datos siguientes INGRESOS, $ 12.677. 65. Compra de materiales: Alcancías de madera y varulina, $ 65.000,00; arreglos quingos de la colina, remodelación base de la Estatua de San Antonio, trabajo y materiales, $ 255.00; arreglo del techo, esterillada, caballetes, empañetada, pintada, etc., $ 6.450.00; ma-

teriales, cemento, madera, puntillería, lazos, cal, esterilla, paja $ 4.390.00. El valor del saldo que queda, destinado a reconocer al señor Rafael Garcés servicios de dirección y consecución de materiales y control de trabajos, $ 517.65, lo cual da un total de $ 12.677,65.

LA CAPILLA DE SAN ANTONIO

Iglesita vetusta que vigilan el juego
de los niños que el oro del candor atesoran;
Iglesita que acoges y bendices el ruego
de los seres que sufren y a Dios perdón imploran!

Iglesia vetusta! Cuando a tus puestas llego
y al olor de la mirra mis recuerdos enfloran,
mientras quema mis labios de la oración el fuego,
mis ojos, ya cansados de la existencia, lloran.

Iglesita! Yo nunca te olvidé cuando iba
por el largo camino, bajo el sol inclemente,
o sobre el frágil lomo de los mares sin calma,

yo llevaba tu imagen de mi mente cautiva,
y eras, con el recuerdo de mi madre, nepente
para hacer menos honda la tristeza del alma!

Mateo Gamboa.

Una Bella Tradición de Cali

Un selecto grupo de damas caleñas en quienes, a fuer de hijas de la América Hispana, la fe es a manera de una antorcha y de un escudo, deseosas de dar la mayor extensión posible al conocimiento de la maravillosa historia de la imagen que, bajo la consoladora advocación de Nuestra Señora de los Remedios, se venera en la iglesia de La Merced, de esta ciudad, han querido reunir en las páginas que se leerán enseguida los documentos relativos al hallazgo de la milagrosa imagen y a su traslado al lugar donde hoy muestra la perfección de su escultura. Comisionado por ellos para poner las líneas que sirvan de introducción a los referidos documentos, he creído dejar cumplido el honroso encargo copiando los cariñosos párrafos en que, en día ya lejano, dejé constancia en uno de los más caros recuerdos de mis primeros años.

LA VIRGEN DE LOS REMEDIOS.

En la parte alta de la ciudad hay una vieja iglesia, fabricada por hallá en los tiempos de la Conquista por los frailes mercenarios. Su construcción es sencilla. Por ninguna parte muestra la gracia de una línea arquitectónica. La tradición cuenta que fué ese el primer templo levantado en Cali, en el mismo sitio en que fray Santos de Añasco dijo la primera misa en los días de la fundación de la ciudad, en 1536. Desde entonces se le llamó La Merced.

Mucha s veces he ido a vivir la vida colonial al amparo de uno

como hálito de vetustez y de misterio que flota en el sagrado recinto, esa vida cordial entrevista apenas en estos días de lucha por el oro, de complicación y de positivismo, a través de los silenciosos monumentos donde quedó, con el fruto del sudor, parte del espíritu de nuestros antepasados. Por los arcaicos ventanales se filtra una luz tenue y amarillenta, en que palpitan mil átomos de oro, como si trajera en sus alas el polvo de muchos siglos. La puerta mayor de una plazoleta solitaria donde, entre las hendiduras de las piedras, crece a su antojo la yerba.

Con esta vieja iglesia forma ángulo una capilla construída en 1672 por el capitán Toribio Moro Vijil: la capilla consagrada a la Virgen de los Remedios. Esa imagen me trae recuerdo de mi niñez. A su altar fuí llevado pequeñín, y desde entonces se me enseñó a venerarla. Mis primeras oraciones, balbuceadas con la fe de la infancia, subieron entonces, con las espirales de incienso, hasta el camarín de la imagen cuyos labios parecían sonreírme con una sonrisa que no he hallado después en otros labios.

La historia de esa estatua constituye una de las más bellas y antiguas tradiciones de la ciudad. Rue hallada en la montaña y traslada a La Merced, por los años de 1580, por fray Miguel de Soto, mercenario doctrinero de los territorios indígenas de Anchicayá, Cavá y Micó, a quien se presentó un día en su celda un indio de contextura recia y gesto zahareño que, al observar una imagen de la Madre de Dios ante la cual ardía un cirio, le contó que hallá en su tierra, en el corazón de la montaña, entre un nicho de rocas, había una imagen como aquella, más hermosa, con el gesto contraído por una adorable sonrisa que dejaba entrever unos dientes "tan perfectos que parecían de milagro". Era su Señora, la Señora de los indios comarcanos que había hablado a sus corazones desde la niñez y a la que ofrendaban las primicias de sus huertos. Y ella, siempre generosa y amable, les devolvía centuplicadas las ofrendas. La llamaban con un nombre cariñoso y sencillo, adorablemente ingenuo, que había brotado del fondo de sus corazones vírgenes como la montaña que les había dado la vida: MONTAÑERITA CIMARRONA. La festejaban a su usanza y desataban para ella la armonía de sus flautas, la agilidad de sus pies y la flexibilidad de sus cuerpos libres de la opresión de la indumentaria europea, en el donairoso vaivén de sus danzas predilectas porque era ante su MONTAÑERITA ante la única que deponían la altivez de su raza, hoy abatida, y suavizaban el gesto endurecido por la lucha con el monte bravío.

Fray Miguel, que era cojo, se hizo conducir en hombros de los indígenas, al corazón de la montaña de Micó. Atravesó la selva que a trechos marcaban los rastros de las fieras. El sol se filtraba suavemente por entre los verdes encajes de las frondas y dejaba manchas de oro sobre la hoparasca que cubría los bordes de los caminos. A lo lejos se oía el silbido de las cobras. Los bejucos se entrelazaban formando caprichosos monogramas. Bajo la fronda de las encinas centenarias eran las noches más oscuras, y en ellas se poblaba la selva de infinitos rumores. Y allá y nemorosa quietud de ese bosque potente de savias, pleno de rumores y

de aromas, a pocas leguas del mar Balboa, encontró la imagen más perfecta que hubieran visto sus ojos mortales, tallada en lo alto de una roca, entre un nicho adornado con bejucos y helechos silvestres. El rostro era de una perfección admirable; los ojos de una dulzura mística, la boca entreabierta y como plegada en una sonrisa divina. En la faz luminosa del Niño, quien con una mano se asía al cuello de la Madre y con la otra empuñaba una fruta madura, había un mezcla de candor y de majestad extra-terrestres.

De orden del doctrinero, fue arrancada la estatua de la roca, a golpes de pico, y traslada a la ciudad. Pero hé aquí que una noche desapareció de la portería del convento de La Merced, donde había sido colocada y fue hallada otra vez en la montaña. Cuentan los declarantes en la información jurada hecha 1672 por orden del obispo don Melchor Liñán y Cisneros, sobre la manera como fuera hallada la imagen, que traída nuevamente a la portería del convento desapareció dos veces más. La tercera vez fue devuelta su procesión con gran solemnidad bajo vara de palio, en la que los miembros del clero y demás fieles iban descalzos. Entonces se construyó, al lado de la iglesia de La Merced, la capilla a donde han ido a orar, ebrias de místico entusiasmo, las nuevas generaciones.

Al ingenuo y poético nombre de los hijos de la montaña, ha sucedido otro con el cual le han invocado los habitantes de la ciudad: NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS.

Y allí, a esa humilde capilla, hasta donde llega como el eco de una música el cántico del río que arrulla la ciudad, al pie de esa estatua encontrada en lo más abrupto de la selva, entre unas rocas, y en cuyo rostro hay uno como halo luminoso que parece denunciar el esplendor del milagro, han ido desde entonces a deponer su soberbia, a buscar alivio a los dolores de este mísero vivir, muchas almas sedientas de resignación o de consuelo, para quienes aun queda, como una tabla a qué asirse, un jirón de la fé de los primeros años. Ya lo ha dicho el gran Hugo: "Cuanto se disminuyen nuestras miserias finitas cuando se mezcla a ellas una esperanza infinita".

ALBERTO CARVAJAL

HISTORIA DE LA VIRGEN DE LOS REMEDIOS, PATRONA DE CALI.

(Copia fiel de la información jurídica hecha en Cali en 1672 sobre el hallazgo de la Milagrosa Imagen).

UNA BELLA TRADICIONAL DE CALI.

Alberto Carvajal

Nos el doctor don Melchor de Liñán y Cisneros, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, obispo de la Santa Iglesia Catedral de Popayán, electo arzobispo de la de los Charcas, del Consejo de su Majestad, Presidente, Gobernador y Capitán General de éste nuevo Reina de Gra-

nada y visitador general de su Real Audiencia, por comisión particular, etc. etc.

Por cuanto el Capitán don Toribio Moro Vijil, vecino de la ciudad de Santiago de Cali, de la Gobernación de Popayán, Nos ha hecho delación que en el Convento de Nuestra Señora de la Merced, Redención de cautivos, de dicha ciudad, está una imagen de Nuestra Señora de los Remedios, de pedernal, que fue hallada al principio de su fundación y población, en la montaña del Raposo, en lo más agrio y áspero de ella, distante más de cincuenta leguas de monte al mar del sur, por los indios bárbaros, en una peña hecho su nicho, a quien ellos como gentiles ofrecían camaricos de frutas y otras comidas; y que habiendo tenido noticia los vecinos de la ciudad de Cali, la trajeron, aunque con dificultad por el grandísimo peso de dicha imagen, y pusieron en la portería sobre la puerta de la iglesia de dicho convento de Nuestra Señora de la Merced, por no haber otra en aquel tiempo en dicha ciudad, desde donde se volvió a dicha montaña por tres veces, y la última los vecinos la alcanzaron en el camino y la trajeron en procesión y la pusieron en dicho conveto; y que ha hecho muchos milagros, sanando enfermos y sudando por diversas veces; y que por negligencia y descuido de los religiosos no han hecho informaciones de cómo fue hallada la dicha imagen en su nicho, y de lo demás que se deduce antecedentemente; y para que se verifique judicialmente todo lo antedicho para aliento de la devoción y culto de la cristiandad, y para mayor honra y gloria de Dios, nuestro señor y bien de la República, pretende hacer una capilla y que se coloque en ella dicha imagen con la decencia necesaria; y atendiendo a tan justo pedimento y porque su devoción, fervor y celo no descansa. Por tanto damos comisión en forma al Maestro Joaquín López de la Espada, nuestro cura y vicario de dicha ciudad de Cali, para que reciba información ante Notario, y en su defecto ante si con dos testigos, del tiempo que há que se halló dicha imagen, dónde y cómo, y las circunstancias que precedieron, y de cómo es de pedernal con su niño Jesús en los brazos, que por lo duro y fino de él es difícil de labrarse, y también por no ser capaces los indios bárbaros de hacer semejante hechura; y que los que declaren expliquen con distinción lo que saben o hubieren oído al tenor de ese mandamiento, diciendo y declarando en todo o en parte; y que sea todo con citación del Procurador General de la dicha ciudad de Cali, para cuya información sea citado, y fecha en el grado que baste, cerrada y con numeración de fojas Nos la remita para que con vista de ella proveamos lo que convenga. Que es fecha en esta ciudad de Santa Fé, a tres de agosto de mil seiscientos y setenta y dos años, con expresa licencia del Ilustrísimo, y Reverendísimo P. Maestro D. Fr. Juan de Arguinao, Arzobispo de este Reino.

MELCHOR, Obispo de Popayán, electo de Arzobispo de los Charcas.

OBEDICIENTO.

"En la ciudad de Cali, a quince días de septiembre de mil y seiscientos setenta y dos, el Capitán don Toribio Moro Vijil ante el Maestro Joaquín López de la Espada, Cura y Vicario, Juez Eclesiástico, Comisario

del Santo Oficio y Apostólico Subdelegado de la Santa Cruzada, presentó la comisión anterior, despachada por el Ilmo. Sr. Dr. D. Melchor de Liñán y Cisneros, obispo de éste obispado de Popayán, electo arzobispo de la de los Charcas, del Consejo de Su Majestad, Presidente, Gobernador y Capitán General del Nuevo Reino de Granada y Visitador General de la Real Audiencia de ella, con que requirió y pidió el efecto de su cumplimiento; y visto por su merced dijo: que lo aceptaba y aceptó y mandó se eximen los testigos que presentare y se examinen al tenor de dicha comisión, con citación del Procurador General de esta ciudad; así lo proveyó, mandó y firmó.

El Maestro, Joaquín López de la Espada. Toribio Moro Vijil. Ante mi, Pedro de Esquivel, Notario.

CITACION

"En la ciudad de Cali, a quince de septiembre, año de mil seiscientos y setenta y dos, yo el presente Notario leí y noté lo proveido anterior a Juan Alvarez de Zapata, Procurador General de dicha ciudad, y hice saber el efecto de la Comisión, y habiendo oido y entendido dijo: Que es muy conveniente el que se haga la dicha información de la Imagen milagrosa dc Nuestra Señora de los Remedios, que tiene noticia es halló en las montañas distantes de esta ciudad, en despoblados y riscos, porque todo lo que contiene el informe lo ha oído públicamente, y dirá mucha más para la perpetua memoria de Imagen tan milagrosa. Y lo firmó.

Juan Alvarez de Zapata.- Pedro de Esquivel, Notario".

"TESTIGO, BENITO DEMORGA, INDIO.

En la ciudad de Cali, a quince de septiembre, año de mil y seiscientos y setenta y dos, ante el M. Joaquín López de la Espada, cura y Vicario de ella, el Capitán don Toribio Moro Vijil presentó por testigo para la probanza de dónde se halló la Imagen de Nuestra Señora de los Remedios, en montañas y desiertos, que es de pedernal, a un indio muy viejo que dice llamarse Benito Demorga, y ser natural de Anchicayá, en las provincias de las montañas, aguas vertientes al mar del sur en la jurisdicción de la dicha ciudad; del cual recibió juramento por Dios y la Cruz, en forma de derecho, habiéndose dado a entender la fuerza de él, prometió decir verdad, y examinado al tenor de la comisión anterior, dijo:

Que siendo este testigo de pequeña edad vido que los indios del pueblo de Cavá, en las montañas, habiendo tenido una imagen de Nuestra Señora de los Remedios en las cabeceras de Cavá y montañas altas que llaman el puesto de Micó, la trajeron, habiéndose juntado todos los indios que estaban circunvecinos, poblados en ocho pueblos comarcanos, a la Santa Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, Redención de cautivos, de la dicha ciudad. Y lo común que decían los antiguos indios viejos de aquellos tiempos era que se descubrió la dicha Imagen en las dichas montañas de Micó, en montañas agrias y cerros montosos entre peñas, y que este descubrimiento fue porque andando por aquellos desiertos, reconocieron

los indios naturales tres luces de parte de noche, por cuya causa fueron buscando el puesto y hallaron que en aquellas peñas estaba la dicha Santa Imagen entre peñas en una cuevecita, sin que se entendiera que ningún hombre la hubiese labrado; con que los indios montañeses de las ocho provincias referidas siempre la iban a ver como a su Señora, quien así la respetaban y querían, y le llevaban de comer y presentes de frutas cada dos días, por parcialidades y bastimentos a su usanza de ellos, diciendo que era para que comiera con su hijo, y que cuando volvían al segundo día, no hallaban cosa ninguna del camarico antecedente, y gustaban mucho de ellos los indios naturales haciéndole festejos, danzas y tocando sus flautas, al modo y usanza de ellos. Y que este testigo siendo pequeño, como tiene dicho fue en compañía de su padre que se llamaba Andrés Yuncuá, el cual fue uno de los cargueros que la trajeron la última vez, porque los tres antecedentes que la habían traído y puesto en la portería del dicho convento de las Mercedes, se había vuelto a ir milagrosamente sin que nadie la llevara; y decían los antiguos que preguntándole cómo se había vuelto a la montaña, les decía que iba por su banquito, que era en donde le ofrecían el camarico y cosas de sustento, por vía de agazajo y amor que los naturales le tenían; que les comunicaba que la última vez, según dijo un cacique de Cavá, estando en compañía del de Micó, había parlado la Imagen y les dijo que ya se despedía de ellos para quedarse de una vez y no volver, y que se acabarían todos los indios de aquellas ocho parcialidades y montañas, muy breve, y que después de acabo se volvía a probar, no dijo con qué gente ni más circunstancias. Y que esto oyó públicamente a su padre y a los demás indios antiguos, y que la dicha imagen de Nuestra Señora es la que al presente está en un altar de la Santa Iglesia del Convento de Nuestra Señora de las Mercedes, la cual y el niño son con la peña, de piedra sólida pedernal blanco y verde y de muchísimo peso, con ser mediana de poco más de vara; que es la misma que vió traer este declarante en tiempo que era doctrinero de dichas montañas y pueblos un fraile mercenario llamado fray Miguel Chiquito de Soto, el cual lo entraban y sacaban a hombros de indios de dicha su doctrina, y según las noticias de presente, por las señas dadas, se llamaba el dicho doctrinero Fray Miguel De Soto. Preguntado qué indios hay de aquellos del tiempo antiguo de Cavá, Anchicayá y Micó, y los demás de las ocho provincias, dijo: no han quedado más que él solo, y que habiendo muchos días y mucho tiempo que no viene a esta ciudad, la Virgen lo trajo porque se está muriendo muy enfermo, en donde ha recibido los santos sacramentos, y para el paso en que está, estando en su entero juicio, declara ser lo referido anterior, la verdad so cargo de su juramento, y promete que si Dios Nuestro Señor le concede la salud, irá a enseñar el puesto donde se halló la dicha Santa Imagen, porque los antiguos habían dispuesto el hacerle casa donde había de tener el asiento. Y así mismo dijo, que de los antiguos indios dieron noticias de un santo con un libro en las manos, en dicha montaña, y que este testigo no lo ha visto, solo se acuerda habérselo oído a un un indio llamado Benito Petaquero, que es ya difunto. Y siéndole leída se afirmó y ratificó y dijo estar bien escrita, no supo decir su edad, pareció por su aspecto y las noticias que da de la anticualla, ser de más de cien años; no firmó porque dijo no saber; firmó dicho Vicario Juez Eclesiástico.

El Maestro, Joaquín López de la Espada.- Ante mi, Pedro de Esquivel, Notario".

TESTIGO, ISABEL DE MIRANDA, MORENA.

En la ciudad de Cali, a quince días del mes de septiembre año de mil seiscientos setenta y dos, ante el Maestro Joaquín López de la Espada, cura y Vicario en ella y Juez Comisionario, el Capitán don Toribio Moro Vijil, presentó por testigos en esta causa a Isabel de Miranda, morena, libre, de la cual se recibió juramento por Dios y la Cruz, en forma de derecho, y habiéndosele dado a entender la fuerza del juramento, prometió de decir verdad y examinada al tenor del mandamiento anterior, dijo:

Que siendo de tierna edad, como de diez o doce años, poco más o menos estaba en servicio del Licenciado Rodrigo Hernández, clérigo presbítero difunto, que asistía en el pueblo de Roldanillo donde era doctrinero, y supo su señor cómo había traido la Imagen milagrosa de piedra, que hoy llaman de los Remedios, que está en el Convento de Nuestra Señora de la Merced, la cual se había traído antecedentemente tres veces, por los indios de las montañas de Cavá y Micó, donde la hallaron y que milagrosamente se volvía al puesto de Micó, cabecera de Cavá y a esta noticia vino el dicho Licenciado, su amo, en cuya compañía vino esta declarante y hallándose en esta dicha ciudad con su señor, fué cuando la trajeron la última vez que se quedó, y salió en compañía de todos los vecinos al recibimiento, descalzos y con mucha devoción, en procesión con la clerecía, y la entraron dentro de la Iglesia donde está ahora, y la conoce desde entonces ser la misma, de mucho pesos, de pedernal con su hijo y peaña, todo de una pieza, por cuya causa no pudo ser labrada de manos humanas, y sabe cómo fue hallada en las montañas de Cavá, que fue y es público y notorio en aquellos y estos tiempos. Y sabe que doña Juana Ramírez, madre de doña María Redondo le hizo una capillita donde fue puesta, que con el tiempo se ha caído, y al presente está en un altar de la iglesia. Que esto es la verdad so cargo de su juramento, en que leído, en el se afirmó y ratificó, y dijo ser de edad muy larga, pero no supo cuanta, pareció de mas de cien años, no firmó porque no supo, firmó el Vicario, Juez Comisario.

El M. Joaquín López de la Espada. Ante mi, Pedro de Esquivel, Notario".

"TESTIGO, MIGUEL MURIEL.

En la ciudad de Santiago de Cali, a los quince días del mes de septiembre de mil y seiscientos y setenta y dos, ante el M. Joaquín López de la La Espada, Vicario, Juez eclesiástico y Juez comisarios en esta causa, el Capitán don Toribio Moro y Vijil presentó por testigo a Miguel Muriel, vecino de la dicha ciudad y natural de ella, del cual se recibió juramento por Dios y la cruz, conforme de derecho, y habiendo prometido decir verdad, examinado al tenor del mandamiento anterior, dijo:

Que lo que sabe es que un negro, llamado Miguel de Santamaría, esclavo del convento de Nuestra Señora de la Merced de la dicha ciudad,

varias veces le dió noticia haberse hallado presente todas las veces que trajeron la Santa Imagen milagrosa de Nuestra Señora que al presente llaman de los Remedios, y es de piedra pedernal, la cual se había hallado en las cabeceras de las montañas de Cavá sin que se tuviese noticia que hombre humano la hubiese formado por no ser posible, y solo fue hallada en montes y peñas y que la primera vez que fue traída por los indios naturales y el doctrinero de aquellas provincia fray Miguel de Soto, del orden de dicho convento, una vez fue puesta debajo del coro de ella en un rincón, y de allí se huyó sobrenaturalmente y volvió al puesto donde la hallaron, y traída segunda vez por los dichos, fue puesta sobre la portería en un nicho, de donde asimismo se volvió como la primera vez habiéndola vuelto a traer se huyó asemesmo, y la alcanzaron los vecinos y gente principal de la dicha ciudad, en un puesto de San Antonio, un día de camino, con lo cual fue traída con toda devoción en procesión, asistiendo la clerecía, y la pusieron dentro de la Iglesia en una capillita que se le hizo, donde la conoció este declarante, y de allí la mandaron al cuerpo de la Iglesia en esos tiempos, y la conoció tan pobre que no tenía un manto ni corona, porque la que le había hecho era de papel; y sabe que ha hecho algunos milagros, como fue sudar, y que el P. fray Juan de Ayala, comendador de dicha orden que lo era entonces, le limpió el sudor con algodones que tiene hoy en su poder. Y asimismo en una ocasión, que fue cuando sudó, bajando los padres de dicho convento de cantar salve en el altar, al pasar por el altar de la dicha santa Imagen, se corrieron los velos sin agencia de persona humana, sino por la voluntad divina y por demostración milagrosa, en presencia de dicho fray Juan de Ayala y fray Juan Español y un visitador que no se acuerda del hombre. Y en otra ocasión, estando herido de muerte un niño o niña, se lo pusieron en el altar, con rogativa y pidiendo misericordia, con que le fue concedido el sanar allí mesmo de repente, y vive hasta hoy. Y asimismo ha visto y hallándose presente, que habiendo comenzado hacerse su capilla, por orden del Capitán don Toribio Moro Vijil, a veinte de abril de este presente año, en tiempo rigurosos y de muchas aguas, cuando comenzaban los aguaceros, descubriéndola y haciéndole plegaria, cesaba de llover, y lloviendo al reededor a cuadra y dos cuadras, no llovía en la dicha obra, de manera que nunca se dejó de trabajar todos los días, desde el dicho día dianamente, y que esto ha sucedido así todos los días, desde el dicho día hasta que cesó el invierno de dicho año. Y que asimismo estando la mujer de este declarante, en tiempo de peste, enferma de un dolor en el estómago, repentino, de cuyo achaque morían muchos, ocurrió por la corona de dicha Imagen, que la tenían descubierta en novenario por dicha peste, y habiéndosela puesto cerca de media noche que el dió el dolor, amaneció buena y sapa. Y que sabe que ha hecho otros milagros y no se acuerda a las personas; y que oyó decir a su madre, que hoy vive, llamada Antonio de Olivares. que tendrá mas de noventa años de edad, conoció al padre Miguel de Soto, de dicha orden, cojo, doctrinero que era de las provincias de Cavá y Micó y de las demás que había en las montañas, en cuyo tiempo trajeron la dicha Imagen de Nuestra Señora Milagrosa, y que este religioso se lo había dicho muchas veces; el cual según dicen habrá mas de ochenta años que murió en esta doctrina; y que ha oído decir a muchas personas, antiguos y modernos, indios montañeces, tratando

de la soberana Señora, ser cierto lo referido, y es para este testigo público y notorio, y la verdad so cargo de su juramento, en que se afirmó y ratificó siéndole leído, y que es de edad de cuarenta y tres años, poco más o menos, y lo firmó con dicho Vicario, Juez Comisario.

El Maestro, Joaquín López de la Espada.- Miguel Angel de Olivares.- Ante mi, Pedro de Esquivel, Notario.

"TESTIGO, JUAN MARTIN.

En la ciudad de Santiago de Cali, en diez y seis días del mes de septiembre de mil seiscientos y setenta y dos ante el M. Joaquín López de la Espada, cura y vicario, don Toribio Moro presentó por testigo a Juan Martín, a quien recibió juramento por Dios y la cruz en forma de derecho, y prometiendo decir verdad, examinada al tenor del mandamiento anterior, dijo:

Que lo que cabe es que se creó en la recámara de doña Juana Ramírez, y que en ese tiempo habían traído a la señora y Reina de los Angeles, que llaman hoy de los Remedios, mas como niña no se acuerda de haberla visto traer; que oyó decir muchas veces a dicha señora Juana, cómo a esta señora la había traído de las montañas de Cavá y Micó, y que la vido colocada en la puerta de la Iglesia, en un nichito que le habían hecho a propósito, y que la última vez la trajeron en procesión con todos los vecinos y clerecía, niños y mujeres de la ciudad, todos descalzos y con mucha devoción, y que no solo lo oyó decir a doña Juana sino a muchas personas, que como casa principal la visitaban todos los nobles de la ciudad, y que fué público y notorio para esta declarante, que se acuerda que en aquellos tiempos no se hablaba de otra materio sino de este prodigio de devoción, y haber sido en tiempo del padre fray Juan del Castillo, comendador en aquel tiempo del convento de Nuestra Señora de la Merced de la dicha ciudad; y también haber conocido al padre fray Miguel de Soto, que era doctrinero de aquellas montañas, que fue el religioso que la trajo; y sabe que la gran señora y su hijo y la peaña es todo de una pieza y de pedernal muy duro, imposible de labrarlo, y dijo que se acuerda el tiempo en que murieron dichos religiosos, tiempo de más de setenta años, por haber sido niña entonces esta declarante. Y en cuanto a milagros había oído decir que Francisca Lozano mujer de Lucas de Viera, estando de parto y con la criatura muerta en el vientre y ella a pique de morir, habiendo sacado un pie la dicha criatura, así que le pusieron a la madre la corona de la gran Señora, volvió a entrarse el pie por si solo, y nació después toda la criatura de modo natural, muerta y desollada, y la madre quedó sana y vive hasta hoy; y que asimismo un niño de fulano del Barco, estando muriendo, lo trajeron y pusieron en el altar de la gran Señora y ésta lo sanó y vive hasta hoy; y asimismo oyó decir que ahora mes y medio estando una mujer desauciada y llevando la dicha corona y poniéndosela en el pecho, sanó luego y vive hoy; que ha visto que en tiempo de peste y de calamidades ha sucedido muchas veces que descubriendo a la gran Señora y haciéndole una rogativa, cesa todo, particularmente en sacándola en procesión. Y esto dijo ser la verdad so cargo

de su juramento, en que siéndole leído, en el afirmó y ratificó, y dijo ser de edad demás de ochenta años, no firmó porque dijo no saber, firmolo dicho cura y Vicario y Juez de la causa.

El Maestro, Joaquín López de la Espada. Ante mí, Pedro de Esquivel, Notario".

TESTIGO, BEATRIZ DE LOS REYES, VIUDA.

En la ciudad de Cali, en diez y seis días del mes de septiembre, año de mil y seiscientos y setenta y dos, ante el Maestro Joaquín López de la Espada, cura y vicario y Comisario en esta causa, el capitán don Toribio Moro Vijil presentó por testigo a Beatríz de los Reyes, vecina y natural de la dicha ciudad, viuda. de la cual recibió juramento por Dios y la Cruz, y habiendo prometido decir verdad, examinada al tenor del mandamiento anterior, dijo:

Que lo que sabe es que su tía Catalina Redondo y su madre Isabel Redondo y Magdalena Pance, todas tres difuntas que murieron de mucha edad, en particular la Magdalena de más de cien años, le dijeron a la declarante varias veces cómo habían hallado los indios antiguos, en las provincias de Cavá, Micó y Anchicayá y otras que no sabe su nombre, una Imagen milagrosa de Nuestra Señora con su hijo en los brazos, el cual con su madre y la peaña es de una pieza de piedra pedernal blanco y verde, de mucha dureza y peso, la cual trujeron los indios de dichas provincias con el doctrinero fray Miguel de Soto de pequeño cuerpo y cojo, religioso del presente convento de la Merced, y que pusieron la dicha Imagen sobre la portería de la iglesia de donde se huyó sobrenaturalmente por tres veces al puesto donde fué hallada en las cabeceras de Cavá y habiéndola vuelto a traer la última vez salieron en procesión toda la ciudad, la clerecía, vecinos y mujeres a recibirla, y la entraron con mucha devoción, descalzos y con disciplinas, y la entraron en la Iglesia donde está hoy, y la dicha su tía Catalina Redondo y las demás citadas le contaron varias veces lo referido; y que sabe que ha hecho muchos milagros, en tiempo de la declarante, como fueron a la misma Catalina Redondo habiéndole vuelto la boca atrás y los ojos, de un mal aire que le dió, le trujeron la corona de la Imagen y habiéndosela puesto, luego y de repente quedó buena y sana como estaba de antes; y asimismo supo como Francisca Lozano, mujer de Lucas Viera, estando de parto, y con la criatura muerta que apenas había sacado un pie, y la madre que se moría, con ponerle la corona de la Imagen, metió el pie la criatura y nació muerta pero naturalmente y la madre quedó sana; y asimismo un niño de fulano del Barco, moribundo, lo trajo su padre y lo puso sobre el altar de la Señora, y lo llevó bueno a su casa y hoy vive; y asimismo a Felipe de Charria, vecino de la ciudad, estando con calenturas continuas como pudo se vino por sus pies a la dicha Imagen y echándose de largo en largo en la peaña del altar volvió bueno a su casa, y esto le sucedió dos veces, y hoy vive; y asimismo sabe que la Imagen sudó dos veces, la una en presencia del P. Comendador que es fray Juan de Ayala, un Visitador y otras personas, acabando de decir salve en el altar mayor y corrieron los velos de la Imagen milagrosamente y sudó, y el marido que estaba presente, llevó unos algodones y la limpiaron, y que ahora mes y medio estando moribunda y deshauciada Juana de Segura, el dicho fray Juan de Ayala fue a asentarla por esclava de la Señora de los Remedios, y quedó buena y vive. Y que esto es lo que sabe so cargo de su juramento, en que se afirmó y ratificó, y no supo firmar, firmó el Maestro; y dijo tener setenta años, y que le parece ser imposible que esta Señora sea hechura de artífice humano, y que todo es público y notorio.

El Maestro, Joaquín López de la Espada. Ante mi, Pedro de Esquivel, Notario".

TESTIGO, LUCIA DEL BARCO.

En la ciudad de Cali a diez y seis de septiembre de mil seiscientos y setenta y dos, ante el Maestro Joaquín López de la Espada, cura y vicario, don Toribio Moro presentó por testigo a Lucía del Barco, vecina y natural de la ciudad, de quien recibió juramento por Dios y la cruz, prometió decir verdad y examinada al tenor del mandamiento, dijo:

Que lo que sabe es que su madre María del Barco, que murió de mucha edad le contó varias veces cómo la Imagen de los Remedios fué hallada por los indios en Cavá, Micó y Anchicayá y otras províncias, y que la trajeron en compañía de fray Miguel de Soto, religioso de la Merced; y que tres veces habían traído la Imagen a dicho convento y la ponían sobre la portería en un nicho y se volvía a la parte donde fue hallada, y la última vez que la trajeron, un obispo había mandado la entrasen en procesión, lo cual se hizo por todos los vecinos y clerecía, descalzos, y desde entonces se quedó, y la dicha su madre se halló presente a todo lo referido, y lo mismo otras personas, por ser público y notorio. Y sabe cómo la Señora y el niño y la peaña, de pedernal muy duro y pesado, e mposible que manos humanas la hicieran tan perfecta; y sabe que ha hecho muchos milagros; que su madre estando con una fiebre, pidió la corona de la Señora, y poniéndosela, quedó sana y sin achaque; que un nieto de la declarante, muriéndose de un achaque grave, lo llevaron y pusieron en su altar y en breve sanó y vive; que estando de parto Francisca Lozano, nació un pie de la criatura que estaba muerta y su madre en las últimas, y con ponerle la corona de la Virgen, la criatura volvió a meter el pié y nació luego de cabeza, muerta y desollada, quedando buena su madre; que Juana de Segura, muriéndose deshuciada, se hizo asentar por esclava de la Virgen de los Remedios y luego sanó y vive; y que estos milagros los ha visto en su tiempo la declarante, y todo es público y notorio, y lo dicho es la verdad so cargo de su juramento en que se afirmó y ratificó, siéndole leído, y dijo ser de edad de más de setenta años; no firmó porque no sabe, firmó su merced el Juez comisario.

El Maestro, Joaquín López de la Espada. Ante mí Pedro de Esquivel, Notario.

"Testigo, ANTONIA DE OLIVARES.

En Cali a diez y seis días de septiembre de mil seiscientos y setenta y dos ante el Maestro Joaquín López de la Espada, cura y Vicario de ella. Don Toribio Moro presentó por testigo a Antonio da Olivares, vecina y na-

tural de esta ciudad, de quien recibió juramento por Dios y la cruz y haciéndole saber su gravedad prometió decir verdad, y examinada al tenor del laudo, dijo:

Que siendo niña de diez años conoció a fray Miguel de Soto, religioso de La Merced, doctrinero en las provincias de Chicayá, Anchicayá, Digua, Micó y Cavá, el cual era amigo íntimo de Diego Olivares, su padre, que lo regalaba con matecillos de la montaña, a quien oyó decir, hablando con el dicho su padre, cómo los indios de las dichas provincias habían traído en compañía del dicho padre la Imagen de los Remedios, y que se había vuelto de la iglesia de La Merced dos veces al paraje donde la habían hallado, y que la tercera vez que la trajeron salió toda la ciudad con la clerecía, con mucha devoción en procesión y la entraron en la Iglesia donde está hoy; y que es de pedernal muy duro y pesado, y de una pieza madre, hijo y peaña, y parecerle imposible ser obra de artífice humano, siendo tan perfecta; que esto lo sabe por haberlo oído al dicho religioso y a otras muchas personas de aquellos tiempos y ser público y notorio; y que asimismo sabe que estando enferma su nuera, mujer de Miguel Muriel, de un dolor muy agudo de que se moría mucha gente por ser peste, pidió la corona de la Señora y cerca de la media noche se la pusieron en el dolor y al amanecer quedó sana; y asimismo que una tarde después de salve, pasando el padre comendador Juan de Ayala con otros religiosos, por delante del altar de la Imagen, se corrieron milagrosamente los velos y sudó por el rostro; y que esto lo sabe por vivir cercana del convento; y que poco después de casada, que tendría quince años, murió el dicho fray Miguel de Soto, que hará setenta años que murió, y esto dijo ser verdad so cargo de su juramento, y dijo ser como de noventa años, y se afirmó y ratificó leído que le fué, y no firmó por no saber, firmó el Maestro y Vicario.

El Maestro, Joaquín López de la Espada. Ante mí, Pedro de Esquivel Notario".

TESTIGO, FRANCISCA REDONDO.

En la ciudad de Cali a los diez y seis días del mes de septiembre año de mil seiscientos y setenta y dos, ante el Maestro Joaquín López de la Espada, cura Vicario y Juez comisionario de la causa, don Toribio Moro sentó por testigo a Francisca Redondo, vecina y natural de dicha ciudad, viuda de Alonso Lozano, de quien recibió juramento por Dios y la cruz y prometiendo decir verdad, examinada al ternor del mandamiento susodicho, dijo:

Que lo que sabe es que su tía Catalina Redondo y su suegra Benita Lozano, antiguas, ya difuntas, les oyó decir diversas veces cómo había hallado los indios de Cavá esta Señora que hoy se llama de los Remedios y que la habían traído y puesto en un nicho sobre la puerta de la iglesia, y que allí anocheció y no amaneció, volviéndose al puesto donde fue hallada, y la volvieron a traer segunda vez e hizo lo mismo, hasta la tercera vez que la trajeron con mucha devoción, en procesión, de todos los vecinos de la ciudad, con la clerecía, niños y mujeres, y la entraron en la iglesia donde se le hizo una capillita donde fue colocada; y que ahora cosa de ocho años, trastornando una cajeta de papeles antiguos que tenía el dicho su marido, halló la declarante un papel escrito con unas coplas, a modo de jácara que cantaban cuando trajeron a la Señora la última vez en pprocesión, y duró este cántico por muchos años, el cual papel manifestó, cuyo traslado al pie de la letra se pasa al pie de esta declaración, que por estar maltratado no se pone original. Y que en cuanto a milagros ha oído decir ha hecho muchos sanando enfermos como milagrosa; y esto dijo ser verdad so cargo de su juramento, en que se afirmó y ratificó, siéndole leído, y dijo ser de edad de setenta años y no firmó por no saber hacerlo, firmolo, su merced el Maestro Cura y Vicario y Juez en esta causa.

El Maestro, Joaquín López de la Espada. Ante mí, Pedro de Esquivel, Notario.

Concuerda este traslado con el original donde le saqué, a que en lo necesario me remito, y lo saqué de pedimento del capitán don Toribio Moro y de mandato del Maestro Joaquín López de la Espada, juez comisario en esta causa, en diez y seis de septiembre año de mil seiscientos setenta y dos, siendo testigos el padre fray Juan de Ayala, comendador, fray Juan Tufiño y el capitán don Toribio, en cuyo poder queda el original.

Pedro de Esquivel, Notario".

TESTIGO, FRAY JUAN TUFIÑO, MERCEDARIO.

En la ciudad de Cali, en diez y nueve días del mes de septiembre, año de mil y seiscientos y setenta y dos, ante el Maestro Joaquín López de la Espada, cura y Vicario y comisionario en esta causa don Toribio Moro Vijil presentó por testigo al padre fray Juan Tufiño, religioso de La Merced de esta ciudad de Cali, y doctrinero de las montañas de Digua, Raposo y Bono y otras provincias de dicho partido, de quien recibió juramento en forma de derecho, puesta la mano en el pecho, in verbo sacerdotis, y prometió decir la verdad so cargo de su juramento, y habiéndole leído el mandamiento de su Señoría Ilustrísima, dijo:

Que lo que sabe es que hace ocho años poco más o menos que asiste en esta ciudad, tres como conventual de dicho convento, y los demás como doctrinero de dichas doctrinas, y que habiendo llegado a su noticia el prodigio de haber hallado a la gran Señora en las cabeceras de Cavá, de su jurisdicción y doctrina, y haberse vuelto por tres veces a dicho puesto, procuró catequizar y saber de los indios de dichas sus doctrinas, la verdad de este caso, y halló por cierto y verdadero como se lo dijeron, y en particular Benito Demorga difunto de dos días que murió, habiéndole dado el declarante los santos sacramentos, por ser de su doctrina; el cual le dijo cómo en su tiempo la habían cavado de la peña o cueva para sacarla, siendo él muy niño, y que su padre lo había llevado al puesto y ayudado a cargarla las tres veces que la trajeron a la ciudad, por haberse vuelto tres veces de la santa iglesia del nicho que en la puerta le tenían hecho; y que la última vez la entraron a la ciudad en procesión con todos los vecinos y la clerecía, descalzos todos, y la colocaron dentro de la iglesia de La Merced donde está hoy; y que el descubrirla por los caciques de Micó y Cavá fué por tres luces que vieron de noche en aquel puesto. Y asimismo le dijo dicho indio que había

otro santo en aquese paraje, por noticia que había tenido de los antiguos, y que los mismos dice el declarante le dijeron tres indios, que la habían visto en aquellas montañas y ayudándola a traer todas las veces que se huyó, y la última que la trajeron en procesión, por haberse hallado presentes dichos indios, cuyos nombres no se acuerda más que de Benito Petaquero y Benito Demorga; y que dicho Petaquero, demás de los referidos dijo al declarante, había visto en las dichas montañas un santo hincado de rodillas con un libro en la mano y un crucifijo, y que se lo iría a enseñar al declarante, y que yendo éste al efecto, se lo estorbó el padre comendador, por estar cercano el Capítulo Provincial, y que al regresar de Quito con la misma determinación halló que dicho indio había muerto. Y que también a Isabel de Miranda, negra, que se halló presente la última vez que trajeron la imagen, le oyó decir lo mismo de la traída, y que esto es público en la ciudad, y que fue en tiempo de fray Juan del Castillo, Comendador de dicho convento, y quien la trajo fray Miguel de Soto, doctrinero en aquellos tiempos de las provincias de que hoy el declarante, que según noticias murió hace setenta años y más, y que como dijo el padre Soto fue doctrinero más de treinta años, y haber sido esto conquistado hace ciento cuarenta años poco más o menos, por el aspecto de los indios que hallaron y trujeron la imagen, obra de noventa años le parece al declarante dicho hallazgo. Y que el puesto donde fue hallada la imagen está distante de esta ciudad siete días de camino de monte muy agrio, y no se puede caminar sino a pie y con dificultad; y que de dichos indios de dichas provincias no había quedado sino el referido Benito Demorga, el cual habiendo faltado de aquí en mucho tiempo, y no pudiendo ser visto por el declarante su doctrinero, el mismo día que llegó la licencia de Su Señoría Ilustrísima para hacer esta información, llegó también el indio muy enfermo, y le dijo que la Señora se le había aparecido, mandándole que viniese a esta ciudad, y por eso vino, y recibió los sacramentos y dió su declaración, y a los tres días murió, de donde se presume que fue milagrosa su venida. Y en cuanto a milagros ha oído decir que ha obrado muchos antes de ahora y en este tiempo también, particularmente en tiempo de peste, descubriéndola o sacándola en procesión, pone luego el remedio de su mano; que sabe que Francisca Lozano, mujer de Viera, estando de parto, y de tres días la criatura muerta en el vientre y un pie afuera, poniéndole la corona de la Señora se entró el pie, y salió de modo regular la criatura muerta y desollada, y la madre quedó sana y vive hoy; que un niño de fulano del Barco, estando ya con parasismos de muerte lo pusieron sobre el altar de la Señora, y lo sanó y vive; que Felipe de Charria por dos veces, estando muy enfermo de grandes calenturas, echándose en la peaña del altar de la Señora ambas veces lo sanó y hoy vive; que a Catalina Redondo volviéndósele la boca atrás y los ojos vueltos de un mal aire que recibió, poniéndole la corona de la Señora volvió a quedar como de antes; y que Juana de Segura, estando deshauciada, pidió ser esclava de la Señora, y yendo fray Juan de Ayala comendador del convento a asentarla como tal, después de asentada quedó sana y vive; y que al padre Juan de Ayala le sucedió, y el mismo se lo contó, que bajando del altar mayor de cantar salva, al pasar por el altar de la Señora se corrieron por si solos los velos de su nicho, y vieron que estaba sudando, y el padre la limpió con unos algodones que hoy tiene. Y esto lo vieron el visitador y otros padres, y se tocó a milagro, pero no lo tomaron por testimonio, y a sí se quedó; y que ha oído decir que ha sudado otras veces; y que al capitán don Toribio Moro le vino un dolor de cabeza tan vehemente que se le quitó el habla, y el lunes nueve de julio pasado se hizo rogativa por él a la santa imagen, y por la tarde el declarante le llevó la corona y se la puso, y por la noche ya estaba bueno y con habla y es él mismo que solicita esta información; y que asistiendo el declarante con el mismo don Toribio a la fábrica de una capillita que le está haciendo a la imagen, y habiéndola empezado en veinte de abril pasado, tiempo de muchas lluvias hasta mediados de julio, lloviendo todos los mas días, a cuadra y dos cuadras de la obra, con solo tocar rogativa o descubrir la imagen, los peones y maestros seguían trabajando sin mojarse; que esto lo vió el declarante muchas veces. Y que ha visto y bajado del camarín y cargado a la santa imagen y es muy pesada de pedernal, y que varias veces con un eslabón ha sacado chispaps de ella, por cualquier parte, que el pedernal es blanco y verde, y que imposible que manos humanas pudieran haber labrado obra tan perfecta, por lo duro de dicho pedernal, y ser constante y cierto haberse hallado en donde sólo habitaban bárbaros y gentiles, tan distante del mar y de caminos reales que esta es cosa sobrenatural en lo que se ve, escondida y oculta, sólo a la Providencia divina, y ser la dicha Señora y su Niño y la peaña, de una pieza y de dicho pedernal inlabrable; y esto dijo ser verdad, so cargo de su juramento, en que se afirmó y ratificó, siéndole leído, y dijo ser de edad de veintiocho años poco más o menos, y firmó con el dicho maestro, Cura y Vicario y Juez comisionario en esta causa.

El Maestro, Joaquín López de la Espada. Fray Juan de Alarcón Tufiño. Ante mí, Pedro de Esquivel, Notario".

TRASLADO Y COPIA DE LA JACARA CUYO TENOR ES COMO SIGUE:

Oh Virgen de los Remedios,
Vos me querías ayudar,
Gue vuestra sagrada historia
Quiere mi lengua cantar.
En las montañas tuvistéis
Casa y morada en un cerro,
Donde Vos, Reina del Cielo,
Dos mil milagros hicistéis;
Curando mancos, tullidos
Esa vuestra mano franca,
Y con el Verbo divino
Que encarnó en vuestras entrañas
Vos sois la conquistadora
de todas esas montañas;
Por no estar con pecadores,
Queréis estar retirada.
De los indios, por merced
De vuestra divina mano,
Quisistéis ser descubierta;
Qué favor tan soberano!

Sin tener necesidad
De sustento, que es en vano,
Ellos quieren regalaros
Con comida de su mano.
Siendo vos llave maestra
Que desde la cruz nos guarda,
Quien es bastante en el mundo
A tenernos encerrada
Un padre de La Merced,
De vos, Virgen soberana,
Tiene noticias, y quiere
Partirse a ver vuestra casa.
Que lo llevarán de gana,
A la cumbre de aquel cerro
de Cavá, que así se llama.
Y los indios juntos dicen
Y a la voz de muchos indios
Que este viaje publicaban,
Parte el padre muy contento
A ver la peña deseada.
Y llegando a verla dice:
Hija hermosa de Dios Padre,
María, mar de bonanza,
Dios te salve, Reina y madre
A vuestras plantas humildes,
Señora, postrado estoy,
Con lágrimas de mis ojos
Os pido humilde perdón.
Dadme licencia, Señora,
Para que os pueda llevar
En sus hombros estos indios
Que os han venido a buscar.
Juntáronse con gran fe
Ocho pueblos comarcanos
Y os piden, oh gran Señora
Que los tengáis de la mano.
Donde todos a porfía,
Remudando muy a prisa,
La ponen sobre los hombros
Y a la ciudad se encaminan.
Vos como quien sois, Señora,
Premiaréis aquestos pobres,
Que humildemente se allegan
A gozar de vuestros favores
Os salen a recibir
Hombres, niños y mujeres;
Que vengáis enhorabuena
Al templo de Las Mercedes
Con esto no digo más

Al rededor de estos cerros;
Que nos acompañe a todos
La Virgen de los Remedios.

SOBRE LA MERCED

BIRLIBIRLOQUE

(A. Bonilla Aragón. Sep 21 de 1965)

Razón tienen los viejos caleños para haberse alboratado con las noticias sobre restauración de la Iglesia y beaterio de "La Merced". Nada hay tan ligado a las tradiciones de la ciudad. Ni hubo nadie que tuviera tanto sabor auténticamente folclórico como la fiesta de María Santísima en esa advocación que la hace patrona de cautivos y señora de Cataluña y su ciudad condal, y de Santiago de Cali.

Si juzgo por las llamadas visitas que me han hecho ancianos y vecinos de "El Empedrado" o descendientes de quienes habitaron ese sector que comprendía el "Altozano de La Merced", la vega de "El Peñón", la Pila del "Crespo" y "Vilachí" y que se asomaba hasta las propias goteras de la Plaza de la Constitución o de San Pedro Apóstol, la iniciativa ha llegado a lo más íntimo de mis gentes.

Pero si la veo por el lado de la contribución voluntaria, que en un mes no ha podido llegar a la quinta parte, tengo que concluír que ya no hay caleños, o los que hay son pobres, o que, lo que es por y a lo mejor cierto, mantienen amarrados con nudo ciego los cordones de la bolsa.

No soy tan viejo como para haber visto en todo su esplendor las festividades de Nuestra Señora de Las Mercedes, que fueron el suceso mayor de Cali, en las épocas anteriores a la celebración del Centenario de la Independencia. Ni tan joven para no haber alcanzado los últimos esplendores de esa festividad, a la que fuí conducido varias veces por dulces manos de mujer, empeñadas en consagrarme a esa Virgen, con un resultado que, ¡ay de mí! produjo los pasmados frutos que a la vista están...

Pero Vicente Bustamante, un caleño en quien late el mismo amor por la tierra que llevó a su abuelo el prócer a jugarse la vida en cien combates, me ha complementado datos de que carecía sobre esa fiesta que era una especie de celebración familiar para su estirpe.

Aunque Cali creció, como lo anota Santiago Sebastián, de acuerdo con la traza cuadricular que ordenó Moyano de Belalcázar, y que tenía como foco la Plaza Mayor, es lo cierto que la primera misa se dijo entre La Merced y el río, en un altar de techo pajizo, levantado por el fervor misionero de un mercenario. Entre La Merced al occidente y el convento de agustinos al oriente se pobló la ciudad en los primeros años. Casi a comienzos del Siglo XVIII se levantó el templo de Santa Rosa y ya finando éste el de San Nicolás, Obispo de Mira. Y aunque nadie posee el exacta dato sobre la

fecha en que se comenzara a honrar con cohetes y misas mayores a "La Mecha", como le decían mis tías abuelas, bien puede decirse que el de "La Merced" fue el culto primado de Cali.

El auge de la fiesta debió de ocurrir entre 1850 y 1900, si hemos de atenernos a las tradiciones orales.

El 12 de septiembre comenzaba la novena, concurrida y bulliciosa, a las que asistían las gentes de Cali y los huérfanos de "El Aguacatal", "Los Cristales", "La Mano del Negro", "El Vallano" y "La Carnicería". El 23 a las siete de la noche, plazuela y capilla hervían de fieles citados a ver los juegos artificiales preparados por el maestro Lucas Figueroa, por mal nombre "Conejo", vecino de Santa Rosa y devoto a rabiar. Amenizaba los actos la "Banda del Cuartel", enviada por el General Lucio Velasco, y una estudiantina que lo mismo tocaba una serenata, que una salve o un responso, y que formaban Guillermo Sinisterra, Alejandro y Vicente Sierra y Luis Meléndez, "Boquineto".

El día de la fiesta rompía a las cinco con un "albazo" polvorero y bambuquero, que se prolongaba de estanco en estanco, hasta las nueve, hora de la misa solemne con tres padres y panegírico. No debía lucrar mucho la capellanía de "La Merced". Sin embargo, por allí pasaron Monseñor Perlaza, el primer Obispo y los Padres Pizarro, Manrique y Guerrero, de los más importantes entre todo el clero lugareño. Acolitaban muchachos del blancaje que hacías de seises, por dar gusto a las madres y por participar en la rochela ferial. Don Miguel Rodríguez era el organista y cantante de planta, pero para la fiesta gorda lo sustituía la orquesta de Miguel y Agustín Payán, Alfonso Borrero Sinisterra, Julio Valencia, Enrique Umaña, Aquileo Perdomo, Ernesto Panesso, Fidel Jordán y Santiago Velasco. Y los gorgoritos salían de las gargantas de Dimas Echeverri, de Joaquín Zapata y Rafael Salinas. A las tres de la tarde eran los niños presentados a la Virgen y durante todo el día don Ernesto Bustamnate, hacía de notario del cielo al inscribir en un gran libro los nombres de los nuevos cofrades, y repartir escapularios y novenas. Los escapularios los confeccionaban las monjas y las novenas se imprimían en "Correo del Cauca" del doctor Ignacio Palaú en los talleres que dirigía mi padre. Todo el barrio de "La Merced" era engalanado con faroles, flores y banderas. Y había una especie de competencia entre las señoras para decidir cual aportaba el florón más primoroso.

No lo dicen los cronistas, pero el hecho es que al lado de la fiesta religiosa corría la otra pagana, que se desbordaba en libaciones y en bailongos, hasta convertir la raizal celebración en una auténtica feria a la usanza española: rezo y canto.

Al traerme unas apuntaciones sobre esta fiesta ha dicho Vicente Bustamante: "me permito dar esta idea, que desearía fuera trasmitida a las autoridades eclesiásticas. Como en este año no se puede celebrar las festividades dentro de la Iglesia, por el motivo de los trabajos que en ella se están ejecutando, será muy grato para los caleños que en los días 23 y 24 del presente mes se celebrarán oficios religiosos, colocando para ello la imagen de la Virgen en un altar levantado en la puerta principal de la capilla, con el fin de que toda la ciudadanía concurriera a pedirle a su patrona protección en estas horas de incertidumbre y vaya depositando en una urna colocada al pie del altar su óbolo para la restauración de la joya religiosa más antigua y querida de la ciudad".

Yo me sumo a esta ingenua súplica y la aprovecho para insinuar a quienes pueden, que quieran contribuir a una obra que no es sólo religiosa ni urbanística, sino cívica, pues que se trata de salvar del naufragio algo llamado a preservarnos de ser lo que Barba Jacob definió en 1927: un garaje con Obispo.

A LA RELIQUIA COLONIAL DE LA MERCED

Por Alfonso Cobo Velasco.

En el otro matinal se habla de que a Nuestra Señora de los Remedios se le erigirá una Basílica en Santiago de Cali, idea ya contemplada desde la época del Primer Congreso Mariano, celebrado en la Ciudad. En aquella vez se dijo que la Basílica se levantaría en el sitio que ocupa la colonial Iglesia de La Merced; y ahora?

Indudablemente que la noticia no deja de ser festiva para nosotros los católicos, y especialmente para quienes nacimos en esta tierra que sabe "comprender el ensueño de las cosas que llevan a la tierra prometida", ya que como todos sabemos, Nuestra Señora de los Remedios es la Estrella Matutina que ilumina el sendero caleño. Las leyendas históricas nos hacen saber que la imagen en piedra de Nuestra Señora de los Remedios, fué hallada en las montañas de Cavá, de la región de El Queremal, por allá en el año de 1580, que la señora Catalina Rengifo de Gómez notició del hallazgo al R. P. Fray Miguel de Soto, sacerdote mercenario, quien ordenó su traslado a la ciudad y colocarla "en un sitio dispuestos sobre el arco de la puerta del convento, que mira sobre la plazuela", para luego colocarla en el altar de la vieja capilla construída en el año de 1545 por los Padres Mercedarios, quienes por el mismo año dabían fundado su convento, hasta que fué definitivamente trasladada al altar en que hoy se venera, en la capilla construída entre los años 1672 y 1680, con la cooperación de los señores Toribio Moro Vigil, Bernardo Alfonso de Saa y su esposa, doña Ana Arboleda Salazar.

Ahora la noticia sobre la construcción de la Basílica de Nuestra Señora de los Remedios, en la que ha de venerarse, en la "sacratísima imagen que ostentó durante mucho tiempo la bella naturalidad de la piedra original sobre la que fue labrada", a la Santísima Virgen que tantos beneficios ha dispensado a nuestra cara ciudad, ahora -decimos- parece que la grata noticia si va a convertirse en realidad, si tenemos en cuenta que son las familias Carvajal Borrero y Carvajal Sinisterra, de firmes abolengos católicos y colonial raíz caleña, de indiscutible solvencia moral, social y económica, quienes tienen el propósito de costear la obra.

Pero vamos a la segunda parte: En qué sitio de la ciudad se pretende levantar la Basílica? Se intenta demoler la colonial e histórica Iglesia de La Merced? No; eso no puede suceder.

La Iglesia de La Merced es la primera iglesia, la primera construcción que se levantó en la ciudad. De histórica tradición, y por consiguiente supongo que en vez de demolerla se debe venerar como el primer monumento que consagra el recuerdo de la fundación de la Ciudad de Santiago de Cali; allí, en ese sitio, y bajo un toldo, Fray Santos de Añasco, primer párroco de la ciudad, celebró la primera misa al amanecer del día 25 de julio de 1536, y ante la Hostia Santa se postran de rodillas el Capitán Miguel López Muñoz con sus acompañantes, y cumplen la orden del Adelantado Don Sebastián de Belalcázar, fundando la ciudad de Santiago de Cali, "bajo un palio de mirtos en flor".

La Iglesia de La Merced, que es la cuna de la ciudad, fue bendecida por el R. P. Fray Hernando de Granada, sacerdote mercedario, el 6 de abril del año de 1541, cuando a instancia de Don Sebastián de Belalcázar se repitió su fundación y la del Convento, con todas las formalidades requeridas (Véase "Revaluaciones Históricas", Tomo I., del Doctor Demetrio García Vásquez).

En esta iglesia, reliquia caleña, se venera desde el tiempo de la colonia una bella imagen de Nuestra Señora de Las Mercedes, imagen que aún está en el camarín del precioso altar de la primitiva capilla, que por fortuna el modernismo la ha dejado conservar sin mancha, y el altar no ha sido reemplazado como ocurrió la mala suerte al antiguo altar de la Iglesia de San Pedro, hoy la Catedral, cuando también se cometió la estupidez de reformar el imponente frontis de piedra que ostentó desde su construcción por el R. P. Fray José Ignacio Ortiz franciscano caleño, bendecido por el Obispo fray Fernando Cuero, también franciscano caleño, el 24 de mayo de 1842.

Magnífico el propósito de la construcción de la Basílica de Nuestra Patrona, la Santísima Virgen de los Remedios, pero sin demoler la histórica reliquia de la iglesia de La Merced, por lo menos que se conserve tal cual la primitiva capilla en donde está la imagen de Nuestra Señora de Las Mercedes, y que en el caso de que se lleve a la realidad la construcción de la Basílica conservarla encerrada en una urna de cristal, al estilo del monumento de Bello, en donde está la casita de Marco Fidel Suárez.

No vamos a registrar los caleños con la iglesia de La Merced, el sacrilegio sucedido el 22 de septiembre de 1945, cuando se demolió la histórica capilla de Santa Librada, del antiguo convento de los Padres Agustinos.

LA VIRGEN DE LOS REMEDIOS
(Resumen Histórico)

Dr. Manuel Antonio Carvajal)

La joya más preciada que posee esta ciudad es, sin duda, la imagen de la Virgen de los Remedios de un puro arte español, coetáneo de la conquista de América. Tallada en fino pedernal, la encontraron nuestros padres en las cabeceras de CAVA, montaña de MICO, acaso dentro de la primera década de 1600.

Según información levantada en 1672 a petición del capitán D. Toribio Moro Vigil y por mandato del Obispo Liñán y Cisneros, en la que se produjeron numerosos testimonios, Fr. Miguel de Soto, mercedario, doctrinero que fue de los pueblos de indios que moraban en las montañas de Anchicayá, Cavá, Micó y Digua, tuvo informes de que en la cabecera de Cavá, había una imagen que por las señas dadas, parecía ser la Virgen Santísima.

Hay, en la información, dos versiones acerca de cómo llegó a conocimiento del padre Soto la existencia de la estatua: una es que, al ver un indio en el despacho de Fr. Miguel una imagen, le dijo que ellos tenían otra semejante en lo alto de las montañas.

Más verosímil es ésta: doña Catalina Rengifo de Goez era encomendadora de Anchicayá y alguno de los indios le hicieron la revelación que ella transmitió al doctrinero de la región.

Lo cierto es que este, a pesar de ser inválido ("cojo de ambos pies" dicen los declarantes) se hizo trasladar, a hombros de los naturales, al lugar indicado y encontró en él, tallada en una arista de roca, la imagen que, desde aquella época, se venera en Cali bajo las sucesivas advocaciones de Nuestra Señora de las Nieves, Nuestra Señora de Las Mercedes y Nuestra Señora de los Remedios. Fue preciso tajar con barra y con cincel para desprenderla de la dura mole de granito, a la cual adhería por las espaldas.

Se la transportó a la ciudad a hombros de indios, en largo viaje de muchos días que dificultaban lo abrupto y fragoso de las serranías y el peso considerable de la estatua. De las cabeceras de Cavá a Cali había siete jornadas que, en su mayor parte, era preciso hacer a pié.

Colocada sobre el arco de la puerta del Convento que mira a la plazoleta de La Merced, fué sustraída dos veces y llevada a las mismas regiones de donde procedía, hasta que la prudencia y la devoción aconsejaron ponerla en un altar de la Iglesia en que se recibe culto desde hace doscientos cincuenta años, aunque ignorada "caso singular" de la mayor parte de los habitantes de Cali. La estatua permaneció en su bella y rocosa desnudez hasta más o menos 1650. La faz de la Virgen y del Niño oscuras y brillantes. Sólo fueron pintadas originariamente las vestiduras.

"Su color, dice un testigo presencial (Pbro. Pablo Saucedo y Sosa) era de piedra morena de lustre, y después acá un fulano MEDORO, romano, la intentó barnizar la cara y por tres veces le saltó el encarne, násta que por medio de un cambray, lo consiguió". Otro testigo, doña Leonor de Acevedo, dice al respecto: "Cuando la trajeron tenía la cara negra y tratando de encarnarla un pintor llamado fulano Medoro, por tres veces que le fueron a poner el barniz en la cara, tantas veces se caía, sin podérselo poner, hasta que se valió cubrirle el rostro con un paño de olán y entonces la pudo encarnar".

Alfonso de Santamaría quien, como los anteriores, declaró en 1672 dice "que asimismo ha visto en la espalda los barretazos y señales de los picos, cuando la arrancaron de la peña, y lo ha visto por haber sido sacristán de dicho convento muchos años, y que lo demás del cuerpo está vestida de flores de oro y pardo de la misma manera que fue hallada en las dichas

montañas, y que sólo la cara de madre e hijo están embarnizadas y que un comendador llamado Fr. Luis de Mesa, la hizo embarnizar hará veinticuatro años".

Y en efecto, documentos de los archivos muestras que Fr. Luis de Mesa, era comendador de La Merced en 1650, época en que la comunidad estaba reducida al superior y a Fr. Juan de Largada, doctrinero de la montaña. Faltó gente para oponerse al atentado.

Por lo anterior sabemos que para lograr la adherencia de la pintura. Angelino Medoro, romano, que por entonces residía en Cali, necesitó aplicar una tela sobre la imagen, mediante la cual logró la que se proponía. Así se explica la evidente alteración de las líneas de la estructura. La gruesa mezcla pictórica sumada al espesor del olán o cambray, tiene necesariamente que haber formado una superficie diferente de la original. Eso debemos al bárbaro ingenio de Angelino Medoro.

LA VIRGEN DOLOROSA

Existe en Cali esta imagen de la Virgen María en su advocación de los Dolores. Notable obra de arte religioso español, de singular belleza según el concepto de los expertos en la materia. Sus rasgos físicos corresponden a la raza judía. Data del año de 1765. Su expresión es maravillosa y se complementa con la actitud de sus finas manos ajustadas en nudo sobre su pecho, lo que infunde verdadero sentimiento de piedad. Quien la mira una vez, queda sensiblemente impresionado. Hasta el más duro de corazón se conmueve. El inspirado artista, plasmó en su rostro las huellas del intenso dolor de su corazón maternal. Raras veces tropezamos con una pintura o escultura de la Virgen María en esta advocación de los Dolores, que correspondía al título de Dolorosa. Cuánto más se le mira, más se le admira. No se necesita ser perito en la materia, basta tener noción del gusto artístico y un poco de sensibilidad moral y cristiana para conmoverse ante la actitud sentimental de esta preciosa imagen, que reúne tres valores: Artístico, Histórico y Religioso.

Su vestidura original de fino terciopelo negro, aún se conserva y es tan antiguo como ella.

No queremos restarle mérito a las demás, pero si nos atrevemos a compararla con las mejores. La fotografía que tenemos a la vista nos da apenas una idea de lo que realmente es; y cómo la quieren las gentes! Cada vez que toma parte en las procesiones de Semana Santa, su regreso al domicilio... es apoteósico.

EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

Sin duda alguna la obra de arquitectura más importante que se haya realizado en esta ciudad en los últimos años ha sido la demolición de las casonas de la carrera sexta que cerraban la fachada moruna de San Francisco. Cali ha recuperado la belleza de su más hermos fábrica, y hoy podemos mostrar una obra que no tiene par en el país, y que podría figurar



La Virgen de los Dolores.

* * *

* * *



Iglesia de la Merced.

en cualquier album de arquitectura eclesiástica al lado del homónimo quiteño, de la Catedral de Lima, del convento Franciscano también de Arequipa, y de las construcciones manuelinas de Sao Bento, Ouro Preto y Baia, en el Brasil. A quienes no crean esta verdad, y la achaquen a mi hipertrofriado amor por la tierra, les pido que miren con nuevos ojos la fachada de San Francisco desde la calle novena; verán algo de una hermosura insospechada.

Pero la obra está trunca. Es necesario que se adapten al orden mudéjar general la fachada de la Capilla de La Inmaculada (de paso, muy fea) y que se aterre la horrenda tapia que cierra el convento por la calle novena. Este muro de las lamentaciones debe ser reemplazado por una pared almenada similar a las que guardan el palacio de los reyes moros de Granada.

Según tengo entendido, los reverendos padres están de acuerdo con estas mejoras. Y las negociaciones que vienen adelantando con el alcalde están a punto de culminar. No se de donde va a salir el dinero; lo importante es que la obra se realice pronto.

Pero me dicen que un grupo conspicuo de caballeros, ardidos de fé como los cruzados de Godofredo, han constituído una especie de Pía Asociación de Amigos de la Pared, encargada de defender hasta con el holocausto de sus vidas, si es necesario, el horrible muro. Me cuentan que lanzaron un manifiesto, que no leí, en el que proclaman que opondrían sus nobles pechos de caleños viejos a las bárbaras piquetas del municipio, a fin de que sobre ellos, y no sobre los adobes, cayera el impío acero de los Tamerlanes de la parroquia.

Con el título que me dá el haber sido llamado por un ingenio zumbón "prócer prematuro del Cali Viejo", voy a pedir a los mártires de la tapia una cosa que les reforzará la institución: Por qué no pedir que se ciegue el acueducto y se restaure las castizas pilas del Crespon, del Lores y de Jaimes? Porqué no apagar nuestro remedo de luz eléctrica y volver a los candiles y pajuelas? Qué tal licenciar la policía y tornar al inefable gendarme don Miguel Labrada? Y silenciar las radiodifusoras y quedarnos con los bandos de Rómulo Escobar, el pregonero de la aldea? y suprimir los automóviles y que sólo rueden los coches y birlochos y don Ulpiano Lloreda, don Manuel Caldas y don Enrique Eder? Y liquidar los cines y reconstruír el teatro Borrero? Y prohibir los clubes, y reabrir "la miscelánea" y resucitar a don Enrique Castellanos y sus chocolates santafereños? Y en vez de la "zona de candela" de hogaño, restablecer "el hoyo" con sus pobres mujeres trancidas de hambre y de clandestinidad?

Bellos sueños, verdad compañeros mártires? De manera que ha de tener dos cosas: La caída de la tapia y el curso de la historia.

EL TEMPLO DE SAN FRANCISCO EN CALI

EL ALTAR MAYOR
(1911 a 1971)

Por el Padre Fray Arango O. F. M.

"El hermoso y elegante templo de San Francisco de Cali ostenta hoy con gallardía el artístico altar que tanta falta le hacía para darle mayor realce y tono a nuestro templo", escribía con complacencia, a los pocos días de su inauguración, el terciario franciscano Rodolfo Sinisterra y pasados casi 60 años aún es motivo de admiración para turistas y caleños.

Se debió esta obra al espíritu emprendedor del M. R. P. Fray Alfonso Morquillas, catalán quien mandó confeccionar en Valencia, casa constructora del Sr. José Candela.

De orden clásico, 16 metros de altura, con profusión de arabescos y follajes bien combinados. Pureza de detalles y armonía en su conjunto que ofrece un aspecto majestuoso en su característica. Es a juicio de los inteligentes una verdadera obra de arte. Las maderas empleadas son el caoba, el cedro del Líbano, el roble mejicano y el roble europeo, comentaba con ocasión de su inauguración el terciario E. Chacón.

Se colectaron limosnas para dicho altar por todo el viejo Caldas, el

Valle y el Chocó fuera de cuantiosa donación del señor Eusebio Velasco. Las gentes de Dagua, los terciarios y fieles caleños en numerosas mingas, venciendo tremendas dificultades, transportaron, a puro brazo, las pesadas cajas que contenían el bello altar. Don Luis Rusca, Ministro de la Orden Tercera y perito en mecánica ayudado de los maestros Campo, Martínez y varios obreros dejan la obra perfectamente armada para las solemnidades de inauguración el 3 de octubre de 1911 por la tarde.

La sociedad caleña y amigos de la Comunidad son invitados padrinos y todas las gentes acuden presurosas a tan regia solemnidad. Veamos como relata el acontecimiento el testigo ocular don Rodolfo Sinisterra: "Ninguno de los padrinos rehusa tan honrosa designación y todos correctamente vestidos emprenden imponente desfile de la capilla de Nuestra Señora de Lourdes (hoy la Inmaculada) al templo de San Francisco. La multitud hierve en todas las direcciones, plazuela, atrio y templo están colmados, ávidos todos y con el corazón palpitante de dulce y cristiano regocijo, esperan el momento de ver rasgar el velo que cubre el majestuoso y radiante altar. Súbitamente óyese el Himno Nacional, rásgase el velo, y aparece iluminado con innumerables focos eléctricos a la vista del pueblo caleño. Un nutrido aplauso de voces y palmas se oye por todos los ámbitos, qué sensacionales son esos momentos! imposible describir las diversas impresiones que todos los hijos de Cali recibimos en esos instante de justo regocijo; estábamos en presencia de un monumento artístico digno de adorar en él al Señor tres veces Santo. Loado sea Dios que ha permitido a ésta católica ciudad rendirle homenaje de adoración y amor!"

Don Juan A. Sánchez, otro fervoroso terciario, agradecía al padre Morquillas y a la Comunidad con estas palabras tan sentidas: "Vaya nuestra gratitud al muy R. P. Alfonso Morquillas y a toda la Comunidad Franciscana, por el magnífico altar mayor que hizo construír en España para nuestros hermoso templo de San Francisco... Nada más hermoso se ha visto jamás en la materia, es la realización de un sueño espléndido...; tanto el altal como las seis imágenes que lo adornan son un primor de incomparable perfección.

Cuando el viajero llegue a nuestra amada Cali nos apresuramos a mostrarle lo bueno que tenemos como un indicativo de progreso; y en primer término lo llevaremos al templo de San Francisco, hoy tan realzado por tan admirable altar mayor".

Fiat, Cali Octubre de 1.970.

CALI Y LOS FRANCISCANOS

Desde hace 200 años la historia de la ciudad está íntimamente vinculada a la orden de San Francisco. El convento de San Joaquín, manzana situada entre las carreras 5ª y 6ª, con calles 9ª y 10ª respectivamente, ha sido verdadero centro de civilización, patriotismo y religiosidad de toda la comarca vallecaucana.

El convento fue fundado por el ilustre misionero Fray Fernando de Jesús Larrea, habiendo llegado la Cédula Real que autorizaba dicha fun-

dación, en febrero de 1757. Al principio fue colegio de Misiones, y las tuvo en el Chocó, Naya y Putumayo. Durante la Independencia fue el centro de la acción emancipadora con próceres de la talla de Fray José Joaquín Escobar, Fray José Ignacio Ortiz, Fr. Pedro Herrera y Fr. Fernando de Jesús Cuero y Caycedo. Arrebatado por el dictador Mosquera en 1863 se volvió a ocupar en 1886, dependiendo de la Provincia Franciscana del Perú, pasando a la Provincia de Santa Fé de Bogotá, en 1899, de la cual ha sido sede de su seminario, noviciado y coristado. La antigua iglesia de San Francisco se llama ahora Capilla de la Inmaculada y ha sido reconstruída artísticamente por el Padre Fray Tomás Becerra, en 1926. El templo grande, de construcción neoclásica, obra de los próceres Herrera y Escobar, fue consagrado, en 1828, por Monseñor Salvador Jiménez de Enciso y, execrado el altar mayor, tornó a consagrarlo Monseñor Manuel José Caycedo el 13 de agosto de 1896.

En los tiempos modernos la acción franciscana se ha desparramado por el Valle fundando casas en Tuluá, año de 1931; Buga en 1968 y en la misma ciudad los colegios de Fray Damián González desde 1946 y Pío XII, en el año mariano de 1954. El seminario franciscano cuenta con modernas construcciones en la carretera a Pance, sitio La Umbría, con capacidad para 300 alumnos desde 1960.

En los barrios pobres el abnegado Hermano Eloy Londoño construyó las escuelas de San Salvador de Horta, en el Nacional, por 1942 y la de Fray Martín de la Palma, en el barrio Siloé, años más tarde.

FRAILES PROCERES

Fray José Joaquín y García, nacido el 27 de diciembre de 1751. Estudios en el Colegio del Rosario de Bogotá. Doctorado en Derecho en la Universidad Tomística. Abogado de la Real Audiencia. Profesor en el Real Seminario de Popayán. El 6 de julio de 1784 ingresa al Colegio de Misiones haciéndose franciscano. Sacerdote el 6 de enero de 1787 en Quito. Lector de Teología, Filosofía, Moral y Humanidades en el colegio caleño, Siendo guardián, en 1795, inicia gestiones para la construcción del templo grande de San Francisco. Por donación real de Carlos III trae de la extinta compañía de Jesús de Quito, Casa del Noviciado, los libros de la biblioteca para formar la primera biblioteca que tiene la ciudad de Cali desde 1786.

Crisol de los más puros sentimientos de amor por la libertad. Desde la Independencia se dedicó de lleno a ayudar a su triunfo. Tomó parte activa en la junta de las ciudades confederadas del Valle de la cual fue efectivo secretario y eficaz delegado en muchas gestiones. Prisionero del cruel Sámano fué deportado a España. Al tornar a la patria, murió en Cúcuta, el 15 de junio de 1821.

FRAY PEDRO HERRERA Y RIASCOS. Nació el 29 de noviembre de 1757 e hizo estudios en el Rosario obteniendo el doctorado en ambos derechos. Ingresó en la Orden Seráfica en 1783 y recibió el sacerdocio a fines de la década de 1780. Guardián del Convento por tres períodos, desde 1798 a 1811. Prudente, justo, caritativo, se ganó el cariño de sus coterráneos. Catedrático y gran educador. Dirigió la edificación del templo desde sus cimientos. En la Independencia alentó los ánimos con sus sermones y cual nuevo Isaías anunciaba: "Está decretada en el cielo la libertad de América, y este es tiempo de verificarse; y cuando no tengamos hombres, vendrán ángeles del cielo a ejecutar este decreto". Fué vicepresidente de la junta de ciudades confederadas y preparó los triunfos de Palacé. Fue el primero en sugerir al Alférez Real el camino de Cali a Buenaventura por los lados del Dagua. Fue el segundo rector de Santa Librada en 1824; creó rentas, adaptó el edificio, lo dotó de biblioteca, fué un verdadero formador de la juventud. Murió el 23 de octubre de 1829, siendo llorado por toda la ciudad.

FRAY JOSE IGNACIO ORTIZ. EL PADRE DEL ESPIRITU CIVICO CALEÑO. Nacido en Candelaria (Valle) en febrero de 1781. Franciscano desde 1796 y sacerdote en 1804. Hombre activo, docto y virtuoso. Colaborador del padre Herrera en la construcción de San Francisco y activo arquitecto de la vieja iglesia de San Pedro (Catedral) y del puente sobre el río Cali (PUENTE ORTIZ) el primero de cal y canto que unió la ciudad con el sector del otro lado del río desde 1844. Al terminar la Independencia se imponía obra de reorganización moral y social y ayudó eficazmente a levantar centros de educación.

A él se le debe la primera escuela de niñas que tuvo Cali y la introducción, desde Cartagena, de la primera imprenta en 1837. Escapó milagrosamente de los furores de Sámano y Warleta permaneciendo refugiado en Antioquia por largos años. Bolívar en la última visita a Cali, en 1829, comisionó personalmente a los Generales Silva y Luque para que lo felicitasen y agradeciesen todo lo hecho en pro de la causa de la independencia. Murió el 17 de octubre de 1857.

El Cabildo de Cali y la conciencia ciudadana le llamaron con propiedad "EL PADRE DEL ESPIRITU PUBLICO DE CALI".

ILMO FRAY FERNANDO DE JESUS CUERO Y CAYCEDO. Nacido en 1780, franciscano desde 1795, sacerdote en Cartagena en 1804, luego de doctorarse en Teología en la Universidad de Santo Tomás de Bogotá. Profesor de la Universidad Franciscana de San Buenaventura en Bogotá y maestro en Santa Librada. Miembro activo de las juntas revolucionarias, sufrió destierros, fue salvador de perseguidos héroes, guardián de San Joaquín de Cali por cinco trienios. Nombrado Obispo de Popayán en 1845. Introdujo en el Valle el famoso pasto PARA, el cual trajo de Cartagena. Murió en Popayán el 7 de agosto de 1851.

HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS (Frailes Servidores de la Comunidad Caleña).

En 1850, el fraile Juan Cuesta, ecuatoriano, afiliado al convento desde 1835, se dedicó con esmero a la reorganización y reparación del Hospital San Juan de Dios que había sido fundado por el francés Leonardo Sudrot de la Garcé, en 1752.

LAS TRES CRUCES.— A los frailes ecuatorianos Juan y Vicente Cuesta se debe la peregrinación anual del tres de mayo al cerro que se de-

nominó desde entonces las tres cruces cuyo primitivo monumento en guadua fué ideado por dichos frailes para implantar, en ese lugar, dedicado al culto de Buciraco por los indígenas, el culto a la señal de nuestra redención. Al son de la tradicional chirimía, desde 1837, los frailes y el pueblo hacían piadosa romería recitando las estaciones del viacrucis y celebrando misa en el cerro.

EL CURA DE LA CIUDAD Y EL ANGEL DE LA PAZ: FRAY DAMIAN GONZALEZ. Oriundo de Cali, donde nació el 15 de septiembre de 1807, y desde 1819, vivió en el convento. Tomó el hábito el 16 de septiembre de 1822 y en septiembre del 30 recibió su ordenación sacerdotal. Enseñó a la juventud durante 24 años. Desempeñó sucesivamente todos los cargos de la comunidad. En 1863, cuando la supresión por Mosquera, por estar físicamente impedido permaneció en la ciudad y fué el guardián de su convento. En 1876, estuvo preso, con varios cohermanos. Desde 1866, a su muerte en 1878, fue cura de la ciudad y el gran conciliador de los ánimos exhaltados por las contiendas políticas. El Cabildo le comisionó para la construcción del cementerio tradicional de la calle 26, al cual quiso dotar de bella y fuerte reja de hierro que pidió a Europa pero que por las vicisitudes de la guerra de 1860 quedó casi perdida en Dagua, hasta 1886, cuando se colocó. Levantó la vieja torre de San Pedro, 1886, y el frontis antiguo del mismo templo que había sido construído por Fr. Ortiz en 1842. Murió lleno de virtudes y llorado por los caleños el 27 de diciembre de 1878.

Tuvo Fray Damián el proyecto de un atrevido acueducto para la ciudad que tomara las aguas desde las cabeceras del Cali en Pichindé, a la derecha en la cordillera. Si los tiempos hubieran sido más pacíficos quizás se hubiera realizado tan importante obra que mucho después tuvo realización.

JORGE ISAACS Y LOS FRANCISCANOS.— El famoso poeta y novelista fue bautizado en abril de 1837 por Fr. José Ignacio Ortiz, previa autorización del cura Manuel M. Rodríguez y el mismo padre Ortiz presidió su boda realizada en nuestro templo franciscano el 19 de noviembre de 1856, con licencias del cura de San Pedro, Dr. Gregorio de Camacho.

Sus estudios los había realizado en la Universidad Franciscana Santafereña de San Buenaventura. Cuando Isaacs ear profesor de Santa Librada fué íntimo amigo de otro profesor franciscano Fr. Mariano Bernal.

EL CUADRO DE "LA MARIA".— Originalmente es el retrato de la damita bugueña Angelita Riascos Arango a quien obsequió personalmente el pintor Alejandro Dorronsoro en un año nuevo, dicha señorita a solicitud del Padre Franciscano Marcos Puyo Garcés, lo donó a la Comunidad Franciscana en enero de 1938 a condición de que se dijeran por su alma 5 series de misas gregorianas. Acta Nº 155 de reuniones del Directorio Conventual 1938. Este cuadro es llamado la Gioconda Colombiana.

MUSEO CONVENTUAL DE OBJETOS HISTORICOS RELIGIOSOS.— Por el año de 1940 Fray Enrique Aguilar, fraile culto y de gran espíritu artístico reunió en los corredores aledaños a la sala de recreo, situada en el segundo piso del claustro de la sacristía, todos los objetos de algún

valor dispersos por el Convento y que fueron obsequiándole amigos y conocidos. Cuadros, libros, ornamentos, porcelanas, cristales, amén de objetos curiosos, formaron la famosa GALERIA DE SAN FRANCISCO, al estilo de las famosas de Europa. Actualmente todos esos objetos están en la sacristía del templo, en cómodas de madera.

En la biblioteca conventual, parte moderna, se conservan los retratos, al óleo, de los Guardianes del Convento y de amigos y bienhechores de la Comunidad, así como bellos óleos de motivos religiosos en la sala de conferencias, antiguo refectorio. En los corredores de la primitiva galería penden los retratos de frailes ilustres de la Orden y Provincia de Colombia y Religiosos de la Comunidad famosos por su civismo y religiosidad.

BIBLIOTECA FRAY JOSE JOAQUIN ESCOBAR.— Desde 1968, merced al espíritu franciscanista del guardián Fray Enrique González, se adaptó el segundo piso sobre el salón de conferencias para la preciosa colección de obras literarias antiguas; libros de los siglos XVI al XVIII y que restaurados pacientemente por el Padre Arango formaron la llamada Biblioteca Escobar haciendo honor a su fundador.

FRAY ISAACS MARIA LONDOÑO Y "EL AMPARO".— A la sombra del convento caleño se levantó desde 1923 a 1928 esta obra de beneficencia para personas y vergonzantes. Fray Isaacs Londoño, oriundo de Girardota (Antioquia) donde nació en 1845, franciscano desde 1890 y quien vivió dando altos ejemplos de virtud hasta su muerte, a los 104 años, en septiembre de 1949, fue el creador de tan hermosa obra por la cual la sociedad de Cali tanto lo estimó y la Sociedad de Mejoras Públicas le condecoró en 1931 con la medalla del civismo.

Durante los primeros años lo regentaron las Madres Capuchinas, luego sirvió de Seminario y desde 1945 tornó a sus primitivos fines. El Padre Alfonso Peña trajo las Madres Blancas las cuales desempeñan bella labor a favor de la juventud femenina caleña. Hace pocos años fue vendido el terreno para el Hotel Internacional y la obra del Amparo se reconstruye en terrenos aledaños al Centro Parroquial Guadalupe, Barrio Siloé, con modernos edificios para Colegio y Convento de las Madres Blancas.

FRAY ALFONSO DE LA CONCEPCION PEÑA Y OBRAS CIVICAS.— Por la década de 1930, a solicitud del Obispo de Cali, Monseñor Luis Adriano Díaz, Fray Peña rigió espiritualmente la Parroquia de Jesús del Buen Consuelo de Yumbo (Valle) dotándola de suntuoso templo con altar mayor de mármol, luz eléctrica, acueducto, hospital, teatro y comunicación por carretera con el vecino pueblo de La Cumbre. Siempre agradecido por las benéficas obras, el pueblo de Yumbo, rindió filiales homenajes al querido padre y a su muerte en 1952 en el mismo parque central erigió estatua de bronce a Fray Peña.

UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA.— La Comunidad consciente de sus responsabilidades y queriendo prestar un servicio más a la comunidad vallecaucana y a la juventud caleña, necesitada de formación académica, resolvió instalar en sus edificaciones de la carrera 5ª con calle

10, facultades de derecho, contaduría y ciencias de la educación, dependientes de la Colonial Universidad Franciscana de San Buenaventura, que ha sido reestructurada, con aprobación oficial, hace unos años, en Bogotá con facultades de Teología y Filosofía y, en Medellín, con facultad de Sociología. Desde el 24 de Agosto de este año comenzó actividades académicas con un cuerpo de 14 profesores de alta formación profesional y 320 alumnos.

Cali, 1970. FIAT".

El Ara de Tradiciones y Devoción Caleñas

EL ALTAR DE SAN FRANCISCO

Alberto Aguayo

El Templo de San Francisco es, en Cali, una de las más hermosas creaciones del arte legendario. En él se concentran el gusto imaginativo de quienes lo modelaron y la solidéz arquitectónica de los que dirigieron y calcularon su estructura material. Bajo esas naves —amplísimas en sus dimensiones y de severidad mística en su conjunto— se congregan cotidianamente, desde varias centurias atrás, millares de feligreses que asisten a los oficios del culto externo.

Las casas Franciscanas, diseminadas en varios lugares de Colombia, han sido piadoso albergue de los mílites en la Orden del Seráfico de Asís. En esta conviven, vistiendo el sayal de su cofradía, los ungidos por el soplo eucarístico para engrosar las falanges franciscanas. Y esa selección de Siervos del Señor ha regido siempre sus acciones bajo la mirada de María Inmaculada, su patrona celestial.

EL SEPTIMO CENTENARIO

En 1926 conmemoró la Comunidad Franciscana el Séptimo Centenario de la muerte de su fundador, el Santo de Umbría. Y fué aquello la exaltación más clamorosa de tal efemérides. En todos los conventos de la República se echaron a vuelo las campanas del fervor místico. Hubo actos de incomparable esplendidez litúrgica. En uno de ellos -en Bogotá- llevó la vocería de ese distrito católico el tribuno de nuestras democracias, Saavedra Galindo. Los pasajes de su oración tuvieron los ecos argentados de la más encendida admiración para los monásticos franciscanos. Y también constituyó una amplia descripción, con toques de sublime análisis objetivo. En torno a los templos que la comunidad ha levantado para casas de la oración, Saavedra Galindo, cuya voz tenía armonías musicales, supo transmitirle a su lenguaje del acto centenarista una expresión tersa y vibrante. Presentó, con riqueza idiomática, lo que ascendra para el espíritu de un pueblo y de una religión el conjunto de detalles que le imprimen fisonomía a un templo. Escuchémosle:

"El templo es arte para los sentidos, y es religión para el alma. Por el aspecto artístico, en el templo hallamos el clásico ejemplar de las obras humans que imitan a la naturaleza, puesto que el arte puro y verdadero, no



El Altar Mayor de la Iglesia de San Francisco.

* * *

es sino el reflejo de los eternos modelos de ésta. Las columnadas son la copia del trono perpendicular de los árboles desnudos; el arco imita a la rama que se dobla al peso de sus frutos; los capiteles, en sus diversos órdenes, son la imitación de las hojas de la Umbría. La Bóveda, la cúpula y las torres, son tomadas de la ilusoria bóveda celeste, y de la copa y de las flechas de los árboles".

EL ALTAR MAYOR

Para ampliar el pensamiento oratorio de Saavedra Galindo, en Bogotá, trasladémonos enseguida al Convento de Cali. En éste es indispensable mirar algunas de las cosas que lo ornamentan y lo alegran. Primeramente, detengamos la mirada en su Altar Mayor. Esa obra, del más refinado arte español, fue adquirida por la iniciativa del padre Alfonso María Morquillas, sacerdote oriundo de España. Fué el un elemento de acción. Amó las inquietudes transformistas. Y dentro de esa modalidad, muy suya, advirtió que el majestuoso templo no podía seguir ofreciendo para el sacrificio de la misa la anticuada imitación del altar, que allí existía. Carecía de esplendor. Era una fea construcción de ladrillo revestida con pintura, y en su ejecución no había intervenido -muchísimos lustros atrás- la mente creadora de ningún escultor sino la ejecución medieval de un alarife.

El fraile Morquillas reaccionó contra ello. La magnificencia de la Iglesia Franciscana ofrecía así un inarmónico contraste con la esplendidez de sus elegantes naves. Fué por ello por lo que, siendo Guardián de la Orden, pensó en cambiar lo rústico por lo moderno, lo desapacible por lo bello. Avanzaba entonces 1908. Y entre ese año y los del 9 y 10 logró convertir en realidad lo que inicialmente había tenido aspectos de quimera.

En la realización de tal propósito, el padre Morquillas vinculó a personas adineradas de Cali, entre ellas, al millonario don Angel María Borrero. Y también a los señores Joaquín Pablo Barona y Eusebio F. Velasco. Estos, entre otros varios, sufragaron sumas de dinero con tal fin.

LA LLEGADA A CALI

Cuando el altar arribó al puerto de Buenaventura en un navío, se organizaron nutridos grupos de ciudadanos que acudieron hasta Papagayeros (entonces municipio, convertido hoy en el corregimiento de Los Remedios). Se disponían esos buenos hombres a intervenir en el cargue y descargue, sobre los lomos de varias mulas, del artístico altar que había sido fabricado en una de las más renombradas casas esculturales de Valencia (España). Por la antigua carretera que conectaba a Buenventura con Cali, y bajo los soles caniculares, aquel puñado de mozos cumplía la devota misión que espontáneamente se habían impuesto. Ellos sustituían a las cuadrilas de los "arrieros". Y lo hacían con habilidad y con esforzados arrestos, y, para darse descanso y proporcionarlo a las mulas portadoras de las pesadísimas moles de mármol encerradas en cajas de madera, hacían trayectos cortos y acampaban en pequeñas toldas de su propiedad. Allí pernoctaban.

Al frente de tales núcleos humanos, cabalgando en caballerías de

remuda, se erguía la fisonomía del sacerdote Morquillas. El impartía órdenes y vigilaba con penetrante interés todos los detalles de la caravana. Y cuando esta atravesaba por pequeños centros poblados, se quemaban cohetones para despertar el entusiasmo colectivo. Uno de esos pasajes, quizá el de mayor efusión, fue cuando los "carqueros" hicieron su travesía por las estaciones veraniegas de San Antonio y el Saladito. Coincidió aquel histórico hecho con la temporada veraniega. Y hubo emoción general. Las gentes se apretujaban al paso de los grandes cajones que contenían las piezas del altar. Tanto el padre Morquillas como sus acompañantes eran saludados con frenesí y en los espacios reventaban atronadores los ecos de la pólvora que se lanzaba por los más entusiastas observadores.

La meritoria comitiva, como ya lo dije, estaba compuesta por entusiastas gentes que anhelaban vincularse, con la acción de sus fornidos músculos, a aquellas jornadas con las que culminaba un esfuerzo extraordinario orientado al cambio de la faz interna de nuestro amado templo franciscano.

Pero la parte culminante de esos episodios de júbilo y emoción fue rubricaada al llegar el convoy a Cali. Al entrar la comitiva de los "cargueros" hubo frenesí general. En gran profusión los voladores atronaban el espacio. Se escuchaban voces de aplauso para fray Morquillas y para cuantos le habían acompañado a todo lo largo de la vía Papagayeros-Cali. Y cuando el altar, ya para su destinación final, fue depositado en la iglesia, hubo sonoros repiques de campanas desde la torre Múdejar.

Así se cumplió el anhelo vehemente del religioso guardián. Este entregó su obra de incomparables capiteles, de artisticas imágenes y de hermosa presentación. En el mismo monumento que todos seguimos admirando en San Francisco. Allí vibra -entre elegantes columnas y fastuosos decorados- el alma de un seráfico que luego fué ascendido a Visitador de la Orden, con residencia en Bogotá, y varios años más tarde volvió a su patria ibérica. Allá murió.

LOS CARGUEROS

......

"El soldado desconocido" es siempre el hombre cuya existencia queda perdida en una anónima heterogeneidad. Sinembargo, en este caso me he propuesto inquirir nombres de la anunciada agrupación humana, colaboradora inmediata en la empresa de transporte del altar. Sumergida en un laberinto que los años han hecho más indescifrable, he logrado extraer algunos nombres -no todos- de quienes, alternando con las acémilas, se propusieron dar el aporte de sus brazos para que la gran obra de la escultura española llegara intacta al lugar de su destino. Respondieron ellos, en parte, a las siguientes personas, en su gran mayoría extintas ya: Rogerio Campo, Dimas Franco, Víctor Gironza Casanova, Lisandro Quintero, Emiliano Caicedo, Marco Tulio Esquivel, Hernando Tenorio Nieto, Vicente Zapata, David Quintero, Miguel Antonio Pretel, Pedro Pablo Hinestroza, Aquilino Ramos, Ricardo Torres y Bernabé Ramos.

Lástima que el correr del tiempo y las escasas fuentes de referencia, no hayan permitido completar la nómina de esos hombres aguerridos y

llenos de fervor místico, que cruzaron dilatados tres de la antigua carretera de occidente para contribuir con las partes fibrosas de sus organismos el traslado de una obra que la cristiandad venera en la parte más prominente de la casa de oración entregada a la regencia de los padres del Seráfico de Umbría.

OTRAS MEJORAS

Después de tremendas vicisitudes y cuando ya ciertos arrebatos sectarios del liberalismo habían frenado sus ímpetus (el de "manos muertas", uno de ellos), volvió el convento a poder de la Orden Franciscana. Esto sucedió en 1879. Mas era tal su deterioro, que fue menester acometer reformas de índole material. Pero ello implicó un período largo y no pocas erogaciones en dinero. Si la comunidad se retarda más tiempo en rehacerse de su histórico inmueble, la ruina hubiese sido total. Sinembargo, con acentado interés se propendió a la reconstrucción y modernización del claustro principal por todos sus cuatro costados. Y lentamente y a medida que las circunstancias económicas lo han ido permitiendo, se avanza sobre nuevas reparaciones. Ahora se cumple una de ellas en la parte que mira hacia la carrera 5ª

ORGANO Y VIACRUCIS

Avanzaba el año de 1920. Ya el templo había entrado en plan de embellecimiento total. Era Comisario de la Orden y Guardián de la misma, en su orden, los sacerdotes Tomás Becerra y Carlos Delgado Colmenares. Y fueron ellos quienes pidieron el famoso órgano que vibra desde el coro en los oficios religiosos. Es uno de los mejores existentes en Colombia. Fray Alfonso de la Concepción Peña -de inolvidable recuerdo- cooperó con denodado empeño en la adquisición de aquel portentoso instrumento musical.

Un tiempo después se introdujeron y colocaron las admirables viacrucis, a alto relieve, que constituyen uno de los motivos de alegría en el cuerpo de la iglesia.

La capilla de Lourdes, que está adscrita al templo mayor, fué reconstruída, años más tarde, y en ella intervino, siendo alma y nervio, el guardián de entonces, fray Tomás Becerra. En su empresa contó con la cooperación efectiva de la sociedad caleña.

Así quedó descrito y cumplido un notable período de transformación en nuestro venerable templo franciscano. Hubo entonces sacerdotes que iniciaron e impulsaron esas cruzadas, y gentes de buena voluntad que los estimularon con su ayuda económica.

Para algunos espíritus displicentes y de inferior sensibilidad, quizá no revistan interés estas evocaciones. Con todo, ellas pertenecen al alma de Cali. Ellas quedaron grabadas, con signos vivientes, en los capítulos que señalan un categórico avance en las naves de una casa de oración, que convoca cada nuevo día al catolicismo morador de esta urbe. Este recorrido a lo largo de años en fuga, con vigencia sobre los presentes, equivale a una revisión de las joyas que atesoran en sus relicarios los espíritus de seleccionada estirpe humana. Esas reliquias del ayer y de hoy, están ameritadas

por un inapreciable valor que se mide en el orden moral y se aquilata en los principios del arte cultural y arquitectónico. Esos tesoros sagrados, ante los cuales se descubre reverente la admiración de un pueblo y la religiosidad de una raza, tienen su fuente nutricia en los santos Siervos del Señor, que se agrupan en torno al fundador, el predestinado de Asís.

EL CORRILLO DE "EL GATO NEGRO"

(Por Cornetta B.)

LOMA SAN ANTONIO - CALI

Hablo de unos gatos, muy Señores Gatos,
que no tienen cuatro, sino patas dos...
Júntanse en manada, deliciosos ratos,
y en lugar de ratas de las cuatro patas,
cazan empanadas, fritanga... No arroz!

—— o ——

De noche en la loma, colina de ensueño;
deleite al viajero, palco de Colombia,
que este fiero Gato supo defender!
Loma en cuya cima confunde el mirar,
como bajo el cielo su cofre de gemas,
mientras Cali alza sus constelaciones!
Y al trueque de ofertas de cielo y ciudad
hay vuelcos de estrellas, titilar de anuncios,
Serpientes que cambian sus bellos colores,
camino de soles, que fingen
lúcidos desfiles de miles y miles,
por cien direcciones con sus luminarias,
hacia unos confines que nunca terminan,
cambiando las calles por vivos fanales,
do en vez de las gentes,
transitan son letras vestidas de luz!
Y nadie distingue por el centellar,
si es ciudad o cielo,
si es foco o estrella,
lo que tiene al frente, lo que está mirando.

—— o ——

Oh tardes divinas, anhelo del mundo!...
Cómo los turistas extasiados quedan,
sobre esa colina regalo de Dios!
Mientras estos "gatos" al césped tendidos,
roncan y maúllan y soplan sin fin;
dicen punto y coma; chistes desabridos;
se reciente alguno; carga contra dos;

pero al palo va, nadie pone bolas,
que en "El Gato Negro",
principian en serio,
y acaban en broma,
hasta que se bajan departiendo en pos,
de la gran "gatera" del Taita Joaquín,
que demora al borde de su dulce loma.

—— o ——

Más en la "gatera" es cosa distinta...
Listos los domingos cualquier "gato" pinta...
Aclaremos: pita!
Si no es un tintero ni cosa de tinta,
lo que el "gato" pinta!...
Mejor dicho: pita.
Si hasta el chulavita,
que es "gato" choclón.
Por su buena estrella,
pita una botella,
manso remolón...
Y es cosa curiosa,
que en esa botella,
cual viva destella,
y luce y convida,
la chispa encendida,
de un ojo de lata!
Y hay que ver los brotes...
Los "gatos" se empinan,
se alzan, desatinan,
y meten la pata,
y hasta los bigotes,
por mirar la chispa,
que da en la botella,
un ojo de rata!
La cosa más bella!
Oh chispa maldita!
Qué maldita chispa,
dentro la botella,
un ojo de rata!...
Cualquiera se crispa!

—— o ——

Y es fama estos "gatos", los domingos todos,
buscando esos platos, de chispa de rata!
Inventar sus modor y darse las trazas,
por dejar las "gatas" dentro de las casas...
Sus queridas "gatas"!
Que muertas de esplín

rezongando quedan de las cuatro patas,
viendo irse sus "gatos",
a la gran "gatera" del Taita Joaquín.

LA ALABANZA DEL "GATO NEGRO"

Discurso pronunciado por el socio Francisco A. Ortiz en las Playas de Juanchaco (Océano Pacífico) con motivo del paseo ofrecido en ese lugar al corrillo de ese nombre, por su presidente Honorario don EULOGIO ECHEVERRI V., el día 8 de junio de 1947.

Concentrado en el amor sincero
con que pensé venir a este paseo,
-entre todos el último romero-
en llegar a la cita fué el primero,
pero es lo cierto que cumplí el deseo.

Desde temprano abandoné la cama,
sin que el sueño, ni nada me importara,
(aunque de no dejarla tengo fama)
y de un tirón salí de la piyama
por temor de que el carro me dejara.

Cuántos años, oh Dios, que no sentía
dentro del pecho tan ardiente anhelo;
hoy recuerdo los tiempos de chicuelo,
que cuando en el Colegio se decía
habrá paseo, al punto en mi soñar veía
que iba a coger dentro de poco el cielo.

Se dijo en un principio que a Tumaco
y acaricié tal ilusión.
Después que en estas playas de Juanchaco
nos darían un paseo a todo taco
y he venido con toda devoción

Don Eulogio, en verdad, con atención
nos ha dado una fiesta que hará ruidos,
Pero aquí lo importante de la cuestión,
no es el hecho de estar tan atendidos,
cosa que agradecemos muy cumplidos
al gallardo y magnífico anfitrión

Es algo más, amigos muy queridos
que nos llena de gran satisfacción;
el vernos tan contentos reunidos
sin distingos de clases ni partidos
con un alma y un solo corazón.

Siendo lo más grandioso de éste hecho
ver a Eulogio contento y vivaracho,
al lado de nosotros satisfecho,
porque como él, llevamos en el pecho,
el inmortal espíritu de Pacho.

Bendito el Gato Negro y así sea!
aunque crean lo contrario las mujeres
y en la casa nos casen la pelea,
porque el domingo sube la marea,
no dejarás de ser lo que tu eres.

Ya pinté en un principio el arrebato
que me dió por venir, y aquel afán
que sentimos a diario y cada rato,
por llegar presurosos hasta el Gato
cuál si tuviera misterioso imán.

Cuál de vosotros no ha sentido
esa misma rarísima atracción?
Y que "Gato" será el que no ha oído,
nervioso en el guayabo confundido,
de la patrona el eterno Son?

Es que cuando se piensa en el Corrillo
nada valen sermones ni consejos;
pueden darlos a diario y a porrillo,
en tono elevadísimo o sencillo,
que así nos quedaremos hasta viejos.

No hemos dado en la vida mala nota
pues, que somos magníficas personas,
y en el alma de todos solo flota,
contra la oposición de las patronas,
el corazón invicto de Jota Jota.

No hay entre los gatos uno malo;
no hay como se cree "perros" y fieras.
Inocentes gozamos del regalo
de una gran carcajada de Gonzalo
y del idioma turco de "MADERAS".

Los domingos en esas reuniones
animadas, sencillas y tan buenas,
es verdad que tenemos libaciones,
pero es un solo día de vacaciones
después de una semana de faenas.

Gozamos los domingos plenamente
de números sabrosos y sin par;

no por el traguito de aguardiente
que en forma mesurada y muy prudente,
allí todos nos vamos a tomar.

El caso, por ejemplo, es ver llegar,
a Richard, el simpático banquero,
tras un baño, su cuerpo calentar
y el mismo elegirse tesorero
sin que nadie por él vaya a votar.

Y qué decir de cuando va a la loma,
a charlar sin que haya refrigerios,
ahogándose, con pasos de paloma,
en busca de los chistes y la broma,
que le dicen los otros "GATUPERIOS"?

Cómo prescindir de algún Bonilla
Cuando sumados, entre todos siete,
hacen para elegirse una pandilla
de oligarcas, en recia camarilla,
para formar eterno Gabinete?

Pláceme ver a Medardo Quintero,
el amigo de más predilección,
sin vacilar, con paso muy certero,
correr a la servida del tintero,
olvidando flebitis y bastón.

Y oír por otra parte a don Cornelio,
cuando en forma precisa y muy segura,
nos habla de su recia contextura
y nos predica en serio el Evangelio
que a todos nos dará BUENA-VENTURA.

Escuchar a don Jorge Bejarano,
cuando encontrándo há, alto de punto,
cual un egregio senador romano,
angustiado bravío y sejijunto,
demostrar con el dedo de la mano,
que nada vale fuera de su asunto.

Y ver a don Leonardo, el Presidente,
de acuerdo con don Luis, su secretario,
batirse con don Jorge, frente a frente,
y decirle en su cara lo contrario
de lo que él asevera inútilmente.

Cómo olvidar tenidas inmortales,
con don Luis Sinisterra y su "posdata"

a quien no le combaten ni los males
para hacer con discursos a raudales
a todos por igual la vida grata.

Qué sería, mis amigos, del Corrillo,
sin la alzada de mano de Gabriel?
Sin ver a don Eduardo del Castillo
apretarnos la mano del anillo
como hombre de trabajo, amigo y fiel?

Y voy a analizar a otro Gatico,
de su suyo en el parlar, interesante,
que cuando nos aplica el teodolito,
suele sacar, sin que le importe un pito,
la redondez de un círculo en cuadrante.

Y aquel otro expertísimo ingeniero,
que fué hombre de tiples y bandolas,
que lo vemos tan noble y muy sincero
cuando dice a gastarse su tintero,
para ponernos, entusiastas, bolas!

Y tenemos también a los Hernandos,
Uno Palacios, pues el otro es Reyes,
en competencia, sin respeto a leyes,
por Carola partidos en dos bandos
queriendo demostrar que no son bueyes.

El uno por ahí de cuando en cuando,
se aparece al Corrillo muy mohino;
siempre de algún dolor se está quejando,
más cuando suelta tupia, don Hernando
dizque se dá a beber con desatino.

El otro de los dos, Rey del Guabito,
es feliz con nosotros y formal.
Goza cuando se lleva a Leonardito
a tomar trago, con sancocho y frito
en la fonda secreta El Carrizal.

Hay un gato nervioso y rechonchito,
que lleva en OCCIDENTE dirección;
se aparece, se mete su traguito,
inquieto, como siempre Calerito,
pero sabe salvar la situación.

Cómo no estar a paz y salvo
con amigos en esta reunión,
mientras exista un Alvaro Montalvo,
un Ñacho Herrera y un Isaac Berón?

Tenemos, ay! un Rosendo Calero,
que no puede quedar sin su sipnosis;
él de "LA GATA" abandonó el alero
y se ha tornado Gato parrandero,
en su sensacional metamorfosis.

Olvidaba de uno que hay que hablar,
ese amigo que llamamos don Tomás;
por el nombre no se puede saludar,
porque al punto está listo a contestar:
"Claro que tomo; por qué me preguntás"?

Brindemos por dos Gatos que hay ausentes;
debemos dos hermanos recordar;
lástima que no estén aquí presentes,
uno es Ramiro, el otro Apolinar.

Recordemos también en esta loa,
a otro amigo de gran inteligencia:
Te excusaste, es verdad, Carlos Gamboa,
no viniste al paseo, pero en la proa,
estás brillando siempre por tu ausencia.

Ha venido a hacernos compañía
Jesús M., que poco se le ve,
su presencia nos dá mucha alegría,
y en Restrepo, nos dicen, hoy en día,
es Rey en las cosechas de café.

Más afirman, que el gran Jesús María,
cuando vió que el hermano le fué bien,
resolvió contratar, el mismo día,
del Gato la famosa Compañía,
para dar dos funciones en Darién.

Y ahora repitamos para Eulogio,
que se ha sabido en todo manejar,
con todo el corazón un justo elogio,
más grande que las aguas de este Mar.

Cuando a Cali lleguemos, Dios mediante,
después de viaje, pesca y libaciones,
con luces de finísimo diamante,
el recuerdo muy grato de este instante,
eterno quedará en los corazones.

Don Casto.

Juanchaco, 8 de junio de 1947.

APUNTES DE UN GATO

Ricardo Vallejo T.

Era Santiago de Cali un villorrio, de un pasar simple, alegre y tranquilo. El alud del progreso no se había presentado aún con sus ruidos, inquietudes y complicaciones. El amaneecr era anunciado por el canto bullicioso de los gallos, pues era rara la casa en donde no los hubiera, ya que en casi todas habían grandes solares poblados de arboledas y frutales, a tan eglógico ambiente se sumaban los populares pregones de... "Escobaas", "pandebooonoo" (qué bueno el de aquellos tiempos), "Correo del Cauca", primer periódico cuotidiano que tuvo la ciudad y el cual era dirigido por el doctor Ignacio Palaú. Entre los voceros de este diario figuraba Eulogio Echeverri Vernaza, quien, ya en su edad madura, recordaba con orgullo este hecho en las tertulias del Gato Negro que él presidía.

Al tratar de los servicios públicos de aquel tiempo iniciémoslos por el agua. Esta era suministrada por el sistema de pilas públicas, dispuestas en diferentes barrios de la ciudad, y entre las cuales se distiguía por sus artísticos detalles la denominada "Pila de Crespo", obra esculpida en piedra por el maestro alarife don Espíritu Santo Hoffman. Tal Pila -sita en aquel tiempo en el cruce de la carrera 10 con calle 5ª, constaba de cuatro chorros a los cuales se les ponían hojas de piñuela para recibir el agua en zumbos, barriles y otros recipientes. Dicha pila era quizás la más concurrida por la muchachada que allí se bañaba con tremenda algazara. Que lo diga su vecino de entonces el doctor Alfonso Bonilla Aragón y sus distinguidos hermanos. En la actualidad dicha pila se halla en poder de una familia caleña, y varios vecinos del Cali-viejo han efectuado infructuosas diligencias reclamatorias para colocar dicha pila antigua en el cruce de las hermosas avenidas que hoy construyen, esto es, en lugar en donde estuvo. Creemos que el actual poseedor debiera contribuír a este efecto.

También existían algunas pilas dentro de las residencias coloniales, muchas de las cuales aún hoy puede apreciarse como objeto de adorno histórico. El control de funcionamiento de tales pilas lo desempeñó de manera activa y cuidadosa, y por mucho tiempo, el señor Justiniano Lasso, imponderable caballero y conocedor como pocos de los trabajos hidráulicos. En cuanto a los desagües, estos corrían perezosos por todo el centro de las calles, arrastrando de paso toda clase de deshechos, formando, en el invierno, grandes y profundas lagunas, entre otras una en la carrera 9ª con calle 6ª (la esquina de BIBIANA), en donde César Berón, ponía a navegar unos barquitos ingenisamente fabricados y que constituían la novelería general, y al venir la sequía veraniega era de verse la multitud de gamines que, "huídos" de las escuelas, se dedicaban a la pesquería de sardinas y a la búsqueda de monedas, medios, bolas de cristal y demás chucherías que aparecían en el fango que dejaba la inundación. Seríamos interminables si hubiésemos de seguir tratando en detalle de muchas otras cosas que no pueden pintar a brochazos lo que fué el Cali de ayer, pero no se pueden pasar por alto, por ejemplo, los pocos espectáculos que comenzaron a llegar. Recordamos algunas de las primeras películas mudas: "Los Dos Sargentos", "Espartaco", y otras más que exhibía el célebre empresario don Ramón Silva en un circo de guadua ubicado donde hoy se levanta el gran edificio Belmonte. A este

sitio se llegaba a bordo de un Tranvía, -manes de los hermanos Vergue, y del cual era ocasional conductor el joven Apolinar Ramírez, futuro gato.

Además de los espectáculos ya citados, es de recordarse la presentación de la famosa compañía operática de Bracale, en un escenario improvisado de la vieja Casa Municipal, situada en aquel entonces donde años después había de erigirse el hermoso Palacio Nacional (carrera 4ª calle 12). También son memorables las representaciones de la Cía. de Alfredo del Diestro y otras, en el viejo teatro Jorge Isaacs de don Emanuel Pinedo, desaparecido en mala hora en un voráz incendio. Estos espectáculos eran amenizados por la vieja orquesta que integraban Alfonso Borrero Sinisterra, Enrique Umaña, Agustín Payán Arboleda, Santiago G. Velasco, Ernesto Panesso, Juan de la Cruz Sánchez y otros que se nos escapan. Esta orquesta era habitual en el Salón Moderno y en todas las fiestas sociales de aquel tiempo.

Ya es hora de que hablemos sobre las costumbres sanas y sencillas que practicaban nuestras gentes en aquellos lejanos tiempos. Bastaría recordar la manera como toda la ciudad concurría a la Loma de San Antonio para presenciar el drama de los Reyes Magos, pieza de teatro popular -casi ingenua- de ambiente bíblico, de autor desconocido, y representada por actores aficionados de origen auténticamente popular. Un destacado pedagogo y hombre de gran espíritu cívico, don Liborio Tello Villa, era el director de tal representación de comienzos del año. Por la importancia de su papel sobresalía Herodes el Cruel. En un momento de violencia ciega aparecía diciendo: "No quiero cetro en mi mano ni corona en mi cabeza". Y al decir esto lanzaba a la concurrencia el cetro y la corona elaborada con el más delicioso alfeñique, que la muchachada devoraba con todo entusiasmo. También era importante la actuación del famoso Negro Zingo o Cingo, el cual, con una culebra entre las manos, hacía la parte cómica de la obra, por sus gestos y su simpática fonación a media lengua. Aún viven algunos de los actores que conocimos, entre otros don Manuel Castillo, don Antonio Vernaza, que actuaron como Herodes y Félix Castillo que representaba al Rey Blanco.

Lo anterior es un pequeño brochazo de lo que era Santiago de Cali, quedando, desde luego, mucho por escribir. Por ejemplo, cuando la Colina de San Antonio principió a ser el punto de concurrencia de la alegre muchachada caleña para correr las macetas de alfeñique en la fiesta de San Pedro y San Pablo; al llevar vistosas cometas en los ventarrones de Agosto, y a conformarse simpáticos corrillos de caballeros, entre los cuales fue famoso el denominado "La Gata Blanca", de la cual hacían parte el coronel Manuel María Caicedo, don Chepe Borrero, non Víctor Cárdenas, los tres, Azarías, Juan y don Rosendo Calero -ya fallecidos.

El que se denomina "El Gato Negro", se reunía inicialmente en la cercana Peluquería de don Rubén López, de donde salían los grupos hacia la Loma, portando hules, periódicos o almohadones que tendían para reclinarse, y para salvarse de la voracidad implacable de los yaibíes.

La lista de los gatos negros es larga y en su mayoría han pasado a mejor vida los más antiguos, y tan sólo pervive el gran Pacho Ortiz, el vate Juglar del corrillo, y periodista de trayectoria. Ha librado ingentes batallas cívicas. Entre los que dejaron de maullar en este ingrato mundo, (siempre los recordamos con cariño y gratitud) observamos algunas de sus frases más habituales, por ejemplo:

El filósofo y poeta Cornelio Buenaventura: "Ustedes han leído...".
J. J. Herrera: "Cómo hacen para tomar eso...?"
Ignacio Herrera: "A propósito de Emilio Zolá".
Luis Sinisterra: "Qué sabroso...!"
Luis Alberto Guerrero: "La voz contraria..."
Isaacs Berón: "Qué tan bueno...!!"
Leonardo Bonilla: "Donde Hernando es más bueno".
Eulogio Echeverri: "Copas y candela...".
Gonzalo Martínez: "Repito porque esto es muy bueno".
Rosendo Calero Riascos (Tesorero del Corrillo) "Le doy su recibo?"
Jorge Bejarano: "Si que también".
Alfonso Bonilla: "No hombre, no hombre!"
Gabriel Torres: "Vámonos".
Eduardo Castillo: "Creo en la reencarnación".
Apolinar Ramírez: "Felino alegre y zumbón".

También ya fallecieron otros distinguidos gatos: El Presbítero doctor Daniel Guerrero; don Marco Tulio Cuadros, distinguido pedagogo; don Francisco Echeverri V.; Jesús Echeverri V., Dr. Juan Antonio Bonilla Torres, médico muy distinguido Agustín y Francisco Herrera C., Dr. Hernando Guerrero T., don Lucio Herrera M., desaparecido trágicamente en una explosión fortuita en el Puente del Aguila en la carretera Palmira-Ataco, donde prestaba sus servicios como inspector; don Demetrio Hurtado; don Julio Escobar B., don Alfonso Moreno, el ciego, don Medardo Quintero y el doctor Villaquirán.

Como es de suponer, los gatos desaparecidos fueron siendo reemplazados, aunque no en su totalidad, por otros mínimos que solo necesitaban para ello el ser presentados por alguno de los antiguos. Así las cosas, el corrillo está integrado en la actualidad por varios vecinos entre otros:

Ramiro Ramírez.
Ricardo Bonilla T.: "esas son pendejadas".
Ricardo Bonilla M.: "vení chupá".
Jorge E. Rincón: "una kolita".
Gerardo Bonilla G.: "jí, jí, jí".
Carlos Gamboa Y.: "no me han pasado tarjeta".
Clímaco Alvarez: "esa es pura historia. Cómo harán?"
Presbítero Marco Tulio Collazos: "ya se le bebieron?"
José Ma. Victoria G.: "yo soy especialista en escándalos".

Además, Hernando Palacios, el Cabo; Alberto Castrillón, el viejito; Leonardo Satizábal, Buenaventura Dueñas Tello (primer portero del equipo Cali por allá a comienzos del siglo), Luis Tafur Victoria, Ricardo Vallejo, Simón Echeverri, Jessú María Colazos G., Berardo Aragón A., Fer-

nando Ayalde, Honorio Aragón, Rafael Garcés, Luis Carlos Bonilla B., Alfonso Sánchez, Fernando Herrera R. (El mudo) Luis Velásquez, y otros que se nos escapan.

Los nuevos gatos, por varias circunstancias, no concurrían a la loma como de costumbre y fijaron como sitio de reunión -para los días de fiesta únicamente-, el apartamento de don J. J. Herrera, decano de la entidad, pero siempre atentos a su objetivo inicial: la conservación de la Capilla. Así fue como en el año de 1964 se acometió el arreglo de los techos que amenazaba ruina, la restauración de una parte del interior de la misma, la base de la estatua de San Antonio en la plazuela, que tenía una vieja y ruinosa verja de hierro, y el arreglo del tramo superior de los Quingos de piedra. Ello se logró con el producto de un ameno festival efectuado en la propia colina, salvando increíbles obstáculos que salieron al paso, logrando así seguir la tradición de los gatos antiguos que celebraban muchas fiestas al son de cohetes y de la alegre música popular del "Garrón de Puerco", "Palo Alto" y "Gavilán Pintao", a beneficio siempre de la capilla.

No podríamos terminar esta croniquilla, si así puede llamarse, sin dejar de recordar la típica estampa del padre Buenaventura Jiménez, capellán de San Antonio, cortado a la antigua para ese cargo, ni la de su sacristán Ernesto Castillo, hombre humilde del pueblo que, a pesar de ser sordo, recogía limosnas para San Antonio cuya imagen cargaba en una pequeña urna y que en sus ratos desocupados se dedicaba a fabricar alpargates de cabuya, y de quien Rafael Garcés G., quien lo imita a la maravilla, relata los mejores cuentos.

Esta es a grandes rasgos, a brocha limpia, la historia del Corrillo de "El Gato Negro". Una hermandad fraternal en donde bulle el entusiasmo saleroso mojado casi siempre por los mejores anicetes de la comarca. Una cofradía de gentes cordiales de gran sociabilidad, que han hecho de la amistad una virtud peremne, sin dobleces ni soslayados egoísmos.

Un Gato.

EN EL HOMENAJE DE EL GATO NEGRO AL DOCTOR JUAN ANTONIO BONILLA T. EN "CHIPAYA" EL DIA 31 DE MARZO DE 1963

En una Universidad
de los Estados Unidos,
puso los cinco sentidos
Sin alarde o vanidad
para volver realidad
su título de doctor
y después con gran fervor
y el corazón debajo del brazo
en Colombia se abrió paso
con fé, caridad y amor.

Mas apenas se enteró
de este galeno magnífico
la Empresa Chocó Pacífico
Ahí mismo lo contrató
y de aquí se lo llevó
para curar en **Istmina**
los enfermos de la mina;
pues, sabían que en Michigan
a cualquiera no le dan
el título de medicina.

Y allá tan solo duró
hasta cumplir el contrato;
pues el recuerdo de EL GATO
y su tierra que dejó
de seguro lo obligó
a sentirse arrepentido,
y volvió a buscar el nido.
Pues para él mejor era,
como decía "Pellejera"
este su Cali querido.

La renuncia inesperada
sorprendió mucho a la Empresa
que a pesar de ser inglesa,
se mostró muy preocupada;
pero Juancho dijo: NADA,
no me convence el destino,
ni su oro y su platino.
Por mi mente solo asoma,
el Corrillo con su loma
y para Cali se vino.

Y a ejercer su profesión,
de clínica y cirugía,

comenzó con alegría
y en su propio corazón
una gran satisfacción,
pues enseñó la experiencia
que para aplicar la ciencia
se puede hacer mucha plata,
con la consulta barata
y trabajando a conciencia.

Por eso desde aquel día
de un modo perentorio,
se observa en su consultorio
siempre cerca a Galería,
la clientela en romería
de blancos, negros y extraños,
por espacio de cincuenta años
creyendo hoy con antes,
en los amargos purgantes
que les alivia sus daños.

Como siempre en la botica
hay una enorme clientela
todo el mundo se desvela
pero nadie se lo explica,
a cual más habla y critica
y no sale del abismo,
pues sin ser el mal el mismo;
queda el paciente curado
con un solo preparado
que dá para el paludismo.

No se olvide en el Corrillo
que fue don Luis Sinisterra,
(no por hacerle la guerra)
quien descubrió muy sencillo
que era puro limoncillo
el que el doctor preparaba,
que el veía cuando guardaba
en un frasco sin espalda,
verde color de esmeralda,
el remedio que curaba.

Siempre amigo del Civismo
Bombero, Rotario y Gato
Miembro de Juntas de Ornato.
Gratis con sombra de altruísmo
la anemia y el reumatismo,
la sumbosis, la diarrea,
y la fiebre tifoidea,
cura de modo asombroso

con el frasco milagroso
que sirve de panacea.

Diputado y concejal
sin ir tras el Presupuesto,
ocupa también el puesto
de Prefecto Provincial.
y hasta Vernaza el fatal
de la vieja hegemonía
quiso verlo en la Alcaldía.
pero Bonilla con tino
no aceptó el tal destino
en aquella compañía.

La Academia nacional
de médicos colombianos
reunidos como hermanos
de manera muy cordial
lo llamó a la Capital
y le dió sin dilación
una condecoración
para premiar la batalla
poniéndole su medalla
en el propio corazón.

El Corrillo entusiasmado
de una manera sencilla
rinde aquí al Dr. Bonilla
Gato ya condecorado
y muy experimentado,
un pic-nic modestamente,
pero siempre el Presidente,
de este Corrillo Gatuno,
que un domingo treinta y uno
tumbaron a Sanclemente.

Antes de servir los platos
para que este acto abra
y le diga la palabra,
me designan estos Gatos.
No pasaré malos ratos,
como en aquella jornada
que me dejaron sin nada,
hambrientos y poca pena;
pues se comieron la cena
hasta la última empanada.

Don Casto.

EN EL HOMENAJE AL DR. RAMIRO GUERRERO

(Por Ricardo Bonilla M.)

(Abril 5 de 1964)

Dr. Guerrero: Ya era tiempo de que el centralismo y el regionalismo reconocieran los méritos de nuestros grandes hombres y por una feliz coincidencia los primeros han sido los dos eminentes galenos de nuestro Corrillo. Ayer fue nuestro querido y nunca bien lamentado JUAN ANTONIO BONILLA TORRES, hoy el cirujano del Corrillo Dr. Ramiro Guerrero. Esta corporación se regocija por estos merecidos triunfos de su gente. Como quiera que la mayor parte de los miembros del corrillo ha recibido servicios profesionales del Dr. Guerrero, ha querido cada uno de ellos que le exteriorice su agradecimiento y como son tantos y tal vez no los recuerde y tampoco tenga presente cada intervención, voy a enumerarlos:

JORGE E. RINCON. Presidente.- Bombeo para extraerle leche porque se le estaba inflamando el seno de Abraham .... Palacios.

LUIS ALBERTO GUERRERO.- Solamente por respetar la jerarquía mencioné primero el caso del señor Presidente, pero lo más antiguo y que data de 35 años, cuando hubo de atender de urgencia a Luis Alberto en su primer ataque de menopausia.

CORNELIO BUENAVENTURA. Después del raid a pié Cali-Pichindé, Pichindé-Cali, en diez minutos sufrió un fuerte ataque y una vez que lo llevamos a la clínica, opinaron que habia necesidad de operar. Lo abrieron y efectivamente le sacaron el Eclesiastés, el Deutoronomio, el Levítico, el de Moisés y algunos otros libros y en ese gran hueco que le quedó le colocaron el Corán.

RICARDO BONILLA TORRES. A consecuencia de un fuerte cólico fue llevado a la Clínica y los médicos opinaron operación. Abrieron y nada pudieron hacer por que allí estaba instalada la Salsamentari Frigo.

FRANCISCO A. ORTIZ. Operado con buen éxito de un TIC que padecía en la dentadura.

LUIS TAFU RVICTORIA. Maternidad. Muy bien atendido pero salió disgustado por que le cambiaron la niñita. Desde entonces dijo: "No más Profuno".

RICARDO VALLEJO TORRES. Servicio a domicilio para repararle el tabique... de la nariz.

ALBERTO CASTRILLON. Eliminación total de los... ovarios.

ALFONSO VALENCIA. Raspadura completa del monte de Venus para despojarle los millones de colonos que le habían invadido.

SIMON ECHEVERRI. Operación facial para acabarle con esa cara de Hartera que tenía.

JOSE MARIA VICTORIA. Como quiera que ya no podía ejercer la profesión allá donde sabemos, por su voluminoso abdomen, hubo necesidad de extraerle 200 kilos de grasa.

GERARDO BONILLA GARCES. Tratamiento con vitaminas cuando estaba esperando -como dicen las señoras- esperando bus para ir al 18.

RAMIRO RAMIREZ. Sufrió un ataque de amnesia y... no ha vuelto... al Corrillo.

HERNANDO PALACIOS. El Cabo -operación Cesárea para extraerle un atraco frustrado.

CLIMACO ALVAREZ. Ortopedia. Le fue arreglado el paso... el **paso ancho** que tenía.

FERNANDO AYALDE. Toques en trompa de Folapio.

ANSELMO NARVAEZ. Circuncisión, pero por haberse movido le cercenaron el pene y él preguntaba sino se le notaría.

LOS DEMAS MURIERON.

DECIMAS AL DR. RAMIRO GUERRERO, ENVIADAS POR EL GATO, POETA Y LOCO, DON CORNELIO BUENAVENTURA

Cual predilecto del paterno seno,
en las letras te puso como un sino,
y fiel correspondistéis al destino,
tú que naciste para ser galeno.
Y aunque del fausto y del bullicio ajeno,
la fama con tu nimbo te ha ceñido,
y hasta tu mismo nombre, bien querido,
resulta ser tu propio pregonero,
pues, que para el amor, eres: RAMIRO,
y en cambio contra el mal, eres: GUERRERO.

Bogotá, Marzo 23 de 1964.

AL Dr. RAMIRO GUERRERO (Abril de 1964)

No es un acontecimiento
el motivo de esta fiesta,
es apenas la protesta
del Corrillo a un elemento
amigo sicero y leal
atento amable y cordial,
fiel a la vieja amistad
que en toda oportunidad
ha demostrado su empeño
de ciudadano caleño
por el bien de la ciudad.

II

De la Clínica al Hospicio
Cuando amigos y extraños
cerca ya de cuarenta años
consagrados a su servicio
y conscientes de su oficio
en continuo trabajar,
puso de golpe a pensar
a la alta jerarquía
que Ramiro ya venía
pasado de condecorar.

III

Para alcanzar el honor
que ostenta sobre su pecho
le bastaría un solo hecho
a nuestro ilustre doctor
haber sido el fundador
dando muestras de vidente
con esfuerzo sorprendete,
de una magnífica obra
que mencionarla hasta sobra,
la Clínica de Occidente.

IV

Para poder resistir
la Medalla de Esculapio
infusión de Cola y Apio
la víctima ha de ingerior
y hasta se puede morir
de un ataque al corazón
porque es tanta la emoción

del que recibe el honor
que se le torna en dolor
la tal condecoración.

V

Hablando a calzón quitado
yo creo que el doctor Ramiro
debió salir de ese tiro
con el pecho despechado.
El corrillo ha acostumbrado
de ciertos días para acá
al ver que algún Gato está
con psicosis de Medalla
darle un baño en esta playa
del famoso Chipayá.

VI

Este es el sitio ideal
para un honor o paseo
no aquello de El Coliseo
o Teatro Municipal
tan severo y ancestral
lleno de tanto aparato
El asunto es serio y grato
honorífico y muy bello
mas requiere el descabello
que acostumbra dar El Gato.

VII

Llevo en lamente grabada
esa noche de la fiesta
y la famosa respuesta
que Ramiro dió a Posada
con la insignia colocada
Destacar en su alocución
que falta en la profesión
los médicos generales
que atiendan todos los males
cuando llegue la ocasión.

VIII

Sin ser General Guerrero
como era Jota Miguel,
Ah! poquitos como él
con estrategia de pionero

y diagnóstico certero
en presencia de todo mal,
cuando allá en el Hospital
con los médicos internos
también con los externos
es médico general.

IX

Se destaca una faceta,
entre sus virtudes muchas,
es la finca "Las Aguchas",
quizá la que más inquieta
su espíritu de poeta;
pues, allí tranquilamente
al arrullo de la fuente
y flores de mil matices
pasa domingos felices
de manera independiente.

X

Fué esa casa la primera
mansión de aquel lugar,
desde antes de inaugurar
la sinuosa carretera,
en verano o primavera
él y su esposa allí están,
más en invierno, qué afán,
pues "ni solo se halla solo"
con su lira canta Apolo
y con su flauta el dios Pan.

XI

No hay que echar en el olvido
otra famosa virtud,
de su alegre juventud,
es la flecha de Cupido
que sin alarde ni ruido,
entre fiestas y tomando,
disparo de cuando en cuando
más ahora con prudencia
se la deja como herencia
a su hijo Juan Fernado.

XII

Hombre de gran entereza
le tiene miedo al guayabo
pero cae al fin y al cabo
vencida su fortaleza
tomando whisky o cerveza
con exquisito donaire
y no le hace el desaire
a un trago de aguardiente
ante el peligro inminente
de echar una cana al aire.

XIII

Dios nos guarde el Presidente
de aquesta Corporación,
Dios nos conserve el RINCON
que nos tiene hasta el presente
y que El eternamente
Bondadoso como ha sido
conserve Jorge este nido
aunque no le dé ya más
y no le quite jamás
este sitio tan querido.

XIV

Este Gato que en su Imperio
a lo largo de cincuenta años
alegrías y desengaños
nunca los tuvo a lo serio,
hoy se torna gatuperio
y le da al doctor Guerrero
este ágape sincero,
como alcance a la medalla
que ha premiado la batalla
del ilustre compañero.

Don Casto.

Cali, abril de 1964.

Con motivo de un paseo a JUANCHACO anfitrionado por don Eulogio Echeverri, al Corrillo de "El Gato Negro", el señor Gonzalo Martínez quien formaba parte del corrillo, escribió la siguiente composición versificada.

UN PASEO "GATUNO"

Dignísimo don Eulogio,
camarada y anfitrión:
aquí está este batallón,
quien, fuera de todo elogio,
es un conjunto de niños
que todo lo toma a serio...
Mas parece un Monasterio
de menores y lampiños...

Hénos aquí, camaradas,
con don Eulogio de Cristo,
quien, sí previó lo imprevisto
sin chistes ni bufonadas,
ya, según, veo, por lo listo,
va a pagar las empanadas.

Por estos sitios de Lleras
con uno fuí a la Pilota...
y al mirar tantas banderas,
le ví llenar las ojeras
con lágrimas de patriota.
¡Cosa bella!, decía
al contemplarlas flameantes,
-y a lo largo de la vía,
el llanto en gotas caía
como si fueran diamantes...

Aquí los más son pedorros;
otros que orinan a gotas
y en un concurso de chorros,
que fue un concierto de notas...
por meterse de cachorros[a]
casi escupen las pelotas.

Según un caso concreto
que este corrillo constata,
aquí se encuentra un sujeto
que le encontraron un feto
buscándole la **posdata...**

Otro de los concurrentes,
cuando se corre su palo,
lo convierten en regalo

Junta Directiva del Corrillo "EL GATO NEGRO"



Ricardo Bonilla M.
Vicepresidente



Jorge E. Rincón
Presidente del Corrillo



B. Dueñas Tello
Fiscal



Ricardo Vallejo T.
Tesorero



Reverendo Padre Gustavo Arango Jaramillo - capellán de la **Capilla** de San Antonio y del Co**rrillo** de "Gato Negro".



Luis Tafur Victoria
Secretario

entre amigos y parientes,
pero es tal el desconcierto
cuando ven sus desnudeecs,
que ya, repetidas veces,
se han despojado del muerto...

Pero ahora nuestro amigo,
dicen que el trago ha dejado
y asegura un buen testigo
que lo tienen amarrado.
Tanto sus actos reprueban,
tenemos fiel testimonio,
dizque a orinar lo llevan
al atrio de San Antonio.

Entró de la calle un día
don Julio medio jumento,
con un tufo tan violento
que a la cuadra se le olía.
Pero cayó en la bravía
censura de este convento
y al doblarse en el asiento
una cosa se le hundía...

Al punto que fué advertido,
Pachortiz, con disimulo,
nos disparó este fluídc:
Don Julio Escobar Lourido
se metió el trago...

Celoso estaba Berón
con Hernando y Leonardito
porque en más de una ocasión
Hernando con gran efusión
se ha dedicado al criquito...

Cornelio, el bardo de Alinda,
es un **modernizador:**
en su poema nos brinda
vitaminas, suiches, Ford,
y últimamente a su **linda**
le ha puesto **calentador...**

Para chofer de su carro
se patentó Bejarano,
pero le llenan el tarro
si no lo guarda temprano...
No se consigue la llave
sin que alguien se lo permita.

Guillermito da la clave,
y Don Jorge, ya se sabe,
es el único que **pita...**

Alguien vió a los Ricardos
tomados de las caderas
y al mirar sus **tiraderas**
se sorprendieron los bardos.
Pasaban las posaderas
de Bonilla sobre Torres.
Ricardo: tu no te corres
con semejantes maneras?
Perdona, no te encachorres,
estas cosas son de Torres...
o son Torres de maderas...

Consecuencia de este juego
sucedió sin dilación
que en la puerta del perdón
y por cuenta de San Diego
operaron un flemón.

Joaquín, apóstol profano
del matrimonio, y muy casto,
es un célibe galano
que cuando mete la mano
se la mete a algún **canasto.**

Un teósofo se creyó
espíritu reencarnado
y a las estrellas voló;
y en un muro apareció
estrellado y descarnado.

Se apuntaba al perdedor
en carreras de caballos,
lo mismo en riñas de gallos,
o en el ring del boxeador;
para seguir los consejos
Del Monaco, muy formal,
hoy ,conquistando pendejos,
vende vinos Sandoval
diciendo que son añejos.

Los domingos a almorzar
hay que llevarlo a la casa
y en tal grado se propasa,
que le da por renunciar.
Secretario titular
del Corrillo y de la loma;

Cabello negro, sin par,
un bozo que ya le asoma
lustrocito y bien cuidado
y aquí decimos por broma...
que parece hasta **pintado...**

Gabriel, siempre tan pepito,
el Gentleman del Convento,
sufre de corto circuito,
y cuando se tira un viento,
siempre se le pega el pito.

Castillo en este proceso
le hace dueto con los pedos;
unos sordos, otros quedos...
y otros que hieden a queso.

Fernando el amigo fiel
un día le ofrecimos pago
y le causó tal estrago
que nos revolcó el carriel.
En una protesta airada,
con seña breve y sumaria,
en una Catilinaria
nos echó esta pendejada:
"Uds. me tienen jarto,
lo que apetezco son rones.
Dinero tengo en mi cuarto **dejen**
déjense de ser .....!

Para nunca terminar
tendríamos si a cada uno
me pusiera a **examinar...**
Todos están de amarrar...
y **amarrado,** sólo hay uno...

Con gatos de esta pelambre
y anadando de sol a sol,
cualquiera reiría del hambre
si no les falta el alcohol...

Dignísimo don Eulogio,
camarada y anfitrión:
aquí está este batallón,
quien fuera de todo elogio,
es un conqjunto de niños
que todo lo toma a serio...
mas parece un Monasterio
de menores y **lampiños...**

Sigamos nuestro camino
entre aguardiente y ron,
que cuando les coja el vino,
todos cantaran al son
de las vueltas del camino.

CORRILLO DEL "GATO NEGRO"

Cali resurge y se anima
vuelve el gato a la colina.

Presidente Honorario: Eulogio Echeverri Vernaza.
Presidente electo: Jorge Rincón.

¡Cuál será de extraordinario, sin igual ni precedentes,
que tiene dos Presidentes, este Corrillo del gato!
Uno perpetuo, Honorario, el otro que dura un rato,
cual dijésemos un año, y hasta más si no me engaño,
viene la nueva elección, cambia el titular mandón,
y toma el cetro otro gato. Mas ha tiempo que hay amaño,
por ser el Titular grato, se sortea: hay reelección,
que da del mismo tamaño, y siguen los dos al son.
Hace de eterno anfitrión, el Honorario sin tasa,
su agasajo, tienen hechizo algo que luce y que brilla;
en tierra, hasta el Paraíso, en el mar: frito y costilla.
El otro también embasa, de galante no da espera;
como quiera es gato grande, da ternera a la llanera,
paseo a su finca raza, y marrana en Piedra grande.
No se sabe cual rebaza, de ofertas a mara-villa.
Si aquél nos brinda la orilla, este grita acá: Rincón;
y el Honorario en tesón, dice: hay que ver mi Ver-Naza.

Cura: Pbro. Dr. Marco T. Collazos
Médicos: Dres. Ramiro Guerrero, Juan A. Bonilla T.

¡Oh corrillo que ricura, dos galenos y un gran cura,
que al levantar Catedral, le quisieron barajar,
pero sin hacerle chazco, el mérito de acabar,
su templo estilo Damasco: De los médicos el uno,
que empaca y es oportuno, ha parado el hospital;
el otro no deja mal, que se resista a su frasco.

Gabriel Torres y Eduardo Castilo, ya no suben al tejado.

Hay dos gatos ya mayores, en una misma cabuya,
y aunque fueron fundadores, me los corre la garulla,
y poco van al corrillo, pero pitan el platillo.
y lo pitan de contado. El uno así retirado,
desde sus Torres mahulla, para que el otro haga dúo,

y el otro sin hacer bulla, como es el vecino amado,
le responde como un buho desde su propio Castillo.

J. M. Victoria

En un barullo de gatos, una cámara de ron,
del licor al resplandor, tomaron cuatro retratos,
que al mirarlos, estos son: El mayor un gato verde,
y luego sale y se pierde, por las gateras de amor,
alto, estirado, liviano, que juega suerte a la mano,
y dicen que allá si muerde pero el muslo a lo mejor.

Alberto Castrillón

El menor es más pequeño, por eso al libar se empina,
pero nadie lo cocina, ni con el tercer hervor;
en Yumbo tuvo su sueño, dió su clavel en flor,
pleno de gran ilusión. Mas es de raza y esencia,
este gatito bribón, que al no tener descendencia,
dicen que por su inocencia, le hicieron la Cas-trillón.

Rafael Cifuente. Agente de recaudos de la C. C. de Tabaco.

El que sigue va y se esfuma, tras el precio de una hoja,
recibe plata y la suma, y en la caldera remoja,
pero no muestra la juma. Muy activo y cortesano,
tiene empaque de piel roja, y propaganda de espuma,
y al que ve, le dá la mano, y le dice: Usted no fuma?

Clímaco Alvarez, dueño finca titulada: Pasuancho, lista a urbanizarla.

El cuarto gato, repito: se va de la seda a lo ancho,
fue importado del Cerrito, tiene de Quijote y Sancho,
campesino y cortesano, galante y emprendedor,
es cachaco y echa gancho, con un gestico liviano.
Su finca o predio cercano, promesa a un barrio mejor,
a todo taco y sabor, condición: ni un solo rancho...
Mas al urbanizador le quedó duro: Pasuancho.

Alfonso Sánchez.

Hay un gato que recita, cual leyendo de corrido,
pero le da gran sentido, a su seguida charlita.
Un gato dulce y sencillo, de color algo amarillo.
Este gato se ha fluído, llevando su caramillo,
tras leve araño en el nido, mas no es araño que irrita,
y cuanto lo hemos sentido, talvez la cocha lo escuece,
mas ya es tiempo que regrese, a solazarse al corrillo.
Bien por dentro se ha perdido, de meterse agua bendita.

Y siguen gatos así, subidos en el tejau.
Si los uno hacen: mi los otros contestan: miau.

Luis Alberto Guerrero. Luis Sinisterra y Luis Tafur Victoria.

De Luises, tres en cantera, para el Corrillo y su gloria,
el uno es fina tijera, y a sí lo afirma la historia,
que a veces se sobrepasa, y pon de oro y azur,
a todita la gatera, con su voz contradictoria.
El otro en perpetua huaza, manejando la mostaza,
provoca la risa entera. El tercero va en discordia,
y al que le falla el albur, le hace burlesco: Ta-fur,
y con el otro es Victoria, en sonrisa placentera.

Ricardo Bonilla M. -Almacén Madera.- Isaac Verón, Ricardo Bonilla T.
Cajero Jefe, Banco Comercio.

Bonillas son buenos tanto, cinco o más ¡qué berraquera!
Pero hay dos y no os asombre, que llevan el mismo nombre,
emulándose en el flanco, galantes sobre manera.
Si el uno ofrece Madera, el otro sirve de Banco;
Isaac no se queda manco, con ese acento burlón,
un billete sin reato, se saca y le dice al gato:
falta trago en la caldera, conmigo si es pa Ver-ón!

Joaquín Herrera R.

Y asoma el gato decano, que maneja la caldera,
con su octogenaria mano, y una sonrisa sincera.
Y aunque se haga algarabía, ni se enoja, ni se altera.
Allí está la galería de los gatos que se van,
parecen como en espera, de los que vivos están.
El Corrillo cada día, comulga con su memoria,
y de todos hace historia, como si en carne los viera.
Bien que siga la folkloria, de tan sin igual gatera.

Pachortiz.

Y Elena murmura uno, gato de peso pesado,
para improntus oportuno, y en calambures versado.
Una noche de tenida, él sus décimas leyendo,
con voz y acción animadas, los gatos iban comiendo,
y agotaron la bebida, y también las empanadas...
Y cuando tornó a mirar... ni una brizna de comida.
Y dijo vuelto un jaguar: No me aguanto estas voladas,
hoy lo juro por mi vida, que no vuelvo a recitar,
sino después de enllantar. Me jodieron, vean mis malas!

El Pote Lozano.

Hace rato nos visita, uno ofreciendo su dote,
es una marrana frita, y qué marana, un sipote!

O puede ser un marrano, basta que quiera obsequiar,
al corrillo puede entrar, con su risita y bigote,
todos le tienden la mano, porque es alegre al libar.
Nuevo gato como un Pote siempre en pascuas por Lo-zano.

Ramiro Ramírez.

Falta aguardiente dice un Gato consentido,
y estando el trago servido, pone el vaso en un asiento,
éste entusiasta gatazo. Con los labios alza el vaso,
y echando el cuerpo hacia atrás, hace una gárgara y trás,
escancia su contenido, de un soberbio guaracazo.
El gato se fué al Combeima, pero no olvida su nido,
a Cali viene y se peina, pasa al corrillo y derrocha,
y grita: alerta al sonido, no se hagan de oreja mocha,
cada gato su maullido, o a marcharse. Falta cocha.

Ricardo Vallejo T.

Se me queda un gato mono, mañana y tarde en palacio,
por su pelo de topacio, todos decímosle: el Mono.
Los domingos va despacio, después de un baño y sudor,
cuál meciendo un abanico, este fino catador,
que al libar estira el pico, como besando el licor.
es un gato a fuego lento, que de puro contento,
parece andando al revés, voliando manos y pies.

Hay un gato como angora, que se esponja remolón,
es fuerte y hora tras hora, de pies como buen campeón,
maneja letras y tipos, experto en esos equipos,
y los domingos empaca, con el gato en su butaca,
más aguardiente que ron. Muy prudente y reposado,
como siempre bien hablado, con pocas palabras juntas,
y auincuando se vea acosado, sigue en su misma sazón,
y si son muchas preguntas, solo responde: Si-món.

Ignacio Herrera R.

Miren un gato gallardo, aunque ya apunta maduro,
de pelambre crespo y pardo, que tira de pardo a oscuro.
Pero es bardo entre los bardos, de sonetos sin reproche.
Si es oscuro, es que de noche, todos los gatos son pardos.
Inspirado y cortesano, fué el código a manejar,
cincuenta años sin cesar, fuera de triquis y enredos,
labor que agota al humano. Es por eso que al andar,
con pasos lentos y quedos y su dengue soberano,
voltea por detrás la mano y ya meneando los dedos.

Cornelio Buenaventura.

LA DESPEDIDA

(Enero 20 de 1951) Para Hernando Palacios.

Francisco A. Ortiz (Don Casto)

Fuistes un gran vigilante,
de este Valle y de sus rentas
e hiciste aumentar las ventas.
Y con garbo arrogante
haciendo campaña activa,
sacastes a la deriva
a muchos contrabandistas,
persiguiéndoles las pistas
con energía decisiva.

Con valor y con talento,
Hernando, tu fuiste el pisco
en nuestro departamento.
Por eso en todo momento.
te debemos aplaudir;
pues supiste combatir
pleno de rigor y constancia,
resuelto en tu **Vigilancia**,
inclusive hasta morir.

Y aquí desde tu destino
para cumplir tu deber,
en todo supiste ser
el funcionario de tino.
Rechazaste las intrigas,
de amigos y hasta de amigas,
del rico, el copartidario,
que yo como Secretario,
si que sé de tus fatigas.

Al igual del caballero,
aquél de triste figura,
pusiste la cara dura
a los cheques y al dinero;
y con voluntad de acero,
el fraude dejaste inerte,
Quién creyera, hasta la muerte
justificó tus sanciones,
pues vió que tus actuaciones
merecían muy buena suerte.

GATOS DESAPARECIDOS



Julio Escobar



Lucio Herrera M.



Jorge Bejarano



Francisco Echeverri B.

Victima de sinsabores
inherentes a estos cargos,
sufristes ratos amargos
para cumplir tus labores.
Por eso estos señores
que siguieron tu lección,
quieren en esta ocasión,
darte con esta comida,
una gran despedida
con todo su corazón.

PRESENTACION DE UN MIEMBRO DEL CORRILLO "EL GATO NEGRO"

Señor Presidente y demás miembros del Corrillo "El Gato Negro":

Presentar al Dr. Antonio José Olano Barona como miembro del Corrillo de "El Gato Negro" constituye un honor imponderable, porque predicar las bellas cualidades morales que encierran su regia personalidad, es grata satisfacción espiritual para quien lo hace.

Para mí es honor especialísimo hacer esta breve y modesta presentación, por cuanto desde antaño conozco muy de cerca los atributos que enaltecen, en grado sumo, al presentado Dr. Olano Barona.

Si la síntesis me es propicia, de él se decir que heredó de sus progenitores los dones del señorio, de la inteligencia, de la caballerosidad, de la honradez y de la sencillez, atributos éstos que lo han estructurado ante la sociedad en general como un hombre de bien.

Por su clara inteligencia y formación profesional, han ocupado señaladas y honrosas posiciones en la Administración Pública, en las cuales ha dejado huella imperecedera de su labor bienhechora en favor de esta comarca que lo sabe admirar de veras.

Hombre de un corazón noble y generoso, dispuesto en todo momento a satisfacer, sin medida, al menesteroso en sus precarias necesidades, pues en su corazón no fructifica la avaricia sino la caridad cristiana.

Amigo sincero y caballeroso que cuando brinda su amistad la cultiva con ademán bondadoso y corazón ennoblecido.

Varón de recia formación cristiana, forjada en el crisol de las eter-

nas y sabias enseñanzas del Evangelio, a cuya luz ejemplarizante formó un dignísimo hogar con una esclarecida dama de nuestra sociedad, que fué llamada por Dios, en cumplimiento de sus Santos designios, a gozar de su gloria eterna, cuando, en plena juventud, acariciaba la dulce felicidad que le proporcionaban el esposo amantísimo y sus entrañables retoños. En homenaje a la memoria de tan distinguida esposa y madre, os pido, señores miembros del Corrillo, que guardemos un minuto de silencio.

Por lo anterior, debo concluír que para el Corrillo "El Gato Negro" es un singular honor contar entre sus miembros al dilecto amigo Dr. Antonio José Olano Barona, a quien debemos saludar en este día, en homenaje a sus preclaras condiciones de hombre de bien, con un sincero abrazo.

Junio, 19 de 1.968. B. Dueñas Tello.

RADIOGRAFIA DE UN HOMBRE CENTENARIO

B. Dueñas Tello - Julio de 1962

Hombre sin fe de bautismo, pues nunca se le conoció niñez.

Practicante de voto de pobreza franciscana, aunque, en cierta ocasión quiso renegar de ella cuando le sorprendió la suerte de las impúdicas balotas, que hacen beneficencia a costa de las necesidades de los demás.

Eterno y competente funcionario del gobierno colombiano, en cuyo ejercicio es tan asiduo y puntual, que se dice, que cuando brilla por su ausencia, en gesto rígido de honradez que lo caracteriza, deja en el puesto trabajando el saco.

Anotan con sorpresa sus amigos que ya es hombre insaciable en el dinero, al estilo de nuestro general Rojas Pinilla, pues que no obstante tener jugosa pensión jubilatoria, sigue "trabajándole" al gobierno, para atesorar así utilidades pingües y descansadas, que, por temor a que se le mermen, ni siquiera denuncia al Estado Colombiano.

Personaje amante de los clásicos y mucho más del embriagante aguardientico, de donde toma inspiración para recitar, con voz ronca y mano temblorosa, sus cuartillas de rima que a todos nos regala con su aguda imaginación, como un reflejo exacto de lo que son también sus largas y agudas uñas de sus manos.

Hombre que, como el oso, no se le conoce parte limpia de pelo en su cuerpo a no ser en las palmas de las manos y en las plantas de los pies. Dícese de él que es "mono", a pesar de que su pelo, que envuelve toda su "humanidad", es del color del "trasero" del guatín.

Gusta mucho del juego noctámbulo de las cartas y los dados, y dicen las malas lenguas -entre ellas la de Castrillón- que es tanta la afición que ha tomado por este juego, que se ha convertido en un clásico tahur, que a todos esquilma, para alimentar con el producto de su rapáz habilidad, un bonito can que cuida de sus pertenencias.

Gusta mucho igualmente, del Corrillo "El Gato Negro", como también de visitas permanentes el caserío de "El Carmen", porque en aquel

se toma sus apetitosos "mañanazos", y en éste paladea y engulle, sin pescado, sabrosas viandas que, con menoscabo de una ajena y pobre despensa semanal, le preparan generosas y viejas amistades de su encallecido corazón.

Así como es amigo bueno y sincero, también lo es pendenciero cuando se toma sus alcoholes, pues es testigo excepcional de ello, entre muchos, don Anselmo Narváez, quien por traer a colación tradiciones de abolengos payaneses, fué víctima de la ira de nuestro esculpido personaje.

Afírmase, con pleno conocimiento de los hechos, que nuestro hombre centenario, de descuadernado andar, fué, en época limitadísima de cesante empleomanía oficial, fugaz cantinero-propietario, que clausuró, en pleno botón, el negocio porque dizque sus amigos lo quebraron.

Y aquí, señores, termina la silueta de un Rivallejo de las Torres, que no se ablanda ni con bicarbonato ni mucho menos en olla "pitadora".

HISTORIA DE UN CHALECO

Y elogio a nuestro Presidente de "El Corrillo de El Gato Negro", don Leonardo Bonilla Garcés, a quien se le venció el período y a don Luis Alberto Guerrero, que apenas le principia.

Nuestro gentil anfitrión,
Don Eulogio, hombre de guasa,
nos honra hoy en su casa,
que más que casa es mansión.
Es "Gato" de corazón
y Presidente honorario
de este corrillo que a diario
hace más de una elección
y cambia de Secretario
como de aguardiente a ron.
Para un chaleco quemar,
Echeverri en este rato,
con regocijo sin par,
ha logrado congregar
todo el Corrillo de "El Gato".

Según ha llegado el eco
que aquí alguno nos relata,
Eulogio dejó la bata,
los masajes y el chaleco.

Con el respeto oficial
que un Presidente merece,
con júbilo fraternal,
y de manera **formal...**
"El Gato" su "olé" le ofrece.

En consecuencia queremos

en este rato feliz,
que a cada "Gato" un desliz
esta noche le narremos...

Y hay un asunto que agita
la opinión en este instante,
de tal manera importante,
que viene al caso la cita,
y es ratificarle el voto
al electo dirigente.
pues "el otro", por ausente,
desde algún lugar ignoto,
creyó que a control remoto
se puede ser presidente.

Cuatro años a la intemperie
nos sometió don Leonardo,
y no valió don Ricardo
ni todos los de la serie,
para en junta convenir
a adoptar algún camino,
que con prudencia y con tino
hoy pudimos conseguir,
acorde a nuestro **destino...**
y a nuestro gran porvenir...

Un lustro ya de posada,
donde el de...cano corría,
y eso era una picardía
sinó una sin-verguenzada.
De las cantinas qué digo,
cuando por desgracia en ellas
sólo quedan las querellas
del "gato" para el amigo,
sinó llueven las botellas
que nos lanza el enemigo?

Pero ya todo ha pasado;
hénos aquí en armonía.
Leonardo fué **jubilado**
y amanece un nuevo día...
Mas, creo que todo no fue
tan crudo como lo narran:
como orador lo desgarran,
pero "el otro", no se vé...
Sus obras de bulto están
y pasarán a la historia...
en todo hay la memoria,
y óiganlas que allí les van:

Su discurso en la colina,
sobre una mesa de trago,
es algo que pasma a un mago
y que ni el mago adivina...

Después, el viaje a Juanchaco,
en camisa, hecho una fiera,
un discurso de primera
fué a leer vuelto un... cosaco;
pero el papel.. ¡quién creyera!
lo había dejado en el saco.

Durante el viaje, aquel día,
de Cali a Buenaventura,
fue tal la **caña madura**
que ingirió **Su Señoría**
que desgranando denuestos
diose a buscar los despojos
de sus gafas, y sus ojos
a la luz fueron expuestos.
Cómo iba a hallar sus anteo**jos**,
cuando los llevaba puestos?

Un día conspiró "El gatismo"
en rebelión contra el,
y hasta a Berón y a Gabriel
y a Bonilla y a mi mismo,
nos pusieron de carriel.

¡Sancionarlo es lo acertado,
decían todos a un clamor,
su proceder causa horror
y debe ser reemplazado,
y nos hemos congregado
para elegir sucesor!

Y en ese instante candente
que hoy vengo a rememorar,
con un litro de aguardiente,
Don Apo quiso probar
su opinión en el **ambiente**,
y así logró **conquistar...**
su derrota contundente.

"Decano del Gato soy,
tronaba narrando historia,
y de Pascal y Tolstoy
evocaba la memoria,
sin advertid que eso, hoy,

a cualquiera se la doy...
no le daba... la victoria.

Que es decano, lo sabemos,
y es un de...cano que **pesa,**
y a simple vista lo vemos...
y como tal lo tenemos:
de...cano de la cabeza...

Cualqhiera tronando así,
a todo pulmón diría:
¡Tengo la supremacía,
miren la cabeza mía,
y salga el resto de aquí!!¡

De...canos del Gato son:
don Corne, Luis y Papín;
Sinisterra con Berón,
Don Eduardo y Conejin,
y el Dr. Juancho y Rincón.

Y en esa feroz tenida
nos dieron una batida.

Todos aquí somos **bravos.**
Las multitudes **absortas,**
cuando ponemos los **clavos**
nos **tiran...** orejas, rabos
y hundimos hasta los cabos,
unas largas... y otras cortas...

Esa mañana de Enero,
la recuerdo como ahora:
Jorge **peroró** primero;;
después, **con su voz sonora,**
Don Corne **afrontó la hora**
y fué elegido Guerrero.
Y éste sí, héroe presunto,
ante su designatura,
demostró su embergadura
y está avocando el asunto,
pues sólo nos falta **un punto...**
para hacer una escritura.

Hé aquí al "Tiburón" Guerrero,
hombre de figura alada,
quien mostró de cuerpo entero,
una noche de olimpiada,
que con pistola es certero

y en natación, el primero,
aunque en la piscina, **nada...**

Al principio aquí Berón
de las doce no pasaba;
(era medio fullerón...):
si un tintero se soplaba,
al instatne se escapaba
sin ninguna explicación.
Hoy es "gato" reincidente,
pues en más de una ocasión,
pide media de aguardiente
con tapitas de limón.
Y hasta **las dos,** tan sereno
pasa el domingo en la mesa,
que con otra media empieza
y nos dice: **"qué tan bueno!!¡**

Otro que ya bebe en taza,
ya lo sé que una ocasión,
de aguardiente, chicha y ron
dejó impregnada una casa.
Mas no fué la casa sólo,
según lo narra el Corrillo;
dizque ese olor a **guandolo**
descubrieron en el "Polo",
le salía del **cigarrillo...**

Mas, hoy le queda un problema
al "Corrillo": la oratoria;
nadie aquí, a pura memoria,
como en Leonardo fué **lema,**
con sólo ponerle el tema,
improvisaba la historia...
Tal como la noche aquella,
aunque el papel iba oculto,
todos le rindieron culto
como a la blanca botella...

EL CHALECO

Hoy nos trae también la quema
de aquel intruso chaleco,
donde sólo quedó el hueco
de Eulogio, por todo emblema.
Y para el caso, Señor,
nos queda un recurso fuerte,

someterle aquí a la muerte
de las llamas al rigor
y mirar con estupor
lo que en humo se convierte.
El chaleco es algo de **"eso"**
que sólo Joaquín lo usa,
o Eulogio si se des...husa.
y "eso", lo usa de yeso.
En otro tiempo el enteco
no hacía resaltar su gracia
ni entraba a la aristocracia,
sino lucía su chaleco,
y al faltarle el embeleco,
hay mismo caía en desgsacia!

Oh! regio chaleco en **"Concha"**
que rehiciste en nuestso "gato"
su anatómico aparato
sin dejar siquiera roncha!!¡

Hoy te rompen a martillo,
hasta dejarte des...hecho
y te consagra, de hecho,
su gratitud "El Corrillo":

Si Eulogio está más derecho
que don Eduardo Castillo!!¡

Eulogio: Si le ceñiste
al tenor de tu escultura,
en esta temperatura,
qué sería lo que sentiste?
Si del cuerpo en otra parte
el mismo chaleco llevas,
tú bien podrías figurarte,
(Y no te hagas de las... **nuevas**. . .
has podido aconfitarte
cual se aconfitan las **brevas**. . .

Por el chaleco y Leonardo
apuramos esta copa;
aquel ya quedó de estopa,
y el otro, siempre gallardo,
en tono regio y sencillo,
con su **verbo contundente**,
fué el orador pre-potente
en las **justas** del Corrillo,
pues no fumó cigarrillo
ni le gustó el aguardiente...

GATOS DESAPARECIDOS



Luis Alberto Guerrero G.

— x —



J. J. Herrera

— x —



Luis Sinisterra Gómez



Dr. Juan Antonio Bonilla Torres

Este conjunto de "gatos"
que con Eulogio se junta,
para pasar buenos ratos
cuando la aurora despunta,
esta noche fué invitado
a una fritanga **felina.**

Y si no hay un bautizado,
con agua pura en piscina,
la fiesta será divina
y Echeverri, consagrado.

S a l u d !!¡

En la regia mansión de Don Eulogio
Echeverri Vernaza, el día de gracia,
sábado veinticinco de Febrero de 1950.

Un Gato Vocal
Gonzalo Martínez

EN LA MUERTE DE LUCIO HERRERA M.

Compañeros

del Corrillo del GATO NEGRO:

Tenía que ser así:

y haciéndole violencia a nuestro angustiado corazón, tenemos que convenir en que "tenía que ser así" el fin de la jornada de una preciosa vida como la de LUCIO HERRERA M., fué siempre la de un noble y bravo luchador.

Y tenía que ser así, en medio de la brega, en sus manos tremolando la bandera del trabajo y en sus labios entonando el himno grandioso del deber esta vez acompañado por los ecos del progreso que a veces trae consigo forma de tragedia para inmortalizar a sus víctimas, como tenía que abatirse la existencia de este noble amigo y caballero imponderable.

Y tenía que ser así, que no de otra manera vulgar y común, sino como un valiente, que lo fué en todas las circunstancias de su vida y es que por sus venas corrían sangres generosas y patriotas del Cauca y Boyacá que el siempre supo honrar.

Y tenía que ser así, porque para él no era una sorpresa ni una temeridad, ya que su vida siempre

fué un espejo, un ejemplo de rectitud, de costumbres puras, de amor abnegado por el noble hogar que en buena hora formara y levantara con decoro, de lealtad sin límites para sus amigos, de austeridad y espíritu piadoso que nunca lo dejaba alejar de disposición necesaria para presentarse ante el divino tribunal.

Y tenía que ser así, porque de esa manera vino a enaltecerse más y más esa vida llena de sublimidades que el siempre trató de mantener ocultas con el manto de una gran modestia.

Ahora toca a nosotros los socios del Corrillo "El Gato Negro" del que fuera miembro destacado hacer presente nuestro dolor y colocar en su homenaje, en lugar prominente de nuestro Salón de Sesiones, el retrato del querido amigo desaparecido, como un simbolo del recuerdo que todos y cada uno de nosotros habrá de erigir en su memoria.

R. V. F.

Cali, Enero 27 de 1953.

COSAS DE GATOS

Ya va largo el maullido de los gatos
que tan sólo su sed pueden calmar,
pero el hambre, esa hambre, ya hace rato
no han podido siquiera ni engañar.

Ya se enferma o se juyen de la cueva
y prometen jamás, nunca volver,
hasta tanto que alguno haga que llueva
alguito pa los gatos que comer.

Alguno en su Rincón oculto ececha
el paso descuidado de un ratón
y con esa hambre, ha tiempo insatisfecha
cuando lo coge, se mete un atracón.

Otro felino metido entre maderas
se pasa el día en un solo maullar
y llega su hambre a ser de tal manera
que comería hasta "bolas de billar".

Hay otro, el pobre, muy largo y flacuchento
de maullido tenaz y tan insulso
que por el hambre está muy macilento
y ha perdido por ello hasta el "pulso".

Uno gordo hay, voraz, que se alimenta
con esencia de "billetes y moneda"
y por ello su abdomen siempre aumenta
pero con hambre a veces también queda.

Chiquito hay uno que duerme muy tranquilo
cuando su sed aplaca, sonriente,
levantando su copa con sigilo,
llenita hasta los bordes de aguardiente.

Acuerpado, glotón y mofletudo
un gato hay que a los demás invita
a matar el hambre, el cachazudo
con versos flojos allá en Santa Rita.

También un gatico pequeño y delgado
viendo que "onde" Joaco nunca había comida
consiguió una vara, y a coger pescado
pa matar el hambre, dedicó su vida.

De Calabria hay uno bastante ladino que pasa
sus hambres allá en un "peñón"
o bien a su finca se va muy mohino
a comer zapallos o algo de frisol.

Hay uno ceñudo de cejas pobladas
de cara muy seria pero buen humor
que mata sus hambres allá en su morada
con chistes y cuentos y algún calembour.

En fin, otros muchos de varios pelambres
que van donde Joaco con maullar feroz
a ver si allí encuentran quien les calme el hambre
o a buscar la leche en un botellón.

Al fin hubo uno, un gato Galeno
que viendo este cuadro a todos llamó
y con gesto suave, gentil y sereno
a todos "de balde" les diagnosticó.

El "bazo" de Ustedes de linfas tá lleno
el "órgano hepático" dejó de existir,
riñón "obstruído", cerrado el duodeno
y las vías renales a medio "obstruír".

En vista del diagnóstico ya visto
esos males habrá que remediar
y para ello me he venido listo
para a todos Ustedes formular:

R. V. F.

I

Aguardiente de caña jorobeta
una botella para cada dos
y de acuerdo con esta receta
habrá de tomarse con un biberón.

II

Agüita del pozo Bavaria
seis pa cada uno por primera vez
y si no os causara malaria
podéis repetirla que muy buena es.

III

Buenas empanadas con carne de gallina
servidas a pulso con salsa y ají,
Diez pa cada uno, pues que la "canina"
de Ustedes es grande, como ya lo ví.

Si faltan PUNTOS Y COMAS fue porque
la máquina no tenía más.

Micifú.

Cali, Noviembre 14 de 1.953

DISPARATORIOS

Hoy los Gatos del Corrillo
en alegre reunión
un agasajo sencillo
con humorismo a porrillo
brindan al Presi-RINCON.

Para ello Don Fernando
con getileza y sonrisas
se hizo cargo del comando
a los GATOS convidando
a su propiedad de NIZA.

Don Ricardo ex-Presidente
de este Corrillo Gatuno
también se encuentra presente
que mal puede estar ausente,
un amigo, cual ninguno.

Y a Don Clímaco en justicia,
aplausos debemos dar

por esa su gran pericia
que con algo de malicia
tiene para organizar.

De Bonilla el del Banco
que con nosotros está
creemos que no sea manco
en este ágape tan franco
en monedas derrochar.

Sin cartón un abogado
"reducido" por más señas,
tiene el título ganado
pues mucho es lo que ha juzgado
Don BUENAVENTURA DUEÑAS.

De apellido TAFUR
están Don Sabas y Don Luis,
nada tienen de Tahur
que el uno de campo AZUR
y el otro de flor de LIS.

Hombre franco, buen amigo,
JOTA JOTA el Calabrés,
que siempre las trae consigo
y no se le da un higo
clavarse uno, dos o tres.

Don ALBERTO el pagador
del poder electoral
es un chico encantador,
de naipe buen jugador
y sangre Ministerial.

Don Berardo es portador
de una manera especial
de una cuota que mandó
para este bororó
el Banco de Bogotá.

Aquí también CORROCHANO
que de taurino hace alarde,
muy risueño y campechano
nos brinda en un "mano a mano"
ERAN LAS CINCO EN PUNTO DE LA TARDE

Otro Bonilla, Galeno,
que cuando se enoja, es bravo,
es un médico muy bueno,

cura todo, hasta el duodeno
y especialista en GUAYABOS.

Un industrial del Carbón
es Don FRANCISCO BAUTISTA.
Hoy deja su socavón
y con grande "san Facón",
viene a contestar a lista.

Encuevado el vivió
en Río Paila de "WATCH MAN"
mas luego a Cali regresó,
pues allá nunca encontró
Azúcar, el buen GERMAN.

Pido no tengan censura
quienes aquí no presento,
que del tiempo, la PREMURA
y que esto es cosa bien dura
aún cuando sea un ESPERPENTO.

Es el primer caso, Señores,
en que una REINCIDENCIA
es premiada con honores,
carne, fritanga y licores,
repetir la Presidencia.

Y por Usted, PRESIDENTE,
vamos el codo a empinar
y una copa de aguardiente,
ese divino Nepente,
a SU SALUD A BRINDAR.

Misingo.

Cali, Febrero 28 de 1960.

DISLATES

El Corrillo EL GATO NEGRO
en gran gesto ne amistad
hoy quiere con tono "allegro"
a un gran GATO agasajar.

Y aquí estamos, "quorum" pleno
de este río a sus orillas
para exaltar ala Galeno
Dr. JUAN-TONIO BONILLA

Es que este Médico Gato
iaritativo y sencillo
a los pobres les da trato
sin tocarles el bolsillo.

De una honrosa distinción
acaba de ser objeto,
de ello él no hace ostentación
este ilustre y gran sujeto.

Pasece que algunos gatos
le tienen varios segalos,
son sencillos, sin boatos
y no podrá desairarlos.

Don Jorge, el Presidente
le ofrece de corazón
tenerlo de residente
de esta casa, en un Rincón.

Y Bonilla el de maderas
muchos palos que él agencia
para que de esa manera
construya su residencia.

Don CLIMACO el de EL CERRITO
para que levante on "rancho"
donde pasar sus ratitos
le cede on lote en Paso ANCHO.

PACO BAUTISTA ha traído
unos bultos de carbón
pa mantener encendido
un fuego nunca extinguido
de cariño a este Doctor.

Un sombrero, que sorpresa
con una gran flor de lis,
esa es una gentileza
del Gato TAFUR Don Luis.

Del Tolima le ha mandado
Don Roberto una copita
y dice en su dedicado:
Salud! buenos DIAZ, Opita.

Desde su Hacienda Fernando
Ayalde, con mucha prisa
le escribe: allá lendo,
Torre inclinada de NIZA.

El gran CORNELIO, su primo
con una gran donosura
le dice con mucso mimo:
te deseo BUENAVENTURA.

Y Don Ricardo, su hermano
banquero de vieja data
le ha traído muy ufano,
una chequera sin plata.

Interminable sería
con la lista de regalos
que los gatos este día
trajeron, buenos y malos.

Y termino este dislateo
dedicado a mi pariente,
brindando... un trago en Mate
de nuestro rico aguardiente.

Micifú.

Cali, Marzo 31 de 1963.

LA CENA CHULAVITA

Un aplauso le pido a
la platea
como dicen allá
en Radio Cultura,
un aplauso que
suene y que se vea
con mano firme,
pertinaz y dura,
a los Chuvalos, por que
al fin y al cabo
se resolvieron para
darnos cita.

Le cortaron al Gato
oreja y rabo,
con longanizas y empanada frita.

Fueron muchas las idas
y venidas,
los aprietos, quizá y
mil afanes,
presupuestos, desvelos y
tenidas,
pero lograron realizar sus
planes.

GATOS DESAPARECIDOS









Cali, Martes 9 de Octubre de 1962

Murió ayer don Eduardo Castillo M.

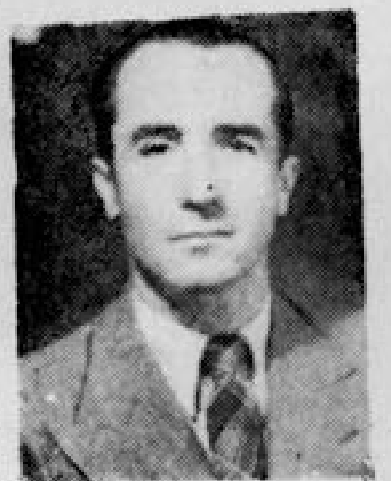


[illegible]









Alfonso Bonilla G.	**Gabriel Torres**	**Apolinar Ramírez**
Leonardo Bonilla G	Eduardo Castillo	**Tulio Cuadros**
Isaac Berón	**Rosendo Calero**	**Roberto Díaz**

Pues ellos consumados
matadores,
expertos en trinchete,
copa y taco
le vieron a los Gatos
su "lao flaco",
de chisperos y buenos cenadores.
Por eso se presentan
en la arena
en forma decidida
y efectiva,
a conquistar con la primera cena
del Gato
la anhelada alternativa.

Brindemos por el grupo tan amable
que así nos proporciona un agasajo,
por Bonilla Maderas que los trajo
hasta lograr hacerles el entable;
no con vigas, tirantes ni cuartones,
que en la amistad, no sirven las maderas
pues, el Gato, aunque vive en tiraderas,
no se deja burlar de los ratones
y conoce los buenos corazones
de las personas cuando son sinceras.

Un aplauso al hermano Chulavita,
reiterémosle hoy, a manos llenas
para que entusiasmado nos repita
de vez en cuando, la sin par copita,
como preludio de futuras Cenas.

SILUETAS

Que sea la estrofa primera
para darles gracias mil
al caballero gentil
que se llama LUCIO HERRERA
que de tan bella manera,
para el Corrillo aquí en casa
nos ha cedido su casa,
sabiendo que el Gatuperio
ya no habla nada en serio
porque vive de la huasa.
Lucio es de buen corazón
y de amistad verdadera.
Saquemos en conclusión
que con esta noble acción
claro, se LUCIO HERRERA.

Con esta fiesta del Gato
el público afirma y jura
que tendrán en poco rato
las DUEÑAS BUENAVENTURA.

Y que la casa tendrá
sea de ricos o de pobres
fachada que lucirá
porque pronto les hará
RICARDO VALLEJO TORRES.

Que muy triste y decadente
después de la cena esta,
con el guayabo de la fiesta
llorará incansablemente
un Chulavo a toda orquesta
porque es CASTRILLON LLORENTE.

En cambio afirma la gente
al conocer esta historia
que el Gato eternamente,
cantará CHEPE, VICTORIA.

El traguito a Don Simón
le gusta más que la leche
sea de aguardiente o de ron
por eso en toda ocasión,
firma SIMON ECHE Y ECHE.

Resbaloso como un cono
le sigue al Gato la idea
y sabe ponerse a tono.
Por eso ya tiene el mono,
HERNANDO ZORRILLA, CORREA.

Don Casto.

Cali, mayo 27 de 1950.

PA LOS GATOS
Confianzudamente

Viejos gatos que aquí estáis
aceptad nuestro saludo
y dispensad si lo halláis
tal vez muy rústico y rudo.

Mas Señores, es el caso
que el grupo que aquí os invita
no es sacado del Parnaso,
es el grupo Chulavita.

Es Dn. Lucio uno de ellos
que con gusto y sin reato
rompió a sus puertas los sellos
para que entraran los gatos.

Don Ventura en su derecho
y creyéndose un Eolo,
quiso sacar por el techo
al viejo gato de Apolo.

Motivo?... una exigencia:
que al gato debíamos dar
una muestra de decencia,
y hoy, la damos muy cordial.

CASTRILLON viene en seguida
con pastas a regalar
y más luego nos convida
a unos tragos a "sampac".

NO HAY RABIA QUE MAS ME PUEDA
CHOCAR, dice Dn. Victoria
que el guayabo que me queda
y me hace perder la memoria.a

También Dn. Zorrilla Hernando
hombre serio y muy gentil,
que donde Joaco tomando
olvida el ferrocarril.

Y Simón, el que en galeras
empastela tantos tipos,
también se da sus maneras
de que a veces le de hipo.

Busco a Dn. Jorge... y valiente,
en un Rincón está a solas,
clavándose un aguardiente
y echnádole al Tufo... KOLA.

Todos estos Chulavitas
y Rafael, Luis y Jesús,
brindamos estas copitas,
y por el Gato... SALUD.

Es claro que al Presidente
Luis Alberto, el Tiburón,
los Chulavitas presentes
hagamos sitio de honor.

El trago que estoy brindando
por LEONARDO, ex-Presidente,
es mas mejor que el de Hernando
que lo digan los presentes.

Por Ricardo, el de madera,
el virtuoso del billar,
os digo en forma sincera,
Gaticos, venid, chupá.

Por Eulogio, el del chaleco
que da copa y da candela,
un brindis que haga eco
con una buena mistela.

Te conocí Pacho Ortiz
y por eso, yo os invito
a que os pongáis feliz,
clavándote un buen Palito.

Y al decano del gracejo,
Sinisterra G. Don Luis,
sabrosamente, un añejo
que saboree con anís.

Si que también a brindar
por Dn. Jorge Bejarano,
que le gusta ver torear
aunque en circo Palmirano.

Santé, ahora por Apolo,
mas no el Dios de la Belleza
pues que ya no tiene un solo
pelo negro en su cabeza.

Repito por que es muy bueno
dice al recitar sus versos,
y también cuando aún sereno
de copas pide refuerzos.

USTEDES NO HAN LEIDO...
nos dice el autor de Alinda,
y luego a renglón seguido
con una cerveza brinda.

Y Berón... el hombre fiesta
que en disgutos el que menos,
al brindarnos, maniifesta,
sonriente..., QUE TAN BUENO...

También a Ricardo el banquero
brindemos, y a Ignacio el Juez
y Dn. Rosendo Calero,
aunque nos cobre los TRES.

Por Gerardo va esta copa
y por Alfonso también,
para ellos, viento en popa
por siempre jamás amén.

Y aquí termino Señores,
el brindis del agasajo,
sin buscar en ello honores
como tampoco un abajo.

Zapiron.

Cali, Mayo 27 de 1950.

En el 108 Cumpleaños de Don Ricardo Bonilla **Maderas.**
6 de Agosto de 1.967.

Trae don Jorge el presidente
por regalo un serrucho
armado hasta los dientes
para mi no vale mucho,
por que viene a amenazar
las monedas existentes,
a La Caja y a los dientes
a la hora de serruchar.

Me suena más el martillo
de don Ricardo Vallejo
porque sirve en el corrillo
para darle en el bolsillo
a los Gatos por parejo.

El tercero de los regalos
está a cargo del Dr. Dueñas
pero no de aquellos modos,
un sepillo que a los palos
y a las tablas de segunda
de manera muy frecuente,
lo recorre y los sepilla
con la anuencia de Bonilla.

Una broca y dos formones
hoy trae Jesús Collazos
pa que corte los pedazos

a las tablas, los cuartones
las tablillas o el tablón,
y las junte a las donadas
para enviar por toneladas
a la fábrica de cartón.

Con las correas, unas bandas
trae Satizábal Leonardo,
para brindar unas tandas
a nombre de don Ricardo,
que se crió con puro pardo
allá en su departamento
y er a de niño portento
para darle a las parrandas.

Dicen que Pedro Bautista
le da prensa y alacrán
para que estén siempres listas
las piezas que se van

También Bonilla Gerardo
todo lleno de emoción
le ha traído a don Ricardo
buena cola y buen carbón.

Y don Berardo Aragón
con gran acuciosidad
y mucha preocupación
escogió por donación
una contabilidad
por que estima mal llevada
y sin nada de control
las madera machimbradas
cuando suelen ser paradas
en el patio a pleno sol.

Dice Luis el domador
que hace de taita y de suegro
del anciano Gato Negro
y le sirve de curador
cuando siente algún dolor,
o es médico de cabecera
si le ataca la chochera
pero en la Corporación
dicen que Jorge Rincón
es el tipo de la chequera.

Analizando la historia
es una acosa muy justa

que el Gato aplauda y le gusta;
son las idas y venidas
para alentar las "tenidas"
pero el Gato no se ha muerto
porque tiene siete vidas.

Después de tamaña historia
para entregarle esa cuelga
todo comentario huelga;
porque sin pena ni gloria
aunque con algo de euforia
si tiene su merecido
pues Ricardo siempre ha sido
tipo de buenas paradas
y sus maderas machimbradas
para todos han servido.

Sin ninguna adulación
porque todo llega y pasa,
sea esta la ocasión
de brindar con emoción
por las gentes de ésta casa,
por la grata complacencia
por Ricardo y su Delfín
por que siempre su existencia
las maderas y la agencia
sigan siendo: "Las sin Fin".

Un Ratón.

Honorables Chulavitas:

Nuestro largo y qnuerido Presidente, ha ordenado que ninguno de los Gatos haga uso de la palabra en este homenaje, porque quiere conceder a Uds. TODOS los derechos que nuestra Carta Constitucional de 1710 dá a los nuevos socios, por esta razón ha resuelto AFRIJOLARLES este saludo de agradecimiento.

Chuzcos y simpáticos muchachos
unos de 50, otros de sesenta y otros de ochenta
la ofrenda que nos vais a dar
a nuestros estómagos irá a parar
vencistéis ante nuestro Corrillo
y por esto os damos palmas a porrillo
tened seguridad que nuestro agradecimiento
aumentaría muy considerablemente
si repitieras TAN SABROSO Acontecimiento.

Don Carlo

Mayo 27 de 1950.

DISPARATORIO

Señores aquí presentes
para cumplir un deber,
una copa de aguardiente
que ilumine nuestra mente
vamos todos a beber.

Se trata de despedir
A DON CHUCHO FORD COLLAZOS
que está dispuesto a cumplir
su gran promesa de ir
al altar, con gran retraso.

Los amigos que aquí estamos
a bridarle hemos venido
todo aquello que podamos,
y si a lograrlo llegamos
nos damos por bien servidos.

Don BUENAVA, dueño de casa
con la gentil Doña DORA
su mansión acogedora,
mil atenciones sin taza
nos brindan en esta hora.

Don RICARDO, el de maderas
a CHUCHO quiere obsequiar
una tranca de solera
que asegure la manera
que no lo puedan robar.

ALBERTO en forma galante,
partido le ofreció dar
a CHUCHO su contrincante
allá por el mes entrante
en un Chico de Billar.

Mosié RAFAEL BONILLA
que domina el Dominó
ofreció en forma sencilla
pagarle en calderilla
pos pases que haga por dos.

Don RAMON, socio banquero
ha pensao con gran acierto
abrirle un descubierto
a CHUCHO, por el dinero
que le falte en este entuerto.

Miembros del Corrillo «EL GATO NEGRO»










Ricardo Bonilla Torres
Alberto Castrillón
Gerardo Bonilla G.

Hernando Palacios
Carlos Gamboa

Simón Echeverri
Carlos Bonilla
Clímaco Alvarez

El Señor de la RIVERA
que en galanterías es ducho
resolvió traerle a CHUCHO
el LAURO que mereciera
por sus cualidades, mucho.

También MANOLO de España
ha venido expresamente
a estar con CHUCHO presente
pu-es-pañol que no engaña
y es amigo muy decente.

Don JORGE con esa calmá
que distingue a los Oteros
con gesto noble y sincero
le dá un pedazo de su alma
a CHUCHO el gran caballero.

Aquí pues con los BONILLAS,
DUEÑAS, SANCHEZ, ARAGON,
LAURO, VALLEJO y CASTRILLA,
Libad esta manzanilla,
también JORGE y CALDERON.

CHUCHO, por tí pues brindamos,
por tu novia, por tu ideal,
que felices seáis, deseamos,
por tí, todos aquí estamos,
noble amigo, siempre leal.

Castor.

Cali, Marzo 3 de 1954.

Berardo Aragón A., Rafael Bonilla G. Ricardo Bonilla M., Floro Calderón, Alberto Castrillón Ll., Buenaventura Dueñas Tello, Jorge Otero, Lauro Rivera, Manolo Sánchez Ricardo Vallejo T.

en la

despedida a JESUS MARIA COLLAZOS G. (CHUCHO) de su Celibato.

S E M B L A N Z A S

(Don Carlo)

Este paseo singular
Que se inicia alegremente;
Con personal tan decente,
Incita mucho a libar.

No faltará ni un momento
En él, constante alegría;
Poque el General "Contento"
Va hacer el Jefe de día.

El programa en desarrollo
Que elaboró don Eulogio
Un número me adjudica
En el me queda mogollo
Hacerle un cálido elogio
El caso fácil lo explica.

Mas de todos es sabido
Qué empañaría su modestia;
Y a más me gritaría:
No sea bruto! No sea bestia!

Este "Corrillo" hoy parece
Romería de golondrinas
Y su entusiasmo más crece
¡Lejos de estrechas cantinas!

La brisa aromada y breve
sumada a tanta alegría;
dispone que todo el día,
Estemos: bebe que bebe.

Cómo aves ya en libertad
O de su jaula salidas;
Van las "tandas" en verdad
Mas llenas y repetidas.

Con nosotros Pacho Ortiz
El entusiasmo se inflama
Hablará después de Luis
Como lo manda el programa.

Oiremos pues a Don "Casto"
Que improvisa con soltura;
Y en el persignar de un Cura,
De versos llena un canasto.

Y le seguirá otra fiera
Que no le queda debajo,
Pues versifica a destajo
Con ingenio y con chistera.

Y aún dicen que lo supera
En apuntes ingeniosos;

El tiene........ azules los ojos
Y es .... yerno de Aníbal Mera.

Metamos en esta cuenta
A otro de quinta clase
Con cejas de tapa-ojos,
Que también versitos hace
Aunque le queden muy cojos
Sin sal y sin pimienta.

Hay otros que no improvisan
Pero charlan muy sabroso;
Y en apuntes se deslizan
Con aaguijón ponzoñoso.

Hay un flaco muy temido
De talento, a no dudarlo;
Pero el "Corrillo" ha aprendido
La manera de amansarlo.

Y es dejarlo que hable y hable,
Y en nada contradecirlo;
Se torna entonces amable
Y es ya, que manda a servirlo.

Otro que se hace el dormido,
De vida y costumbres muelles;
Pero al parrandear con Reyes,
Es distinto el resoplido.

Hay un caballero andante
De lógica contundente
Que pasado de aguardiente
El diablo que se lo aguante.

Cómo estaría de contento
De cantera inagotable
Porque sabe mas que todos;
Hay uno suave y amable,
pero enemigo de godos.

Es un ministro de Chocho
Que predice el fin del mundo
Y con lenguaje rotundo
Dispara mucho - mucho.

Y hay otro que habla gritando
Muy servicial y oportuno;
Que alegra como ninguno,
Si trago no está faltando.

Y cual de risa estruendosa,
Alegre y condescendiente
Que whisky - ron o aguardiente
Son para él igual cosa?

Que decir de esa bondad
De esa paciencia Espartana
Que al "Gato" refugio da
De tarde - noche y mañana?

Tenemos tipos violentos,
Pero no ceños uraños;
Que no admiten largos cuentos
Ni la presencia de extraños.

En el "Corrillo" hay serenos
Pasivos y silenciosos;
Pero todos son muy buenos
Porque son todos "Cochosos".

Puede haber por hay alguno
Así como ali-caído;
Y hasta de aspecto afligido,
Pero.......... Pendejo? Ninguno.

Si en el "Gato" hubo un cutumbo
Fué también un gran maestro;
Ya Dios le marcó otro rumbo,
Rezémosle un Padre Nuestro.

Y ese amigo sin igual
Que dejó, hondo vacío;
Que lo quise como mío
Y de recuerdo inmortal!
Cómo estaría de contento
Y aquí nosotros con él:
Rezemos también por él
Con amor y sentimiento!

Dios mío! aquí me arrodillo
Y hasta las manos yo junto
Para implorar que al "Corrillo"
No le dés otro difunto!

Y allí, si estila veneno.
Haced Gran Dios! de manera,
Que yo primero me muera
Y que después mueran ellos.

Se me olvidaba una fiera
Muy culto, sí, y muy bueno;
Sólo negocia en madera
Y allí, si estila veneno.

Con cliente de pepa floja
O sea comprador cualquiera;
Le clava tabla gorgoja,
O cuartón de otra madera.

Caleños como son los del "Corrillo"
Se encuentran **Cueteros** de primera;
Don Gabriel Bejarano y Herrera!
y un famoso y colosal Castillo!

Cantemos con las entrañas
Riamos duro y deveras
Que nos oigan las montañas!
Y se despierten las fieras!

Que las flores del camino
Le den su aroma en un beso
A este conjunto felino,
En su ida y su regreso.

Ruiseñores y jilgueros
Entonad vuestros gorjeos
A tan alegres viajeros
Aunque os parescamos feos.

Dejad las frondas lejanas
Y endulzad nuestros oídos!
Por tus cantos no aprendidos
Beberemos con mas ganas!

Roguemos al cielo bondadoso
Remendando con nubes cenicientas;
Que no le pasen a Eulogio tantas cuentas
Que eso paar el "Gato" es muy penoso.

Perdonen este mal rato
Así lo ordenó el programa;
La culpa la tiene el gato,
Pues a mentarle la mama. Z

Cali, Junio de 1947.

APUNTES DEL FESTIVAL DEL CORRILLO DEL GATO NEGRO EL DIA 31 DE MARZO DE 1.963.

Nuestros centinelas Farayones y las Tres Cruces amanecieron con sus impermeables bien calados. Todo en el Valle era niebla y agua. Uno que no era rocío propiamente caía sin cesar. A cualquiera que no hubiera sido gato bien templado hubiera causado desánimo tanto invierno.

La cita era para las ocho de la mañana. Nosotros nos encaminamos hacia la iglesia de San Francisco a oír la Santa Misa; al salir de allí nos encontramos con el gato Simón Echeverri y en su grata compañía nos dirigimos a la mansión del Corrillo. Encontramos ya un buen número a pesar de las inclemencias del tiempo. Hubo salidas de algunos a recoger a varios que demoraban en aparecer, así como también ultimando detalles, sobre todo el hombre cumplido que es Luis Tafur.

No fue posible contar con la compañía de gatos tan exquisitos como Pachortiz, Luis Alberto, Rosendo, Buenaventura, Pachote y alguno que se me escapa, todos ellos avisaron que se encontraban enfermos, claro, la culpa no fue de ellos sino, de la persona que concibió la fiesta para el 31.

Iniciamos el viaje, más o menos a la hora anunciada y para el efecto abordamos el bus de Uldarico —motorista del Corrillo— y salimos rumbo a nuestro destino.

Después de recorrer 20 kilómetros por carretera pavimentada atravesando los predios de Garcés, Borreros y Sardis, llegamos a la metrópoli de Jamundí —célebre por sus fábricas de naranjas y chontaduros.

En los momentos preciso que bordeábamos la plaza principal oimos toser la gran ceiba que se yergue en su centro y muy oportuno estuvo Fernando Ayalde cuando apuntó que a esa cieba la había invadido el vacilo de Cok.

Eran las 10 en punto de la mañana cuando llegamos al pié de la casa campestre del Corrillo; hubo varias peripecias en el ascenso: a Chucho Collazos y a Don Ramón se les perdieron las dentaduras, tuvieron suerte de raber conseguido sendas con dos señoras que transitaban por allí; a Chepe Mijo se le salieron los calzoncillos; a Ricardo Bonilla Torres se le salió un **banco** y dijo que era mucho el dolor que había sentido; al Cabo Palacios que llevaba un maletín con ropa sucia que pretendía lavar allá lo dejó olvidado en el bus; San Anselmo de Santa Quiteria llegó con la lengua en la boca, etc.

Ya en la planiice de Mira Vallest uvimos el gustó de abrazar a nuestro gran Presidente a quien habíamos despachado desde la víspera por que camina tan despacio.......... Cuando ya todos los gatos nos encontrábamos reunidos empezó la quema de pólvora, varas de premio y aguardiente a lo desgualetado.

Tuvimos ocasión de observar que la cuestión culinaria fue una cosa ejetmplar; a la cocina solo tenia acceso Roberto Diaz —a. Opita—, quien naturalmente se comía lo mejor claro que ayudado de Luis Tafur y Clímaco Alvarez. El desayuno fue algo más que suculento, magnífico y en hora mas que oportuna. El baño en el Jordán estuvo regio, como siempre. Allí a la orilla del río pudimos observar al gato Alfonso Valencia que le ordenaba a su edecán le quitara los calzoncillos, pero este hombre prefirió renunciar al empleo, por que no se atrevió a arrimarse a su patrón por que este en la parte posterior presentaba cierto color y olor que propiamente no era ambar; muchos fueron los esfuerzos de Chepe Mijo para safarse el Leonisa y cuando por fin lo logró y quedó al desnudo todos pudimos contemplar un ramillete de huesos que nos hizo recordar al malogrado Gandi.

No podía faltar Castrillón con su jueguito de la picardía, en el cual, en compañía de don León nos ganamos unos cuantos pesos. Pudimos observar con desconzuelo que a Luis Alfonso se le presentaron varios semovientes en la cara. Los médicos le aconsejaron 606 o 914 para tapar los portillos y evitar otra incursión.

Era la una de la tarde en punto cuando el opita dijo: "Perole; es que no van a almorzas?" Por parejas fuimos entrando a la cocina y cerrando la puerta a continuación. Ricos marranudos y deliciosos viandas nos sirvieron. Todos quedamos encantados. El Opita se lució con su gran MARRANADA. No importa que le haya sobrado dinero, los cuatro o quinients pesos, bien los merece.

Vino después el número cumbre: El homenaje al gato Juan Antonio —el gran galeno del corrillo. A esa hora ya estaban presentes el formidable cirujano del Corrillo Ramiro Guerrero y José Valencia que también cargaba su juan antonio.

El primer número fue la lectura que le dió Luis Tafur a los versos de Pachortiz, alusivos al homenaje del gato médico. Estuvieron formidables, únicos, como todo lo que sale de su mumen. No está de más advertir que quien los leyó dijo que había tenido bastante trabajo puliéndolos.

Luego saltó al ruedo Nicanor con exquisitas elucubraciones literarias. Fue muy aplaudido. Nosotros todo cuanto pudimos ofrecerle al famoso galeno fue una tabla redonda pero toda ella estaba impregnada de admiración y de cariño. Después vinieron los comentarios, los cuentos, etc., naturalmente todo remojado con sabroso caldo oficial.

Lo más lamentable fue la muerte del Cabo Palacios. Estaba muerto de la rasca. Casi le ocurre lo mismo a Alfonso Valencia.

Nuestro genial Opera estuvo más o menos tranquilo, gracias a que el presidente ejerció un control especial con él.

Señores Gatos.

En vuestra manos encomendamos este festival que ya pasó y el otro que viene.

Cali, Abril 25 de 1.963.

MINIMO

Al Dr. Vicente García Córdoba con motivo del cambio de una puerta en el local de su propiedad. Calle 4ª Carreras 5ª y 6ª.

Si ya le arriamos la vieja
es decir la puerta añosa
no piense le cayó teja.
ni se figure otra cosa.

Me alegro que esté presente
en la sesión de la fecha,
mi amigo el doctor Vicente
con la puerta nueva hecha.

Saludo grato y formal
respetuoso y muy sencillo
de una manera cordial
le presenta este Corrillo.

Sin nada de lambonería
El Gato aquí todo en masa
le dice al doctor García:
Gracias mil. Está en su casa.

Don Casto.

Cali, Junio 23 de 1.963.

Miembros del Corrillo El Gato Negro










Rafael Garcés C.
Ramiro Ramírez
Fernando Herrera R.

Fernando Ayalde
Leonardo Satizábal

José María Victoria
Anselmo Narváez
Jesús Collazos

DISPARATES

Quisiera ser poeta, mas no piedracielista,
pal Gato Negro hacerle, una bella canción
en este cumpleaños de contestar a lista
en la cordial y alegre, de amigos reunión.

Mas no siendo posible que me ilumine el astro
para contarle al Gato ante este auditorio,
habré de limitarme y para ello me resto
a hacer para estos felinos un mal disparatorio.

Rindamos ante todo, un cálido tributo
a los Gatos ya idos con triste antelación,
guardemos para Ellos de silencio un minuto
y gravemos sus nombres en fiel recordación.

Don Jorge, Presidente, ya casi vitalicio,
de todos estos Gatos, con gran satisfacción
todas sus facultades la ha puesto al servicio
de este viejo CORRILLO, allá desde un rincón.

Ahora un viejo Gato, estampa de poeta,
de Bogotá ha venido, así nos lo asegura,
a leer a los Gatos, sus más finas, siluetas
y a Agorar para todos feliz Buenaventura.

Hay felino gordo, figura entre los viejos
dueño de un gran humor, y en sus maneras
que son las de un Señor que dá consejos
y que su trago destila de madera.

Hay otro muy grandote, que la batuta lleva
que, rima en este caso, sólo encuentro "tahur",
mas nada tan distante, que él es hombre de brega
que exhibe con orgullo, su apellido TAFUR.

Largo, muy largo, de quijotesco aspecto,
hay uno arisco, más de mucha euforia,
estando en tragos, nos falta hasta el respeto
Chepito mijo, dizque porque es Victoria.

Uno chico, tinterillo, reducido por más seña
que al corrillo últimamente, los domingos no va,
porque a "buenas aventuraas" como no lo digan dueñas
dedica sus vagancias, dice él: dizque a pescar.

Chico menudo, algo amanerado, gasta mucha labia,
fué tesorero... dizque salió endeudado

por eso dicen... se vuelve pa Calabria.

Y hasta aquí mi astro llegó
pa dedicar a estos gatos,
no lo que mi mente deseó
y que solo "produció"
atentados de retratos
de unos pocos Gatos.

P. A. S.

Gatolandia, Julio 1º de 1.962

Origen de la Feria de la Caña de Azúcar

BIRLIBIRLOQUE

(Marzo 8 de 1967 - Bonar)

Traté poco al doctor Hernando Caicedo, si con esa expresión debe entenderse visitas frecuentes o asiduos diálogos. Su reino no era de mi mundo, pues que ni soy industrial, hombre importante, político, creador agrícola. O simplemente "lagarto". Que si alguno de esos oficios hubiera desempeñado, mejores oportunidades habría tenido para aprender de quien era una cátedra abierta. Y, sobre todo, un espectáculo prodigioso de inteligencia.

Y cuando unos meses después me invitó a su casa para pedirme con motivo de un nombramiento diplomático que me había hecho el doctor Alfonso López, me dijo, mientras sonreía con la más intencionada amabilidad: —"Me parece muy bien que ensaye la diplomacia. Pues como abogado moriría pobre... Sólo usted puede ser capaz de avaluar el sueño que restituyó a Hernando Caicedo en ochenta pesos...".

Creo que ese día abandoné definitivamente la carrera de abogado. El poeta Antonio Llanos vivía en el Hotel Alférez Real y yo era frecuente invitado a su mesa en las noches, a la misma hora en que el doctor Caicedo tomaba una ligera refección, pues su familia se hallaba fuera del país. Con frecuencia se hacía una breve pero intensa tertulia en la cual él y el poeta hablaban y nosotros, bastante más jóvenes, escuchábamos.

Antonio, en la plenitud entonces de su gra creación física, era ingenuamente vanidoso y se solía declarar, sin más ni más, el primer poeta de la lengua. Mostraba sus versos al doctor Caicedo y él los gustaba con conciencia de conocedor. Y los elogiaba comparándolos por lo general con otros de la obra anterior de Llanos, lo que placía mucho a éste pues que le demostraba que estaba enterado de ella.

Un día dijo Antonio algún gracejo sobre los versos de Nieto y Villafañe, dos poetas muy caros a la amistad del doctor Caicedo. No respondió éste cosa alguna, de acuerdo con su invariable norma de discreción. Pero Llanos le enseñó el artículo que iba a publicar al día siguiente en "Diario del Pacífico", el doctor Caicedo le pidió permiso con la mayor cortesía para hacerle una "pequeña observación". Y muy sonriente le señaló dos solecismos, un gerundio heterodoxo y quizá hasta un qué galicado.

Y ante el desconcierto del poeta y nuestra sorpresa, comentó:
"—Ah, si yo tuviera para los buenos negocios el olfato que tengo para la gramática...".

Un día me llamó por teléfono para pedirme que fuera a sus oficinas del "Edificio Lloreda", "pues necesito que me ayude a hacer un discurso". Me escamó la demanda pues yo conocía sus grandes capacidades de escritor y su inmensa cultura. Y cavilando sobre lo que el doctor Caicedo querría, en verdad, de mi, fuí a verlo.

Mi presentimiento era más que fundado. Se hallaba acompañado de sus hijos Alvaro y Jaime, teniéndolos por auditorio dió lectura a lo que ya tenía escrito y pulido. Nada faltaba ni sobraba a esa pieza que había de pronunciar para que se definiera y defendiera la posición y derechos de la empresa privada y de la economía del Valle frente al gobierno de ese tiempo.

Era un discurso valiente, razonado, categórico y escrito, además, con la autoridad que tenía quien había creado un imperio agrícola.

Hice dos o tres observaciones, por no quedarme con la boca cerrada. Pero comprendí que lo que el doctor Caicedo quería era conocer la reacción de un liberal frente a sus palabras. Ese día me sentí representante, por primera y única vez en mi vida, del monstruo de mil cabezas que se llama la opinión pública.

Era mayo de 1958 cuando Alberto Warnier y yo, que habíamos logrado mantener viva la llamita de la proyectada Feria de Cali, recibimos un baculazo de Monseñor Medina quien, con la anuencia del gobernador Herrera Rebolledo, consideró que los tiempos no estaban para corridas y bailecitos. En una reunión celebrada en el Club San Fernando se protocoló la desbandada de la flamante Junta Organizadora.

Como yo seguía en mis trece, publicaba de vez en cuando notas sobre la necesidad de la que llamaba Feria del Azúcar, como promoción de nuestra economía y señuelo turístico.

Y un día me invitó el doctor Caicedo a su casa para decirme su identidad con nuestra idea. Volé donde el Gobernador Fernández de Soto

quien tenía pocos días de posesionado y a quien sabía amigo de la alegría como terapéutica, y le dí la noticia. Alentado por el mandatario, propuse al doctor Caicedo que lanzara la idea. Lo hizo en una reunión que promovió en el propio Club San Fernando y donde leyó un magnífico trabajo sobre la caña de azúcar y su significado para nuestra aeconomía. Con ese padrino se hizo la primera Feria que, —todos recuerdan—, duró más que el diluvio pues la hicimos empatan con un torneo de fútbol que se iniciaba a comienzos de diciembre.

La Feria de la Caña de Azúcar, que recibió su nombre del doctor Caicedo, fué, prácticamente, fundada por él.

Hernando Caicedo: Un Luchador

Por Hernando Jaramillo V.

A medida que la fecha de su muerte se aleja más, la figura histórica de Hernando Caicedo adquiere a los ojos de sus coterráneos los contornos propios de uno de los vallecaucanos más eminentes en lo que del siglo va corrido.

Las realizaciones que pudo plasmar, son ciertamente admirables, si se miran desde el ángulo de lo que un hombre puede hacer en el transcurso de su existencia. Porque, no obstante sus preclaros ancestros, tocole a él comenzar en circunstancias en que sólo su perseverancia indomeñable y su visión clarísima le permitieron alcanzar los éixtos que exornaron su vida emprendedora. Fue una de sus características específicas, la consagración sin soluciones de continuidad al trabajo tesonero y fructuoso. Más que con la palabra, que siempre fue de persuasivo contenido, aleccionó con su ejemplo, cuyo seguimiento en la cotidiana faena era difícil de esquivar por quienes a él estuvieron en alguna forma vinculados.

Sólo así se explica que su afán progresista pudiera haber sembrado de hitos de superación su espléndida parábola vital. Los obstáculos que a su paso encontró, lejos de arredrarlo, fueron incentivos para proseguir en una brega que a otros, sin sus arrestos corajudos, hubiéranlos hecho desistir en sus empeños.

Desde cuando en la farmacoterapia ayudaba a su padre, el insigne médico doctor Belisario Caicedo, hasta cuando orientaba los destinos del emporio industrial que su tesón forjara, estuvo siempre presto a sobrepasar las metas y a mejorar los logros que, siendo ya superiores a los comunmente alcanzados, apenas constituían para el doctor Caicedo el inicio de nuevas empresas. Su capacidad creadora no tuvo límite mientras los imponderables de la enfermedad y de la muerte no le impidieron dedicarse a sus múltiples y disímiles, pero siempre constructivas actividades.

Así fue surgiendo de su mente planeadora y de sus manos expertas, la más variada gama de concreciones positivas. El aprovechamiento agrológico del suelo que fue de sus mayores y que él reincorporó al patrimonio familiar; la aplicación de la técnica a la siembra y cultivo, defensa y beneficio de la caña dulce; la fabricación y escala industrial de azúcares y alcoholes; la aclimatación de razas vacunas extranjeras para mejorar las vernáculas y propiciar la explotación intensiva de la ganadería; la elaboración de variedad innúmera de derivados de dulce para el consumo doméstico y externo: fueron, entre otras muchas, facetas distintas de un mismo anhelo patriótico de crear riqueza y ensanchar posibilidades de empleo.

Sin que tan constante como efectiva dedicación a los menesteres económicos, le impidiera nunca prestar su concurso decidido a los requerimientos políticos, ni a las exigencias cívicas, ni a los deberes de su profesión de católico o de abogado, ni a los compromisos de índole social, ni a los afectos del hogar. Y sin que el cultivo de su mente y el acrecimiento de su saber, sufrieran mengua; que de su intelecto, tan ágil en la concepción como nutrido de conocimientos, salieron páginas que honran, en su sencillez clásica, la literatura comarcana.

En momentos en que la patria reclama el concurso de todos sus hijos, la remembranza de lo que fue Hernando Caicedo, es paradigma alentador que a todos nos convoca a continuar una trayectoria como la que el eximio desaparecido dejó trazada: la del luchador sin tregua ni sosiego. Que la vida es lucha y sin lucha carecería de objeto vivirla.

La Primera Fiesta Cívico - Religiosa

Atemperándonos a los hechos cronológicos de nuestra historia íntima (caleña) encontramos en sus anales, que el 25 de julio del año de 1568, se celebró en la naciente ciudad de don Sebastián de Belalcázar, llamada por segunda vez "SANTIAGO DE CALI", la PRIMERA FIESTA CIVICO-RELIGIOSA de que se tenga noticia para conmemorar el día clásico de su gloriosa fundación material, o sea a los 33 años de aquel acontecimiento.

En consecuencia nos confiamos en la versión del cronista acerca del suceso festivo, cuando dice: "Desde la fundación de la ciudad era fiesta de rumbo la del 25 de julio, del santo patrono de España y abogado de "esta leal ciudad, Santiago Apóstol".

Ese día se llevaba con pompa el estandarte real de las casas del cabildo, por el alférez especialmente nombrado para el efecto, que hacía entrega de la insignia el año siguiente a quien había de reemplazarlo en el alferazgo.

El gran día cayó domingo del año de 1568. El alférez nombrado en 1567, capitán Fuenlabrada, entregó el estandarte a los múnicipes, y estos a quien debía reemplazar al anterior alferez, el capitán López Cabrón "por sus mercedes nombrado", hasta el día de Santiago del año venidero de 1569.

Fuenlabrada condujo el estandarte a la municipalidad con la solemnidad acostumbrada y los presentó a los cabildantes.



DR. HERNANDO CAICEDO
poderoso industrial vallecaucano a quien se le debe la iniciación de la Feria de la Caña de Azúcar. Se destacó como pionero de muchas importantes industrias y descolló como erudito escritor y diplomático.

Uno de los alcaldes teniéndole por el asta y los demás miembros del Cabildo Justicia y Regimiento por las puntas y faldas; el Capitán López se arrodilló y prestó juramento; efectuado esto, el que presidía la sesión preguntó al nuevo alférez: "Juráis y hacéis pleito homenaje a Dios Nuestro Señor y a Santa María por las palabras de los santos, cuatro evangelios como hijodalgo y retendréis este estandarte que se os entrega en nombre de su Majestad en guardia y custodia y que no lo daréis ni entregaréis a persona alguna si no fuere el rey don Felipe nuestro señor en cuyo nombre se os entrega?". Por tres veces dijo López: "Si juro. Amén".

Se le previno que el tiempo que estuviere en su poder el estandarte lo habría de amparar, defender y guardar de todas las personas que lo quisieran ofender. Acto seguido fué relevado el capitán Fuenlabrada de juramento análogo prestado en 1567.

Era los tiempos en que reinaba don FELIPE II, amo y señor de todo el imperio descubierto por Colón.

El programa de festejos a desarrollarse en aquella fecha histórica, era más o menos el siguiente:

El día miércoles 21 hasta el lunes 26 -inclusive- en la tarde y noche se daría principio con luminarias generales que las pondrán cada vecino en el distrito de su casa, y en la plaza mayor (Plaza de Gayzedo) las pondrán los forasteros y mercaderes que residan en esta dicha ciudad, quienes llenarán esa tarde y noche con música, invenciones, fuegos, máscaras y lo más que gustaren, en que demostrarán su regocijo, a disposición de don Toribio Díaz, a quien se nombra por diputado en este día.

El jueves 22 con su noche llenará el ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento de esta ciudad, con toros y luminarias, siendo diputado el señor sargento mayor don Nicolás de Caicedo Hinestroza.

El viernes 23 con su noche llenarán todos los vecinos caballeros de esta ciudad asimismo con toros, luminarias y fuegos, siendo diputados para ellos los capitanes don Salvador de Caicedo Hinestroza y Manuel Vivas Sedano.

El sábado 24 llenarán con toros y luminarias en la noche asimismo los mestizos, siendo diputados para ese día Bartolomé Ruiz y Diego Guardián.

El domingo -día de la efemérides- se seguirán los mulatos con un alarde y toros de capa y espada, siendo diputados Pablo Candela y Diego Candela.

Y el lunes 26 (o sea acomo se distingue en nuestros tiempos "la despedida de fiesta" o "entierro del calabazo") darán fin los indios naturales con luminarias y en la noche toros y unas cañas que jugarán en la plaza pública (o parque de Cayzedo) demostrando unos y otros su mucha lealtad y regocijo y en esta conformidad se celebrarán las dichas fiestas reales y fechas se pondrá testimonio de ellas y se dará cuenta a su Majestad que Dios guarde de lo ejecutado "H. de Cali -por G. Arboleda".

El alferez, en su calidad de teniente de gobernador, dejó constancias en el libro capitular de la manera como se celebraron las fiestas que empezaron "con un alarde que se compuso de dos compañías, una de moros y otra de españoles con toda obstenta y arcabucería". En la noche se encendieron luminarias (faroles) en toda la ciudad y en la plaza mayor con un carro, fuegos y diferentes máscaras, habiéndose dedicado a ella el diputado don Toribio Díaz con todo fervor.

Sacó el estandarte real el Alférez Real, asistieron los ilustres cabildantes y los nombres vecinos lo mismo que le plebe.

Hubo derroche de alegría, se dispararon "montantes" (torpedos), se quemó árbol de fuego (castillo) y toro iluminado (vacaloca). Los indios hicieron su entrada a la ciudad vistiendo sus atuendos típicos y llevando además máscaras.

Las fiestas transcurrieron en la más absoluta tranquilidad, paz y gusto, cosa que agradó al Monarca.

Del Cali que se fue

(Tipos de la Terruca - Por Enrique Naranjo Martínez)

Recordando las cosas festivas de la infancia y del terruño, muchas veces ha venido a mi memoria la figura de Francisco Patica, alias New York, a quien de seguro ya habrán olvidado en Cali, su patria chica, porque siempre hemos de cargar los humanos con aquel sambenito de la ingratitud.

Patica era un personaje por demás pintoresco; uno de los muchos que había en Cali, porque en el poco mundo que yo he recorrido, creo que Cali puede ufanarse de la más abundante colección de tipos locales, desgraciadamente desaparecidos.

Perico, Villalonga, Jesusito, Juan Pelotas, Llovizna y otros muchos, no me dejarán mentir. En la capital de Colombia añoraba yo todos estos tipos, y de vez en cuando mes desquitaba desde la azotea de una casa del mercado de Las Nieves, haciendo rabiar a Escalera, que con gran regocijo del público se revolcaba de risa cuando desde lo alto descendía mi voz llamando a Escalera.

Tampoco he de sacar avante en esta crónica al famoso Agustín, que por señar y por silvos y a gran distancia, sabía de que se trataba. Agustín ha sido, sin duda, el más famoso de todos los tipos, por su mezcla de inconformidad, rebeldía y su eterno gesto de protesta amarga contra la

crueldad colectiva. No quiero recordar aquí "la palabra" pero si he de reir cuando recuerdo que después de muchos años de ausencia, al volver a Cali, me mostraba Agustín, en sus amargas confidencias, la larga lista de muchachas que también tenían el descaro de decirle la palabra desde su ventana. Que malas ellas!

Villalonga era orador sagrado, que en sus prédicas se especializaba contra las criadas y los bailes del Vallano, entonces el barrio escandaloso de Cali. No olvidaré el día en que congregada la chiquillería en mi casa, le teníamos un grande auditorio y el aparato correspondiente para que el orador hiciera TOSE. Villalonga, tomando muy en serio la cosa tosía, se aderezaba, pero no empezaba porque alguna de las criadas reía. Establecida una atmósfera de compostura, el orador empezó, pero por desgracia suya, al final hizo una alusión a los bailes del Vallano, que terminaban, según su decir, a machete. Y aquí fue Troya: Todos, incontenibles, prorrumpimos: Machetazo! que era otro de los apodos de Villalonga, por una cicatriz profunda que le cruzaba el rostro, y a limón limpio pusimos ese día al orador en fuga.

Jesusito era un orador bélico por los días de luna. Cuando Jesús estaba con ella, perdía la chaveta por completo y se hacía tributo. La razón? Una muy trágica por cierto. Fue Jesusito de los bravos que con Carlos Patiño, un héroe de nuestras contiendas, tomó a Cali por audaz asalto el 18 de diciembre de 1876, cuando vino la destorcida, es decir, cuando Peña atacó con su negrada a los heroicos pronunciados. Fue Jesusito uno de los que quedaron por el suelo, lleno de heridas. Recogido por manos piadosas, varios días después de sufrir abandonado sus heridas, se salvó, pero conservó siempre la huella de las heridas de su cuerpo y de su razón.

La gran especialidad de Jesusito era el discurso de la voladura del parque de San Mateo. Era su raid heroico. En alguna ocasión, con cajones vacíos le hicimos una gran plataforma para que desde allí lanzara su arenga al batallón de muchachos. Sobre uno de ellos debía el orador apoyar las manos y afirmar con golpes los más arrebatados momentos de su oratoria. En otro cajón, al lado, estaba yo, oculto a los ojos del auditorio, con un paquete de triquitraques y tabaco encendido. Todo era en combinación con el orador. Cuando llegó el momento de la voladura del parque, Jesusito me dijo por lo bajo: "Los triquitraques"!. Y los lancé prendidos entre otro cajón. El efecto fue sorprendente: se confundían los gritos del orador, el estampido de la pólvora y la gritería de los circunstantes; pobre Jesusito!. Y felices tiempos aquellos.

Juan Pelotas era un negro que ponía espanto en nosotros, porque era famosa la puntería certera de sus pedradas. Con este no nos metíamos si no teníamos bien asegurada la retirada. Llovizna fue un tipo de otra generación; era un tipo de boca sacrílega y de un cinismo espantoso. Quedan muchos más entre el tintero, como el loco Valencia, aquel que se rayaba las pantorrillas con pedazos de vidrio, que vivía en una cueva en las faldas del Cerro de las Cruces, poseído de una especie de locura mística, pero no hay tiempo ni espacio para recordarlos a todos.

Hoy quiero referirme particularmente a Patica, cantor temprano de los progresos de Cali. En ocasiones firmaba algunas producciones suyas con el seudónimo de Francisco New York, aludiendo sin duda alguna a las muchas fábricas que entonces había en su barrio, allá por el otro lado del puente, y que consistían en unos cuantos galpones en que se hacían teja y ladrillo y, si mal no recuerdo, una fábrica de aquella cerveza que llaman "pita" las gentes del pueblo de Bogotá. Todo eso daba a la fantasía del poeta la impresión de una gran ciudad industrial sólo comparable a la gran metrópoli yanqui.

Patica era su nombre de circo, porque el bardo tenía un pie defectuoso que al caminar voleaba jocosamente. Las gentes lo llamaron "Patica" y el, que era hombre de gran cuerda, aceptó e hizo suyo el apelativo. De circo he dicho, porque Patica también hacía a ratos de saltimbanqui, era payaso de esas tristes troupes de pueblo. Y que correa la suya!. Con la cara embadurnada de algodón, una cara negra, fileña, y ojos picarescos, decía chistes, daba volteretas y contestaba jocosamente las groseras interpelaciones de la galería.

No olvido l acomposición aquella con que el poeta festejó la cercada de la plaza de la Constitución, cuando se proyectaba hacer el parque que hoy es adorno de Cali. Si los lectores me lo permiten, copiaré aquí dos estrofas de ese famoso poema:

"...

El ambiente perfumado
Que de este parque saldría,
Lo recibieron con agrado
Toda la sociedad.

Verdad que vale la pena conservar para la posteridad estos versos, estos recuerdos?. La plaza de Cali, en donde en los días de mercado comprábamos los alfandoques y en donde en los despejos militares, se cercó con seis hilos de alambre de que habla el poeta, para que los burros no fueran allí a matar su aburrimiento y su hambre y hoy la sociedad recibe con Patica, si no ha muerto, el ambiente perfumado que de allí sale a torrentes.

Otra composición famosa de Patica fue aquela al "Virrey" del Vallano". Acaso se acuerdan en Cali de esta leyenda cierta?. La ha puesto algún escritor local en limpio?. Si nó, ha sido la musa de Patica la única que ha salvado del olvido al héroe local. Se trata de un caleño del pueblo, de un cuasi mulato de apellido Alvarez, si la memoria no falta, que por arte de birlibirloque fue a dar de regente a Hawai. Y el tipo este volvió a Cali muy de paso, a vender algún solar que por allí descubrió le pertenecía, se hizo el inglés, y parece que desconoció la parentela, que llena de orgullo le esperaba.

El recuerdo de Patica no puede desligarse de Caicedo, el "Poeta Lírico", otro cantor espontáneo del pueblo caleño, a quien tuve el honor de conocer. Sólo recuerdo un brindis de este otro porta-lira, que escuchaba por

allí y que nunca he olvidado. Se trataba de una boda y, naturalmente, no había ocasión mejor para que un cantor popular luciera su ingenio. El poeta, después de esculcar todos los recuerdos a mano, mirando su reloj, dijo:

Sin duda, sin duda sí,
Las llaves de mi reló,
Mercedes, José María,
Seréis felices los dos!

Comparable a todo esto sólo puede evocarse la figura del general Ramón Cabral de Melo, con quien trabamos relaciones en Bogotá, cerca al barrio de Egipto cuna gloriosa del general, hombre travieso en sus mocedades y a quien una bala, como al viejo Mascachochas, le había rubricado la mandíbula.

El general, hombre casi de ochenta, me hizo confidente de sus aventuras amorosas de entonces, y me recitaba a media lengua, las producciones de su lira que aún conservo y que el siempre firmaba con su título militar, como para probar que Marte y las Musas no andan reñidas. Ya que hablo del general, justo es consignar en esta crónica una de sus estrofas como muestra de ese estro original:

Desde que tu lindo pie
Se ausentó de la culta Popayán,
El raudo Cauca llorando
Sintió conmoverse el Puracé,
Y aquel tristísimo volcán
Con las salvas y montes suspirando.

Se refería el cantor a una de las hijas del general Reyes, en momentos de la producción, el hombre omnipotente en Colombia.

Por supuesto que el general Cabral ha tenido en las tierras de la Sabana sus imitadores. Cuchuco, ha sido uno de ellos. De la poesía de Cuchuco dará ligera idea la manera como empieza el poema con que saludó la aparición del cometa Halley. Dice así:

Tu astro astrónomo
Que vas por los espacios siderales
Con tu churria de estrellas, etc.

Las rimas de Cuchuco son de metro libre, lo cual no es una novedad entre nosotros, pero el, como Cabral, como Caicedo y Patica, contribuyen, en su escala, a mantener alto el prestigio de nuestro pueblo, por su amor a los versos, por su lirismo. Y el recuerdo de Villalonga, Perico, Jesusito y Juan Pelotas, han de quedar imperecederos en las crónicas caleñas, pues la buena alimentación y la mejora de las condiciones higiénicas que el progreso trae a los pueblos, reducirá considerablemente esa colección de alienados que antes eran una de las pocas notas pintorescas y alegres en la monotonía de la vida parroquial.

Boston, Julio 10 de 1927.

ROMANCES DEL CALI VIEJO

(Cali, septiembre de 1933)

Cali, septiembre 3 de 1933.
Señor Don
Luis Sinisterra
E. L. C.

Estimado Amigo:

Ya que usted y otros amigos de esta cara ciudad, volviendo los ojos al pasado, intentan revivir las antiguas tradiciones caleñas, y atendiendo a la gentil misiva de usted en que solicita mi concurso para la fiesta de San Antonio sobre la colina que lleva su nombre, tengo el gusto de enviarle una parte de los ROMANCES DEL CALI VIEJO, dedicados a los niños mayores de cuarenta años, entre los cuales se encuentra usted, si no estoy equivocado.

Puede usted -como me lo insinúa- publicar esos versos en un folletico -dedicando su producido- (si alguno lo hubiese) al embellecimiento de la colina que vigila a nuestra ciudad por el poniente, y en cuyo torno vuelan nuestros recuerdos como las mariposas.

Su amigo afectísimo,

Ricardo Nieto.

ROMANCES DEL CALI VIEJO

Cali antiguo, Cali viejo,
que ya nunca volverás, oh,
oh, copa de vino añejo,
cuanto más de tí me alejo,
te extraño y te quiero más.

Cali viejo, que te fuiste,
en el tiempo a sepultar,
como un viajero partiste...
mi corazón está triste
por no poderte olvidar...

Quiero con tus viejas cosas
hacer un canto de amor,
Sobre las tapias musgosas
aún vuelan las mariposas
y se columpia una flor.

Quiero evocar tu recuerdo,
que es un recuerdo de ayer:
entre tu historia me pierdo,
y a solas de tí me acuerdo
como si fueses mujer.

Quiero unos versos muy blancos,
muy puros y muy sinceros,
como son los carboneros
que nacen en tus barrancos.

Versos que te arrullen ¡ay!
cuando te encuentres dormida
y rieguen en tu avenida
pétalos de gualanday.

Versos sin arquitecturas
modernas, que hagan pensar
en el barro del tejar,
o en las piñuelas maduras
que iba de niño a buscar.

Versos que salgan ligeros
del dulce nido volando,
y que se pierdan cantando
como los cucaracheros.

O que al verlos en las ruinas
posados de dos en dos,
exclame alguno: Mi Dios,
cuántas, cuántas golondrinas...

Noche de luna. Las nueve
han sonado ya en la Iglesia
de San Francisco. Silencio.
Las calles todas desiertas.
¡Hay una paz inefable
en los cielos y en la tierra!

A lo lejos se oye el río
sacudir su cabellera,
cubriendo de blancos encajes
las orillas y las piedras.

Es todo un señor que puede
disponer de almas y haciendas,
tiene en sus ondas el brillo
y en sus entrañas la fuerza.

¡Ay del que sin conocerlo
se le interponga en su senda!
¡ay del pobre caballero
que entre sus aguas se meta!...
Lo cubrirá con su espuma,
y azotándolo en las piedras,



Monseñor Daniel Guerrero,

nació en Cali el 28 de mayo de 1.876. Hijo de don José Ma. Guerrero Saa y Paulina García, caleños ambos. Fué Vicario General de la Diócesis de Santiago de Cali, y candidato para suceder al ilustrísimo Heladio P. Perlaza, como Obispo de la Diócesis. Murió el 8 de febrero de 1.933 en la ciudad de Baltimore. Como escritor usó el seudónimo de William Crimer y fue colaborador de la revista Cali Moderno.

arrastrará su cadáver
del Cauca a las aguas negras!

Las once. Seis hombres bajan
por la calle de las Meras,
(en aquel entonces, hijos,
había calles sin carreras,
y las calles se llamaban
por los nombres de las bellas
que mataban a los hombres
con sus ojos de gacelas).

Llevan guitarras y tiples
colgados en bandolera,
el sombrero a la pedrada,
y en la mano una botella,
no de whisky, ni de brandy,
sino de dulce mistela.

-Es aquí, dice uno de ellos,
Se detienen. Tosen. Templan
las guitarras. De repente
entre la noche serena,
bajo la luz de la luna
que en el espacio azul rueda,
se alzan las voces que dicen
los amores y las quejas,
las aventuras y reproches,
los halagos y las penas,
los deliquios del que ama,
las angustias del que espera.

Hé aquí la canción que un día
hizo este pobre poeta,
a la niña de ojos claros
y mejillas de azucena:

Mis versos son las hojas
enfermas y amarillas
que van hasta tu puerta
cantándote al pasar!

¡Oh, estrella misteriosa
que en mis ensueños brillas,
mis versos son las hojas
del árbol del pesar!

Son hojas ya sin vida,
hojas ya muertas,

perdona si a su ruido
tu te despiertas!

Mis versos son palomas,
volaron de su nido,
y tristes y sin fuerzas,
cayéronse después.
Qué harán si les envuelve
la noche de tu olvido?...
Mis versos son las palomas
dormidas a tus pies!"

Y siguen las serenatas,
y circula la botella,
y se enciende la alegría
y se adormecen las penas.

Y abajo sigue el arroyo
murmurando entre la yerba,
y arriba sigue la luna
con su cortejo de estrellas,

viendo este Valle encantado
que puso Dios a las puertas
del cielo que es la esperanza
de músicos y poetas.

Ha llegado ya San Juan,
y con San Juan, las verbenas,
y la ciudad de Santiago,
entra a celebrar su fiesta.

Entonces no había automóviles,
ni tampoco luz eléctrica,
pero tampoco habían Bancos
que son la mano que aprieta.

Dos mil hombres a caballo
hacen estallar las piedras,
en relámpagos de fuego,
y con ruido de tormentas.

Ayayay!... ese es el grito
de avanzar en la contienda...
Ayayay!... Y los caballos
alzan las enormes testas,
y las espumas de plata
mojan las fogosas riendas.

Ayayay!... Dos mil jinetes
pasan como una leyenda

de la España legendaria
de los Reyes de la tierra!

Preside la cabalgata
un hombre de faz serena,
con un sombrero que haría
un eclipse hasta el planeta.

Es don Julio Bustamante,
cachaco de todas veras;
y a su lado va al galope
TIO MARTO en fogosa yegua
que por sus muchas virtudes
merece el nombre de "reina".

Holguines, Castros, Velascos,
Rengifos, Garcés, Lloredas,
Borreros, Buenaventuras,
Olanos y Sinisterras,
y don Ismael Hormaza
que ha salido de su tienda
montado en brioso corcel
que se llama "anacoreta".

Avanza el mar lentamente,
y se encrespa la marea,
y las niñas de ojos dulces,
como las hojas que tiembran,
contemplan dos mil centauros,
que hacen saltos y piruetas
en sus corceles fogosos
hijos de nuestras praderas.

La ciudad huele a albahaca,
los campos a flores nuevas,
y en los huertos de las casas
caen los mangos y ciruelas.
Somos felices!... vivimos
como pobres, e ignoramos
que las casas también sirven
para hacerlas hipotecas.

Han pasado muchos años...
todo flota en el vacío
corazón los desengaños,
los dolores, los engaños
te secaron como al río...

Suenan autos vocingleros
los coches vienen y van,

cruzan damas, caballeros,
pero ay! los cucaracheros
ya nunca retornarán...

Toro en rededor se esconde
en la niebla del olvido.
Busco la emoción, en dónde?
Ningún polluelo responde
al dulce clamor del nido.

Ya murieron los Zegríes,
o emigraron a otros lares,
ya no se oye en los palmares,
la canción de los coclíes,
ni el rumor de los pellares.

Ya no se oyen las canciones,
de la dulce serenata
que cuajada de ilusiones,
iba en la noche de plata
despertando corazones.

Sobre las verdes colinas
entre las cuales te asomas,
circundada de neblinas,
no vuelan las golondrinas,
ni se arrullan las palomas.

Cali antiguo, Cali viejo,
que ya nunca volverás,
oh, copa de vino añejo!
cuanto más de tí me alejo,
te extraño y te quiero más!

Cali viejo, que te fuiste
en el tiempo a sepultar,
como un viajero partiste...
Mi corazón está triste
de no poderte olvidar!

LA ORACION DE LOS CABALLOS VIEJOS

Por los callejones y las alquerías
que el sol ilumina de vivos reflejos,
recordando siempre sus mejores días,
pasan renqueando los caballos viejos
llenos de amarguras y melancolías...

Por entre las cercas de palo o de alambre
meten las cabezas, medio adormecidos,
les sigue de moscas zumbando un enjambre
y ellos -pobrecitos- transidos de hambre
se quedan mirando los prados floridos.

Los prados floridos en donde nacieron
libres como el viento y como él veloces,
esos mismos prados en donde corrieron
lanzando felices relinchos y coces.
Ya sus ilusiones todas se murieron!...

Uno rememora cuando altivo y fiero
llevaba en sus lomos la alfombra escarlata
de algún valeroso e hidalgo guerrero
de casco dorado y espuelas de plata.

El otro recuerda que sobre sus ancas
llevó dulcemente, con gran donosura,
mujeres divinas, esbeltas y blancas
de formas talladas como una escultura.

El otro medita: yo fuí en las carreras
el rey de los vientos, de sedosas crines,
y ví desplegarse las rojas banderas
y oí los saludos de roncos clarines!

Los viejos caballos meditan ahora
al pié de las cercas, cerrados los ojos.
Una flauta rústica a lo lejos llora:
"la vida está llena de espinas y abrojos!"

Hermano caballo: mejor es tu suerte
que la de los hombres a quienes la vida
clavó su zarpa despiadada y fuerte,
y van por el mundo cubriendo su herida
en pos de la dicha que obsequia la muerte...

Hermano caballo: igual es tu sino
al de l os mortales:
a tí cuando inútil te arroja el destino

a morir de hambre a un negro camino,
y a aquellos arroja a los hospitales!

Serviste... Y ahora, qué pides?.. Qué quieres?..
Así son los hombres no solo contigo
que tan noble y dulce, que tan bueno eres:
en esta tragedia de todos los seres
es sólo el sepulcro el único amigo.

Hermano caballo: como tú los parias
de la vida pasan horas de quebranto,
para sus oídos no fueron las arias
de los vencedores... Almas solitarias,
flores que se abrieron regadas con llanto!

Empleados oscuros de las oficinas,
músico ambulante, pobres artesanos,
artistas... poetas... que parecen ruinas,
del caballo viejo somos los hermanos...
como a él no nos quedan sino las espinas!

Cuando las arrugas surcan ya la frente,
y el alma tenemos llena de consejos,
la vida que todo lo ve brutalmente,
nos manda a morirnos dolorosamente,
como mueren siempre los caballos viejos!

UN RAYO EN LA VIGA

(Tomado de la Revista de los acontecimientos de "Cali Viejo")

No se trata del título de un cuento o novela, ni mucho menos, aunque el fenómeno histórico tiene mucho de dramático.

Ocurrió querido lector, que el día 1º de marzo del año de 1827 hace 143 años- siendo exactamente las cinco de la tarde, cayó un rayo sobre el techo de la cocina de la hacienda de "La Viga", sitio de veraneo de la familia Larrahondo Caycedo, en los precisos instantes en que en su interior se hallaban varias personas de la casa, matando a tres de ellas y privando al "Padre Manila", como apodaban al ilustre vicario don Manuel Caycedo y Cuero (El "Padre Manila" vivió como desterrado en Manila).

Las víctimas del fenómeno espacial, al que podemos intitular en esta serie de crónicas del Cali Viejo, como el primer acontecimiento de esta naturaleza, fueron en su orden las siguientes: un muchacho esclavo de raza mulata, otro idem, al cual chamuscó y completó la sobrina del Presbítero Caycedo y Cuero, la cual falleció ante el impacto, y el propio cura, el que permaneció privado del conocimiento por espacio de cinco horas.

El rayo dizque dividió en dos partes la cocina de la histórica hacienda de "La Viga", jurisdicción de Pance, lo cual ocasionó la repartición de sus efectos mortales.

Para una más concisa información sobre estos hechos, leamos la carta que sobre el fenómeno redactó y envió el citado Vicario a su primo carnal Dr. Ignacio de Herrera, residente en esa fecha en Bogotá.

Cali, 26 de marzo de 1827.

Señor Doctor Igno Herrera.- Bogotá
"Apreciado primo y amigo mío: Justamente habrá V extrañado mi contestación en el pasado correo, porque ignora la terrible catástrofe que he sufrido.

El día 10 de este mes, cerca de las cinco de la tarde, hallándome en la hacienda de María Josefa, con sus hijas y algunos de la familia, de paseo, se despidió un rayo, el cual cayó en la cocina a la que incendió del todo, mató un mulatillo esclavo y chamuscó a otro. De allí se dividió en dos partes, de las cuales la una mató a mi sobrina la amabilísima Dolores, y la otra en el corredor opuesto penetró por el umbral de la puerta del cuarto en donde estaba yo, y según se refiere, al salir me cayó por delante, dejándome como muerto por más de cinco horas. Considere V. como estaría esa pobre familia en semejante conflicto. Hasta el tercer día me ocultaron la muerte de mi Dolores, porque si se me descubre antes, sin duda me quita la vida. Yo quedé como V. puede considerarlo, enteramente trastornado".

Años después fallecía en Cali el reverendo y ex-desterrado Padre Manuel de Caycedo y Cuero, prócer muy ilustre de nuestra independencia.

A CALI

Cali, ciudad de las añosas palmas
do se mece intranquilo el aquilón,
te has dormido al arrullo de las aguas
que dan a tus campiñas su verdor:

Ay, te has dormido de llorar cansada,
y tienes en tu sueño por cojín
estas colinas, ora solitarias,
do huyeron tardes de mi edad feliz.

Mucho lloraste... En el extraño suelo
amargo llanto derramé también;
Y SOY DONDE NACI, casi extranjero;
si me niegas tu abrigo. Dónde iré?

En donde, en donde encontrarán mis ojos
de tu hondo valle el horizonte azul,
tus bosques de perfumes misteriosos,
tu limpio cielo, de tu sol la luz?

Dónde el recuerdo de las leves horas
que engalanaba para mí el amor,
si sólo de tus noches a la sombra
se encuentra mi angustiado corazón?

Soles quemantes, cuya luz doraba
los lagos de la pampa en el confín;
y más allá las cumbres azuladas,
y aún más lejos cielos de turquí.

Acaso nunca volveré a encontraros
como en mi ardiente adolescencia ya?
Tristes como el que miro en el ocaso,
cuantos mis ojos descender verán...

JORGE ISAACS.

-El Poeta ansía el retorno a Cali.

LA MEJOR EPISTOLA DE JORGE ISAACS
(UN NUEVO DOCUMENTO INEDITO)

Debo a don Alfonso Garcés Vallecilla, caballero caleño que no deja apagar su emoción por las bellas y verdaderas letras, la primicia de alegría pocas veces sentida con tanta intensidad, en mi diario afán de escudriñar papeles antiguos y archivos seculares: la de haber leido la más hermosa carta íntima de Jorge Isaacs. No se si esté equivocado, pero considero que se trata de un documento literario al cual podría señalársele el tercer puesto, en cuanto se refiere a las prosas sueltas del poeta caleño.

En primer término, es preciso destacar la página lírica titulada LEYENDO A MARIA, cuya remembranza hogareña es una de tantas pruebas intelectuales sobre la existencia de la heroína, y que por su fondo y forma, puede catalogarse como un capítulo más de la novela inolvidable.

LA LUNA EN LA NEVADA, por la lírica plasmada en desolada orfandad, escrita al fuego de ardimientos íntimos y angustiados, podría ocupar el segundo puesto antológico. Fue publicado éste artículo por primera vez, en el periódico de José María Vergara y Vergara, titulado LA FE, en el número 2, el 19 de mayo de 1868, pero había sido escrito cuatro meses antes, como lo he comprobado.

La tercera prosa en orden de mérito, podría ser la carta cuyo texto público ahora y la copio del original que tengo en mi poder:

Bogotá, 20 de noviembre de 1869.
Señor Juan A. Sánchez.- Cali.
Mi querido amigo:



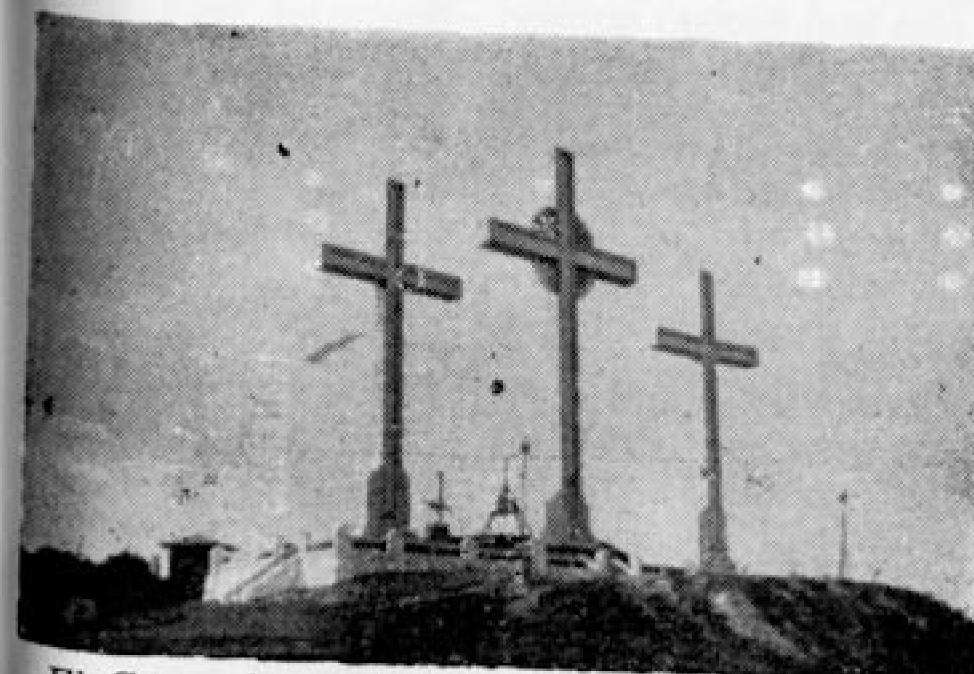
En el año de 1.922 pavimentación de la calle 12 entre carreras quinta y sexta, con adoquines de piedra.

* * *



Colegio del señor Gabriel Montaño — 1.908.

* * *



El Cerro de las Tres Cruces.

Cúmplole lo prometido: le escribo y le envío versos Y si Ud. supiera que en éste mismo momento estoy con fiebre, si pudiera hacerse cargo de la tristeza que me abruma, agradecería más mi puntualidad.

El invierno me está probando, pero antes había empezado esa tarea de nostalgia. Necesito volver a mi tierra de sol, pero no puedo vivir separado de mi Felisa y de mis hijos, y tengo que soportar las penas que sufro aquí, porque no puedo romper la cadena con que la necesidad me detiene. Pero pronto ganaré la libertad, pronto estaré en el Cauca si las fuerzas y Dios me ayudan.

Allí va ese mal soneto escrito para Alcides en una noche que pasó conmigo en mi barraca de la Víbora.

Noches de soledad y silencio, cuánto menos tristes eran las que paso aquí!. Cansado el cuerpo por la fatiga del día, pero fuerte el alma, oía, recostado en mi hamaca, los rumores de los vientos en los palmares que me circundaban, y el sollozo de las corrientes a mis pies. Bajo los peñascos coronados de chontas, las espumas del río blanqueaban como los girones de un sudario sobre la tierra negra de una tumba removida. Estas paredes me ahogan: el desierto con sus reptiles y sus fieras, el desierto con su pompa salvaje, vale más para mí que un palacio con salas y voluptuosidades inventadas por los sibaritas gastados y aplaudidos por la vanidad. Un colchón de hojss secas bajo un árbol frondoso, teniendo por lámpara la luna y por arrullos los suspiros de las auras en el boscaje.

Esta vida de ciudad enferma. Cómo se sueña en medio de nuestras nativas selvas! Cómo tiembra de amor nuestra alma lejos de los hombres y sola en presencia de Dios y su poder!. Cuánto de amor, cuán dulces son los recuerdos de los días felices a la sombra de sotos de la casa paterna!. No todo lo he perdido aún. Mucho he perdido: esa tierra que guarda las cenizas de mis padres y de dos de mis hijos, me pedirá todavía lágrimas; más quizá me dé al fin un asilo y un hogar venturoso. Tú lo puedes, Dios mío!.

Procure que el soneto quede muy corecto, lo mismo que lo que siga enviando: será, primero, una poesía que se publicó en el Mosaico en 1864, y otra que dirigí a mis compañeros de trabajo en el camino. Deben salir esos, después del soneto, porque quiero que mis paisanos sepan que, ante todo, canto a mi país y su progreso.

Esas dos poesías irán limadas, y como pocos las conocerán hasta ahora en el Cauca, deben ir antes que los demás. Nó, no vayan a figurarse ni por un momento que EL ALBA me parece muy niña para regalarle mis producciones. Así se lo decía ayer a García: esa niña, aunque no haya tenido, aunque nunca tenga una sonrisa para mí, tendrá mi amor.

Salúdeme a Correa. Mis quehaceres me han impedido escribirle. No hay las gramáticas de su encargo; pero talvez las haya antes de mi viaje. Le llevaré con seguridad "Las Veladas de San Petesburgo".

Lo abraza.
Jorge Isaacs.

30 a las seis de la mañana.

Querido Juan Antonio: he pasado una noche atroz. Ya ve usted que me está matando el trabajo, la tristeza, este clima con sus lluvias incesantes y sus vientos fríos. Es necesario apurar e irme. Las caricias de mi familia y el calor de mi hogar, me volverán la salud. "Ganarás el pan con el sudor de tu frente"; eso es; pero no helándome hasta los huesos. El trabajo es una necesidad. Pero a Dios le pido que haya una mano cariñosa que me cierre algunas veces mis ojos fatigados por la vigilia; todo lo tengo allá, nada aquí".

Cuando acababa de copiar la pesarosa carta de Isaacs, en donde el poeta insiste en la obsesión de retornar a su ciudad natal lo más pronto posible, entra Carlos Villafañe a mi oficina y al tomar nota del nombre de Juan Antonio Sánchez, el íntimo amigo del autor de MARIA, me dice a la sordina: era un poeta becqueriano. Escucha este madrigal:

Llegué a las puertas de tu pecho un día;
llamé quedo, muy quedo,
y el corazón estaba tan profundo
que el golpe resonó lejos, muy lejos.
Y sentí gran pavor porque supuse
que aquel lejano eco,
me lo enviaba la losa de un sepulcro
donde yacía un corazón ya muerto.

Villafañe se evaporiza como los espíritus. Ahora, el maestro Rozo Contreras ha compuesto una romanza para canto y orquesta, cuya letra es el famoso soneto DIA DE DICIEMBRE. La inspiración es de elegía y la obra fue estrenada el 3 de septiembre pasado, en el Teatro Colón.

Ayer, Isaacs, hoy, Villafañe. La emoción es eterna ante las almas, los cuerpos y los paisajes.

Luis Carlos Velasco Madriñán".

DEL CALI VIEJO

Por Andrés J. Lenis

El sargento mayor Manuel María Barona Patiño.- Una frase del general Belisario Losada.- Recuerdos del Padre Fray Pedro B. Guatii.

Ustedes no conocieron a Manuel María Barona. Era de Cali. En la época en que lo evoco tenía algo más de treinta años. Alto, elegante, íntegramente rasurado el rostro; blanca la tez, aunque ligeralmente caldeado por el sol; ojos pardos, de mirada franca. Tenía reputación, bien ganada, de valeroso y enérgico. Durante la guerra de los mil días alcanzó el grado de Sargento Mayor; y murió en Panamá, en la madrugada del 21 de Julio de 1900, en el combate de Corozal, comandando fuerzas de gobierno. El general Belisario Losada, al recibir noticia de la muerte de Barona exclamó: "Cómo es posible! El lindo joven Barona; uno de los jefes más brillantes de nuestro ejército".. y era verdad. Barona era inteligente, arrogante en su porte; de voz clara y armoniosa; su conversación agradable; muy culto y muy desierto. Su lenguaje, sin rebuscamientos ni amameramientos, era correcto y prudente, nunca se le oían palabras procaces. Muy serio, pero simpático: Reía poco, y hablaba con voz pausada, de tono intachable y su prosodia era perfecta, aunque con vocalización colombiana, sin ninguna afectación. Manuel María Barona Patiño era uno de esos altos valores que nos arrebató la guerra, y que se extinguieron en el estruendo de la revuelta y sólo dejan un recuerdo cariñoso entre los que tuvieron el gusto de conocerlo personalmente. Barona era mi amigo, y alguna vez me hacía esta confidencia:

—Recuerdas -me preguntaba- al padre Pedro B. Guatii?

—Ah!, si. Lo recuerdo mucho. Era un franciscano que predicaba muy bien, y tenía, aquí en Cali, enloquecidas a las mujeres.

—Y has de ver -continuaba Barona- que tenía razón; porque ellas son de mayor sensibilidad que los hombres, y el fraile era un predicador de mérito extraordinario.

—Sí; yo recuerdo haberlo oído en el púlpito.

—Lo hizo salir de Cali el guardián del Convento de San Francisco, Fray Ignacio Sáenz.

—Sí, sí. Y con ese motivo el Padre Guatii publicó por la prensa en hoja volante una amable despedida.

—Pues bien, -continuaba Barona- yo viajé al Ecuador algún tiempo después de haberse ido de aquí el Padre Pedro, y un día, en un pequeño restaurante de Ambato, encontré, ocasionalmente al franciscano; y como lo reconocí, me acerqué a saludarlo con atención y respetuosamente.

Usted no es de aquí, su acento me lo dice, cómo me conoce? -me dijo- y al mismo tiempo me tendió su mano y me hizo sentar a su lado.

Padre Ud. estuvo en Cali. Yo soy de allá; me gustaba oirlo predicar, por que usted es muy elocuente, -le dije-.

—Soy un siervo de Dios y aclamo su misericordia con las escasas dotes que me ha concedido.

Seguimos hablando con entera cordialidad. Al rememorar su estada en Cali y su salida de allí precitadamente, me pareció que una sombra de tristeza envolvía su recuerdo, pero no hizo al respecto ningún comentario. Me habló con desenvoltura y confianza, como a un amigo de larga data, y dejó correr su conversación, fácil e interesante, con una singular fluidez. Me habló de su juventud, alocada y desprevenida; me refirió el origen de su determinación de hacerse franciscano. —Mire usted -me decía- mi padre me destinaba al foro, y yo tenía simpatía por esa carrera, estaba en mis dieciseis años y había terminado mi último año de segunda enseñanza. Un día salimos con un amigo a paseo, de a pie, un poco lejos de la ciudad y nos tardamos en regresar: De vuelta para la ciudad nos envolvió la noche y se desarrolló, al propio tiempo, una furiosa tempestad a nuestro derredor, mientras la lluvia torrencial nos calaba hasta los huesos. Abatidos por el terror nos amparamos debajo de un árbol, y un rayo dejó muerto en el acto a mi compañero. Al darme cuenta del terrible suceso, me arrodillé frente al cadáve de mi compañero, volví los ojos al cielo, invoqué la misericordia divina y ofrecí profesar en la orden franciscana. Yo no abandoné el cadáver de mi amigo, pero no podía llevarlo solo. Allí esperé horas mortales hasta la terminación de la tempestad y de la lluvia. Algún tiempo después pasaron unos labriegos y ellos me ayudaron a transportar el cadáver a la población. Mi promesa estaba hecha, y vestí el santo hábito y me ceñí el cordel de mi padre San Francisco.

—Y alguna vez -lo interrogué en vista de la confianza que me inspiraba- no ha llegado a creer, su reverencia, que hizo aquella promesa con un poco de precipitación, bajo el influjo del terror?

—La gracia Divina -me contestó- nos da fuerzas para vencer en

estas luchas de las pasiones. Puedo asegurarle a usted que nunca he tenido la tentación del pesar por haberme ordenado. La protección de mi padre San Francisco me ha acompañado siempre. La misericordia divina me protege visiblemente. La vida está llena de obstáculos; y en todos sus campos hay luchas terribles: La renunciación, el perdón y la misericordia son las supremas leyes de Cristo, y el lema por excelencia de mi padre San Francisco es la caridad; y la caridad es amor, benevolencia y humildad; renunciamos a la sensualidad, a la soberbia, a la vanidad. En la vida mundana también se lucha y se sufre mucho; la vida sacerdotal es de recogimiento y de paz. En el sacramente de la penitencia podemos los sacerdotes hacer mucho bien, enjugar muchas lágrimas, aliviar muchos dolores, suavizar muchas asperezas. No cree usted que es una misión muy noble y alta la que se nos ha encargado a los sacerdotes? Usted me hablaba de mis sermones; pues bien, en ellos propendo por la paz de las almas, por la tranquilidad de las conciencias; busco el renunciamiento de los odios, el acercamiento benévolo de los espíritus. No hay nada igual en lo humano, nada superior a la paz del alma. La riqueza sólo trae grandes inquietudes y despierta en el hombre la avaricia, que es una de las desgracias más penosas que pueden ocurrir al hombre. Todas las pasiones que sacuden nuestros espíritus sólo aportan miserias y horrores. Recuerde usted la historia de don Juan Tenorio. Después de llevar una vida de disipación, de orgías, de riqueza disoluta, de asesinatos y tropelías, se encontró una noche en una calle de Sevilla un féretro conducido en procesión, llevado por monjes en absoluto silencio y con cirios encendidos. Impresionado por el fúnebre espectáculo, se acercó a uno de los acompaañntes y le preguntó quien era el muerto -Don Juan Tenorio-, le contestó el interrogado. No perdió el ánimo por tal respuesta, y se acercó al ataúd, que no lo llevaban los monjes en hombros sino colgante de los brazos y descubierto, y pudo verse a sí mismo en aquella caja. Entonces se alejó rápidamente del cortejo macabro, y desde ese momento pensó en cambiar de vida, y efectivamente, ingresó en la Orden de la Caridad, y se transformó en mendicante, en favor de los desvalidos. Por eso se ha gestionado su canonización.

Recuerde usted también la historia de Rancé: Al subir hacia las habitaciones de la Duquesa de Montbazón, su querida, cuyas puertas podría franquear cuando quisiese, se encontró, en vez de las gratas caricias de su amada, con un ferétro, y colocada encima de la caja mortuoria, la cabeza sangrante de su amada, que la habían cortado del cuerpo pues no cabía en la caja, que era demasiado corta. Y usted sabe; Rancé fué el fundador de la Trapa. Todo en la vida humana es fugitivo y precario. Sólo Dios es eterno, sólo El es inmutable, y su misericordia es la justicia en su más elevado concepto. "El que todo lo comprende lo perdona todo", dice un sabio francés.

Más o menos en estos términos me habló el orador franciscano -me decía Barona-. Yo tengo únicamente el recuerdo en conjunto de sus ideas; pero él, al hacer su exposición, empleaba un tono firme y convencido de apóstol; sus frases eran de una precisión que yo no alcanzo a explicar. Había en su palabra la fuerza de una profunda convicción y su voz tenía un tono suave y armonioso.

Nos despedimos con afectuosas palabras:

Padre, adios. Sólo siento que nuestra entrevista haya sido tan breve, y acaso no nos volveremos a ver nunca.

Sólo Dios sabe el derrotero de los destinos humanos; elevemos los corazones hacia El, y confiemos. Adios.

No sé por que al despedirme del fraile me invadió una gran tristeza. Me parecía que su alma llena de mística unción estaba destinada a expandir las grandes agitaciones que lo movían hacia un mundo mejor y que, sin embargo, se extinguiría su vida en un ambiente triste e incomprensivo, donde el fuego que tenía su espíritu habría de extinguirse sin levantar hacia el ideal de Cristo un solo corazón. Por que se alejó de Cali en donde su verbo ardiente y saturado de belleza y de bondad sincera pudo consolar tantas almas y sembrar tánto bien?

Barona, guardó silencio. Yo evoco ahora a su espíritu de hombre fuerte.

Habia escuchado su relato en silencio; y cuando terminó de hablar, le dije únicamente:

La estada del Padre Guatii en Cali ocurrió hace ya mucho tiempo...

LA COMARCA INEFABLE

Por Héctor Julio Morcillo

El día comenzó a aletear y ante el vuelo de su luz se abrió la comarca que serviríale luego, a sus horas, de trono gestatorio. Sacudiéronse las últimas sombras; destejió sus enmadejados hilos la neblina, y fuese quedando el contérmino cual ubérrima semblanza de un bíblico paraíso. Región amada de la luz, aparece, con el advenimiento del día, cual una quieta mansión de dioses fecundantes, o como un jardín bordado de montañas, que a m-a nera de cuna gigantesca, abra inimaginada, arrúllase con dulce orquestación de trinos y música de aguas, por entre la tranquila elación tropical.

Ambiente sensitivo de recogida taciturnidad reflexiva, sabe florecer en efluvios de vistosa multicoloridad; de fuego emanativo, apenas si atenuado por una brisa juguetona y esquiva que, preñada de amorosos perfumes, deja besar sus alas invisibles por los labios de la llanura, siempre sonriente y amena, cuajada de clorofila, de frutos voluptuosos y túrgidos, de dulcísimo corazón y grato aroma.

Corre también allí, a la altura del corazón y a manera de sangre, llevando entre su linfa fugitiva como un vuelo de cielos, de nubes y de astros, la corriente del Cauca. Desde siempre, el gran río ha sido y será la húmeda senda de su destino. Sobre sus márgenes coronadas de aves y penachos de guadua, la vida de sus gentes se entrovierte en marejadas de ensueño. mientras el artifiico humano va desparramando, sobre un itinerario de confines, su genio arquitectónico. El caserío, que es la infancia de la ciudad, va diluyéndose luego con ambiciosa dimensión, como quien viaja en alas del presentimiento.

Los valles tienen la rara cualidad del encauzamiento. Parece como

si la naturaleza que dibujan las alturas y se vuelca, multifacética, por toda la región, iníciase su predestinado sendero con jugoso alimento de horizontes; hay por todos los ambientes una permanente nostalgia de amanecer, como cuando la brújula orientadora del humano destino comienza a señalar la realidad de una esperanza, o como cuando la retina se detiene ante el objeto anhelado, al beso pleno de la luz.

¿Qué dirá el día cuando se adviene sobre la comarca, con su expansión de efluvios, su sinfonía de cantos y de arrullos, bajo la sonrisa pura de una primavera sembrada entre fuentes de ambrosía? Claro y enamorado ha de ser su pensamiento, porque ha tiempo que vive sobre ella, y apenas si descansa por las noches, como quien paga momentáneamente la luz. Ya nos configuramos su soliloquio, cuando, sobre un amanecer, de seguro se inquiere a sí mismo:

—"¿Quién te hizo, oh Valle del Cauca, flor de la tierra, tapiz del cielo, corola del amor? ¿Naciste, acaso, para ser el lago de la Luz, el oro del ensueño, el lampo eternizado de la belleza? ¿Quién pobló de resedas tu jardín, de veraneras tu alta empalizada, de blancas azucenas, narcisos, rosas y claveles el amplio ambiente lacrado de primavera?"

Así debe murmurar para sí el Día, al detener su vuelo sobre la hermosa región que baña el Cauca, fluído manantial que la Montaña envía a manera de lágrima purificadora, y que la cmpiña recibe cual si fuese plasma sanguíneo o beso fecundante.

"YO TE CURO"

Francisco Montoya Pérez, antioqueño, apareció un día por éstos trigos de Dios. Venía de Antioquia; era un hombre pintoresco, cuya dirección telegráfica corría de acuerdo con su idiosincracia: "MONTA PEREZA". Trotamundos, tomatrago, mitómano, recorrió como sabueso la geografía patria. En el Chocó dejó una mujer y un mal día le fué anunciada su muerte. Así contestó al Alcalde de Tado: "Si murió, que la entierren".

Con la mula jalea recorrió los departamento del sur del país. Guillermo Valencia le hizo un testamento cuando murió la paciente acémila; el doctor leía ese documento en ventorrillos, cantinas y bares, y le servía de anzuelo para empinar el codo.

Fabricaba unas píldoras, producto de su loca fantasía, inocuas como la mordida de la "Petacona". Cuando anduvo en el Chocó, estudió el "MANCUA", el filtro milagroso "de los negros chocuanos", y, según lo juraba, aprendió todo lo concerniente a la botánica, tradición de los indios Chamí, quienes se la enseñaron, sarcástico, cínico, festivo, se ataviaba con un cubilete, sacolevita, pantalones blancos aprisionados por las estrechas polainas, muy en boga en esos tiempos. Usaba un foete de puro viril de toro, y sobre la semítica nariz cabalgaban unos quevedos que no usababa, pues miraba por encima de ellos.



Muy serios cinco gatos Joaquín Herrera, Luis Sinisterra, Ricardo Bonilla M., Guillermo Mejía Caicedo y Ricardo Vallejo T.



En la sede del corrillo don Luis Tafur Victoria, Ignacio Herrera y Luis Alberto Guerrero G.

Amigo íntimo de Zepelín, el fígaro antioqueño, un día en que se "clavaban" unos verdes (resacao) éste le preguntó: "Dígame doctor: usted tan flaco y feo como un pagaré vencido, no estará tísico?. "Supónte si no lo estaré habiendo curado a tanto tuberculoso". De la muerte compartía con el peluquero la definición genial: "La muerte me gusta porque no es lambona".

Gonzalo Córdoba, fué su íntimo amigo. Don Gonzalo, el día en que murió le hizo un entierro pomposo y hubo panegíricos con la correspondiente sesión en "La Ultima Lágrima".

ERNESTO BUSTAMANTE - "PELLEJERA"

Por Félix Orejuela

Viva mi Cali querido!, era el grito de combate de uno de los personajes más populares, extrovertidos y conspicuos del Cali de hace treinta años. Este personaje, perteneciente a la entraña del Cali Viejo y emparentado con sus familias más antiguas, fué Ernesto Bustamante, "Pellejera". De distinguido ancestro emparentado con el prócer caleño, don Vicente Bustamante, era don Ernesto un hombre blanco, estilizado, con un bigote chapinesco, camisa siempre limpia, peinado a la inglesa, de rayas por el medio. Fué Bustamante escribiente de Notaría, pendolista, persona de la cual dice la Academia, que escribe elegante y bellamente. Ese era Ernesto Bustamante, su caligrafía era de lo mejor y su ubicación era en la Notaría donde daba fé el poeta Ricardo Nieto. Tiempos cuando las máquinas de escribir no tenían sino "relaciones muy lánguidas con esas oficinas". Trabajaba al día; es decir, a destajo; recibía su sueldo de acuerdo con el trabajo que le "caía". Y apenas dejaba la Notaría se metía en la tienda más cercana dos o tres "tinteros" y el orador que vive dormido en todo colombiano -y más si estaba alumbrado- hacia el resto.

A las seis de la tarde los gritos y los monólogos principiaban. ¡Viva mi Cali querido, vivan los Caicedos, los Lloredas, Borrero, los Piedrahíta, los Carvajal, los Varela, viva el poeta don Ricardo Nieto, vivan los caballos viejos!

Su amor por Cali era obsesivo y en esta ciudad concentraba sus andariegas jumas. Nada le importaba y en las calles su grito era más agudo, de acuerdo con la cantidad de mosto ingerido. Respetuoso o sarcástico, según como lo "torearan". Su "pico" sabía mucho de la historia social de las gentes y sus pecados; naturalmente, era ratón de Notaría. Conocía las intimidades del campanario.

Eran los tiempos cuando Jaime Correa López me inició en el maldito oficio, cuando era cajero-administrador del Hotel Alférez Real y me enviaba su mozo de espadas, el inolvidable Teófilo Figueroa, y le remitía en bruto mis apuntes que después aparecían como filigramas bruñidos por la pluma y las inyecciones de Cervantes de Jaime, quien desafortunadamente para Cali, ha colgado los "guayos" del periodismo. Ojalá vuelva a la pales-

tra este periodista con sus reportajes relámpagos y su intuitiva manera de ver y escribir los temas palpitantes de la hora que pasa.

Ernesto Bustamante no se perdía en las calles de Cali de 1930, su grito era como un pregón y todos gozaban con sus salidas y su memoria portentosas. Al día siguiente estaba cumplidamente en la Notaría, con su blancia y limpia camisa, rasurado meticulosamente y peinado con esmerado cuidado. Iniciaba su trabajo, sin que le temblara el puso, serio y concretado, no se le veían manifestaciones de guayabo. Calígrafo y ortógrafo perfecto. Era el espectáculo vespertino de Cali. Su cantaleteada juma y sus gritos lo convirtieron en figura familiar de Cali, de esos días ya perdidos en las arrugas del olvido.

Todos los personajes del Cali amable de esos años han desaparecido, queda como un islote Pachito Zorrilla y, tal vez Rafico Velasco. Ignoro por qué las ciudades recuerdan con melancolía a sus personajes típicos; es algo del alma de ellas.

Cuando murió Ernesto Bustamante, se llevó a su fragil humanidad mucho de este Cali que él amó tanto. En la lápida de Ernesto Bustamante se habría podido escribir únicamente: CALEÑO.

Muchas anécdotas pueden contarse de nuestro personaje amigo, pero recuerdo ésta: Un día entró a una de esas tiendas de Cali, de reja de madera, donde se vendía de todo y además trago.

Llegó a esa miscelanea, situada en la vieja casa de los Madriñán, calle sexta con carrera sexta. Detrás de la puerta la consabida mata de sábila, el recimo de corosos y las botellas empolvadas alineadas como soldados en una revista militar. Cuando "Pellejera" llegó, había en esos momentos unas gigantescas roscas de pandebono de veinte centavos. Pidió una rosca, observó lentamente la botella de verde "resacao" del Valle y luego propuso a la vieja tendera:

Vea, viejita linda, no puede cambiarme esta rosca por un tiempo........?

Con mucho gusto. Nuestro hombre se tomó su doble con fruicción y luego salió sin despedirse. La ventera le llamó la atención sobre el pago del tintero y "Pellejera" con ironía le contestó:

Y no me lo cambió por la rosca de pandebono? Y dónde está la rosca?, inquirió nuevamente la vieja.

Pues allí se la dejó, contestó finalmente "Pellejera", quien salió dejando boquiabierta a la vieja, mientras rasgaba el silencio de la calleja son su grito sacramental: ¡Viva mi Cali querido!

Otra: Una vez estaba Ernesto Bustamante, por los lados de San Antonio bastante avanzado en tragos, y pasaba en esos momentos el Hermano Jonato, que había pertenecido a la Momunidad de los Hermanos Maristas, y al verlo Bustamante bajándose del andén dijo: "Viva Cali, Cali viejo, Cali querido pase el hermano Jonato". El hermano Jonato se devolvió y dijo a Bustamante: "Mira Pellejera, yo no me llamo Hermano Jonato, yo me llama Ceferino Culet. Entonces Bustamante dijo Viva Cali, Cali viejo, Cali querido, culet o no culet pase el Hermano Jonato".

LA PALMA DE SANTA ROSA

(Por Ezequiel Gamboa.- Junio 20 de 1924)

"Era una inmensa lira pulsada por los vientos, un enorme abanico con que Cali, la Sulamita, referscaba su moreno rostro en las horas de la siesta voluptuosa, bajo la ardiente llama de los besos del sol.

En las noches de estío decoraban su opulenta copa racimos de estrellas. Allí tenían su cenáculo los coclíes, esos pobres bohemios de gabanes raídos; y en las noches de tormenta los rayos del cielo bajaban a restallar en el metal de sus hojas,, más no para herirla sino para rendirles homenaje.

Qué beduino romántico la plantó allí, en el límite de la pampa, en nostálgico tributo al recuerdo de sus lejanos desiertos?

Y allí estuvo acaso durante más de una centuria, hermosa torre Effiel Tropical, esbelta y firme en flexibilidad incomparable.

Empero, ayer, las hachas del bien público, aplicadas en mil embates en torno de su base, dieron con ella en tierra. Al caer, su estruendo majestuoso rompió el silencio de la campiña y dilató por los ámbitos un eco de armoniosa lamentación. Tal debieron de caer las columnas de Hércules en las postrimerías del soberbio rito pagano.

Y allí está, tendida sobre la pampa, muda en su abatimiento inerme en el vértice de la inmolación, mientras los peritos de la estadística miden la longitud del tronco que antes era altura.

Cubierta en uno de sus extremos con la suntuosa dignidad de sus hojas desgarradas, se diría un gladiador caído sobre su escudo, o un guerrero indígena vencido, desnudo el bronceado cuerpo y ornada aún la rota frente con el penacho de plumas. Es el último de los reyes aborigen que supervivía a su raza etxinta y que por fin desaparece.

De hoy su magnífica silueta no la verán más nuestros ojos sino en la cubierta de una espléndida revista, cuyos directores la adoptaron como un símbolo de la hermosura y que una prestigiosa empresa tipográfica de esta ciudad supo destacar gallardamente por sobre tipos de locomotoras y trasatlánticos, arraigada la base en las entrañas de un mundo y bañana la copa en el esplendor de los rayos de fuego de un sol que derrama sus iris sobre las crestas andinas y difunde sus cascadas de oro en el seño sin límites del mar azul.

Bien está así, que el arte perpetúe los monumentos que la imprevisión desafía la asistencia pública se ve obligada a destruír".

PERSONAJES TIPICOS DE CALI

(Por Féliz Orejuela R.)

AGUSTIN GONZALEZ.- El personaje más popular por sus diatribas y vocabulario que constituía un bando de "Jeta" desde los años de 1918 al 30. TECAPO, cuando alguno le decía la palabra armaba un escándalo de la Madona, el vocabulario era de alquilar balcones.

Un poeta J. M. Bonilla, conocido en el mundo de las letras con el nombre de "Martín Guerra", escribió el siguiente soneto que fue muy comentando en esos tiempos del Cali antañero:

Dice así la dedicatoria de Juan Manuel Bonilla Mejía, "Martín Guerra" a Agustín González, "Loco Cuerdo" del Cali fugitivo:

Mi querido Agustín, muy buenos días,
Me alegra mucho verte tan contento,
Pues siendo tú feliz también yo siento,
La más puras y hondas alegrías,

Tus alegres tristezas hago mías,
Cuando llenas las calles con tu acento,
Y en solemne actitud sueltas al viento
"Intermezos" de lírica armonía.

Quiera siempre mi suerte y tu destino
Que vivas luengos años alegrando,
Mi vida con tu cántico divino,

Y al llegar de tu muerte, el día nefando,
Te juro por mi honor que en el camino
Te digo "LA PALABRA" sollozando.

ZEPELIN, era un peluquero paisa, que trabajaba en la peluquería Central del señor L. Quintana, y quien tenía apuntes extraordinarios. Cuando murió el doctor José Manuel Saavedra Galindo, asistió con el doctor YO TE CURO, al entierro del célebre abogado vallecaucano, sepelio que fue especialmente concurrido. Después del cementerio fueron a tomarse su cochas a "La Ultima Lágrima" y Yotecuro le preguntó a Zepelín, que opinaba de la muerte: El bohemio peluquero contestó: "ME GUSTA LA MUERTE PORQUE NO ES LAMBONA".

FRANCISCO MONTOYA PEREZ fué un trotamundo "paisa" quien vendía píldoras y se hacía pasar como médico, el doctor Guillermo Valencia, quien era amigo de nuestro personaje, le escribió el testamento de la Mula Jalea, un animal que fué la víctima del Dr. Montoya, quien sobre ella se metía las perras más largas que conocieron en el Cali Viejo. Una vez, Zepelín, le dijo Ud. Dr. no estará tísico. Y el cínico "Galeno" le contestó: Suponte si no lo estaré con tanto tuberculoso que he curado".

Una vez murió la mujer con quien se había casado en el Chocó, el Alcalde de Tadó, le envió un telegrama avisándole la muerte y entonces Yo te curo telegrafió: Si murió que la entierren, qué esperan. Punto. Dr. Francisco Montoya Pérez".

Tenía un decir: El hombre tiene dos mujeres, la "la que no quiere y la que lo quiere a uno".

Otros personajes del Cali Viejo, Maduro Crudo, un negro epiléptico a quien le daban unos ataques por los lados de las galerías, que causaban espanto entre la grey.

ADAN, mudo, quien ambulaba días y días con un pescado y que era el hazmereír de los muchachos.

QUITERIA, una mujer del pueblo, quien vivía por los lados del río, hacía tamales y vestía con un manto verde de lo puro viejo. Era culta y tenía excelente memoria.

CIRILO, negro gigante, que aparecía en ciertas épocas y a quien le decían: Allá vien la LUNA BELLA, era terror de las muchachas a quien perseguía.

MAMEYO, quien se peroraba en el atrio de la Capilla de Santa Rosa, cuando iba por agua a la pila del mismo nombre y quien solía decir: "Los hombres con los hombres, las mujeres con las mujeres, los curas con los curas y Mameyo con su sumbo".

JOVITA, la reina de Reinas, muerta recientemente, personaje, tal vez el más popular de Cali, cuya vida fue un reinado feliz y quien murió en medio de un homenaje popular como pocas se ha visto en la Sultana.

LOS CEMENTERIOS DE CALI

(Por Manuel María Buenaventura)

Hace algunos días publicó nuestro dilecto amigo y pariente General Leopodo Triana C., un ameno artículo, sobre varios tópicos históricos, entre los cuales hizo referencia al Cementerio de Cali y a la fecha y condiciones de su traslado al sitio que hoy ocupa.

Como el General Triana, en cada uno de sus artículos para "Heraldo Industrial", trata muchos temas a la vez, se ve obligado a hacerlo muy a la ligera y este el motivo por el que, en nuestro deseo de que se conserven ciertas tradiciones, casi ignoradas por la mayor parte de los hijos de esta querida tierra, queramos ampliar lo dicho por él a fin de poner las cosas en su verdadero sitio histórico.

Los datos para este artículo provienen en su mayor parte del precioso archivo del Juzgado 1º del Circuito de Cali, y de informaciones suministradas por nuestro inteligente amigo y colega, en achaques de historia, Presbítero Dr. Francisco A. Salazar.

Con fecha 4 de enero de 1.848 el Gobernador interino de la Provincia de Buenaventura Don Juan de Dios Borrero, expidió un Decreto que ordenaba dividir en 2 la Parroquia y el Distrito Parroquial de Cali, que se llamaron así: DISTRITO PARROQUIAL y PARROQUIA DE CALI, más tarde "La Libertad", después de "San Pedro" y por último de "La Catedral", la que correspondía al Barrio de "El Empedrado".

El límite de esta Parroquia era la parte occidental de la actual calle 12 en toda su extensión.

Distrito Parroquial y Parroquia de Caicedonia (llamada así en honor al Dr. Joaquín de Cayzedo y Cuero, caleño prócer y protomártir de nuestra magna guerra), más tarde de "La Democracia", después de "La Fraternidad y por último de "BAYANO". (Los libros Capitulares traen esta curiosa ortografía, aunque después se encuentra en los mismos, BALLANO y VALLANO.

El Decreto a que nos hemos referido, en su Artículo 6º dice:

"El Cementerio público que, contra la terminante disposición del Artículo 107 de la Ley 2ª parte 3ª, tratado 1º de la Recopilación Granadina se halla dentro de la población de esta Capital, se sacará fuera, debiendo cada Distrito costear el suyo conforme a lo dispuesto en la Ley 23, parte 2ª del tratado citado".

El Cementerio a que alude ese Decreto había sido erigido a mediados de 1.828, en 2 solares dentro de los cuales, el Padre Nicolás Ruiz Amigo, plenamente autorizado por el ilustrísimo Don Jerónimo Antonio de Obregón y Mena, Obispo de Popayán, había construído una Capilla de paredes de bahareque y techo de teja de barro, dedicado a San Nicolás de Mira. Se asegura que el Padre Ruiz Amigo, escogió esa advocación por ser el Santo de su nombre; pero últimamente he tenido conocimiento de que ese nombre fué puesto en honor del Padre Nicolás de Hinestroza.

Adyacente a la Capilla construyó una pequeña casa de habitación para su uso. Capilla y Casa que fueron construídas en 1.770, parece que, a consecuencia de fuertes temblores, sufrieron mucho y terminaron por venirse a tierra en los primeros años del pasado siglo. Como para esa época ya había aumentado tanto el vecindario, como la devoción de San Nicolás, procedieron a levantar de nuevo la Capilla, ya en una forma más sólida: paredes de tapia y adobe y techo de barro. Esta Capilla se inauguró en el año de 1.806, y duró hasta 1.926, en que se dió al servicio el nuevo Templo que hoy existe y sirve de Iglesia Parroquial. Ese templo, cuya primera piedra fué colocada por el señor Obispo Dr. Carlos Bermúdez, el 20 de Noviembre de 1880, se debe a la iniciativa del Presbítero Buenaventura Jiménez, de grata recordación para los caleños, y a la generosidad del caleño Patricio Orejuela, latonero, quien regaló el terreno.

Desgraciadamente, defectos de construcción y carencia de recursos obligaron a suspender la obra durante años, hasta que, en buena hora, se hicieron cargo de esa Parroquia los Reverendos Padres Agustinos quienes han logrado muy especialmente ese maestro de energía y entusiasmo llamado el Padre Pablo Planillo, corrigiendo planos y haciendo prodigios en todo sentido, ponerla en el estado en que hoy se encuentra.

Cuando en 1.828 se resolvió pasar el Cementerio a los solares aledaños a la Capilla de San Nicolás, obedeció dicha medida a la necesidad de retirar el Cementerio existente entonces, tanto por asuntos de salubridad pública, como por ser ya, en aquella época, dado el aumento de población insuficiente el que se encontraba en la Plaza de la Constitución, hoy parque de Caicedo, contiguo al templo de San Pedro.

El mayor interés por este traslado se debió a ese milagro de actividad y grandes iniciativas que respondía al nombre de Fray José Ignacio Ortiz, Franciscano, para quien Cali reclama una estatua; el mismo que edificó la Iglesia de San Pedro, el que llevó a cabo la construcción del puente sobre el rio Cali, que lleva su nombre; el que promovió la fundación del Colegio de Santa Librada y el que introdujo en el año de 1.837 la primera Imprenta que se llamó de "El Colegio de Niñas", de la cual fué primer Director Don Benito Zizero..

El Presbítero Angel Piedrahita primer Cura de la Parroquia de San Nicolás, también contribuyó de manera efectiva a dicha traslación, para la cual prestaron valiosos contingentes todas las autoridase de aquél tiempo. La zona para cementerio fué cercada con guadua y así debió permanecer hasta su traslación al sitio que hoy ocupa, pues conocemos un escrito en donde, después de muchos años de su inauguración, pedían el contingente de todos los caleños a fin de cambiar dicha cerca por tapia, alegando que la guadua era un material que por su ninguna duración exponía continuamente ese lugar triste y respetable al piso de animales de toda especie".

Don Pedro José Iragorri, comisionado por la Gobernación, recaudó también limosnas para secundar las iniciativas de los Padres Ortiz y Piedrahita, por los años de 1.837 o 38.

Da razón de ésto una hoja suelta que publicó Iragorri en la Imprenta del Padre Ortiz, uno de cuyos ejemplares se conserva aún en poder de nuestro amigo el Padre Salazar. Allí se hace mención de algunos de los contribuyentes notables de Cali Juan de Dios Borrero, Dr. Manuel María Mallarino, Pedro Ignacio Vergara, Manuel Cárdenas, José María Reyes, José María González, Dr. Vicente A. Borrero, María Josefa Borrero y María Gertrudis Borrero".

La colecta hecha por Iragorri alcanzó a la cantidad de TREINTA Y DOS PESOS CON DOS REALES Y UN CUARTILLO, y gastó, sin dejar terminado el trabajo iniciado, CUARENTA PESOS Y UN REAL, por lo cual rodujo un alcance de SIETE PESOS REALES Y TRES CUARTILLO.

Este Cementerio prestó servicios hasta 1.850, año en que fué trasladado al sitio de San Isidro, correspondiente a los ejidos de Agua Blanca lugar en donde permaneció hasta mayo de 1.852 fecha en la cual se bendijo el actual que fué cercado con palenque de guadua. La construcción de este último se debe al más humilde de los más grandes hijos de Cali: Fray

Damián González. Para reemplazar el palenque de guadua este Sto. Fraile pidió a Europa una magnífica verja de hierro que llegó a principios de 1.860 a Buenaventura, y que por causa de la guerra de ese año, y unida a la falta de recursos, estuvo abandonada en el camino del Dagua durante muchos años, perdiéndose una gran parte.

Por los años de 1.880 desempeñaba el puesto de Jefe Municipal el Dr. Benjamín Núñez, quien logró movilizarla y hacerla colocar. A este respecto viene a nuestra memoria el recuerdo de una especie de placa en madera, que permaneció largos años colocada en la puerta principal del Cementerio, con la que probablemente se trató de honrar al Dr. Núñez, que decía: "Esperamos la resurrección de los muertos. Siendo Jefe Municipal Benjamín Núñez".

Pasaron después muchos años sin que se atendiera con el respeto que se merece la casa de los que descansan, hasta que el Padre Uladislao González comisionó al Dr. Emilio Sardi para hacer el plano y emprender la reconstrucción del actual.

Vino después otro período de quietud hasta que el ilustrísimo Sr. Obispo Luis Adriano Díaz le dedicó a ese sagrado lugar todas sus entusiastas energías, logrando hacer de nuestro Cementerio, uno de los mejores del país.

"A todo señor todo honor".

CAÑAS GORDAS

Cuando el arquitesto mexicano Carlos Obregón Santacilia visitó a Cañasgordas se sorprendió, fuera del paisaje magnífico del Valle, por algunos detalles en la factura de la antigua casa colonial. El desarrollo de la grada y su conclusión doble en distintos planos, le pareció una solución arquitectónica muy digna de tenerse en cuenta. La residencia entonces, sin decir que estuviera abandonada no había adquirido como ahora, su antigua y prestigiosa estampa de hogar cuidadosamente conservado. Porque fué en los últimos tiempos cuando su dueño actual Roberto Reinales, puso en esa reliquia histórica toda su devoción, para sustraerla a la inclemencia de los años y devolverle todo su contorno señorial, dándole a cada estancia el valor que tuvo en días dejanos y memorables.

Hoy el visitante, se halla fácilmente casi en la presencia de Inés de Lara, se asoma a la ventana o balcón en donde aquella soñara con su amor perdido e imposible, o puede recorrer con cierta unción, casi con miedo de tropezarse con el dueño, los corredores y lugares en donde vivió el Alférez Real, figura principal de la novela, que con ese escenario y esos personajes, escribiera en el pasado siglo don Eustaquio Palacios.

Y sin que este relato pueda compararse con el que inmortalizara a Isaacs, es indudable que por su estilo fácil y natural, por la trama o argumentó, por las descripciones costumbristas y la narración, que guarda todo el tiempo el misterio que al final se aclara, para convertirse en térmi-



Ernesto Bustamante (pellejera).

no feliz, es uno de aquellas que conmueven todavía a un gran número de lectores y serviría de tema muy adaptable para el cine.

Lo que en él se cuenta es sencillo y posible. No se plantean conflictos diferentes a los de la distancia socialque aleja a los enamorados y que al fin no existe porque ambos proceden de noble casta. La vida discurre patriarcalmente y la injusticia de la esclavitud se aminora con el buen trato que los amos dan a sus servidores. El padre Escobar poseedor del secreto del nacimiento del novio inaceptable para la niña de alta alcurnia, descubre que el enlace puede verificarse sin mengua alguna, porque el joven es tan noble como su amada. Así Daniel e Inés entran de lleno, por la puerta del matrimonio religioso, en el país de la dicha y de ellos proceden notables familias que hoy son orgullo de la ciudad.

Como detalles vistosos para un futuro guión hay un baile dado en Cali, y una boda campesina en Catayá donde una pareja danza el bambuco.

Todo en este conjunto es normal, bondadoso sin que falte en un momento dado el enemigo, que se venga, haciendo que la autoridad tome al rival, y se lo lleve a servir de soldado en Cartagena, y ponga así la nota oscura y amarga en este conjunto bondadoso.

CAÑASGORDAS que significaba entonces varias horas de andar a caballo para ganarla, era la sede, el campo más adecuado, el mejor escogido para servir de fondo a esta historia cordial y amorosa, habitada por gentes de mente sana y de corazón incomplicado.

Y este ambiente que fue, se revive, se advierte y se mantiene hoy intacto, con acertados retoques conseguidos por la mano acusiosa de Roberto Reinales, que ha comprendido exactamente su misión de dueño y ofrece al visitante esa clara y tranquila reviviscencia del pasado.

Y como no son muchos los lugares que tiene nuestra ciudad para sentirse ufana por haberlos conservado, y este es uno de los que más ligados están a su órbita ambiental más íntima, por la suavidad que lo rodea, no es extraño que el visitante vaya a buscar en él un poco del alma escondida, recatada y ya casi perdida de ese Cali viejo, que se conmovía al paso de jinetes lujosos venidos de allá; de esa mansión perdida en la llanura como un oasis de dulzura inefable, Cañasgordas.

Clara Inés

Origenes de la Fiesta Brava en Cali

La pimera corrida de Toros en la ciudad.

Bajo los auspicios del Rey de España, en el Siglo XVI, se llevó a cabo en la que pudiéramos llamar hoy "la primera corrida de toros de la historia caleña". Con dineros de la municipalidad, se compró un toro para lidiarlo en las pascuas. El torero de la tarde. El cuadrúpedo murió de rabia después de las faenas. Una fiesta brava sin capotes, sin muletas, sin banderillas, ni demás implementos de la profesión.

EL GENESIS

Hasta el año de 1562, veintiseis años después de fundada la "muy noble y leal ciudad de Santiago de Cali", según pergamino real que blasona su nombre, los escasos habitantes de la incipiente urbe no habían tenido el privilegio de contemplar la majestuosidad, pública o privadamente, de una corrida de toros tal como era costumbre en el país peninsular de don Felipe V.

Debido a esta ignorancia emocional del espíritu humano de la época, cuya idiosincracia regional apenas si se divertía con la oración y el trabajo, nuestros primeros habitantes dejaban transcurrir sus horas de ocio o vacancia en una como sencilla despreocupación del alma.

En materia de espectáculos nuestros primogénitos sólo experimentaban la sensación que les causaba al oído la leyenda de los grandes conciertos musicales de las cortes europeas, los saltibanqus y las marionetas

de la era turca; los dramas y veladas de la sociedad parisiense, las danzas rusas y zarzuelas y demás funciones del ambiente cultural y estético del viejo mundo, fantásticamente narrados por los recién llegados a la naciente urbe, o por medio de panfletos, cartas íntimas y otros medios de comunicación.

Por esta causa típica del medio en que se iniciaba la vida social y urbanística de la Villa de Don Sebastián de Belalcázar, la apreciación diversionista del arte en cualesquiera de sus manifestaciones, era totalmente ajena al conocimiento universal de la comarca, incluyendo en esta ausencia espiritual la grandiosidad de la "Fiesta Brava" en todas y cada una de sus características de arte.

LA COMPRA Y TRASLADO DEL TORO

Antes de iniciar el recuento de esta historia, se anticipa a los lectores que por aquella época (año de 1562) y hasta muy avanzado el Siglo XIX, el ganado nacía, vivía y moría en las virginales haciendas casi en forma silvestre, salvaje y levantisca, perdido en las extensas llanuras y montes como en "Cañasgordas", "Sachamate", "La Herradura", y otras, cuyos amos, mayordomos, capataces, etc. ignoraban indiferentemente la existencia en números rendondos de sus incontables reses.

Nos refiere el historiador de la Conquista señor Castellanos, "que en tiempos del Gobernador Agreda se expidió una real cédula (año 1562) para que dicho Gobernador de la Provincia informara al Rey si convendría comprar de los fondos municipales un toro para lidiar en las Pascuas". La respuesta debió ser favorable; en todo caso se establecieron las fiestas de plaza con separación de clases sociales, pues había diversiones en tal sentido para gentes de distinción (españoles) y otras para los mestizos, indios y mulatos. Las diversiones más comunes a partir de la fundación de la ciudad hasta la fecha de esta historia, eran, en su orden, las fiestas religiosas y cívicas, estas últimas con ocasión del ascenso al trono de algún rey, y los bailes familiares en las contadas casuchas del villorrio.

Formalizada con uno de los hacendados vecinos la compra del toro, en obedecimientos a los deseos de su Majestad, el señor Gobernador ordenó a varios de sus secuaces se trasladaran a la hacienda indicada de antemano con el fin de traer hasta la plaza pública -hoy Parque de Caycedo- el astado más bravo que encontraran en los tupidos potreros de la hacienda. Mientras tanto, la histórica plazuela ya había sido previamente acondicionada como para celebrarse aquel espectáculo primitivo. Los cuatro esquineros estaban defendidos por altos y resistentes palenques de gruesas guaduas a manera de murallas indestructibles. Sobre el costado sur de la vieja plaza caleña las autoridades habían hecho construír una amplia y encumbrada tribuna de honor destinada para la comodidad de la rancia sociedad. Sobre el tapiz de esterillas fueron extendidas largas y lujosas alfombras. En la parte delantera del gran palco honorífico se había dispuesto el asiento del Gobernador y su encantadora hija Diana. Un enorme escudo distinguía el sitio del representante de la Corona. En la última banca del tendido oficial una pequeña banda de músicos ejecutaba desde temprana horas los mejores aires musicales de la época. Gentes españolas copaban todo el histórico pal-

co, lo mismo que los cercos de las esquinas detrás de los cuales se habían situado para contemplar el anunciado espectáculo, primero en su clase y en la época.

Eran poco más o menos las tres de la tarde del día 25 de diciembre del año de 1562. El cielo de la vieja urbe presentaba un rostro de sangre en sus cósmicos dominios. El sol quemaba la epidermis de la plaza con una furia volcánica. Las gentes de la burguesía habían abandonado sus mansiones señoriales a excepción de la humillada servidumbre. Toda la gama aristocrática, incluyendo la casta gobernante, se había hecho presente en el improvisado ruedo arcaico engalanado de seda. Ese día era de riguroso estreno decembrino. En todos los rostros había expectativa por conocer y palpar la novedosa fiesta brava, ofrecida al "respetable" incipiente gracias a la cédula del Rey.

Mientras la multitud espera ansiosa el espectáculo taurino, en la hacienda más cercana del poblado cinco vaqueros de Su Excelencia preguntaban afanosos al caporal del latifundio por el toro que debían llevar para ser toreado o lidiado en la plaza apretujada y eufórica. "Es aquel que ven allá, junto a la mata de guadua... al otro lado de la quebrada". Vamos!... anunció el que parecía jefe de los vaqueros, y agregó: "El Gobernador debe estar rabioso por la demora"! Los peones, como movidos por un resorte, hincaron con sus espuelas agudas los híjares de sus caballos y corrieron al lugar señalado por el capataz de la hacienda como centauros atropellando el viento.

Los vaqueros no sospechaban nada anormal en su acostumbrado oficio. Acaso otro torete de esos que siempre habían arrastrado al matadero con la fuerza de sus corceles vaquianos... Más sorprendiéronse al instante cuando por fin llegaron al sitio señalado por el dedo índice del caporal. El ánimo tornose muy distinto a ese común de su profesión vaqueril. Al llegar cerca al montículo balanceado por la brisa fresca que venía de la montaña, quedáronse asombrados, espantados, casi que estáticos ante la presencia de un "monstruo vacuno", de una figura mastodónica que pastaba despreocupadamente hasta ese instante en la espléndida pradera virginal. El animal parecía ajeno a su destino; inocente de lo que lo esperaba allá en la ciudad bullosa, trepada en los palcos y cercos de la plaza. Los vaqueros al observar con asombro aquella mole de carnes que brillaban con la luz del sol, se miraron unos a otros, como interrogándose con las miradas sorprendidas, repletas de una intriga jamás experimentada en sus conciencias. Todos estaban mudos, absortos, hechizados ante la estampa imponente y agresiva, eximia y lujuriosa de aquella bestia salvaje jamás vista en los lugares urbanos. "Es un miura", dijo por fin el capataz de los baqueros. "No podemos llevar este animal so pena de una tragedia en la enlazada", agregó como para desistir de su misión histórica. Otro repuso con valentía. -"Tenemos que llevarlo aunque sea arrastrándolo, pues qué diría el señor Gobernador?". "Es verdad', contestó el jefe; y agregó: Manos a la obra!... no nos dejemos asustar por ese elefante con cachos"! El toro al escuchar desde su guarida las pisadas de los caballos mancillando las yerbas, alzó arrogante con una imponencia vanidosa, su testa corpulenta en cuya cima cubierta de pelos se

alzaban al cielo azul dos cuernos gigantes y puntudos y abrió desorbitadamente sus enormes ojazos para mirar con rabia la inoportuna presencia de aquellos odiosos visitantes. Repasó todo el horizonte verde de la llanura airosa para buscar el confín desierto de una ruta propia a su estampida. Quería huír del sufimiento y del martirio que llegaba en su incomparable hora de soledad y de grandeza. Más retrocedió al intento cobarde y escape y ahogado por la furia salvaje que distinguía, embistió con soberbia inaudita a los caballos los cuales volaron como águilas terrestres por entre la enfurecida maleza del potrero. Una voz llena de miedo y de terror amonestó al conjunto: "Esa fiera nos matará". Otra voz volvió a decir: -Nos tratarán de cobardes cuando regresemos a la ciudad sin el Toro'"... "Es verdad. . . que dirá la hija del Sr. Gobernador? . . qué dirá su Excelencia?... que dirá el público que espera? El toro había quedado atrás esperando el retorno de los comisionados, desafiante, orgulloso de su obra, y riendo de rabia en sus adentros salvajes, mientras allá, desde el otro lado de la quebrada junto al corral de la casona, un grupo de esclavos y patrones reían a carcajadas contemplando aquel espectáculo de espantable ferocidad vacuna. El "miura", como lo llamó el jefe de los vaqueros, dejó entonces ver con más aplomo su figura grandiosa. Negro, de piel que brillaba como un ónix inscrustado en la roca verde de la pradera espesa. En la frente amplia tenía un lunar blanco que parecía una estrella brillando en la noche de su cuerpo monstruoso. La nuca semejaba un poderoso yunque de carnes macisas. La trompa era gruesísima y abismal como la de un ogro marino. Las manos y las patas parecían columnas de acero soportando aquella mole de carnes. De sus caderas anchas y fornidas descolgaba un largo rabo de terciopelo. Altivo y soberbio como si se tratara de un árbitro de la llanura inmensa, el animal paseaba su estampa desfiante y tenebros arrancando con saña los virginales pastos. De su cabeza prepotente se erguían sobre el espacio campal dos potentes y puntiagudos cuernos hiriendo la placidez del infinito.

Los vaqueros, angustiados por lo avanzado de la hora, prepararon sus rejos y sigilosamente se fueron acercando al toro, que los miraba sin inmutarse, como esperando una mejor oportunidad para batirse nuevamente. Una lluvia de lazos corredizos cruzó el espacio como bandada de aves, cayendo magistralmente sobre la testa orgullosa. Al sentir el animal atrapados sus cuernos, rugió como un trueno y quiso huír por la verdosa senda para escapar de aquellas ligaduras, pero todo fue en vano; su enorme fuerza fué impotente ante la agilidad y fuerza de los cinco caballos que lo halaban hacia la puerta de salida. Criminal como era en medio de la vacada amiga, un día ensartó en sus cuernos el vientre de su madre, cuatro años atrás. Había sido hasta ese momento el amo del potrero, el mandamás de la llanura, el criminal del monte. Ninguno de sus émulos había sido capaz de vencerlo en duelo de celos, de envidias o de venganzas. Gustaba permanecer solitario para satisfacer su neurastenia, su egoísmo, su vanidad hermosa. No temía a nada ni a nadie. Hasta a su misma sombra le embestía furioso cuando el sol la proyectaba sobre los pastales en flor.

Por fin fue sacado de su guarida virginal y trágica. Durante el trayecto hacia la plaza, la fiera desmostró su fuerza, su ira y su dolor. Atropelló con aterradora angustia todo lo que encontró a su paso; rompió cercas;

derribó árboles, mató a inocentes animales que pastaban a la vera del camino, al penetrar a la primera calle desquició puertas y aplastó con sus formidables patas las sencillas flores del jardín de las casuchas.

Al llegar a la puerta de la gran plazuela cerrada, fue casi empujado hasta el centro del encierro como si su ferocidad mancillada no mereciera un poco de respeto humano. Allí quedó plantado, clavado como una enorme montaña de alquitrán sobre la planicie espléndida. Levantó con furia su majestuosa, su monstruosa estampa sosteniéndola equilibradamente sobre las formidables patas como si enviase al "respetable" un saludo de muerte. Al caer pesadamente hizo temblar levemente el enyerbado suelo. Enojado por la cobardía del desafiante público, que pasmado se había quedado ante su estampa y su bravura, arrancó tierra con sus pezuñas filudas, la cual iba a caer en torrente sobre su espinazo formidable. Una catarata de babas salía de su jeta negrusca como espumas de mar. Henchido de venganza por el insulto ocasionado; herido como estaba en lo más íntimo de su orgullo animal y salvaje, recorrió todo el improvisado redondel desesperadamente... rabiosamente,. peligrosamente, arrancando gritos de angustia y de espanto en vez de vítores de emocionado espíritu.

La multitud se había quedado como aletargada, abismada, silenciosa ante el fenomenal "miura" que más parecía una bestia apocalíptica que un toro de lidia. En el pecho de cada asistente palpitaba una emoción trágica. Los músicos, hartos de tocar sus instrumentos, callaron sus notas como atrapados por un oleaje de pánico. En todos los rostros se reflejaba una angustia incontrolable, un temor desesperado que hacía de la fiesta un funeral grandioso.

El Gobernador, su hermosa hija Diana, como los demás del engalanado palco, no salían del asombro al ver aquella fiera acorralada deseosa de matar al primer antojado.

Una voz grave y mandante rompió aquel silencio tétrico que invadía la plaza: -"Que saquen de aquí ese animal. No es posible lidiarlo como era el deseo de Su Majestad!"... y agregó a su desesperada sugerencia: "Que traigan otro más manso, para que el pueblo se divierta como Dios y nuestro Rey mandan!".

Era el Gobernador Agreda que impartía su fallo irrevocable ante aquela ola de pánico colectivo. El edecán del Sr. Gobernador llamó al jefe de los vaqueros y le transmitió los deseos del Gobernador. Cuando el profesional de la vaquería se disponía a cumplir las órdenes emanadas del representante de la Corona, una voz femenina rugió para increpar aquel gesto de cobardía reinante. Era la dulce voz de la hija del Gobernador que reprochaba a sus paisanos, quienes, impávidos, continuaban contemplando los desplantes del toro que desafiaba altanero el prmer atorrante de la tarde.

AL FIN UN ATREVIDO

Para ofender aquella turba de miedosos que circundaban la tribuna de honor, Diana vociferó como una heroína en pleno campo de batalla:

"Es que aquí no hay españoles?... acaso la sangre se ha cruzado con la de estos indios imbéciles?... Dónde está el arte y la tradición de nuestra raza?.. Dónde están que no demostráis?". Y volvió a increpar a los del palco: "Es que no tienen pantalones, que no se enfrentan a ese bicho azaroso?". Su voz de ángel furioso expresada ante la cobardía de los hombres que no se animaban a lanzarse a la plaza desolada cuyo dueño y señor era aquella bestia salvaje, repercutía ofensivamente, hiriendo la susceptibilidad de sus amigos y paisanos aterrados aún más por aquel desafío de mujer.

En uno de los extremos del histórico palco, un joven alto, fornido, buen mozo, vestido a la usanza (pantalón bombacho a la rodilla, medias blancas cubriéndole las piernas, casaca de paño azul y pana roja, sombrero de paño alón arriscado a un lado y con una pluma vistosa clavada en la cinta ancha, zapatillas de charol con hebillas de plata en el empeine y su respectiva espada, cuya punta envainada le llegaba al suelo) permanecío impacible ante los arranques histéricos de la dama a quien admiraba profundamente. Con modesta soltura se acercó a la tribuna del señor Gobernador y se encontró frente a la muchacha, cuyos ojos negros fulguraban como rayos de diamante. El Gobernador se mostró intrigado ante aquella actitud del mozo que se atrevía a retar la suspicacia de su hija. Sereno este como un Adonis se despojó de su chambergo y de su espada, la entregó ceremoniosamente a la dama, que no salía de su asombro, a la vez que murmuraba: -"Señorita, ordene que dejen el toro en la plaza... yo lo voy a torear para que usted tenja el honor de divertirse"... "Cómo!.. acaso " "Sí -repuso el mozo- voy a torear ese bicho jactancioso".

Saltó como una liebre por encima del cerco y cayó a la plaza solitaria donde la fiera esperaba llena de ira desafiante.

La multitud lanzó un grito de angustia al observar la presencia del primer "torero" de la tarde que osaba desafiar aquella fiera infernal.

En un rincón de la plaza el toro esperaba a su enemigo para ensartarlo en sus lanzas terribles. Cuando lo vió cerca a su sombra prolongada por el sol agonizante, arremetió con tal furia inaudita el trapo que le fué presentado para incitar su ira, yendo a caer de bruces estrepitosamente, reventándose de paso la espumosa trompa. Una serie de magistrales suertes le fueron sacadas por aquel mozalbete intrépido. Dos horas largas duró la portentosa faena taurina en aquella tarde de crepúsculos. El animal cada vez más furioso embestía con arrogancia y prepotencia, sin poder tocar siquiera el cuerpo altivo del joven. Con asombrosa agilidad y maestría el desconocido diestro de la tarde se burló de aquella fiera indomable que parecía morir de odio, de orgullo y de venganza. Humillado y vencido por el torero que continuaba deleitándose, con su vanidad salvaje el toro resolvió esquivar los magistrales desafíos y se detuvo pensativo, inmóvil, como petrificado por el triunfo del retador. Al fin sucedió algo inesperado. El toro empezó a dar demostraciones de flaqueza orgánica. Había en su corpulencia un temblor de carnes nerviosas. La negra y sudorosa piel tiritaba como cuerdas de arpa. De su trompa repujada y lisa, caía un torrente de babas que humedecía la yerba. Nubes de polvo y césped volaban por los aires arrastradas por el viento. Los grandes ojos desorbitados por la ira bestial que lo embargaba,

se habían tornado opacos, nebulosos, como si la muerte le hubiera tocado el corazón. Las enormes orejas pobladas de pelos parecían caer como hojas de árbol. Las manos y las patas tenían una sensación de debilidad. Su majestuoso rabo no se batía como bandera triunfal, sólo sus enormes y potentes cuernos puntiagudos herían con sus filos el horizonte de los cielos. Desesperado y lleno de venganza y dolor, y herido en lo más profundo de su virilidad dobló sus poderosas rodillas en la tierra y clavó la trompa en la maleza como si implorara perdón a su enemigo, en un gesto inmortal por su grandeza. Por fin lanzó un rugido sordo que se perdió en la plaza y atrofiado por el odio o por la muerte cayó vencido para no levantarse más. Había muerto de ira y de rabia al no poder cumplir con su anhelo de venganza.

Se necesitaron varios caballos para arrastrar hasta el matadero público aquella mole de carnes; aquel cadáver negro y gigatnesco que acarició la brisa de la noche principiante.

Una estruendosa ovación inundó la legendaria plaza y el torero de la tarde fue paseado en hombros de la delirante multitud que en forma apoteósica lo coronó de gloria.

El Gobernador ordenó que llevaran a su presencia a ese anónimo torero que tan valientemente había hecho las delicias del respetable. Cuando lo vió frente a él, lo abrazó como si fuera su hijo más amado; lo colmó de elogios y le obsequió a nombre de Su Majestad las dos orejas, las cuatro pa-
y ya casi a las siete de la noche, resolvió el bandido atender al llamado de que nos permitiera regresar a nuestros hogares, en donde nos esperaba de su esposa, una vaca barcina muy de carnes, la que logró convencerlo tas y el rabo de la fiera muerta.

La hija del Gobernador estaba sorprendida, ensimismada ante aquel arrojo que antes había despertado con sus sarcasmos hirientes. Repuesta de su asombro se acercó al joven que sonriente la miraba pidiéndole con sus miradas de valor y gracia un aplauso a sus faenas.

Cuentan que la hija del Gobernador Agreda se enamoró locamente del mancebo y una noche, cuando la luna brillaba en sus abismos misteriosos, saltó los balcones del palacio y se fué con su adorado para no volverse a separar jamás.........

LA CUADRILLA EN SERIO

Trescientos treinta años después —en 1892— arribó a Cali Viejo la primera cuadrilla de toreros en serio, contratada por una empresa de la localidad. Dicha cuadrilla estaba integrada por Tomás Larrahondo (Machao) como primera espada; Serafín Greco (Salerito), como segunda espada; los banderilleros y capeadores Manuel Peral (Manzanillo) y W. Carrillo (Minuto), todos ellos de gran recordación en el mundo de la fiesta brava. Los primeros espectáculos de esta segunda temporada taurina (después de la que hemos narrado), se efectuaban en la antigua Plaza de Toros del Barrio Granada, a continuación del "Teatro Bolívar", por la avenida 4ª Todavía se destaca con letras de relieve el nombre histórico de aquel ruedo primitivo. Antes de esta plaza cuentan que dizque hubo



En un paseo a la hacienda de Miravalles, de propiedad de Jorge Rincón.



Los gatos en su sede. No se habían tomado ni uno "mero".



En un paseo a Pavas, Luis Tafur Victoria y José Ma. Victoria, con una distinguida dama de esa localidad.

otra, construída rústicamente de guadua, por allá en el Barrio Obrero, en un lugar denominado "Los Mangos". Quién no recordará con nostalgia de fanático a diestros como Belmonte, Lagartijo, Machaquito, Facultades y otros muchos que hicieron delirar a la multitud con sus faenas de arte y valor?

.... **A N E C D O T A S** ..

En una de tales corridas llevadas a cabo en la Plaza de Toros del Barrio Granada ocurrió un episodio muy curioso, que hizo desternillar de risa al "respetable" (sin ser corrida bufa). Sucedió —y ésto lo cuentan espectadores del suceso— que cuando hacía su entrada al redondel uno de los diestros contratados, le soltaron un toro muy bravo que sin pérdida de tiempo se dedicó a embestirlo, sin darle tiempo a colocar su capote en debida forma. Ante la acosadora rabia del estado, el torero no sabía qué hacer, si esconderse en los "salvavidas" o continuar sorteando al animal, que parecía atacado de histeria, pues no daba lugar a nada. Al fin, el torero resolvió salirse por la tangente y tomó su estoque para matar al bicho enloquecido. Cuando se disponía a efectuar la máxima prueba, el toro salió corriendo como perro cuando le queman pólvora y de un brinco saltó sobre la muralla del ruedo y desapareció cual alma que lleva el diablo.

LA TRADICION DE LOS TOROS EN CALI

(Dr. Julio César Mazuera Ayala)

La Tauramaquia ha sido tradicional en Cali. Baste recordar que en nuestra infancia por allá el 1914, 1915 y 1916, la muchachada de esa época teníamos "plazas de toros" por todas partes, las cuales consistían en solares, cercados con cabuya y a cuyo derredor poníamos bancos y asientos viejos para sentar a las "niñas" de entonces y las cuales, aficionadas que también lo eran de los toros, presidían nuestras corridas. En la carrera 5ª entre calles 15 y 16, en casa de los Aragones - Tenorios, teníamos el mejor circo de Cali, y en la misma esquina, en casa de la familia Zúñiga, teníamos otra plaza, lo mismo en la carrera 2ª entre 14 y 15, en el mismo sitio en donde años después funcionó un Cine-Teatro que se construyó con guadua don Ramón Silva, el hombre más alto que hemos visto en la vida y que calzaba zapatos Nº 48 Entre la muchachada de esa época recordamos a Luis Duarte Naranjo, que figuraba como nuestro empresario; Ernesto Ruiz Nieto, Alberto Piedrahíta Castro (Peto), Sergio Luis Córdoba, hoy ingeniero, Ignacio Borrero Naranjo (q. e. p. d.), Maximiliano Bueno Delgalo (q. e. p. d.), Hernando Borrero Iragorri, hasta hace poco Gerente de un Banco local y en Palmira. José Antonio Borrero Naranjo (q. e. p. d.), Antonio Aragón Tenorio, Rodrigo Restrepo, Ignacio Pérez que siguió "la carrera" y fué torero bufo de gran renombre; Leonardo Borrero Naranjo, Miguel Antonio Holguín Sarasti, Jorge Holguín Sarasti e Ignacio Sarasti Aparicio (hoy Odontólogo), y mi persona, que figurábamos como "Matadores de Toros", y Marco Tulio Garcés, Arturo Pérez,

Daniel Camacho, Alfonso Camacho, Miguel Angel Aragón Tenorio (q. e. p. d.), Hernando Velásquez (q. e. p. d,) Armando Ruis Nieto y Carlos Jiménez Rivera, que eran los "mejores toros", y a los cuales se les ponía una enjalma en la espalda y sobre ésta una bejiga llena de anilina roja para qus sufrieran el banderrilaje y la muerte. También evocaremos al "Negro Gaona", al cual no he vuelto a encontrar desde hace muchos años, y que una vez sirviendo el papel de "toro", le atravesó la mejilla derecha a Hernando Bueno Delgado, por lo cual don Leonardo Correa, que entonces era el Alcalde de Cali nos suspendió las corridas. Hernando Bueno Delgado murió en accidente de aviación cuando volando sobre Cali, el avión cayó sobre el techo del Colegio antiguo de Santa Librada en la calle 13 con carrera 4ª, muriendo al día siguiente y que consternó a la sociedad de Cali porque era un joven muy estimado y querido por sus grandes virtudes ciudadanas. Y es que indudablemente, aquella época ha sido la mejor para la Tauromaquia en Cali, pues coincidía nuestra afición a los toros porque por ese tiempo inauguraron la Plaza de Toros Belmonte, en la carrera primera en donde precisamente está hoy el hermoso Edificio Belmonte, propiedad de la familia Caicedo González. Recuerdo que los caleños cogíamos el tranvía en La Ermita, y nos dejábamos frente a la Plaza Belmonte, a los acordes mar-
La Ermita, y nos cajábamos frente a la Plaza Belmonte, a los acordes mar- corridas. Dámaso Tenorio (q. e. p. d.), Gustavo Tenorio, Gustavo Lotero y Tulio Concha (q. pe. p. d.) eran los "amos" de la fiesta brava, pues ellos aportaban el ganado, traídos desde los predios de Sachamate (Jamundí) y que era de magnífica estampa y peligrosísimos por su bravura. Allí vimos —muy niños aún—, a Morenito de Cadiz, a Morenito de Valencia, a Bonarillo, al viejo Chiclanero que murió en el Hotel Central, que era de las Moyas en la carrera 8ª con calle 11, a Antonio Reyes (Nacional), que hoy hace de empresario en Bogotá y que no envejece, al mejicano Reverte, a Pedro Espejo, a Bienvenida, a Carbonero de Madrid, al negro Mery, a Eléazar Sananés, Charles, a Carnicerito, a Pedro Espejo y al monstruo José García "Alcalareño", que tanto revuelo causó en la afición caleña en las tres o cuatro veces que vino a nuestra ciudad a demostrar su valor, su arte y su simpatía "Alcalareño" sin duda, fué el mejor torero de aquella época, y ninguno de los que lo vimos en sus tardes inmortales, podremos olvidarlo mientras vivamos.

Precisamente de esa epopeya taurina nació nuestra afición por los toros, y los muchachos de entonces tomamos sus nombres, imitamos su arte y nos hacíamos aplaudir an nuestras plazas de "cabuya", a las que solamente podían entrar quienes pagarán la boleta que valía DOS CENTAVOS a sol, y CINCO CENTAVOS a sombra, no existiendo "pases de favor". Después de las famosas corridas, los muchachos que actuábamos en el ruedo nos sentábamos a descansar de la faena, a sobarnos los golpes que nos daban los muchachos-toros que no atendían el capote sino al "cuerpo" de quien toreaba y que procuraban hacernos quedar mal ante nuestras "novias" que eran invitadas de honor. Las corridas las aminazábamos con "grafonola", muy en moda entonces, porque por esa época empezaron a llegar a Cali las primeras máquinas de moler música. Las corridas las hacíamos a la una de la tarde, para finalizarlas a las dos y

media, pues a las tres teníamos "cita" con los toreros y toros de verdad en la Plaza Belmonte. Alguna vez Gustavo Quintero ("Bandullo"), que era cronista del diario "Correo del Cauca", nos hizo un gran elogio a los muchachos de esa época que nos dedicábamos a celebrar los domingos con nuestras corridas y hasta llegó a pronosticar a Hernando Borrero Iragorri, alias "Alcalareño", y a mí, que usaba el alias de "Guerrita", que cuando llegaramos a la mayor edad podríamos torear en la plaza de toros de Madrid, en lo cual falló porque Hernando se dedicó a matar culebras en los Bancos y yo me dediqué a matar clientes en mi profesión de médico, pero uno y otro sin consecuencias.

Los que nos dedicábamos a los toros en esa época, hacíamos también en las vacaciones del Colegio de San Luis Gonzaga incursiones por los lados de "Isabel Pérez", que así se llamaba la zona sur de Cali, hoy denominada Miraflores y San Fernando; por esos lados pastaban vacas o novillos disgustados con la vida que al molestarlos se ponían de mal genio y embestían. Alguna tarde a José Antonio Borrero Naranjo y a mí nos tuvo un novillo encaramados en un árbol porque su mal genio nos permitió descender por temor a su enorme cornamenta, hasta que por fortuna, y ya casi a las siete de la noche, resolvió el bandido atender al llamado de su esposa, una vaca barcina muy de carnes, la que logró convencerlo de que nos permitiera regresar a nuestros hogares, en donde nos esperaba una "cueriza" por el retardo respectivo.

También en esa época existía afición en las "niñas", a las que hoy los jovencitos llaman "coca-colas" grotescamente, y muchas de ellas "presidían" nuestras corridas. Especialmente Josefina Nieto Velasco, y su hermanita Gloria, lo mismo que Tulia Aragón Tenorio, eran infalibles en nuestros eventos taurinos. Por cierto que participaban muchas veces del producto de nuestras famosas "corridas" con las "chancacas" de rigor y los pastelitos del Café Hamburgo de Román Z. Casas que en esa época eran de "moda", porque eran lo mejor de la plaza.

Fuera del grupo social nuestro, existían también otros colegas en la tauromaquia, que esporádicamente se ponían a sacarle "suertes" a la situación en las mismas calles de Cali sobresaliendo entre los mejores aficionados el gran Pachito Zorrilla, el hombre que sabía de todas las suertes, pero que jamás bajó al redondel por temor a las consecuencias. Pachito Zorrilla fué mozo de espadas de los mejores toreros que vinieron a Cali y jamás pagó un solo centavo por ver corridas, porque era más fijo qe un coto cuando cualquier Matador llegaba a la ciudad. A mí tampoco me tocó pagar las corridas de los grandes, pues el valor de las boletas corría por cuenta del General Lucio Velasco, quien religiosamente me las obsequiaba desde el día sábado. Con todos estos antecedentes, fácil es explicar el por qué en Cali somos tan "toreros" y tan "maletas" los que aún vivimos por la gracia de Dios y del clima, pues son cualquier cuarenta y cinco o cincuenta años de "tradición" y de vejez que llevamos ya encima y es difícil renunciar a lo aprendido desde nuestra niñez, sean virtudes, aficiones o resabios.

SOBRE LA TRADICION DE LOS TOROS EN LA SULTANA

Por el Dr. Julio C. Mazuera A. (junio 22/64).

Cali, junio 4 de 1964
Mi querido
BANDULLO.

En el artículo que con el título "LA TRADICION DE LOS TOROS EN CALI" publicó OCCIDENTE en su edición del lunes 1º del mes que corre, bajo mi firma, se ha cometido un gravísimo error, que conviene rectificar, pues al referirme a mi inolvidable amigo y compañero de infancia Maximiliano Bueno Delgado quien sufrió la perforación de la mejilla izquierda por "cornada" de uno de los célebres e inolvidables "toros", lo que dió margen a que el señor alcalde de esa época don Leonardo Correa nos suspendiera las corridas en Cali, se ha cambiado su nombre en el texto al hacer aparecer como muerto en el accidente de aviación sobre el techo del antiguo edificio de Santa Librada, a su hermano Hernando Bueno Delgado cuando mi excelente amigo y también condiscípulo don Hernando todavía vive y sigue haciendo expulsar tricocéfalos y ankilóstomos con su célebre vermífugo "Higueronia", bueno como su apellido y efectivo como el gas "Neon". De manera que debemos aclarar que Maximiliano fue torero de mi cuadrilla (banderillero sobresaliente en espada), y el cual pereció en el accidente, y no su hermano Hernando a quien Dios conserve por muchos años, por lo menos hasta que yo muera para hacer el viaje juntos........

También debemos agregarle a esa crónica, que ha gustado bastante entre los viejos taurúfilos caleños y que persisten en no cortarse la "coleta", que también sostuvimos un circo de toros en la casa del doctor Aníbal Mera Caicedo, calle 14, con carreras 3ª y 4ª, pues el doctor Mera muy amablemente nos decía: "Les doy el solar de mi casa para las corridas, pero con la condición de que me pongan de banderillero a mi hijito Hernando, quien años después se graduó de médico y cirujano, un tanto traumatizado por las duras cornadas de la vida. Alvaro y Aníbal Mera Tenorio, con el hoy ingeniero doctor Sergio Luis Córdoba, Arturo Díaz Simonds y mi persona, formábamos la famosa cuadrilla de la catorce, cuadrilla de la cual yo era el Matador y Sergio Luis Córdoba el sobresaliente en espada. Hernando Mera Tenorio, el famoso "recomendado" del propietario del solar, usaba polca, y era el que más corría cuando el "toro" salía y había que cambiarle pantaloncitos pues el miedo era para él un verdadero diurético. También olvidé citar en mi crónica anterior al inolvidable "Caito", Hernando Caro M. hermano del conocido don Miguel A. Caro M., gran suboficial del "Pichincha" en uso de buen retiro debido a su escasez de hormonas y otras arandelas tan necesarias en la milicia. "Caito" como lo llamábamos sus amigos de infancia, se costeaba la cabuya para nuestros circos y también el papelillo, los palitraques y los ganchos y almidón para las banderillas, fuera de no pocas chancacas y cocadas que nos comíamos a su buena cuenta. "Caito" era un aficionado-anfitrión de primera clase y salía por la mañana los domingos con un pelotón de muchachos pasear las banderillas y anunciar las corridas que hacíamos.

Algun vez un peluquero, que habia aquí en Cali, muy borrachito y a quien cariñosamente le apodaban "Zepelín", en uno de esos paseos lo acometió como "toro", le dañó las banderillas y lo revolcó en una de nuestras antiguas acequias que pasaban por nuestras calles y carreras. "Caito" que cuando se enojaba era una verdadera "fiera desenjaulada" lo agarró a piedra, lo lesionó gravemente y le hizo pasar la borrachera. El Mayor Pedro C. Barragán, entonces jefe de la policía, le hizo pagar a "Zepelín" las banderillas de "Caito" y dicen que "Zepelín" decía comentando la cuestión con sus amigos y colegas de barbería: "El que se mete con muchachos, mojado amanece"......

También recordamos que José Antonio Borrero Naranjo (q. e. p. d.), en una corrida y actuando como banderillero, le clavó una banderilla en la oreja derecha a un muchacho-toro de apellido González. Me acuerdo que misía Angelita Tenorio de Aragón, le curó la herida, que sangraba mucho, con tela de araña, producto que se encontraba mucho en Cali en todas las cocinas especialmente.

Cuando el gran torero madrileño "Chiclanero" murió en Cali en el Hotel Central de las Moyas, en el cruce de la carrera 8ª con calle 11, todos los muchachos de esa época nos hicimos presentes en su entierro con flores y con lágrimas. Recuerdo que en la zona urbana que acabo de citar jugábamos por las tardes fútbol. Alfonso Riascos, Antonio María Valencia Zamorano, Julio Valencia y sus hermanos, Alfonso Ovalle y unos muchachos Mejía paisas recién desempacados en Cali y que fueron de la primera "remesa" de paisas que Antioquia nos mandó poco tiempo después.

Y cerremos por hoy, para dejar algo para el mañana, como reza el adagio común.

LA PRIMERA CORRIDA DE TOROS EN CALI

No es mi deseo internarme en la raíz cronológica y universal del fenómeno taurino a fin de no dilatar los análisis históricos de la presente crónica. Me limitaré en consecuencia, a narrar los acontecimientos relacionados con la "Fiesta Brava" en la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de Cali".

"LA COMPRA DEL TORO REAL"

Ocurre, que en año de 1562, es decir, a los 26 años de haber fundado don MIGUEL MUÑOZ, Capitán activo de las huestes del Adelantado don Sebastián de Belalcázar, la hoy Capital del Departamento del Valle, SU MAJESTAD DON FELIPE II expidió una real cédula para que el Gobernador de la Provincia, Don PEDRO DE AGREDA, informara, "si convenía comprar de los fondos municipales, un TORO para lidiar en las Pascuas.

La respuesta del mandatario provincial fue inmediata y favorable, ya que no solamente se informó al Soberano "que si habían fondos

disponibles en la Caja de los Propios" y que además, se establecían las FIESTAS DE PLAZA con separación de clases sociales, pues había diversiones en tal sitio para sujetos de distinción (españoles) y otras para los mestizos, mulatos, e indios (Arroyo).

Efectivamente durante la celebración de las PASCUAS de aquel año de gracia, se CORRIA, en la legendaria plaza de Mercado (hoy Plaza de Cayzedo) el PRIMER TORO DE LIDIA, de la historia taurina del Burgo Colonial de don Sebas......... ya que los peninsulares radicados en esa época tuvieron la dicha de contemplar una de las fiestas más emocionantes de la humanidad la LIDIA DEL TORO! El TORO fue comprado por el Sr. Gobernador en una de las haciendas aledañas a la ciudad en cuantía de tres patacones y era de impresionante figura, pues sus cuernos eran dos astas cuyas puntas parecían herir el fondo azul del firmamento; sus patas semejaban columnas de acero sosteniendo su mole de carnes temblorosas envueltas por un brillante cuero negro sobre el cual reverberaban los rayos del sol. Su cabeza era gigantesca como la de un dios mitológico y miraba al respetable con ojos de curiosidad y muerte..

Según el decir de muchos, ese "bicho pabonado" era nada menos que un MIURA SALVAJE criado entre la manada silvestre.

Ante aquella estampa que infundía admiración y miedo al mismo tiempo nadie se resolvía a lidiarlo (no habían toreros profesionales). En el Palco del Sr. Gobernador, adornado con el Escudo Real, una docena de damas y caballeros de montón y gorguera aplaudían a la fiera acorralada que desafiaba imponente desde el centro de la plaza lanzando a los aires bramidos de rabia, mientras que con sus formidables patas arrancaba trozos de yerba y tierra que iban a caer sobre sus anchas caderas relucientes.

Orgulloso de su figura exuberante, batía nerviosamente el empenachado rabo como si con él hablaran su instinto y su conciencia.

• De la abrupta testa colgaba un mechón de pelo tapándole un lunar o mancha blanca que adornaba su hermosa brutalidad.

Al fin, ante el silencio que embargaba al "distinguido" que no salía de su espectancia, un nativo de la villa ibérica, un español de pura sangre como la de aquella figura mastodóntica que esperaba el triunfo de la vida o de la muerte, saltó al rústico e improvisado circo (la vieja Plaza cercada en las esquinas con tarugos de guadua) y con una mantilla roja como la sangre que le hervía en las venas invitó a la fiera, a la primera lidia de la historia.

Varios pases de muleta, varias verónicas, varias chicuelinas, el toro embiste fieramente, con honor, con hidalguía como si en sus cachos puntudos como agujas llevase el temple de una raza de sangres y de castas. Ese toro tenía al parecer genio ibérico, estirpe guerrillera, con labios negros latinos de malicia. Y respondiendo a la emoción de los traviesos que alborotaron su virginidad salvaje, embistió al aficionado de la tarde; al atrevido del cerralo, quien le hizo los más grandes "quites" que torero

alguno haya producido en las grandes monumentales de la tauromaquia universal.

Esa tarde, la colonial ciudad de Santiago de Cali, escuchó los primeros aires taurinos de una rudimentaria orquesta, mientras los ojos primitivos movían curiosamente, emocionadamente las pupilas!

PRIMERA CORRIDA EN PRIVADO

Trescientos treinta años más tarde, después de aquella CORRIDA AL NATURAL, una empresa de caleños, aficionados a la FIESTA BRAVA o de "claveles", contrataba la PRIMERA CUADRILLA DE TOREROS EN SERIO, para un nuevo espectáculo taurino en la muy incipiente Villa de don Sebastián de Belalcázar. Corría el día 23 de septiembre del año de 1892 —un domingo en la tarde— por cierto. En una improvisada y rústica Plaza de Toros construída para el efecto en el sitio donde hoy se levanta el viejo edificio del Batallón Pichincha, toreaba magistralmente la cuadrilla compuesta por los siguientes artistas: TOMAS PORRONDO "Machao", como primera espada; SERAFIN GRECO "Salerito", como segunda espada; y los banderilleros y Capeadores MANUEL PERAL "Manzanito" y Wenceslao Carrilo "Minuto", quienes hicieron las delicias del público.

TOROS Y TOREROS DE ANTAÑO

En cuanto a los toros escogidos por los empresarios de antaño para las corridas, éstos eran del tipo criollo, inclusive reses hembras sonsacadas de los coloniales potreros de Sachamate, Cañas Gordas, La Herradura y otros.

Respecto a los "toreros", bueno, ahí sí había arte, gracia y valor. Entre los que acuden a mi mente Juan Belmonte "Lagartijo", "Facultades", "Manolete" (el monstruo) "Morenito de Triana" y otros.

ANTIGUAS PLAZAS DE TOROS

Después de la Plaza de Cayzedo que sirvió por muchos años de "Circo de Toros", los aficionados empresarios taurinos construyeron varios "Cosos", "Ruedos", "Circos" o "Plazas de Toros" en distintos sitios de la ciudad, entre los que recuerdo uno construído en el Barrio Obrero al que llamaban "Plaza de Toros de los Mangos"; otro más viejo, construído por allá en 1911, por un señor de apellido Castillo, oriundo de El Salvador; después la Plaza de Toros del Barrio Granada, en cuya portada todavía existe su rótulo, y por último, la hermosa e imponente Monumental de Cañaveralejo, cuya atrevida fisonomía es un clásico desafío de la arquitectura moderna.

A N E C D O T A S

Para finalizar esta entrega, permítaseme que narre el siguiente episodio taurino ocurrido en la legendaria Plaza de Pichincha, el cual sucedió así: uno de los toros (novillo) cogió al diestro Tomás Porrondo -"Ma-

chao"- por el lado de las nalgas, rasgándole el "traje de Luces" en toda su extensión trasera, lo cual puso al descubierto las asentaderas del accidentado torero que al sentir el aire que lo acariciaba (los vientos de la tradicionales tardes caleñas) optó por correr en busca de refugio ante las carcajadas del reseptable.

Alguien con achaques de poeta, compuso esta estrofa al accidentado espada:

"Al torero "Machao"
quien toreaba como un chulo,
el toro le rasgó el planchao
descubriéndole el.........

Bueno, la cosa es como para seguir riendo.

Otra anécdota es la que sucedió en el mismo circo, (parace que aquel antiguo "coso" tenía misterios en su redondel).

Durante una corrida, con ocasión de una fiesta cívica, largaron un novillo quien desde la propia hora y en el momento en que pisó la arena, se dedicó a perseguir al "matador" con mucha insistencia como si en vez de toro de lidia, fuera un perro rabioso, —no dándole tiempo ni para colocar el capote.— El torero al ver tan raro como misterioso proceder del animal, tomó el estoque y se dispuso a darle muerte, pero sucedió algo increíble: cuando el acosador bicho vió la puntiaguda espada que le apuntaba a la nuca, emprendió veloz carrera, saltando como un tigre sobre los andamios para perderse como alma que lleva el diablo en los montes cercanos.


Don Isaac Berón, Eulogio Echeverri B. y Ricardo Vallejo Torrez.


En un paseo gatuno a la hacienda Las Mercedes del Dr. Antonio José Olano Barona. En la foto de izq. a derecha señores Jorge E. Rincón, Simón Echeverri, Leonardo Satizábal, Luis Tafur Victoria, Ricardo Bonilla M., B. Dueñas Tello, Francisco Bautista. Sentados, en el centro Ricardo Vallejo T. y Bernardo Aragón. A los lados dos de los hijos del Dr. Olano B. y dos de don Luis Tafur Victoria.

Que sabroso el Cali que se fue

SANTIAGO DE CALI EN 1880

(Por Tomás de Booc)

Nosotros, los niños del Cali que se fué, cuando leemos algo del viejo Santiago de Cali, nos parece estar saboreando el delicioso meladito con ceros de barro, con carbón de la montaña. Qué cosa tan sabrosa fue nuestra hojas de brevo y requesón que preparaban nuestras abuelas en aquellos braceros de barro con carbón de la montaña. Que cosa tan sabrosa fue nuestra infancia; correteábamos por aquellas benditas calles empedradas, con sus acequias repletas de agua corriente, al centro; jugábamos a las bolas y "cachas", a las cometas y al yo-yo. Cañadas y Robertote (policías del gran alcalde Guillermo Triana), nos perseguía cuando le decíamos "la palabra" a Agustín o "te muerde el burro" a Camilo.

Y con satisfacción de caleños ya pasados de moda a nuestros contemporáneos les damos la grata de que Robertote está vivito y coleando, tan seco y recto como un riel. Lo hemos visto cobrando su pensión de jubilación, que tan merecidamente le paga el departamento.

El excelente caleño Félix Orejuela Rivera, escribió en días pasados una crónica sobre el "Cali Típico, sus locos y sus cuerdos", que publicó en la revista "Civismo", que nos trajo a la memoria el recuerdo de típicos personajes de la ciudad en los principios de este famoso Siglo XX, de este bibli-co "Siglo de las luces" que tanta oscuridad ha llevado al magín de los célebres personajes mangoneadores de la cosa pública, que tantos estragos han causado y está causando al país. Estos modernos sabios estás más locos que nuestros típicos personajes del pasado siglo, verdad?

Entre aquellos célebres e inofensivos personajes, nos recuarda don

Félix a Agustín, el de la palabra que sabemos; al mudo Adán; al linajudo "Mameyo", a la destartalada Quiteria, a "Maduro Crudo", al "doctor Yotecuro" con su mula jalea, al loco "Jesusito", (que según decir de los viejos, dizque fue artillero del "Lautaro a órdenes del general Carlos Albán), "Calzón colorado", "Masqueteunte", "Villalonga", los "Pobono", "Virginia la loca", "La loca Hermelinda", "Quiquiriquí", "Llovizna", "Valencita', y "Arjonazo".

Contaban los "sabiondos", de esa época, que "Arjonazo" fue un gran personaje de la opulencia bogotana, de apellido Arjona, que insultó y orinó a un sacerdote católico, por haberle pedido limosna para los pobres. Este personaje vivió en esta ciudad por mucho tiempo, implorando la caridad pública en completo abandono y fétido a "berrenchín" lo encontraron cadáver en uno de los arcos del antiguo puente Ortiz.

"Boca de As" o "Boyacás" como generalmente le decíamos los muchachos de la época, no fué el personaje que habitara en la cueva de las estribaciones del Cero de Las Tres Cruces, como equivocadamente lo anota en su crónica don Félix, ese fué "Valencita". "Boca de As" era un hombre cuerdo auncuando sumamemente arregionado, tal vez por su avanzada edad; éste hombre era talabartero y gallero; vivía con su familia en un rancho de guadua situado a la orilla del río sobre el camino al "Aguacatal", (Avenida Belalcázar), contiguo a la desembocadura de la quebrada "Buenvivir" (existe) en lo alto del "charco de los Padrones". Este señor era de apellido Escobar (antioqueño), tenía allí un pequeño taller de talabartería, y se dedicaba a la cría de gallos finos; le cuidaba los gallos a don Fider Lalinde (viejo) y a don Benigno Echeverri.

El loco-cuerdo "Valencita", loco místico, era hombre viejo, alto, trigueño claro, cano, esqueletudo, se forraba las canillas en encerados para cubrir las raspaduras que con vidrios se hacía, dizque haciendo penitencia; este fue el habitante de la cueva (existe) que se encuentra en las estribaciones del Cerro de las Tres Cruces, muy "aficionado al sancocho de aves de corto vuelo": chamones!

Y le cuento, don Félix: Era yo acólito de San Pedro, hoy la Catedral, con Antonio José Camacho, Nicolás Ramos Hidalgo y Miguel Montoya (me parece que también, Kiko, Miguel Borrero) siendo sacristán Jesús Antonio Plaza (el tuerto Plaza), y cura párroco el presbítero Uladislao González Concha, cuando nos trasladamos a la cueva, habitación de "Valencita", y en solemne procesión con el fin de sacar de la cueva la Santa Hostia que el loco había llevado para adorarle; la tenía colocada en una custodia de barro y vidrio hecha por él, adornada con flores silvestres y velas de cebo, encendidas. "Valencita" manifestó al sacerdote, que había ido a comulgar en "misa de cuatro" (de la madrugada) a San Francisco, y que se había sacado la Hostia de la boca "para llevarla a santificar su vivienda".

Esto ocurrió por allá en 1907, tal vez Miguel, ese simpático jovencito de la antigüedad, que ahora administra nuestro moderno (1918-1920) teatro municipal, recuerdo este episodio mejor que yo, pues él también fué a la cueva, portando el incensario, yo era el de la Cruz alta. Llevando faroles con velas encendidas acompañaban en la procesión los señores Alejandro Benítez, Ismael Minota, Leonidas Lemos, Roberto Castro, Célimo Valenzuela, Joaquín Bueno y otros que, naturalmente, se me escapan de la memoria, cuando de regreso de la cueva, llegaba la procesión al puente de "Ricnuevo", sitio que hoy ocupa el Teatro Bolívar, nos hicieron alcance el conjunto musical que había organizado el maestro Viteri (José), Francisco, Antonio y Manuel Soto, entonando litúrgicas armonías hasta San Pedro.

"Nariño Perro" resulta que es pastuoso y no tulueño; está vivito y coleando, nuevamente en las calles de Cali. Después de muchos años de permanencia en Restrepo .Valle), ha regresado a la ciudad; en días pasados (unos 20) conversé con él en la esquina de la Catedral, estaba voceando "El País". Bastante cargado de "nochebuenas", sumamente enfermo y rendido por el peso del calendario, en perfecta miseria. Sería bueno buscarle, y ayudarle para que en la víspera de su próximo e inevitable viaje "al otro lado", no le fuera tan melancólica su nueva y ya corta estada en "su predilecta ciudad de los hidalgos", como le llamara a Cali.

Rafael Valencia, (a. Boquetunel), el célebre trapiche humano, que con los dientes trituraba la caña hasta convertirla en polvo, nos decía: "Vea, el único periodista que no se equivoca es Dios".

BITACORA

(Alfonso Bonilla Aragón 2 de Febrero de 1.958)

Hermano Londoño

Enjuto y renegrido como un sarmiento, iba detrás de su borriquillo por las calles empedradas, con su sonrisa suave donde se concentraban todas las mieles de la vida. Llegaba a las puertas de las casas grandes, que se le abrían generosas. Y a poco volvía con los brazos repletos de frutos, de pan candeal, de quesos blanquísimos. Todo iba a parar a los cestos inmensos que, a lado y lado de la dulce bestia, dábanle ante los niños cierto aspecto de animalía descomunal. Y cuando el sol se acercaba a su vertical de fuego, en la mañana, o mediadas las cuatro, en la tarde, volvía al convento feliz con cuanto había granjeado para sus pobres.

Así nos cruzamos con él muchas veces, camino nosotros del colegio y él de su seráfico menester. Adelante el burrito, halado por un niño de convento, vestido de limpio y con contonsura de antiguo paje palatino. Detrás Hermano Londoño con su piel negra y su alma más blanca que el corazón de los panes con que obsequiaba a la pobrecía.

Después la vida nos cambió el itinerario, la ciudad levantó rascacielos la Orden se motorizó y perdimos de vista al buen lego. Ahora hemos sabido que, fiel a su vocación, se fué a los barrios de los pobres, se metió entre la miseria, visitó los ranchos de vara en tierra, acarició las cabecitas de los niños astrosos, llevó comida y consuelo a las mujeres de cabellos marchitos y vientres flácidos. La ciudad pretenciosa y saciada sentirá muy poco al Hermano Londoño. Su falta la registrarán en carne propia, en hambre propia, mejor, las barriadas suburbanas. Con él se habrán ido para siempre

las palabras amables de su caridad discreta y tímida, y un corazón que, como había sido moldeado con humilde arcilla, entendía el hondo y confuso palpitar de los de abajo.

Que Dios le dé su paz y muchos caminitos para que correteé por ellos detrás del Platero, el borriquito del poeta, dulce y manso como él, y como él amigo de los niños y de las flores.

JOAQUINA

(Alfonso Bonilla Aragón - Febrero 6 de 1956)

Como en el melancólico estribillo de la canción que me enseñó cuando niño, la enterraron "un domingo ya por la tarde...". Y con ella se fué arrastrado por las aguas del tiempo, lo que quedaba de la infancia de aquellos caleños de mi generación que crecieron en ese mundo semirrural, cálido y misterioso, pleno de sol y viento, poblado de guitarras y caballos, que eran hacia 1.920 los barrios del suroeste de Cali: Pila del Crespo, Vilachí, La Mano del Negro...

Joaquina López de Ramos, heredera de viejos apellidos hidalgos, era dueña de una tienda grande en la frontera entre el pueblo y el campo, que era almacén, tertulia, granero, institución de caridad, centro médico, y todo cuanto el prójimo necesitara para salud de su alma y de su cuerpo. Reina de ese imperio de remediapobres y socorreviudas, Joaquina López con su avasallante simpatía, su infinita caridad, su gracia activa, su mágico don de gentes que lo mismo encantaba a la señorona que bajaba hasta esos andurriales, que a la campesina que iba a consultrle sobre el color de la cinta que debía poner a su camisa de bodas. Y esas sus manos, y las de su hermana Mariana, para preparar colaciones, dulces y golosinas. De mí se que en parte alguna volví a comer nada como las "lenguas", los "cuaresmeros", los "liberales", los "suspiros", que adobaban esos dedos sabios. Y su clarísima inteligencia y su memoria impresionante. Podía rezar un día seguido viejas oraciones sin repetir ninguna, o recitar versos horas tras horas sin equivocar un asonante.

Y, párrafo aparte, la bondad de su corazón. Qué don de consejo, qué innata sabiduría para juzgar el problema de cada uno, qué facilidad para darlo y entregarlo todo... Hizo más caridad que nadie en su tiempo, pero, cristiana vieja, la mano izquierda no supo lo que donaba la derecha. Yo creo que Dios la dejó ciega desde varios años antes de morir, para que pudiera recrearse en el espectáculo maravilloso de su propia alma.

Duerma en paz, la inolvidable mujer, y que ojalá se acuerde en su cielo -donde habitará en el barrio de San Francisco, de San Roque, de San Martín, y de los demás Santos humildes-, de aquel muchacho confuso y díscolo, pariente suyo, que conoció de ella lo que era la bondad humana.

LAS COLLAZOS

(Por Félix Orejuela R. - Marzo 1º de 1965)

En algún lugar de la carrera 10ª con la calle 5ª, muy cerca de la esquina, de la "pila de Crespo", donde las mujeres de Cali, recogían en "zum-

bos" y en barriles el agua que bajaba por las cañerías, para ser repartida entre los vecinos del barrio, existe aún salvada del tiempo, del modernismo, una vieja casa, casi un desván, donde unas buenas caleñas, las Collazos, tienen una asistencia y un reparto a domicilio, q' nosotros nos hemos empeñado en llamar "viandas". En ese desvás, los sábados y domingos, imán de los caleños, porque allí se fabrican unas empanadas, hechas con primor, con una masa y guiso de rechupete. Esa golosina, ofrecida modesta pero limpiamente, le sirve de fondo y compañía, la exquisita salsa de cidrayota, alebrestada con ají del bravo. Así mismo se venden tamales, con masa de resplandor, envueltos en hojas fragantes de plátanos y bautizados con el inimitable "ahogao" de remotos días. Estas buenas mujeres no tienen una nevera, pero utilizan el estanque que demora en el patio abierto, para enfriar las gaseosas y cervezas y siendo incómodo como lo es, "el negocito... vive atestado en los días sacramentales; de jueves, sábado y domingo, por la óptima calidad de fritangas, empanadas y tamales. Lujosos carros se estacionan en las vecindades, y de allí descienden lindas chicas asiduas clientas, del ventorrillo, de las diminutas empanadas, parientas cercanas de las famosas de "pipián" de la ilustre Popayán.

La memoria terca vuelve con su tenaz reminiscencia, a los tiempos, cuandos los muchachos de mi generación usaban calzones "bombachos" y eran verdaderamente los "piernipeludos" de la vieja guardia, cerca del antiguo rincón donde estaba la Pila de Jaime, en la carrera 5ª con calle 3ª, las Rodríguez tenían un establecimiento similar. Esas empanadas atraían a las muchachas quinceañeras, a los mozos "pollironcos" y a los filipichines que en esa época formábamos la brigada ligera de los cuadros moceriles de la Sultana. En largas mesas cubiertas con manteles de hule, las empanadas hacían su dorada aparición en simétricas y descomunales "pirámides", las cervezas Corona, Andes, le servían de acompañamiento. En los patios empedrados, festoneados de "bellísimas" de resucitados, de granados y de claveles reventones mirlas parleras silvaban pedazos de "ópera" y "música brillante", y se trasnochaban porque los contertulios permanecían los jueves y sábados hasta las diez de la noche.

De cuando en cuando se celebrara un singular desafío, para decidir en lucha de molares quien comía más empanadas. El más llamativo fue el que tuvo lugar entre don César Quintero, conocido fígaro de la ciudad y don Ernesto Aguado, dueño de un taller de fina zapatería. Este par de gastrónomos empezaron el duelo a las siete de la noche, esa noche se suspendió el expendio para los habituales y toda la atención de los curiosos se concentró en el duelo a empanada limpia, más el cortejo de salsa de cidrayota, ají picante y cerveza. Docenas de empanadas desaparecían como por encanto en las fauces de los contricantes. Una de las dueñas y los muchachos -cuando no- llevábamos la cuenta, apenas pasó de un centenar de empanadas y de muchas botellas de cerveza, la expectativa crecía y también el apetito del dueto Quintero-Aguado.

Después de largo rato, y de incensante movimiento mandibular, una de las Rodríguez anunció con lastimera voz que el duelo se suspendía por la escacez de materia prima, ya que la masa y el guiso se habían asota-

do. Nuestros hombres que hasta ese momento habían ingerido y comido tres docenas de cerveza cada uno y 256 empanadas, se mostraron claramente ofendidos y hubo de declararse "desierto el certamen. La cerveza valía quince centavos y las empanadas tamaño "alpargate", cinco centavos, fuera del paisaje ensaladil, etc.

Hoy, fuera de muy pocos sitios, no existe en realidad comida típica caleña, el masato y champús que vendían otras Collazos ya no se elabora con los aditamentos de rigor. Hay un amigo dueño, del Bar Alemán, don Julio Defrancisco, gastrónomo con toda la barba, que de tarde, en tarde, suele exclamar: "Un tumbo es mucho para una persona, pero es muy poco para dos".

Sobre este concepto de "gourmand et gourmet" se refiere la anécdota del doctor Aquilino Villegas: Una vez bajando el Magdalena, cuando el mejor turismo se hacía por nuestro padre río, una bella muchacha, compañera de viaje, en esos barcos fluviales, lentos, pero que hacían alegres y acogedoras las veladas a bordo, observó a un viejo saurio, un caimán que tomaba sol con la calma de un dios, de los pantanos. La muchacha le espetó la pregunta de rigor al doctor Aquilino, que acababa de saborear una pesada cena, de viudo y sancocho de carne cecina: "Dígame doctor, cuál es la diferencia entre gourmand y gourmet?". Nuestro hombre miró hacia la larga playa, observó nuevamente al monstruo con la enorme bocaza y dijo: "Si me caigo al lecho del río y me devora el caimán es un gourmand, pero si usted "lindo capullito de alelí", se cae y la devora, entonces, ese caimán es un gourmet".

JOSE MARIA SAAVEDRA GALINDO

Por Guillermo Valencia.

La desaparición de Saavedra Galindo alude a la del árbol que en la extensión sin relieve de una yerma llanura dilató el verdor de su fronda y tiñó de múrices sus festones perennes hasta que el viento del septentrión derribó ese dosel de amor y de belleza, que era alivio de caminantes y encanto de los ojos.

En aquel hombre halló su fórmula expresiva nuestro férvido mundo geórgico al modelarlo amorosamente a su imagen y vaciar en él, con alarde, el tesoro de sus excelencias: por que fué diáfana como sus manantiales, blando como sus auras, noble como sus héroes, poderoso como sus vientos, deslumbrador como sus tempestades.

Su vivir se asemeja, en el andar sin descanso, a un evangelista del civismo cuya inmensa cauda de prosélitos le viera por seis lustros alimentando muchedumbres, libertando galeotes, avizorando lejanías, fascinando mieses de pasión, aromando la extraña como la propia tienda con el precioso sándalo de la bondad y del ingenio.

Esta alma de cristalización purísima, fulgía sin saberlo; lanzaba ráfagas que no opacaron nunca el ajeno lucir, antes aquel su radiar diamantino exaltó muchas veces la presunción de cristal y las veleidades del ópalo.

Como un ángel del Apocalipsis, enviado fué con el don de la tuba de plata a soplar gloriosamente sobre los cuatro vientos del espíritu, con una voz pródiga que entretejió sin término guirnaldas de belleza para decorar columnas y revestir altares y matizar coronas con qué ceñir las cabezas de los semidioses.

Enhebraba las palabras en cintillos de luz como no vieron nunca las Pagodas de los antiguos mitos, y ese millonario munífico del verbo, hacía olvidar a los mendigos de belleza la obsesión de las gemas aventándolas a puñados.

Roto ya el excelso pomo en plenitud irá embalsamando lentamente el aire entristecido de la patria.

Diciembre 7 de 1.931.

BIRLIBIRLOQUE

(Bonar - Diciembre 16 de 1964)

Isaac Berón

Lo recuerdo, yo niño, él ya desaparecido, como una institución del Cali Viejo. Había sido el varón de consejo, el juez de paz, el patriarca de florecida barba, que se había dormido en su Señor, después de ver prolongada la estirpe en hijos que llevaban tanto su nombre como sus virtudes. En realidad creo que nunca supe su nombre. Para los vecinos de la "Pila de Crespo", era el "Señor Berón". Y cuando así lo nombraban, el sustantivo que antecedía al apellido cobraba todo su significado castizo. Sobre muy pocas personas advertí después en la vida un tan visible halo de respeto y señorío como sobre el recuerdo de este hidalgo a quien no conocí, pero cuya nobleza de hechos y ademanes trascendió la inconciencia de mis primeros años.

Traté después, -dos generaciones de por medio-, a varios de sus hijos, que eran los padres de amigos y compañeros míos. Y aunque los años mozos no se prestan para meditaciones ni regodeos analíticos, muchas veces debí evocar en las vidas integérrimas de don Juan, de don Isaac, de don Belisario, de don César, a su padre el "Señor Berón", el viejo roble que llenó con su austeridad más de medio siglo de la crónica de mi lugar.

Han caído ya nueve soles sobre la tumba de don Isaac Berón. Y yo, que no pude acompañarlo hasta el muelle de la eterna despedida, ni me acerqué a sus hijos a decirles una solidaridad que hunde sus raíces en la tierra ya muy profunda de nuestra infancia, he querido evocar en esta tarde de diciembre mientras la brisa de la colina que tanto amamos él y yo me despeina como la mano de un abuelo, al caballero sin tacha, al ciudadano impecable, al hombre de bien, al padre, al amigo, al trabajador.

Quienes sólo creen en los valores cotizables, quienes afirman que sólo tienen sentido y significado lo que se tasa en la almoneda del atrio, juzgan que a las sociedades humanas las construyen e impulsan los que son capaces de hacer más estridente el ajetreo de los negocios y las máquinas. Esa reducción de todo a los términos de las tablas bursátiles ha invertido la

pirámide. Y ha hecho que el único culto universal vuelva a ser el del Becerro de Oro.

Sin embargo, cuando parte un hombre como el cristiano caballero a quien estas líneas se refieren, se siente que la sociedad ha sido disminuída en su patrimonio moral y que el sitio que defendía con la inerme enterza de su bondad, ha quedado desguarnecido.

Leve y dulce será la tierra de mi tierra para quien tanto bien hizo sobre ella.

PARA DON ISAAC BERON, AFECTUOSAMENTE

Hermoso tu gesto guerrero
en las aguas del mar de Corea
resuelta tu nave gloriosa
navegó triunfadora y audaz.
Almirante de oriente
no te excede Padilla,
devolviste a la armada su gloria
oh! gallardo y gentil capitán.

Banderas de júbilo izó Cartagena
en su más alta torre
reducto de patrias empresas
ofrendándote esposa y laureles;
numen dulce y marciales trofeos,
victoria la tuya, es dè Cali
oh! HERNANDO BERON.

Cali, Marzo 8 de 1953.

Alfonso Bonilla Garcés.



Cornelio Buenaventura con una de sus hijas.

* * *



Gonzalo Martínez



EL LOCO NAVIA

EL LOCO NAVIA

(Febrero 12 de 1966)

Eso de "loco" era un decir. No tenía un pelo de loco. Pero quiso que su cordura, que es a veces la careta de los tontos, se agazapara detrás de su ancha extroversión, tan ancha como era recio su cuerpo de atleta.

El apodo probablemente lo buscó él mismo. Aquí donde todo el mundo necesita para singularizarse algún punto escandaloso de referencia, ningún mote mejor que el que llevó en su personalidad, desde chico, como una insignia guerrera. Hernando Navia Barona no hubiera llegado a ninguna parte con su sólo nombre. Así se llama cualquiera; mas el rótulo de "loco", es la forma como él lo usó, le sirvió tanto para disculpar sus estridencias verbales como para franquearle puertas de cariño que no se abren fácilmente a los que se envanecen de ser cuerdos porque les daría vergüenza confesar que son idiotas.

El loco Navia era de esta casa, y de las casas de todos sus amigos. De muchacho se saturó de olores de imprenta y manejó talleres atiborrados de periódicos. De entonces data su conexión con escritores, cronistas y de toda esa gama de intelectuales entre los que él no contaba a los locutores. Sus razones tendría. También preparaba sus comentarios punzantes y los mandaba a los semanarios como quien no quiere la cosa. En la realidad era un humorista, aunque con su humor explosivo que materializaba en largas carcajadas, seguidas de una que otra palabrota fenomenal.

Pero ese era el Loco de las Tertulias y no el hombre de los negocios. Se le ocurrió un día volverse financista, y dominó la materia dentro de los límites de sus posibilidades económicas. Construía casas, las vendía y volvía a construir más. Encerrado en su flamante automóvil, quien lo veía pasar se imaginaba que el personaje era un oligarca a quien había que odiar. Pero de pronto sacaba la cabeza, daba unos gritos colosales y soltaba sus chistes ante el asombro de los transeúntes. Volvía a ser el Loco de siempre, sin una pizca de petulancia.

Había que verlo firmando una escritura. Solemne, seriote, parecía un Rockefeller con la chequera en una mano y la estilográfica en la otra. Sin embargo, en el instante menos pensado le cogía la barba al notario o pellizcaba a la mecanógrafa. Vivió en olor de juguetona frivolidad, sin transcendentizar la vida. Hombres como el Loco enseñan a vivir conforme a lo que es en definitiva la existencia; un viaje sin importancia para tener que entregar de la noche a la mañana las maletas en una estación que no hemos buscado..

Cuando supimos que el Loco Navia había muerto, pensamos que fué la única vez que se puso en posición de absoluta severidad. Se burló de todo y de todos, e hizo bien. Este pícaro mundo no vale la pena de tomarlo a lo trágico. Es preciso comer, beber, vestirse, trabajar para no pedir limosna, pero no más. Matarse el espíritu en busca de millonadas para que las disfruten los herederos, es una simpleza, y mantener la cara agria, simulando austeridad, es una estupidez. El Loco hizo de sus carcajadas una

institución respetable y de sus simpáticas groserías un brevaje para curar la modorra de los próceres de las bancas del parque. Y fué un hombre correcto moralmente, que a nadie hizo mal grave.

En la ocasión que le robaron el lujoso automóvil recibió el golpe con filosófica serenidad. Se contentó con lanzar unas cuantas exclamaciones contra la inseguridad urbana y sugerir que el ladrón tenía que ser mucho más distinguido y hábil que las autoridades encargadas de castigar a los delincuentes. Y se subió a un destartalado aparato de su propiedad como si nada le hubiera ocurrido.

No queremos escribir una biografía del Loco. Esta ingenua semblanza es apenas recordatorio del amigo que se fué y cuyas huellas de sincero afecto perdurarán en nuestro ánimo por todo el tiempo que nos falte acompañarlo en su última jornada.

AL LOCO NAVIA

También te fuiste. Quien acaso un
no saldrá recorriendo tu camino?
Quien puede asegurar que su destino
es vivir siempre, como yo quería?

Pero no, Loco. Grande picardía
no fue avisar. Un caballero fino
le anuncia cuando menos al vecino
la fecha de empezar la correría.

No podrás explicar porque te fuiste
secretamente cual viajero triste
en un vagón de tapizado cedro.......

Tú que llevaste un alma tan templada
y eres capaz al final de la jornada
de reirte en las barbas de San Pedro.

Juan Jeremías Roldán.

EULOGIO ECHEVERRI

(Por Clara Inés)

En una sola palabra, generosidad, podrá condensarse la biografía del hombre que regresó a su pequeño solar nativo sin voz, cerrados para siempre los ojos que se abrieron a la vida en esta ciudad, entonces casi cubierta en su insipiente impulso, por la sombra amorosa del cerro con sus tres cruces de guadua.

Aquí empezó su carrera de locha, de acción intrépida y fuerte

cuando gritaba por las calles estrechas y polvorosas anunciando un periódico.

Aquí en Cali, comenzó su ascensión hacia una meta ambicionada y lejana. El muchacho pobre y fuerte, el mozo valiente y emprendedor llegó pronto a alcanzar lo que siempre soñó: ser independiente y sobre todo serlo a lo grande sin recortes burócratas, sin mezquindad.

Y sus empresas que parecían cosas de fábula, enormes y fuera del ámbito local, se extendieron y él se convirtió en árbitro y guía y en mentor y empujador de aquello que parecía imposible.

El, que había nacido lejos del mar, en el Valle circundado de montañas, tenía el ritmo incansable y permanente del mar. Y en el mar encontró la clave de sus visiones innumerables, y él, que había vivido de chico una existencia de aldea sin mayor horizonte, entendió al punto el llamado de aire y se convirtió en uno de sus más asiduos y permanentes amigos.

De un lugar a otro iba y venía, y para su inquietud viajera, ligada a proyectos de largo alcance, no hubo distancias que se opusieran, ni rutas difíciles ni lejanas. Y unas veces París, otras Hamburgo, o Nueva York o Ginebra, le veían cruzar en vuelo rápido, sin detenerse, sino el tiempo preciso para el desarrollo de sus planes extensos.

Nunca pensó nada en función mediocre, con ánimo recortado, cuando se trataba de imaginar o de realizar algo de ilimitada importancia, ni hubo en él temores delante de lo que suponía arduo y complicado Er.a un motor en constante calor, encendido de fe, clamado de optimismo, pleno de anhelos nobles de éxito, convencido de llegar con bonanza a puerto seguro, porque su corazó estaba lleno de amor y porque sus mejores cariños: mujer, hijos, hermanos, sostenían su ardor, su fervor, su entusiasmo y su coraje.

Desde cero, desde su infinita modestia subió alto y se convirtió en móvil de especulaciones variadas y en algún momento peligrosas. Pero se acercó demasiado al peligro y éste fue su error. Porque todos aquellos que iban a su lado, que no poseían ni su espíritu recto ni su corazón generoso, se colocaron al margen de compromisos, y le dejaron solo con la aplastante responsabilidad. Y él fué entonces la única víctima, los demás se salvaron. El hubo de marcharse lejos porque no podía someterse a una sanción deprimente cuando los pecadores se paseaban tranquilos y limpios de toda culpa. Esperó, ausente, que se le hiciera justicia, que su voz fuera escuchada, que sus reclamos o sus descargos llegaran a oídos legales.

Pero esperó en vano.

Su mayor anhelo, volver a Colombia, para vivir en paz consigo y con los seres caros a su alma, mantuvo firme su carácter e impidió que se doblegara su ánimo bien templado.

Y a pesar de los reveces, de los sinsabores, de los desengaños y de la obligada ausencia, no desmayó porque sabía que unos ojos dulces de mujer le miraban con afecto entrañable, y que tres criaturas de su sangre esperaban su regreso con ilusión y con orgullo.

La fatalidad se interpuso de pronto y cortó el hilo de esos proyectos, destruyó los cimientos y volvió trizas la torre iluminada de la reivindicación, de la esperanza.

Eulogio Echeverri regresó a la tierra que lo vió nacer, mudo, preso entre las cuatro caras pulidas de una caja de madera.

Lástima que desde el fondo sellado de esa, su última morada, no pudiera apreciar la expontánea y cálida demostración con que la amistad inconmovible se hizo presente en el momento de abrirse la portezuela del avión que trajo sus restos desde Venezuela y que luego creció silenciosa desde la Catedral hasta el Cementerio.

EL REPORTAJE DE HOY

Don Benjamín Martínez R., bien conocido y querido entre nosotros, posee ordenados recuerdos de el Cali antiguo y con don Benjamín puede dialogarse sabrosa y largamente sobre estos temas. Acaba de cumpilrse el primer cuarto de siglo de la muerte del Hermano Savino, a quíen mucho le debe la ciudad por el prodigioso magisterio y la profunda labor pedadógica que dejó entre nosotros.

Sobre aquella seductora personalidad, don Benjamín nos hace un interesante relato de impresiones personales:

—Bien recuerdo —nos dice— que el 26 de noviembre de 1889 vinieron a Popayán los Hermanos Savino y Armancio, siendo Cura y Vicario el inolvidable, por lo virtuoso y progresista, Pbro. Severo González, quien gestionó la venida de Francia de los dos religiosos maristas, a fin de que reorganizaran convenientemente el histórico Colegio de "Santa Librada" y en 1981 tomaron la dirección de este plantel.

—Tres meses —quizá menos— habrían pasado de la posesión de los RR. HH. Savino y Armancio del Colegio, cuando Cali fue gratísimamente sorprendida por el canto de la misa ritual de las siete de la mañana de un domingo en la histórica y lamentablemente demolida Capilla de "Santa Librada". En dicha misa cantó un coro compuesto por casi todos los alumnos del colegio y dirigido por el Rvdo. Hno. Savino, con maestría insuperable. Me parece verlo sobre una tarima, que realzaba su noble y varonil figura, con la batuta del profesor y la mirada del apóstol, dirigiendo a sus trescientos artistas que había formado en poco menos de diez semanas, para glorificar al Altísimo y deletar tan profundamente a los fieles que recuerdo el hermoso detalle de las lágrimas de emoción y de orgullo patriótico que derramaba, al salir de la Capilla el culto y muy querido Cónsul de Francia en Cali en aquel entonces, don Benito Chaperon.

Esta y otras demostraciones de su gran cultura y de su excelsa personalidad dieron ocasión a que la sociedad de Cali organizara un solemne festival, que se verificó en el patio del Colegio, en homenaje al Rvdo. Hno. Savino, a quien se condecoró con una bella y valiosa medalla de oro. Creo que el de la medalla fue el rector Rvdo. Hno. Armancio.

Algún tiempo después pasó a regentar la Escuela Oficial Nº 1, denominada "San Antonio", ubicada en la carrera 5ª con calle 14, o sea en la casa de la familia Sierra, donde, para honor de Cali, viera la primera luz y muy ilustre Dr. Carlos Holguín. Siempre que he pasado por el histórico y betusto edificio, he lamentado la ingratitud y el olvido de quienes deben señalar a las nuevas generaciones los lugares donde nacieron los hombres que libraron gran parte de nuestra gloriosa historia nacional.

En el edificio que ocupó la Escuela de "San Antonio", se inició, por feliz iniciativa del Hno. Savino y bajos los auspicios de la H. Conferencia de San Vicente de Paúl, la Escuela de Artes y Oficios y que, andando los años, ha llegado a ser el Instituto de Artes y Oficios "José María Cañadas" que regentan con su ejemplar competencia los RR. PP. Salesianos. En un fin de año lectivo, creo que el primero de la Escuela de Artes y Oficios, presentó el Rvdo. Hno. Savino un ferrocarril en miniatura, diseñado técnicamente y trabajado materialmente por él y sus alumnos, obra que dejó asombrada a la concurrencia por la perfección de su técnica y ejecución, cuyos coches y locomotora corrían perfectmente en una enrieladura circular. También exhibió el Hno Savino un equipo completo en miniatura de las diferentes aplicaciones del vapor, con su caldera generadora de éste, martinetes, sierras, bombas impelentes, práctica y perfecta demostración de la utilidad del vapor en las artes y en las industrias. Estò consagró al ilustre hijo de Francia y miembro de la benemérita comunidad Marista, como un talento enciclopédico y la historia comarcana le debè todavía el reconocimiento como el iniciador en nuestra dinámica e industrial urbe de la inquietud por el progreso y del reguero de conocimientos científicos; de virtudes ciudadanas, de artes manuales y de su espíritu de trabajo que Cali tuvo la fortuna de recibir de sus manos, de su cerebro y de su gran corazón.

El que esto escribe era miembro, en esa época, de la Conferencia de San Vicente de Paúl y como tal fue designado miembro de una comisión oficial que debía visitar periódicamente la recién fundada escuela de Artes y Oficios, sin avisar día ni hora de la visita. En aquellas visitas sorpresivas, ubimos de admirar los profesionales la admirable organización dada por el Hermano Savino y sus colaboradores a los diferentes talleres de artes y oficios, donde se enseñaba, teórica y practicamente ebanistería, zapatería,, talabartería, pintura, mecánica fina, herrería, albañilería telegrafía música y muchas otras artes manuales. Allí escuchamos de los labios del sabio profesor elevadas criticas y alabanzas a escritores contemporáneos, nacionales y extranjeros, del más alto linaje intelectual y prácticas amenas y sabias que deleitarían a los más exigentes cultores del buen decir. Y no solo en literatura, filosofía etc., nos deleitaba el Hno. Savino: en geografía nos conducía por todas las partes del mundo, analizando certeramente todo lo que había captado en largos y bien aprovechados viejes de observación y de estudio.

De la escuela inicial de Artes y Oficios, principiada en la escuela de "San Antonio", pasó el Hno. Savino, bajo el tutelaje de la Conferencia de San Vicente de Paúl, a regentar, ya con mayor amplitud y en mejores condiciones económicas, la Escuela de Artes y Oficios "José María Caña-

das", en la casa de la familia Guerrero, ubicada en la carrera 5ª con calle 6ª, de donde salió un grupo de jóvenes preparados para enfrentarse a la lucha por la vida con un cordelaje, moral, un bagaje intelectual y una preparación que han dado óptimos frutos a la sociedad, de la cual son —los sobrevivientes— honra y prez.

Sin abandonar su noble misión de formar ciudadanos aptos y aprovechando las vacaciones escolares, viajó a Popayán por invitación del Hno. y Excmo. Sr. Arzobispo Arboleda y con la venia del entonces superior de la Comunidad, a reparar el gran órgano de la Catedral de Popayán, que, por deficiencias del técnico de la fábrica europea constructora que vino a armarlo, no había rendido todo su trabajo.

Me refiere mi buen amigo, don Tomás Franco, uno de los discípulos del Hno. Savino y quien lo acompañó a Popayán al trabajo de reparación del órgano, que su admiración por su querido maestro y conformador creció de punto cuando lo secundó en la labor técnica de desarmar íntegramente el colosal instrumento, sin un plano, sin una referencia y después de haber elaborado el plano del actual Coro de la Catedral payanesa y haber dirigido los trabajos, como experto ebanista, fue revisando y reparando pieza por pieza y dejó armado y en perfecto funcionamiento el instrumento, sin haber una anotación para no confundirse con una selva de piezas y tuberías. Esto dá una idea de la conformación de ese gran cerebro que no vaciló en calificar de enciclopédico. Posteriormente construyó para la Iglesia de El Carmen de Popayán un pequeño órgano, que aún creo se conserva.

Para terminar esta somera síntesis, quiero recordar mi última entrevista con el grande hombre: al correr de los años enfermó del hígado de tal gravedad que no daba esperanza de vida. En estas circunstancias fui a visitarlo, encontrándolo en un modesto cuarto y en su rústico lecho, rodeado de almohadas de paja que le procuraban relativo alivio. Por todo mobiliario tenía una silla y una mesa de noche sobre la cual había un Crucifijo, un frasco con una medicina y una copita para tomarla. El maestro por antonamasia yacía en el modesto lecho con semblante cadavérico pero, como siempre, imperturbable y abstraído en la lectura de un tratado sobre electricidad.......

ANECDOTARIO DEL "CALI VIEJO"
(Por Cecilia)

En lejanos tiempos del antiguo Cali, don José María Varona, hermano del Dr. Gonzalo Varona, ilustre abogado rector del Colegio de Santa Librada, era dueño de la valiosa hacienda "Vilela", cercana a Palmira. El Dr. Varona sostenía que su apellido debía escribirse con V. lavidental y sus primos hermanos Dr. Joaquín Pablo y Arístides Barona, así como los Borreros Barona sostenían que se escribía con B labial.

Era médico de mucho prestigio y de la mayor clientela en Palmira el Dr. Belisario Caicedo Cordovéz, padre del ilustre Dr. HERNANDO CAICEDO y doña María, esposa de don Eduardo Ulloa. El Dr. Belisario y don José María cultivaron siempre una noble y cordial amistad que se

demostró con la distinción de nombrarlo padrino del recién nacido Hernando. Don José María, que era un acaudalado solterón, dedicó su cariño al ahijado, a quien dicen que al morir le dejó la hacienda como también un fuerte legado al templo del Rosario de Palmira, que estaba en construcción, para que lo terminaran.

El Dr. Belisario era hermano de las distinguidas y linajudas damas orgullo de Cali, doña María Caicedo de Cordovéz, esposa de don Ulpiano Lloreda, doña Dolores Caicedo Cordovéz, esposa de don Manuel Rebolledo y doña Mercedes Caicedo Cordovéz, esposa del médico Dr. Adolfo Tenorio.

La Hacienda "Vilela" era ganadera, y don José María tenía un negro mayordomo que lo acompañaba hacia muchos años. Un hermoso novillo dió en romper el cerco y salirse del potrero, pues las cercas eran de guadua, ya que en esos tiempos no se conocía el alambre de púas. Don José María, que poseía además un fino y escogido yergüerizo de caballos de paso, del que vendía bellos ejemplares de finos potros, montaba todas las mañanas un hermoso sillonero y recorría en compañía del mayordomo la hacienda, dándose cuenta de animales y de cercas y al observar que faltaba el resabiado novillo y ver el portillo por donde había escapado, le ordenaba al negro buscar al animal y tapar el portillo, hasta que cansado éste con el continuo mandato de su patrón le contestó:

Esa e cansera
don José María
Tapa portillo
Y novillo afuera.

El eminente médico y científico Dr. Evaristo García Piedrahita tenía gran estimación por sus primas, las virtuosas señoritas Sara y Magdalena García Aguilera, esta última experta pianista, hermanas del notable médico Dr. Pablo García Aguilera, a las cuales de vez en cuando visitaba. Una tarde, en medio de la charla una de las señoritas quiso les relatara alguna anécdota de su vida de médico, y el Dr. Evaristo, con su voz pausada, les refirió lo siguiente:

Un día me encontraba en el consultorio dispuesto a atender a mi clientela, cuando llegó una señora de aspecto distinguido que me dijo ser viuda, con una hija muy bonita de unos 16 a 17 años, a consultarme sobre la indisposición de la niña que por haberse sentado largo rato sobre una piedra muy caliente, había sufrido hacia más de tres meses la interrupción de sus funciones femeninas. Yo examiné detenidamente a la niña, y cuando la madre esperaba la adecuada fórmula médica que consiguiera regularizar dichas funciones, le dije a la señora: —Mire, mi señora, lo que yo le indico es ponerse a preparar pañales y camisitas. La asombrda señora me repuso, muy enojada: —Perdone, doctor, pero Ud. está equivocado en su diagnóstico, pues a la niña le ha ocurrido esta interrupción es por haberse sentado en esa piedra caliente. A lo cual le repliqué: —Pues, mi señora, yo le aconsejo que cuide de que su hija no siga sentándose en esa piedra caliente, porque se llena de nietos. La señora rompió a llorar como presa de

un ataque nervioso, y yo, para calmarla, le preparé en un poco de agua unas gotas de valeriana y se las dí a tomar. La pobre señora, enjugándose las lágrimas salió del consultorio desconcertada.

MEMORIAS DEL QUE NO FUE CAMPEON

La vida boxeril tiene sus aspectos pintorescos y para mí ha tenido sus lados trágicos, como la tragedia de un bastón a que se refirió Zamacois en una interesante crónica.

Mi primer profesor de boxeo Cuellitar. Quién en Bogotá no recordará a Cuellitar, el primero que en nuestra capital estableció un gimnasio público y que en sus buenos tiempos asoció tanto su nombre con el aforismo latina "mens sana incorporae sano?".

Cuellitar era un entusiasta del deporte: espadachin, boxeador, trapecista, y hasta pintor. Nunca olvidaré el día en que Romulus, un formidable atleta italiano que luchaba con toros en nuestros circos, visitó el gimnasio de Cuellar.

Queriendo el maestro dar a sus alumnos una exhibición de sus habilidades invitó al formidable Romulus a una lucha. Aquello fue estupendo. La pequeña figura del maestro, entre los brazos musculosos del italiano, daba la impresión de una hormiga que empuja, una carga mayor que su cuerpo. Rumulus ni siquiera se movía y Cuellitar hacia tal esfuerzo que yo creí iba a reventarse. Monsieur Garros, un popular sombrerero francés de la capital que frecuentaba el gimnasio y miraba aquella lucha tan desigual y los esfuerzos inauditos de Cuellar, mirándonos decía:

—Es muy "energético".—

Evidentemente, Don Silvano, que tal era su nombre de pila era de una energía sin igual.

Mi segundo maestro en el arte de las trompadas fue otro personaje más o menos popular en Bogotá a quien llamaban allá por sobrenombre: "Goterón".

Este sujeto se gastaba con sus pupilos una serenidad y una pujanza despampanante. En alguna ocasión, como para probar que la letra con sangre entra, me asestó un sopapo tal que, por varios días tuve mis narices torcidas y, naturalmente, renuncié a mis clases.

Por aquellos días se iniciaba conmigo en el deporte tremendo de los puños Rafael Tanco, más tarde campeón nacional. De lo que yo me perdí si no hubiera abandonado la carrera, pues el maestro decía que yo tenia buen brazo.

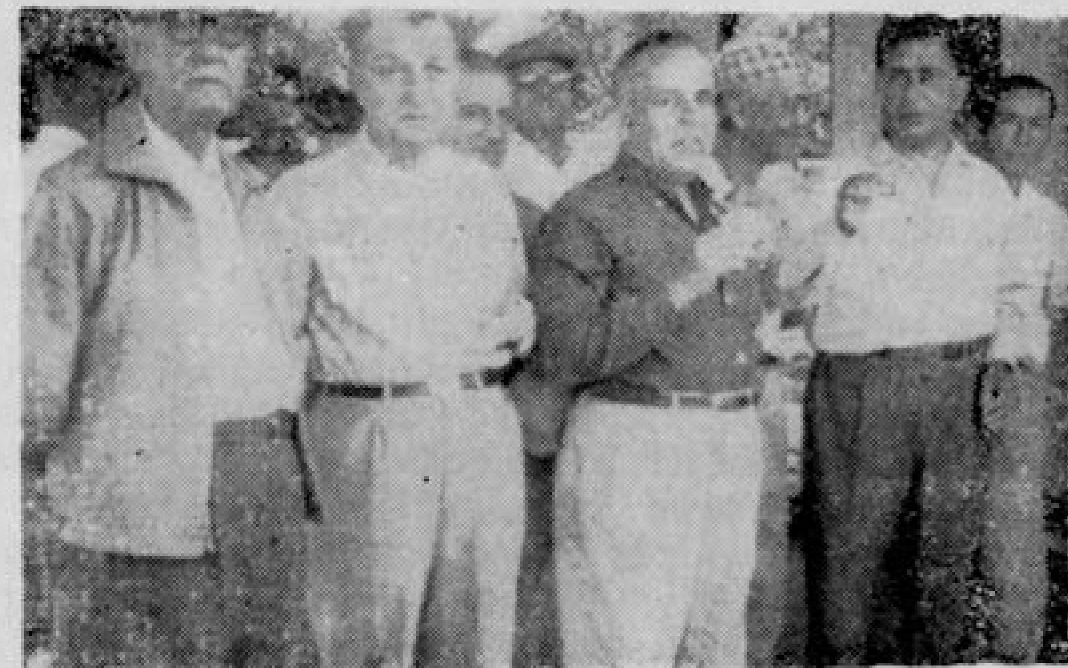
A Goterón volví a verlo años después en Barranquilla. De Bogotá dizque había salido huyendo de los alumnos que le pegaban cuando les buscaba camorra y dicen que también había salido huyendo de la policía.

Cuando Goterón visitaba mi casa de la carrera Policarpa, yo



Los gatos en un paseo a Pavas. Vemos en el centro al capellán del gato, reverendo Marco Tulio Collazos.

* * *



Paseo de los gatos a Miravalles, propiedad de don Jorge Rincón.

echaba una rápida ojeada por cuanto había alrededor, para también inventariar a la vista, todas las existencias cuando el visitante se marchaba. Era una medida de mera precaución.

"Goterón" tenía muy buena lámina. Alto, blanco, bien formado. Sobre todo tenía un cierto aspecto de dignidad.

Un día mirándose de frente y de perfil en un espejo que había en el cuarto, Goterón, con toda la sinceridad y cinismo de un filósofo, con su muy marcado acento del altiplano, me dice:

Ala, Naranjo! cualquiera que me ve creerá que yo soy una gran cosa!.........

Y Goterón tenía razón!

Mi tercer profesor de boxeo fue un negrito cubano. Este pobre muchacho, musculado, servicial y con sus patas de gallo, por la módica suma de veinticinco centavos me servía de "punching bag". Durante media hora aparaba mis golpes, con prohibición de tocarme, y yo tampoco pude nunca romperle las narices al cubano.

De Barranquilla se fue a Bogotá y allá con un español se metió en una arriesgada empresa: los dos se robaron la histórica custodia de las Nieves y a estas horas todavía mi recordado profesor estará pagando en en Panóptico su condena.

Mi cuarto, y último profesor de boxeo en Colombia, que siempre fue un enigma para mí, fue un francés. Este sujeto era alto, fornido, buen mozo, con muy acentuado tipo normando. Era un hombre de gruesos mostachos suave e ingenuo como un niño, pero detrás de todo en, él había un misterio.

Nunca pude saber nada de su vida pasada ni como había venido a Colombia. Quizás un día me dijo que había desertado de un acorazado francés. El hombre me tomó devoción, tal vez por algunas le habría dado un pescozón en mi nombre a alguno de esos malquerientes que uno tiene, pero me cuidé siempre de él, porque alguno me decía que él tal era un escapado de Cayena.

En los brazos tenía unos tatuajes indecentes y con todo eso era el que amazaba el pan donde sus compatriotas los hermanos Cristianos.

Cómo te las compones le dije un día, para que los reverendos te toleren con esas pornografías?

El francés río y me dijo: —Ellos nos las ven, porque cuando me arremango para el amacijo, me pongo harina.........

El modo de boxear este hombre era extraordinario. Sobre la pared, a la altura de un hombre, colgaba yo mi sombrero. El francés boxeaba como si tuviera al frente un contendor, lo hacía con cierto ritmo y en el momento menos pensado giraba como si fuera a huir y sobre el sombrero, que figuraba la cara del paciente, colocaba de espaldas tremenda patada.

Contando ésto a un francés amigo mío, éste me dijo: Ese es el característico boxeo de los apaches nuestros.........

Un día en que estaba yo medio enfermo, reposando en mi casa, se me presentó el francés. Silenciosamente entró a mi cuarto y tomando una silla se sentó cerca a mi cama. Parecía muy preocupado y en su escaso español, me dijo:

—Enrico, no me deje meter a la cárcel, por Dios! Debo ir a la

Inspeción por una mujer que me acusa y a quien yo quiero como un Dios.........

No dijo más y se puso a llorar.

Conmovido por esa actitud casi infantil del atleta y del hombre misterioso atendí a sus súplicas y juntos nos fuimos a la Inspeción.

Por todas partes busqué allá con los ojos una morena que me suponía garrida, pero como no la encontrara, le dije: En dónde está ella? Cuál es?

Y con gran sorpresa mía, él señala una mulata medio obesa, que recostada en una silla de cuero, con toda la tranquilidad de cliente asiduo a la Inspeción, fumaba calilla. Era la dulcinea a quien mi héroe quería como a un Dios y por quien él derramaba sus lágrimas. Cosas de los franceses.

Ese día el hombre me dió la impresión de que tenía un espantoso temor a la policía, quien sabe por qué causa. Y todo se arregló y dejé de verlo por algún tiempo.

Días después, estando en mi casa durante la siesta del medio día, oigo que alguien sube lentamente las gradas de mi casa. Era el francés. Era una sombra de lo que había sido. Su aspecto causaba lástima. Casi no tenía alientos para hablar y viene a decirme que se muere, que está muy malo y que se ha escapado del hospital.

—Vuélvase allá le digo. En ninguna parte estará usted mejor. Pongo en sus manos un pequeño auxilio y el hombre se vá silenciosamente, como había entrado.

Días después, revisando la prensa local, veo su nombre, que ya no recuerdo en la lista de los muertos del hospital.

Pobre hombre! Murió sólo, sin deudos. Consigo llevó tal vez el secreto de su origen. Si tenía parientes en Francia, aún estarán esperándolo.

Cuando dejé a Colombia, cuando abandoné a Barranquilla, todos mis aparejos de boxeo, incluyendo un estupendo "punching ball" los vendía a un mozo gallardo de allí de la clase media, a quien una bala artera cortó el hilo de la vida, mientras se desprendía del puerto el barco en que viajaba.

Y no ésto sólo: las pesadas masas que dejé en Bogotá antes de venir a la costa y las cuales casi me provocan una molestia mayor con el antiguo dueño, quedaron por compra en poder de un mozo bravo y noble. General de nuestras guerras civiles. El pobre murió en plena juventud, cuando la vida tal vez tenía para él muchas promesas.

Alrededor de mis actividades deportivas ha habido, pues, una sombra de tragedia y por ésto he llegado a creer que para vivir largo y tendido, no es necesario desarrollar los músculos ni tener brazos de hierro.

Enrique Naranjo Martínez

(Marzo de 1959)

LAS CRUCES DEL CERRO

(Tomás de Booc)

Gracias a empeños de la Sociedad de Mejoras Públicas, se efectuó la reconstrucción del hermoso monumento a las Tres Cruces, que tan maravillosamente ostenta la ciudad en la cúspide del cerro que lleva su nombre, y que indiscutiblemente debemos al dinamismo del ingeniero Pbro. Marco Tulio Collazos, sacerdote católico vallecaucano, quien nació en Pavas (La Cumbre), el 31 de diciembre de 1892, y fue consagrado sacerdote por el primer Obispo de la Diócesis Exmo. Sr. Heladio Posidio Perlaza, en la Iglesia Catedral, el 15 de junio de 1922. Como ingeniero de construcción le fue otorgado el título por las Escuelas Internacionales, en Scratón, Estados Unidos de Norte América, el 6 de julio de 1959.

Vamos a repetir lo que tantas veces ha relatado el caleño en los periódicos y revistas de la ciudad, sobre la historia de la tradicional devoción de los caleños, de la colocación de las Tres Cruces del Cerro, su origen y el costo, así como algunos detalles del monumento.

Desde la época de la Colonia existe en la ciudad la devoción de colocar las tres Cruces del Calvario en el cerro, centinela de Santiago de Cali. Decían los antiguos que esa devoción nació de la idea o creencia de que en esta forma se conjuraba ese lugar, que dizque se encontraba en poder de las brujas, el duende y demás espíritus malignos. Al estilo de Fidel Castro?

El promotor de la renovación anual de las tres cruces, que se hacía el 3 de mayo, fue el señor Buenaventura Montes, quien exigió a su familia continuar la devoción, y fue cumplida su orden hasta extinguirse el último familiar. Luego siguió el señor Buenaventura Bolaños, dando igual consigna a los suyos, hasta que también se extinguieron. tomando a su cargo la tradicional devoción el institutor y pirotécnico don Miguel Vicente Mercado Ayala, a quien por su enfermedad y su avanzada edad le fue preciso encargar de la simpática fiesta a los hermanos Luis y Antonio Perea Z., y al señor Ismael Perdomo, quienes continuaron esa tradición hasta su muerte, colocando ellos las últimas cruces de guadua.

En uno de los domingos del mes de mayo, cada año salíamos de la ciudad, hacia el cerro, en las primeras horas de la mañana, cargando en hombros las cruces de guadua; a los acordes de la típica y original música del conjunto popular "Palo Alto" o el "Garrón de Puerco", o "La Peyeja", o la "Banda Cívica", como de todos modos se le llamaba, y al reventar de gran cantidad de cohetes o "voladores", fabricados por el maestro Miguel Vicente y Lucas Figueroa (a. "El Tronante"), todos los caleños de "alegre humor" marchábamos en caravana compacta hacia el cerro. Al llegar a la cima, después de colocar las cruces, el sacerdote celebraba la Santa Misa; y luego, música, cohetes, tapetusa y......... regreso, con flores silvestres en la solapa y en el sombrero con el pañuelo "rabodegallo" repleto de mortiños y arrayanes, unas cuantas mirlas y azomas pico de plata, abrojos y espinas "uña de gato" en los cimientos del cuerpo.

La muerte de los hermanos Perea Z., terminó esa simpática como antigua tradición de la colocación de las cruces de guadua, pero Monseñor Daniel Guerrero tuvo la feliz idea de reemplazarlas por un monumento es-

table, y así fue como el R. P. Marco Tulio Collazos inició el desarrollo de su construcción, constituyéndose la junta encargada de llevar al éxito la construcción del monumento que hoy exponemos a la admiración de nuestros visitantes y turistas.

La junta quedó constituída con los señores Pbro. Marco Tulio Collazos, su presidente, doctores Joaquín Borrero Sinisterra, Guillermo A. Garrido T., Bernardo Losada Sinisterra, Demetrio García Vásquez, Ernesto González Piedrahita, Mariano Córdoba, Nicolás Ramos Hidalgo y señores Manuel María Buenaventura (el Chato), Alberto Riascos Plata, Manuel José Gutiérrez Perea, Ezequiel y Mateo Gamboa, Alfonso Martínez Velasco, Marceliano Calero S., Luis Sinisterra Gómez y Tobías Vergara.

El 26 de mayo de 1937 se iniciaron los trabajos de construcción del monumento, con planos elaborados por los ingenieros vallecaucanos Argemiro Escobar Cruz (De la Unión) y Vicente Aragón Ampudia (palmirano), desarrollados por el ingeniero Pbro. Collazos, quien dirigió la obra, siendo maestros constructores los señores Luis E. Perea y Enrique Chaves. Se inauguró el 6 de enero de 1938, con un costo total de $ 39.628,28.

La cruz central tiene un alto de 26 y medio metros, un metro cincuenta centímetros de ancho, por un metro veinte centímetros de fondo, con costo de $ 9,558.22. Las cruces laterales miden de alto 22 metros y de ancho un metro veinte centímetros. Todas cubiertas de azulejos blancos. Tiene el monumento tres metros de cimiento, con una zapa de concreto de noventa centímetros de alto por veinte metros cuadrados, protegidos por tres pararayos contra descargas eléctricas. La peaña de la cruz central está dotada de una mesa de altar para celebración de misas campales. Balaustrada: 35 metros de frente por 15 de fondo, con tres escalinatas de 7 gradas. Iluminación eléctrica directa. Se instalaron cuando fue construído el monumento varios aerodinamos que daban una reserva de 48 kilowatios por día, diríamos que funcionaban por las corrientes de viento que en ese lugar nunca faltan. Durante el día acumulaban las fuerzas necesarias y más que suficientes para la iluminación nocturna, que evitaba gastos y aseguraba energía.

LOS PAVOS

(Julio Vives Guerra)

El apreciable e inteligente caballero Guillermo Perea P., me dirigió una carta de Inza, para suministrarme los datos relativos al motivo por el cual suele dársele de "Pavos" a los parlamentarios.

Muchísimo le agradezco el envío al señor Perea, le doy las gracias por los elogios con que me honra, y reproduzco esos datos sin variación ninguna:

"Por allá en el año de 1912 venían de Bogotá y del Congreso, por la vía de "Las Delicias", para Popayán, los doctores Alfredo Garcés, José María Iragorri Isaacs y Daniel Gil Lemos.

Llegaron estos señores a pernoctar en la casa de la anciana campesina Anastasia Muñoz, en el punto de Patico, sitio intermedio entre Inza y la Plata. Allí sus peones templaron las carpas en el patio de la casa

de la anciana, y todos pasaron la noche como tantas,, penosas, en el entonces camino de "Las Delicias".

Al día siguiente, como a las seis de la mañana, mientras nuestros viajeros tomaban su semi-desayuno, salió la anciana a la puerta de la casa, con una totuma de maíz para dar el almuerzo a las aves de corral, y empezó a llamar a los pavos, que eran su ingenua y sencilla distracción en esta forma: Congresistas!, congresistas, congresistas!.........

Y acudieron presurosos los pavos comunes en enloquecedora algarabía a recibir la ración.

Mientras ésto ocurría, nuestros viajeros se miraban de hito en hito y todos ellos dejaban escapar de sus labios una disimulada sonrisa por la ocurrencia de la anciana, que ignorando por completo quienes eran ellos y de donde venían, llamaba a sus pavos en esa forma original.

El doctor Garcés fue el más resuelto, y dirigiéndose a la anciana le soltó la siguiente pregunta:

—Mi señora, por qué llama usted congresistas a esos pavos?

A lo cual respondió la cazurra campesina:

—"Porque no son sino pico y uñas".........

No me dice mi informador si los congresistas se enfadaron porque los llamaban pavos, o los pavos porque los llamaban congresistas.

Tampoco me dice si, como el pavo de la fábula, lanzaba graznidos al mirarse las patas; pero sí me asegura que la señora, mientras alimentaba a sus animales, recitaba:

Un soberbio pavo real
de pluma fuerte y dorada,
con brillantez adornada
se paseaba en un corral.

CUANDO MISIFU ERA GRACIOSO

(Paco España)

Dios me libre de pensar mal de don Sebastián de Belalcázar, pero que andaba haciendo "in diebus illis", en aquellos tiempos de aventura por esos lados de nuestra colina tutelar cuando una tarde —o pudo ser también en la mañana— montó en su caballo blanco, trepó a esas laderas y se fue derecho hasta la entrada misma del bohío que ocupaba el Cacique, le regaló el caballo después de conversar con él un rato, el indio le obsequió con un gatico negro? Vaya usted a saberlo. Nada malo sería, en todo caso. Lo cierto es que tuvo que venirse a pie con su felino y un poco más abajo de la actual Ermita, se sentó sobre la yerba a jugar con su michín. Tiempo después un grupo de patricios caleños tuvo la muy buena ocurrencia de fundar un corrillo y le dieron por nombre de pila el "Gato Negro". Entre ellos parece que se hallaban el doctor Samuel Jorge Delgado y el famoso levita Presbítero Daniel Guerrero, de tan noble y tan grata memoria.

De suerte, pues, que la villa Santiago de Cali, con su escudo de

armas, título nobiliario y preeminencias, tuvo también su pequeña tertulia medio histórica, medio guasona y medio literaria. Un coctel muy simpático. Luego fueron llegando otros varones casi consulares por su virtud y por su señorío a engrosar el corrillo, que aún existe aunque ahora me cuentan que se halla un poco anémico. Se han ido muchos para el otro lado de la vida, y de los que han quedado sobreaguando, varios padecen de ese terrible mal de la pereza y no se dejan ver en las "tenidas".

En la segunda etapa de esa institución caleña tan cosida al alma de nuestra ciudad como la Virgencita Simarrona, las macetas y la torre Mudejar, ingresaron figuras muy notables de la sociedad. Y era imposible que faltara Juan Antonio Bonilla, don Eulogio Echeverri, Pachortiz, Ezequiel Gamboa y el poeta Mateo, la sal harto andaluza y harto criolla de don Luis Sinisterra, Cornelio Buenaventura, el eclesiástico Marco Tulio Collazos, capellán del corrillo y el Volteire criollo, estupendo señor, hidalgo de romance antiguo y crítico tremendo, el médico Ramiro Guerrero, a quien yo quiero mucho y el Señor guarde. Y para rematar los que yo sé, don Ricardo Bonilla, mi vecino de hoy, de cuya boca, ni de día, ni de noche, se sale el cigarrillo y en cuyo corazón no ha hecho nido nunca un pecado mortal. Cuando replican duro, la sesión es campestre con salpique de versos la mayor parte cojos, y tengo la impresión de que han seguido la estupenda costumbre antoñana del "ponche" y de las "empanadas", sin que les falte la materia prima que en el Corrillo es la norma estatutaria: el aguardiente. Y parece que también han continuado la bella tradición de comer prójimo asado a la parilla, entre los cuentos de color subido y sabrosas anécdotas. Y siempre, pero siempre, tiene que acompañarles la "mascota" el caballero sordo mundo Fernando Herrera Riascos, a quien profesan todos un inmenso cariño.

Qué bueno ser como ellos, alegres, retozones, lenguilizos. La vida así sería casi una réplica del Paraíso Terrenal. Porque, con axcepción de Ramiro Guerrero, los demás no cometen ni pecados veniales.

Esta croniquilla de hoy téngala ellos como mi homenaje a su cordialidad, a la custodia fiel de la capilla que ellos han salvado muchas veces de ruina y a su "amor caleño" tan apetitoso como un sancocho de gallina de la guacariceña ultrafamosa. Y por hoy, nada más. Pero tampoco menos. Que Dios bendiga el Gato Negro y le conceda muchos de vida, de virtud y de gracia.

LOS VIEJOS CORRILLOS DE CALI

(Félix Orejuela Rivera) **(Abril 2 de 1967)**

RAMON Y CAJAL, escritor y sociólogo de principios del siglo, dió a conocer su libro "Charlas de Café", donde campea la ironía, el buen decir, el agudo cementerio, la sagaz observación, temas encontrados en las peñas y cafés de Madrid y otras ciudades ibéricas. El hombre, animal social, gusta de la charla, de la controversia, y de la murmuración. El corrillo principia en el hogar, se prolonga en el plantel educativo y muchas veces termina en la plaza pública. Descendientes españoles, los colombianos heredamos de los peninsurales sus "hobbies", sus gustos a la pelea de reses bravas de los gallos finos y del prurito de andar de la seca a la meca, en busca de noticias y cuentos. Lo que se hereda no se hurta.

Cali, desde su creación en departamento, contaba con buenos mentideros y corrillos; en estos lugares se ventilaban las noticias del día, el momento político, las ocurrencias del campanario y las nuevas del movimiento social.

Pero, tenemos que decirlo, dentro de esas sencillas y pacatas costumbres de los caleños viejos, esos corrillos fueron especies de concejos, donde se libraron por Cali y sus hombres-briosos campañas de sabor cívico. Es muy probable que fuera del seno de esos corrillos, donde salió la definición de Junta: "Notables que se reúnen para hablar de lo que debían estar haciendo".

En la plazuela de San Francisco, sobre el ancho andén de la botica del galeno caleño, doctor Pedro P. Scarpetta, se reunían algunos de los vecinos y amigos. Los asientos en los corrillos de esa época se sacaban a la calle, porque el tránsito y las escasas gentes no eran obstáculos para ellos, además las "sesiones" eran vespertinas y se propagaban hasta las primeras horas de la noche.

El doctor Scarpetta tenía una pequeña escultura de Napoleón, en la clásica postura del "petil caporal", con la mano sobre el hígado, según dice uno de sus biógrafos, el gran Napoleón sufrió del hígado.

Los asistentes del corrillo del galeno fueron: Aristides Lores, médico y hombre de sutil inteligencia; Pacífico Rivera G., abogado y matemático; Oswaldo Scarpetta, intelectual y hombre de letras; Pablo Borrero Ayerbe, el primer Gobernador del Valle del Cauca; don Ramón Carvajal Buenaventura, el primer alcalde de la ciudad capital en 1910, Ezequiel Paulino Gamboa y otros cuyos nombres se desvanecen en el piélago del olvido. Al "Talar" de las nueve campanadas del lego de San Francisco desde la torre Mudejar, los contertulios se dispersaban para sus casas alumbrados con velas de sebo y cruzaban las estrechas calles empedradas, bordeando las acequias de aguas negras.

Segregado de lo anterior apareció otro corrillo, donde hoy se levanta el Palacio Nacional. El rector de este cenáculo literario fue Blas S. Scarpetta, cuya cultura e iniciativa lo llevó a fundar el "Correo del Valle", antes del año 1910, revista o semanario gráfico, un verdadero alarde de la época de incipientes medios gráficos y tipográficos. Eran socios de números de la peña literaria, Alberto Carvajal, Oswaldo Scarpetta, Andrés J. Lenis, Mateo y Ezequiel Gamboa.

Otro corrillo en la vieja casa de José Antonio Borrero, en la carrera 5ª entre calles 13 y 14; este metedero era de conservadores y concurrían a menudo Adolfo Castro, Vicente Borrero B., Ignacio A. Guerrero, Miguel Guerrero y otros.

Una de las citas más conocidas de notables caleños fue auspiciada por don Manuel María Buenaventura, cuyo museo es una reliquia de inestimable valor para la ciudad. La firma Reyes & Buenaventura tenía un almacén de abarrotes donde hoy sienta plaza el bello edificio Belalcázar, carrera 4ª, calle 11 esquina. La Mascotta, que así se llamaba el almacén de rancho y licores finos, tenía un lema: "Hablamos y firmanos asuntos comerciales. Política no es negocio". Cuando Eolo movía las brisas sobre

el rostro ardido de la Sultana, los miembros del corrillo que esperaban el cierre de actividades comerciales, se apresuraban a sacarlos en el andén del almacén y principiaba la fiesta: eran socios y concurrentes don Manuel Rebolledo, los Holguines, don Tulio Romero, doctor Ignacio A. Copete, espíritu inquieto y avanzado, etc.

Al frente del lugar, el vecino y clubman caleño Jorge Pineda, tenía también un almacén, cuya especialidad eran los cigarrillos legitimidad el Brandy Hennessy 3 Estrellas, los cigarrillos habaneros, etc.

Los años fueron dispersando a los hombres y a la muerte, la gran vendimiadora, segando vidas. El doctor Manuel J. Lenis, arriba en la carrera 5ª con calle 4ª, cerca de "acequia-grande", se reunia con los vecinos y familiares; después apareció el corrillo "El Gato Negro" que merece especial mención.

Los contertulios del "Gato Negro" eran casi todos los vecinos de San Antonio. "Sesionaban" a la caída de la noche y llegada de los prime ros luceros. Fueron tantos sus socios que pecaríamos por omitir muchos de ellos si tratáramos de hacerlo en esta lista:

Eulogio Echeverri, Manuel María Villaquirán, Jorge Bejarano, Rafael Bonilla, Isaac Berón, Alfonso Ayala, Luis Sinisterra, Joaquín Herrera, Ignacio Herrera, Carlos Gamboa, Mateo Gamboa, Paulino Gamboa, Francisco Ortiz, Luis Tafur, Francisco Echeverri, Apolinar Ramírez, Ramiro Ramírez, etc.

Este corrillo fue la sociedad de Mejoras del barrio San Antonio, a ellos se debió muchas veladas pirotécnicas, el embellecimiento de la colina; guardaban la heredad común para impedir el desborde urbanista, que amenazaba muchas veces en convertir la falda sagrada en prosaicas mansiones privadas.

Como la memoria es infiel, nos curamos en salud, si omitimos de buena voluntad nombres y hombres. Pero dejamos la constancia de que las gentes de este Cali que nos dice adiós, nunca tuvieron en cuenta ajenos egoísmos y que todo era resuelto con gallardía, honradez mental y amor al terruño. Viejas costumbres patriarcales daban nacimiento a hombres de pro y también de cazurra filosófica. Alguno de esos contertulios solía decir: Si quieres saber si un hombre es buena persona, téntalo con plata".


El copetón Naranjo con la guitarra, alegrando el oido a don Ricardo Bonilla M., Eulogio Echeverri y a Jorge E. Rincón. Qué les diría?


Los gatos en compañía del Dr. Antonio Olano B. en su hacienda las Mercedes.



El Impresionante Arribo del Primer Avión a Santiago de Cali

Aterrizó en un potrero allá en la carrera 8ª con calles 32 y 33. El dueño del improvisado "campo aéreo" no entendía lo del avión en sus fundos. Nadie se quedó sin verlo, oirlo ni tocarlo.

EL PROLOGO DE LOS ACONTECIMIENTOS

Gracias a los belicosos acontecimientos de la histórica guerra Europea del 14, los caleños solían oír de las gentes que iban y venían del extranjero y por los periódicos que se editaban en la ciudad, el cuento sobre la existencia del Avión como vehículo de navegación aérea, tanto en la Paz como en la Guerra, y cuyas características fisonómicas se asemejaban al de un "Gigantesco Gallinazo", que volaba a grandes alturas y era manejado por un hombre, al cual se le llamaba "El Piloto", o simplemente el "Aviador".

Los personajes que llegaban o regresaban de Europa, entre sus aventuras que sabían referir a sus amigos y familiares, destacaban como tema principal el hecho de haber conocido personalmente estos aparatos volátiles o el haber viajado en ellos de una ciudad a otra, o de un país hacia otro cualquiera en el colmo de una dicha técnicamente civilizada por el hombre. Las gentes prestaban atención a tales historias y en medio de la emoción que experimentaban ante el relato geográfico del recién llegado, no disimulaban el ferviente deseo de ver, oír y palpar algún día —aquí en su tierra— aquel enigmático como asombroso invento de los "sabios brujos", como se les solía llamar a los creadores de la mecanizada civilización pretérica.

ANTE LOS RUMORES

Los caballeros no descartaban la posibilidad de ver descender sobre alguno de los extensos llanos, mangones o potreros que circundaban la incipiente Villa de Belalcázar, a uno de esos Aviones o "Gallinazos gigantes manejados por un hombre vestido de Aviador", y para tomar atenta nota de un hecho típico en su ambiente de ignorancia se dieron a la tarea de preparar —llenos de un optimismo parroquiano— el sitio apropiado para que "algún día", mediante el poder de Dios, pudiera aterrizar (o caer, como decían los viejos), el misterioso "Avión" de leyendas.

"LA ASOMBROSA LLEGADA"

Nadie sospechaba que el día 21 de abril del año de 1921 iba a ocurrir el acontecimiento que todos esperaban —sin tener cita previa.— El cielo de Cali tenía un semblante grisáseo, nubes blancas, cual monstruosos almohadones, cubrían el lecho infinito del espacio, bandas de gallinazos giraban como satélites diminutos alrededor de un manjar lejano, hediondo, sobre la basta llanura desolada.

Tanto en oficinas como en escasos almacenes y tiendas de la incipiente urbe, las gentes permanecían ajenas al arribo del soñado avión, que esperaban ver algún día ansiosamente. Lo mismo ocurría en las mansiones y casuchas de la rancia aristocracria y la gentuza, las matronas y los de la clase media y popular, que por fin se les iba a perturbar el ánimo monótono de su añejada vida sedentaria.

El viejo reloj de la Catedral hundió las teclas de su campana, para anunciarle al vecindario que eran ya las nueve y cuarto de quel día histórico. En el cercano horizonte un zumbido ronco como el de un abejón gigante, enviaba en ondas invisibles el eco de un sonido jamás apercibido. Las gentes del común empezaron a fijar el oído intrigadamente hacia el lugar volado. Los ojos de todo el mundo buscaban desde la calle congestionada el misterioso objeto que transiguía ya en sus conciencias asombradas. No había sitio que no estuviera ocupado por un ser repleto de curiosidad. Todo el mundo se colocaba sobre la frente fruncida la mano a manera de parabrisa o visera, para buscar en la lejanía el móvil de zumbido. Los dedos índices mostraban afanosos un punto negro que se divisaba a lo lejos; hacia el sur septentrional de la confundida urbe, mujeres, hombres, niños y ancianos; blancos y negros, rojos y azules, pobres y ricos todos como una apretujada muchedumbre de noveleros, buscaban, esperaban y escuchaban sonrientes, con esa satisfacción de las ansias colectivas, el objeto que había despertado su instinto curioso. Poco a poco, un objeto negro, a la manera de un ave gigantesca, se fue acercando ruidosamente a la abismada ciudad confundida; de las bocas emocionadas salía un nombre conocido objetivamente: Un avión! Es un avión........ Viene hacia acá........ corramos! Efectivamente el aparato se precipitó con su ruido atronador sobre un extenso potrero que lindaba con la última callejuela del poblado. La avalancha humana se abalanzó como un torbellino de olas marinas hacia el objetivo, invadiendo con locura increíble la verde heredad visitada. El aparato descansaba sobre el césped despejado como un enorme "chapul" blanco, mientras la hélice de su motor se movía cariñosamente, empujada por la brisa. El improvisado "campo aéreo" fue insuficiente para recibir la incontenible masa humana que sobre él llegaba, ansiosa, intrigada, feliz. Por la portezuela del cuerpo metálico, un misterioso personaje, típicamente vestido, con chaqueta de cuero, enormes anteojos negros, capucha del mismo material, con dos aletas que le rodeaban la garganta, pantalón de paño a rayas, zapatos de charol, de tez blanca, alto de estatura y de cuerpo fornido y elegante, salió de su escondite, saltando sobre el césped, mientras la muchedumbre asombrada, lo miraba enigmática, llenas sus mentes de superticiones fanáticas e ingenuas. Al pisar tierra caleña, el Piloto fue rodeado por las gentes, como si se tratara de algo

irreal, de algo sobrenatural, algo así como si fuese un dios de la mitología griega, o de un posible diablo de los contados por la imaginación poética del Dante. Los ancianos, poseídos como siempre del agüero y de la sospecha, en el colmo de su asombro se santiguaban y llegaban hasta rezar el Padrenuestro, ante la proeza del misterioso sujeto que "había caído del cielo". Las viejecitas no dejaban de asegurar que ese aparato era el cuerpo de una gran bruja que había traído en su vientre un monstruo, para asustar a los niños desobedientes y a los hombres adúlteros. Otras decían que era enviado por San Pedro, que llegaba a la tierra a pedirle cuentas a los representantes de Cristo; otros se atrevían a manifestar que era un arcángel que venía a anunciar la llegada del Juicio Universal; los más fanáticos presumían que aquello era "El Anticristo".

POR FIN LA REALIDAD

Pasando el asombro y ya un poco más confiados y realistas, los asistentes a ese acto producto de la civilización material del hombre ingenioso, se percataron de que todo lo que a sus mentes acudía sarcásticamente, no era otra cosa distinta que un sueño de su santuchería ridícula; hija del fanatismo religioso, que en esa época, más que nunca, se apoderaba de los ingenuos para hacerles creer hasta en los rejos de las campanas de su iglesia. Repuestas del ocasional asombro —propio de tales acontecimientos— las gentes se fueron acercando al aparato y al piloto, quien no salía de su estado patológico ante el increíble recibimiento que se le había dispensado a su llegada. Para que las gentes que murmuraban ante sus extranjeros oídos, se dieran exacta cuenta de que no era un ser extraño llegado del más allá se quitó las enormes gafas y descubriendo su cara redonda, en donde salpicaban unos ojos azules y grandes, dejó conocer su verdadera identidad, su HEROICA personalidad, su gallarda figura de Aviador.

LA PRESENTACION

Sonriente, ante el triunfo de su hazaña, y lleno de orgullo y de gozo por el caudaloso recibimiento del pueblo caleño, que tan frenéticamente se había volcado hacia el lugar de la fantástica aventura espacial, el recién llegado de los cielos hizo su ritual presentación, se trataba de FERRUCCIO GUICHARDI, Aviador de la Guerra Europea del 14, de nacionalidad italiana, y venía de Pasto, capital del Departamento de Nariño, Colombia, conduciendo un biplano llamado "El Telégrafo". Cuál más, cuál menos, se apresuró a darle la bienvenida al intrépido aviador, en cuyo semblante todavía se reflejaban las batallas aéreas ocurridas bajo los cielos fraticidas de la Francia inmortal, de la Alemania puritana, de la Italia cristiana.

Cuando nuestro héroe arribó por fin al centro de la ciudad conducido en hombros de la multitud alborosada que no cesaba de admirarlo, el doctor Saavedra Galindo (quien vivía en ese entonces en Cali) se irguió en una tribuna allá en el barrio de "El Peñón" hasta donde fue llevado el intrépido Ferruccio y desde allí improvisó un magistral discurso alusivo,

manifestando emocionadamente en uno de sus apartes: "Señores: este hombre es un águila extranjera que ha honrado con sus alas inmortales los azules cielos de la patria".

Una atronadora salva de aplausos ahogó la última frase de aquella arenga sutil.

COMO ERA EL AVIADOR FERRUCCIO

Tal como le han descrito los entendidos, el aparato del italiano Guichardi era un Biplano, cuya característica mecánica y fisonomía anatómica era de un avión común y corriente, es decir, de dos alas, una debajo de otra, sostenidas con varillas de hierro, por medio de las cuales salía el motor con la hélice hacia la parte delantera, y hacia la parte trasera la cola conformando todo el cuerpo del aparato, en cuyo interior maniobraba el piloto. Todo el cuerpo del biplano estaba construído o forrado de latón, un pequeño motor hacía elevar el artefacto, produciendo un ruido monótomo, que se escuchaba desde lejos; las alas eran de lona gruesa y linales; su peso era leve, debido a la poca configuración de su estructura. En la cabina delantera iba el aviador o piloto que lo tripulaba. Su origen era extranjero y casi que desconocido en nuestro medio arcaico, por esa razón lógica de nuestra ignorancia en materia científica, esta clase de progresos de la humana civilización era retardataria para su conocimiento espiritual, intelectual, material, etc., en nuestro país.

FESTEJOS Y REGRESO

Para facilitar al intrépido aviador que se había aventurado por los cielos de nuestra patria para mostrar los adelantos de la ciencia positiva del pueblo europeo, los ciudadanos del "Cali Viejo" quisieron exteriorizar su emoción realizando festejos callejeros, mientras que en ciertas mansiones feudales se agasajaban al Piloto FERRUCCIO GUICHARDI con homenajes bailables, brindis espumosos y un sinnúmero de elogios femeninos, repletos de admiración y de amor, todo lo cual se disipó en el aire de las transitorias ilusiones de la vida, cuando el biplano del audaz Ferrucio se perdió en el lejano horizonte del cielo caleño, bajo un cielo de aventuras, de nubes y de soles.

UN CASO ANECDOTARIO

GUICHARDI permaneció por largo tiempo entre nosotros, período que aprovechó haciendo viajes cortos entre las ciudades de Palmira, Buga, Jamundí, Yumbo y demás sitios circunvecinos, tarea dedicada exclusivamente a "PASEAR DAMAS Y SEÑORITAS" de la aristocracia caleña", la cual pagaba este "derroche de galantería" con creces económicas y rendida admiración semi-pagana.

Años después se supo que el italiano Guichardi había contraído matrimonio con una esclarecida dama de Bogotá, a donde dirigió el destino de su nave, después de haberse robado en Cali los corazones de no muy

pocas muchachas, que desde su triunfal arribo a la Sultana del Valle fue colmado de besos, de abrazos y elogios al descender de su "TELEGRAFO I".

LO DEL SUEÑO DEL IMPROVISADO CAMPO AEREO

Cuando aterrizó el "Telégrafo I", piloteado por el intrépido GUICHARDI, el mayordomo del propietario del potrero, entusiasmado por los acontecimientos que se desarrollaban en dicho lugar, corrió hacia donde su patrón, el conocido latifundista don PIO RIZO, a quien le puso de presente: que en su Potrero había un Avión. El burgués personaje, ante la noticia y la ignorancia que lo embargaban, metió sus dedos intrigados al bolsillo de su viejo chaleco y sacando una llave de candado, la mostró a su asombrado mayordomo, diciéndole: "Cómo diablos va a haber entrado un Avión a mi potrero; no ves que yo tengo la llave de la puerta?"

AL AVIADOR FERRUCIO GUICCIARDI

(Por el doctor Escipión Jaramillo)

—Caloto, noviembre 28 de 1921—

Conquistador del reino de las águilas, salve!
Rompiste con tus alas el prestigio inviolado
de los cielos azules, de las cimas augustas,
del eterno silencio, de los mudos arcanos.

Sorprendiste a la aurora, virginal y desnuda,
tras las nieblas que cubren mis andinos nevados,
y tus ojos bebieron, ya la tierra en negrura,
ávidos, los postreros girones del Ocaso.

Bajo de tí quedaron vencidos los volcanes,
has escuchado el mudo diálogo de los astros:
cifras la inteligencia, vencedora de mundos,
el sueño de Leonardo De Vinci realizado.

Caloto, noviembre 28 de 1971.

Escipión Jaramillo P.

ANECDOTAS DE ESCRITORES
(El Dilema de Porfirio)

La vida íntima de los periódicos siempre un venero inagotable de ingeniosas ocurrencias, unas veces simplemente graciosas y con frecuencia bastante crueles. En el seno de las redacicones donde las gentes de letras poetas, cronistas, ensayistas, maestros de la belleza escrita o sencillos ganapantes de la literatura, libran su batalla y viven su afán. En esa trastienda de la gloria, unidos y disociados, fraternales y enemigos, alegres y

esquivos, los trabajadores de la publicidad realizan su tarea.

El lector desprevenido de los diarios y de los suplementos literarios suelen ignorar, en la mayoría de los casos, la manera como se "fabrican" aquellos. Conoce los prestigios, siente y expresa sus predilecciones, elige en fin, sus escritores y forma sus juicios personales que, por lo general no tienen nada que ver con las personas privadas de los escritores.

Detrás de las bambalinas, vale decir de la interioridad de las redacciones, el concepto que se tiene de un poeta, de un escritor de glosas, de un crítico, anda muy estrechamente relacionado con sus calidades y cualidades personales, y con capacidad de inspirar simpatías.

Pero no se trata de nada de ésto ahora. Quería solamente referirme al paso fugaz de Porfirio Barba Jacob por el periodismo colombiano. Ello fue en "El Espectador" de Bogotá, hacia fines de 1928, pocos meses después de su regreso del exterior, cuando el cantor de la "Vida Profunda" llegó de Medellín a la Capital de la República, con sus aureolas de lírico genial sus glorias un tanto anticuadas de periodista de combate y dos centenares de pesos conseguidos en un par de recitales en el Teatro Bolívar de la capital antioqueña.

Convertido, pues en jefe de redacción del diario de los Canos, Porfirio se desempeñaba a su manera entre un grupo de compañeros excepcionales: Pacho Umaña, escritor de comentarios cotidianos y director del suplemento literario; Orlando Perdomo, uno de los mejores reporteros que ha tenido en todos los tiempos la prensa bogotana; su hermano Ezequiel, a quien correspondió más tarde, de un modo bastante casual, prender con unos cuantos reportajes la mecha que desencadenó el histórico 8 de junio de 1929.

Parece que ya entonces Porfirio escribía muy poco y sus labores en el periódico eran, ante todo, de coordinación y control de los redactores.

Por ese entonces ocurrió en México la muerte del general Obregón y el poeta recibió de "El Tiempo" el encargo de escribir un buen artículo sobre el ilustre personaje azteca, mediante el pago de diez pesos que fue ajustado con don Fabio Restrepo. A su turno Gabriel Cano, en su calidad de gerente de "El Espectador" pidió a Barba Jacob un trabajo semejante sobre el mismo general y prometió pagar por él la suma de cinco pesos.

El poeta se decidió a escribir los dos artículos y a ganar cuanto antes sus quince pesos. Tomó asiento frente a la vieja Remington, pidió un "tinto" al mandadero, encendió un cigarrillo, lo introdujo en su larga boquila de carey y........no se le ocurrió nada. Entonces abandonó el asiento, y comenzó a pasearse caviloso, a lo largo del cuarto se quitó el saco y lo colocó en el respaldo de la silla, dió fuego a un nuevo pitillo y......... tampoco se le ocurrió nada.

Finalmente se puso nervioso y dirigiéndose a Umaña Bernal, exclamó con aquella suya, aguda y vibrante, un sí es voz quejumbrosa que empleaba siempre cuando se sentía confundido o exasperado.

Caray, Pachito, no me sale nada......... Se me confunden las ideas de un artículo de diez con las ideas de un artículo de cinco.........!.........

Adel López Gómez

BIRLIBIRLOQUE

(Alfonso Bonilla Aragón - 12-24/67.)

Ayer sábado despertó la hermosa señora, —Aurita, Martha, Norita, Florencia, Aura Lucía, Maritza— y después de decapitar un bostezo civilizadísimo, recordó que hoy era Nochebuena, y entonces, asumiendo la totalidad de sus funciones, descolgó el blanco teléfono y después de marcar el número de su club o restaurante favorito, ordenó los platos con los que habían de regodearse —almuerzo o cena—, los hombres de la casa y la gente menuda. Y así llegarán hoy a las mansiones, adornadas no con el castizo pesebre —que eso es vulgaridad aldeana—, sino con tristes y soñolientos pinos, los pavos en serie y las tortas al por mayor. Y todos saborearán los acartonados muslos con guarnición de papas al vapor y los bizcochos con maizena. Tal vez el abuelo, tal vez el señor de la tribu sí, como yo, es largamente cincuentón, extrañarán otras sazones y otros sabores. No los jóvenes, que esos no saben lo que fue la comida del Valle del Cauca cuando era cocinada con leña y en olla de barro y en sartenes de cobre, y no como ahora con electricidad o gas, y en esos artefactos pitadores que más parecen caricaturas de locomotoras que trebejos de buen yantar.

Ahora se cena para Nochebuena. Y es lógico. Ya no se apuestan aguinaldos, ni de los decentes, ni de aquellos otros "A perder Pluma", en los que fue campeón Gustavo Lotero, quien sostiene que fue capaz de cobrar seis en una sola noche, con lo cual se puso al par de Hércules, que convirtió en mujeres a no sé cuantas miles de vírgenes, con lo cual no realizó una hazaña, sino que metió, como mi Maestro "Plumitas", una de las más grandes mentiras de la historia.........

Y tampoco se va a misa de Gallo gran pretexto para enamorados furtivos y óptima oportunidad para señores canasteros. (Advierto que así no se llamaban, com ahora, los que jugaban "canastas", sino los que, como cierto gran poeta, gustavan de los favores de las muchachas de la Cofradía de Santa Zita —no sé cómo llamarán en Popayán—, a las que en Cali disciplinó y condujo al cielo ese extraordinario guión de progreso y varón cabal que fue llamado, con gran acierto, Fray Alfonso de la Concepción Peña.

En mis tiempos, y por lo menos en el Estado Llano al que siempre he pertenecido y dentro del cual moriré lo importante de la Nochebuena era el almuerzo, dado que era día de ayuno con abstinencia pues no se comía carne, (pero de res), y solo se hacía una refección fuerte, al mediodía, para que los señores pudieran apecharse después sus resacados desde las "Esdrújulas" y demás galante ralea, y los muchachos prepararse para la Misa que amenizaban los "Porrongos" y otros genios del canto, amén de las bandas de "Garrón de Puerco" con que "Vilachí" y mi "Pila de Crespo" contribuían a la cultura melódica del villorio.

El almuerzo de Nochebuena, que era una antología para el paladar, constataba de:

SOPA DE PANDEBONO CON QUESO y GUEVO (Guevo con "G" y no con "h") porque era producto de la flor del solar y no de los concentrados de ahora.

FRIJOLES CON GARRA, en la mesa de los pobres. Pero el tratamiento requería varios días de trasnocho para las leguminosas y un cerdo, alimentado en el traspatio familiar, con las sobras anuales del propio condumio.

PAVO para la ración de los poderosos. Pero unos y otros honrados con encurtidos de grosella y chulquín.

Y de postre, en el Cali Viejo, antes de que llegaran los "paisas" —que a mí también me trajeron—, manjarblanco o "majablanco", por favor, —Kety—, dulce desamargado que es, a mi ver, con la sopa de tortillas y las tostadas de plátano la mayor contribución de mi Valle a la cultura occidental, y hojaldres, aderezo español pero que aquí tomó pronta carta de ciudadanía gracias a cierta aspereza del trigo vernal.

Con los "de abajo" arribaron la natilla y los buñuelos. En mi casa fueron rituales, pues las Ruiz y Aragón que fueron las mejores guisanderas "de oído" que produjo jamás la especie humana, tomaron rápidamente "el punto" a lo que mi padre, montañez de Marmato, —límite del Cauca Grande—, aprendió en su pequeña aldea minera.

No hablo de la torta de pastores no sólo porque era regalo navideño, sino debido a que me recuerda una indigestión que me tuvo al borde de la Peritonitis. Acontece que mi madre, a la usanza del Viejo Cali, me mandó donde unos vecinos con una bandeja repleta de manjares, la cual pasó a mí tan pronto supe que los destinatarios se habían mudado. Total que casi me muero. Pero cuanto hubiera ganado todo el mundo si esa congestión de huevos, vino, dulce, queso, panela, arroz, pasas, canela y clavos me hubiera despenado. Todos hubiéramos salido ganando.

"Fantasías, fantasías", dice una amiga que lee esta nota por encima de mi hombro. Le repongo: la desafío a usted para el año entrante, si Dios fuere servido. Usted y Guillermo Crespo preparan una navidad cosmopolita; yo consigo una de mis viejas cocineras, y adobo una vallecaucana. Y ponemos como jurado a las hermosas señoras que se nombran al comienzo de esta nota. Si pierdo, me como un pavo de cartón engordado "con química", de esa que ahora se vende para reemplazar el "pienso" de los solares.........

PINCELES DEL "CALI VIEJO"

Alberto Aguayo.- (abril 18 de 1965)

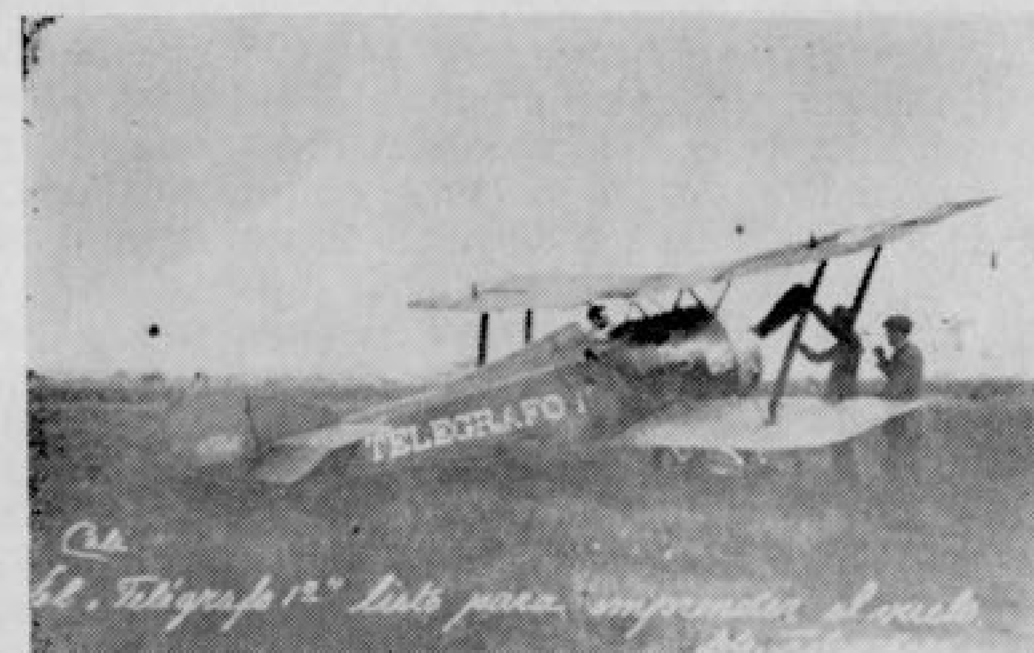
Las gentes, de toda condición, y aún las que no son nacidas aquí me piden con ahínco que vuelva por los predios del "Cali Viejo", que he dejado de mano en los últimos tiempos. Hay que satisfacer ese anhelo, puesto que a mí me seduce y lo conozco en sus diversas modalidades. Para algo estoy en la "segunda infancia". Es decir, ya soy un veterano por las sonas de un lejano ayer. Pertenezco a la retaguardia. ¡Qué pesar!

Y entro en materia: el doctor Evaristo García médico del pretérito Cali y padre de Demetrio y Ernesto García Vásquez, fue no solo un clínico de renombre en toda Colombia y fuera de sus límites, sino que ganó las más altas preeminencias como naturalista. Sus trabajos le merecieron distinciones honoríficas en centros de tanta preponderancia francesa en donde una respetable asociación médica, al conocer su famoso estudio so-



El avión Antioquia piloteado por Machaux y por González, en él venía Pacho Uribe en mayo 25 de 1921.

* * *
* * *



Avión El Telégrafo llegado a Cali en el año 1921. Este fue el primero que llegó piloteado por el aviador Ferruccio Richardi.

bre los "Ofidios venenosos del Valle", exaltó esa obra como la culminación de un paciente esfuerzo orientado a clasificar las diferentes especies de aquellos reptiles, señalando su grado de peligrosidad en las víctimas de sus acometidas.

En mensaje especial, suscrito por la referidad corporación francesa, al elogiar en los términos más justicieros y enaltecedores la labor científica del naturalista caleño doctor Evaristo García tuvieron también aluciones admirativas para el artista que dibujó con tanta exactitud las diferentes clases de los enunciados ofidios. Y con interés por conocer su personalidad, se le interrogaba acerca de infinidad de pormenores al doctor García. Este, en su lenguaje sencillo, ajeno a los términos de Enciclopedia, limitóse a responder: "No se trata de un pintor de brocha gorda. Pero tampoco de ningún genio que haya trasegado por las salas de estudio europeas, en donde las cátedras del pincel son asistidas por maestros especializados en ese ramo. La mano que dibujé, con admirable precisión, los ofidios de mi libro, pertenece a un espontáneo, que por sí mismo, en su "laboratorio" hogareño, ha asimilado con la perfección de los consagrados, las combinaciones artísticas de su paleta. El les imprime a sus creaciones el colorido que han menester para cada paso. Es un ciudadano humilde y habita en uno de los sectores periféricos de Cali. Su nombre? Angelino Arce. Desde la infancia sintióse atraído a las creaciones pictóricas. Su vocación fue dilitándose a medida que los tiempos pasaban. Y dentro de su radio de acción, es hoy uno de los más afamados en su arte. La decoración interior de los templos caleños ha sido casi toda ejecutada por su maravilloso pincel. En los altares luce su gusto estético, y a través de los tiempos perduran intactas tales decoraciones, porque para su realización emplea los materiales de superación en su calidad".

Así se expresaba el sabio naturalista caleño doctor García, de nuestro coterráneo Angelino Arce. Nunca salió de Cali. En una casa modesta del barrio de San Nicolás tuvo siempre su residencia. A su muerte, todos nos dijimos: "Perdió la ciudad a su mejor pincel".

Luego surgieron dos más, también elementos de ponderada modestia. Vivían, como Angelino Arce, en el mismo barrio de San Nicolás, en moradas de pobreza suma. Eran ellos Pablo Aedo y Cruz Bravo. Por esta época de Semana Santa tenía verdadero atafago de trabajo, pues retocaban las santos que estaban "descolorados" y también algunos altares que pedían la intervención del pincel.

Ese terceto de buenos ciudadanos, que se abrazaron con devoción emocional a su labor de pinturas de obras delicadas, ya duermen en el seno de la tierra. El primero que falleció fué don Angelino Arce, y le siguieron, en orden cronológico, Pablo Aedo y Cruz Bravo.

En las páginas del "Cali Viejo", tiene que perdurar la inscripción de sus nombres. No fueron ellos —repito— elementos de la élite social. Humildes por naturaleza, desarrollaron sus iniciativas trás la opacidad de sus nombres. Más, por lo mismo, debemos recogerlos para exaltarlos ante estas nuevas generaciones, que desconocieron sus méritos y aún ignoran su grandeza dentro de su pequeñez humana.

SOCIEDAD DE AMOR A CALI

BIRLIBIRLOQUE.- Por Bonar.- 3 - 23/68

La Sociedad de Amor a Cali, noblemente urgida por dos damas que aún que no nacidas aquí quieren a esta tierra entrañablemente —Isabel de Caucedo Carrasquilla y Aura de Mera—, ha organizado para la tarde de hoy una fiesta o función religioso-social, a beneficio de los niños reclusos en centros asistenciales. Se trata de actos teñidos con desvahidas tintas de añoranza. Quieren reconstruir una misa antañona en el Beaterio de La Merced, y una velada familiar en la casona situada al frente, que hoy ocupa la benemérita Sociedad de Mejoras Públicas.

Será en 1905, según sospecho. Al filo de la "oración" ha de llegar el mujerío al empedrado atrio, precedido por gente servicia portadora de candil humano o parpadeante linterna. Habrán de escoltarlo desde la calzada, desde luego, pues la acera estaba destinada al uso exclusivo del blancaje, las criadas portadoras del "reclinatorio", de peluche, cordobán o hule, marcados en bajo-relieve con el escudo nobiliario, o el monograma trabado en aljamías por el primor de los maestros ebanistas. Zaguero marchará con estudiada desplicencia el marido; el nervioso y furtivo admirador.

Saya de lujosa tela ultramarina, en terciopelo azul o negro, con adornos de oro o de plata, según los posibles de cada uno. Sin que faltaran las de brocado con grandes flores bordadas en oro"; y las de tisú y las de glacé, que era una invención gabacha muy al gusto de las elegantes que habían oído hablar de París.

Las solo ricachas o mujeres de empleados o militares venidos a menos, se han de cubrir con burato, paño de San Fernando o carro-de-oro, y hasta bayetón. Siendo claro que estas habrán de sentarse sobre plegables catrecillos e hincarse sobre gualdrapas quiteñas.

La misa será rezada a la manera antigua, es decir con todos los latines y goris-goris. La acompañará un monacillo docto en picardías y habrá de recoger la limosna, que no pasará de calderilla, un sacritán graduado en raspar velas, pellizcar beatas y sizar las arquillas limosneras.

Terminada la misa se servirá en la casa frontera un chocolate. Tendrá que ser con cacao de Puerto Tejada, tostado en cayana a fuego lento "para que suelte", molido a mano con canela y clavos, amasado en bola y conservado después en arcón de madera y protegido con paño de lino. Lo dejarán hervir lo suficiente para que no cause después retorcijones, y en cuanto a consistencia no habrá de ser tan chirle, que no pinte la cuchara, ni tan espeso como natilla, —que así gustaba a los españoles—, sino lo suficientemente generoso para que la espuma recoja la luz y la disperse en iris.

El "conqué" o "comistraje", tendrá que ser del pan aliñado de "Misiá" Esther, del pandebono en roscas de doña Verónica y de la colación de las López cuaresmeros, lenguas, "liberales", rosquetes, pan dulce, aljafores, pandehorno ,cucas, obleas y pandeyuca desde luego, y hasta chancarina para los muchachos. Y que no falten las papitas, las acemas, las masitas y las arepas de choclo, caspio o "pelao"........ Y queso bastante, pero no de los que elabora la química contemporánea. Sino del blanco mantenido a punto por el suero chorreante; del "de hoja" que se convierta en sápidas hilachas y del quesillo, que se desmorone sobre la lengua. No tendremos las doscientas cincuenta variedades registradas en Francia, pero con esos tres me siento a desafiar todos los "gruyeres", "camenbrets" y "rocheforts".

La fiesta será inolvidable. Porque después del chocolate y las caspiroletas, cocadas, chancacas, suspiros, dulces de leche, hojaldres y desamangados, vendrá la reposición de una "visita", que no habrá de ser de pésame, sino salpimentada con todos los cuentos, decires y murmuraciones de la aldea.

Fiesta la de hoy sensacional para los que no conocieron a esa Cali que nada tiene que ver con el "hormiguero pateado" que ahora padecemos. Y para los que alcanzamos a vivirlos últimos años del pueblecito aquel, que comenzaba en la vega de "El Peñón" y el piedemonte de "San Antonio", alcanzaba "El Empedrado" para finar en el Vallano de un lado y en Vilachí del otro, contando desde luego, con el barrio de "Santa Rosa" a cuya capilla pusieron así cuando el río, que merecía ese nombre, se llevó la pajiza que la piedad de los huertanos habían levantado cerca de la confluencia del Cali y el Aguacatal, en cuyas vegas, —de este último—, dizque había verdaderos bosques de la "persea gratísima", la de las tajadas" blandas, amarillas, mantecosas y tiernas".

"QUE HAGO CON ESTE FUSIL?"

Por Alberto Aguayo (Junio 2 de 1965)

Don Clemente Mercado fué un santo laico. Su vida discurrió en la más edificante virtud. La juventud la pasó en conventos y seminarios. Deseaba hacerse sacerdote, y vistió sotana por algún tiempo. Pero al entrar a estudios como la teología, la filosofía y otros que requieren un esfuerzo mental extraordinario, tenía que desistir de sus proyectos orientados a la vida eclesiástica. Casi con lágrimas, por el pesar de ver frustrados sus anhelos, se despojaba de su indumentaria de religioso, y tornaba a confundirse con la gente civil. Sus acciones fueron las de un hombre inmaculado. Careció de contextura física para enfrentarse a las profundas investigaciones de quienes aspiran a abrazarse a la carrera del sacerdocio, pero tenía, en cambio, una fotaleza vigorosa que (ue no declinó en sus 94 años de edad) para cumplir con los preceptos del perfecto cristiano; mediante la oración se ponía cotidinamente en contacto con Dios. Nunca faltaba en San Francisco, desde las cuatro de la madrugada, hora de la primera misa, y después de su comunión diaria, a las ocho del día era cuando regresaba a su hogar, casa de la familia Escobar-Mercado, plaza de Santa Rosa. El resto del día lo consagraba a visitar enfermos; llevarles donativos económicos a los que necesitaban por su pobreza agobiante, y ha vigilar porque se les administraran los sacramentos espirituales a quienes estaban en trance de muerte. Otras de las misiones espontáneas y permanentes que se había impuesto don Clemente Mercado, era la de repartir, especialmente entre las gentes de los barrios periféricos, propaganda católica, en hojas o en folletos, y reliquias, como

estampas, medallas y escapularios. El hacía inversiones de dinero en adquirir estos elementos para distribuirlos gratuítamente. Era un cruzado ejemplar del catolicismo.

De otro lado, en sus modales y en sus cumplimientos de sociedad, don Clemente Mercado no descuidaba detalle alguno. Estaba siempre presente en los hogares afligidos por algún dolor. Cortesmente daba la despedida a quienes se ausentaban de Cali, y también estaba listo a darles la bienvenida a quienes aquí volvían. Cuando murió ese hombre justo, fué amortajado con el hábito de San Francisco de Asís. Esta petición se la había hecho retiradamente a sus familiares y a los superiores del Convento.

Las guerras, como es sabido, incorporan a las milicias en reyerta a toda clase de elementos. No hay discriminación. Y dentro de esa táctica guerrera, cayó don Clemente Mercado. Había un cuartel del gobierno Conservador en la calle 10 entre carreras 5ª y 6ª, en todo el frente de la puerta lateral de San Francisco. Dentro del servicio rutinario del cuartel, le tocó a don Clemente Mercado ocupar el puesto de centinela. Caballeros sobresalientes del liberalismo estaban allí prisioneros. Entre otros los médicos Evari sto García, Pablo García y Pedro Pablo Scarpetta, don Fernado Ayala, el jurista Belisario Zamorano, don Fernando Zamorano y don Fidel Lalinde. Como se ve, era la élite social caleña. El último de ellos, don Fidel, procedía de Antioquia, pero ya se había vinculado a Cali con sus negocios y su primer matrimonio.

La Prefectura Provincial la ocupaba entonces el general Fortunato Garcés Patiño, a quien todos sus amigos le conocían por "Forgacés". Pues bien: nuestro don Clemente Mercado, pensando siempre más en las cosas de Dios que en la responsabilidad de un centinela, con varios presos políticos, cuando estaba celebrándose una Misa en San Francisco (queda en frente), lo "urgió" el deseo de comulgar. Y muy tranquilo, como si se tratara de algo normal, llamó a uno de sus presos (creo que al doctor Belisario Zamorano) y entregándose el fusil que le habían dado para salvaguardia de los prisioneros políticos, le dijo: "Téngame esto aquí, mientras paso a comulgar".

Naturalmente, ese rasgo de confianza, le fué respondido en igual forma por el centinela provisional. Hizo las veces de aquel y le entregó todo con "parte sin novedad".

Era jefe del Batallón "Urdaneta" el capitán Manuel María Caicedo. A don Clemente le asignaron la misión de patrullaje. Debía salir por las noches con el resto de la tropa a recorrer la ciudad y a verificar requisas. A esto se opuso el señor Mercado. Sabía que no era permitida, en regimen militar, esa rebeldía, pues hasta su vida peligraba, o por lo menos, quedaba retenido en un cuartel. Pero el Jefe del Batallón, señor Caicedo, sonreía y benévolamente, le dijo: "Despreocúpese don Clemente. Yo lo exonero de ese deber".

Aquí tienen de cuerpo entero, mis lectores, no solamente la estructura moral de don Clemente Mercado, sino la de sus prisioneros políticos y la del Capitán Caicedo. Lograríamos ver episodios de tal índole en estos tiempos de la civilización arraigada?

LAS COSAS DE COMER

BIRLIBIRLOQUE (Alfonso Bonilla Aragón - Febrero 26 de 1967)

Revolviendo ayer viejos papeles para mi colaboración dominical en "OCCIDENTE en el aire", me topé con esta nota que tuvo en su momento cordial acogida. El relerla he hallado que corresponde a la consigna presidencial de "colombiano compra colombiano..." Y puesto en el brete, me he decidido a reproducirla:

"LAS COSAS DE COMER". Heladio Muñoz, el gran arquitecto, ha lanzado la idea de celebrar dentro de la feria de Cali un festival de la comida criolla, que muestre a propios y extraños la variedad y bondad de las mantenencias vernáculas.

La idea es tan oportuna y plausible que la imagino aceptada en el acto. Oportuna porque busca salvar una tradición de buen gusto culinario, al borde de la pérdida definitiva. Y plausible no solo, por eso, sino porque si hemos buscado que nuestra ferio sea colombiana, y mas que eso, vallecaucana, y más aún, caleña, nada tan adecuado para darle olor, color y sabor terrígenos, que ese festival que nos llevará a admirar los frutos de nuestros campos prodigiosos.

Somos los caleños un conglomerado diferente desde hace muchos siglos. Aunque unidos al Cauca Grande en unidad administrativa, constituímos racial y emocionalmente una parte sui-géneris de ese todo poderoso. Ni aún en la época en que España había hecho de Popayán uno de los soportes del gran eje de gobierno que se asentaba en Caracas y en Buenos Aires, dejaron nuestras gentes de opinar con su cabeza y querer con su corazón. No hubo ciudad más autónoma y levantisca que esta calentana y enrevesada Santiago de Cali.

Sin embargo, y por caso curioso, nunca tuvimos los símbolos que representan habitualmente una comarca. Nuestro escudo es un adefesio inventado por un dibujante de heráldica que había oído cantar el gallo y no sabía donde. No tenemos himno que haya merecido la aceptación popular, que es el supremo jurado en esas cuestiones ni canción típica. Por último, la bandera de Cali resucitada con ocasión de un Congreso Eucarístico es, con todos los perdones, más muestra de barbería o pendón de caseta verbenera, que enseña de una "muy noble y muy leal ciudad".

En cambio, puede afirmarse sin jactancia que no existe otra región de Colombia donde el gusto por la buena mesa, honrada con los guisos y frutos de la tierra, haya producido la variedad deviandas y golosinas que disfrutaban nuestros abuelos. Toda la riqueza de la agricultura tropical se volcaba sobre los hogares del Cali Viejo para hacer de la comida un placer y no, como ahora, una simple ingurgitación de vitaminas.

Yo pertenezco a la última generación de caleños que gustó y regustó esos milagros. Mi infancia está llena de aromas de frutas, de olores de fritangas, de tufos de místicos, condimentos. Después vino el horno eléctrico, la olla a presión y las cocinas con aspecto de quirófano. En otras palabras, nos civilizamos. Y como entre nosotros civilizarse es renegar de lo propio, dejamos nuestros platos incomparables porque no eran de buen tono. Y aprendimos, no la gran cocina europea, sino a alimentarnos con platos en se-

rie, elaborados sobre las reglas de una culinaria hecha en función de las calorías y de los minutos que se "pierden" en el acto de comer.

Hoy el pan se hace en hornos que parecen calderas de trasatlánticos. Como podría compararse con aquellos panecillos tiernos y sápidos aliñados para el paladar y el olfato, que elaboraban en rito casi litúrgico "Misiá Esther"? El día en que inauguraron el Club San Fernando una "máquina" para fabricar empanadas, pensé, que los restos venerables de las Rodríguez se estarían estremeciendo ante el sacrilegio. Y ese pandeyuca de hoy, con sabor a bicarbonato, será por ventura primo hermano del que amasaban con manos de ángeles las Zorrillas? Y algunos de los artículos de la pastelería en serie de hogaño, podían aspiran a competir con las colaciones de "Misiá Angelita", vendidas en paños cuasi-eucarísticos por Uldarica? Y que decir de doña Ana Joaquina Escobar y su antología de frutas rellenas, colaciones, y alfeñiques? Y el "mecato" de las Caicedo y los bizcochuelos y "comistrajes" de las López, no valían por un tratado de perfección Y cual dulce moderno más fino y sútil que las caspiroletas que "patentó" Belarmina y cuyo secreto heredó Joaquina Sierra? Y ah mal año para las "Colombinas" del doctor Caicedo, aquel en que resucitaran los confites batidos, las melcochas y las grajeas de "Misiá Amalia". Y cuando se casó mejor una doncella de nuestra leche cuando se unía a las acemas que fabricaba en sus hornos misteriosos mi tía Eudoria y Benilda de Romero?

Y qué decir de los refrescos? Que vengan las colas y gaseosas, arrodilladas y reverentes a rendir vasallaje ante las bebidas de mi tierra vieja. Ante la chicha dulce con hojas de naranjo, el champús de lulo, el masato burbujeante y el

"agua fresca en limpios vasos
por Secundina Collazos".

Que gran homenaje estamos debiendo nosotros, los nietos descastados, a las lejanas abuelas que habían hecho del yantar una de las bellas arftes, en esos tiempos en que la mesa era el lugar de cita de la familia y no el cadalso donde se mata el hambre. Cuando el mejor regalo para Navidad, Pascua o San Juan era enviar al clan vecino una bandeja repleta con dulce desamargado, hojaldres, encurtidos de ciruelas, queso de coco y torta de pastores. Admirables mujeres esas que se "metían" a la cocina a dirigir las gran orqoesta des ollas y sartenes, porque sabían que el mejor presente para el marido, el hijo, el prometido, era un plato adobado por sus dedos de reinas.

El lector que me haya acompañado hasta aquí con indigestión se preguntará si he olvidado el sancocho y los tamales. No en mis días. Que sería como olvidar la tierra donde nací y donde he de reposar. Los dejé para lo último, para ver si por ir zagueros no los olvidaban sus paisanos. Porque, y valga la verdad, "eso" que ahora se hace con el mismo nombre no pasa de ser un remedo o caricatura.

Hace algunos años hube de librar una batalla descomunal para que no se obligara a envolver los tamales en papel celofán, en vez de las generosas hojas de biao o bijao, como se dice ahora. Pero casi que estoy arrepentido de mi salida. Porque lo que se cuece ahora con ese nombre es una masa chirle en la que naufragan unas cuantas papas y alguna vaga y lejana

reminiscencia de carne. Las razones económicas impusieron la transformación de aquelosl suculentos tamales "inventados" en Cartago, maravillosa aleación de tres carnes, papas tiernas, ciruelas, huevos duros, pasas y alverjillas en los que la masa, "suave como la punta de la oreja", hacía de tierna guarnición.

Y el sancocho? Que no me hagan recordar el de mi infancia, que sería tanto como hablar de un muerto querido. Tiempos en que prepararlo era casi una función secreta que se confiaba a la mujer más experimentada de la casa. Y en que todo obedecía a rígidas exigencias: la olla, que tenía que ser de barro; el plátano que sólo servía de determinada edad, días contados; la leña de burilico y nada más, por el tiempo de combustión y el perfume del humo!

En estos días alguna amiga que sedoctoró en culinaria nos invitó a gustar un sancocho preparado por sus manos. Cuando llegamos, y como muestra especial de deferencia, nos hizo pasar a conocer la cocina, electrificada como un laboratorio atómico. Y cuál sería mi espanto al ver que el sancocho, lo estaba cociendo en una olla pitadora! A los cinco minutos me despedí pretextando un dolor en el hipocondrio, temeroso de hacerme cómplice de un sacrilegio. Adelante, Heladio, con el festival gastronómico. Vamos a buscar las cocineras que aún saben de lo bueno. Y vamos a enseñar a comer a todos estos hibridados que creen que el "chicken" sabe mejor que el pollo!

Cuando yo quiero recordar el sabor que tenía la tierra en mi infancia, voy los sábados a la caleñísima fritanguería de las Collazos, oriundas de "Piedras", un lugar que sólo conocemos los que comimos mortiños en "Los Cristales" y nadamos en las "Pilas del Cabuyal". Las empanadas y los tamales, fritadas y cocidos con carbón de leña tienen ese sabor que se llevaron las estufas eléctricas y el gas. Por otra parte, como la vieja casa ha sobrevivido al naufragio de mi viejo barrio de la "Pila de Crespo", muestra todavía bahareques y cañizos bajo la teja de barro, como eran todas las construcciones del lugar, antes de que importaran los áticos y las hórridas fachadas de cemento moldeado.

Y cuando deseo oír hablar y ver reaccionar como lo hacían las gentes del Cali Viejo, recurro donde "Pelos" Mercado a hacer inventario de sus amores, de sus odios, de sus arbitrariedades.

Con él estuve el sábado donde las Collazos, y ayer escuchando la prueba ciclística de ruta. Y en verdad que volví, río arriba de los años, a los tiempos en que esto era auténtico y verdadero.

Sin embargo, la emoción olímpica me la deparó un ciclista nariñense. Asdrúbal Salazar, quien debió llegar de sexot o séptimo, pero cuyas palabras por la radio me dieron la visión más exacta de la patria. El, al llegar a la meta, jadeante y sudoroso, dedicó su esfuerzo a la ciudadanía de Ipiales que lo había enviado hasta Cali. Y yo pensé que esa era Colombia, la total, la integral, la que envía un muchacho que no espera triunfar, desde Ipiales hasta Cali, sólo para que se sienta colombiano, a pesar de que Colombia se acuerda muy poco de esa otra Colombia distante y olvidada...

LOS CARTELES FERIALES

(Carta de Pachito Zorrilla a Bonilla Aragón)

(Noviembre 6 de 1959).

Después de todas las idas y venidas, dimes y directes, danzas y contradanzas, que agitaron el ambiente taurino, quedaron ayer los carteles feriales que son, léase bien en cuanto a los primeros tres espadas lo mejor que se puede presentar en el mundo en ese momento. Luis Miguel Dominguín, Antontio Ordóñez, Jaime Ostos; el buen torero colombiano Pepe Cáceres y el señor Vásquez Segundo.

Pensaba organizar un motín con motivo de la anunciada exclusión de Ostos e inclusión de Vásquez. Pero como ecijano viene, nos taparon la boca, y tendremos que aceptar al ipialeño quien, al fin y al cabo, va en una sola corrida.

Sin embargo, no resisto la tentación de publicar la carta que me trajeron de Pachito Zorrilla, en la que, a nombre de la afición, protesta por la presencia del pequeño lidiador colombo-ecuatoriano, cuyo valor y honradez profesional nadie discute, pero cuya manera de hacer el toreo nos ha echado a perder más de una tarde de la Fiesta.

Tome, pues, Pachito, los trastos toricidas, y "al toro que es una mona".

"Bonar: "Omo están allá?

"Astoreño" y "Andullo" andaban anoche en la banca con el "artel", iciendo que siempre metían al "ulibajito" ese de Ogotá. Y eso sí no, "arajo", porque ese "Ominguín", oiste mijo?, "nuesdiaquí" y a "Alí" no iene a........ porque esto nues "Almira", "arajo"........ "yuestuve uscando" a Paz, pero me "ijo" "Ivera", el "artagueño" ese "arajo", "mijo", que tienen ahora de Tafur, que "siabía" "largao bravo pa "Amundi"........

Ese "Asquez", "arajo", no "quede, oye, no quede". No ve que no "oreó" en España, sino tres veces y eso es "cueblos" "omo" "Aloto" y "Ilichao", "arajo"? Que lo "ongan" en "Ogotá", "arajo", pero "nuaqui". "Paeso" es mejor "Aleñito" o "Anolete" el 'ahijao' de 'Calareño', 'ara, jo".

Y "queese" "Ominguín" no crea que porque anda con "Ominguez" y con "Antero" nos va a hacer "acao". Ya la señorita "Usana" López me "ijo" que lo podíamos meter al "Oso" de las "Alerías", con todos ustedes, "Arajo" y los otros animales.

Este año "arajo", si "nuhay" pica porque no prestamos los "aballos" "arajo". Que si "ieren" "icar" se monten ya saben en "ien".

"Aludes", oiste?".

Pachito.

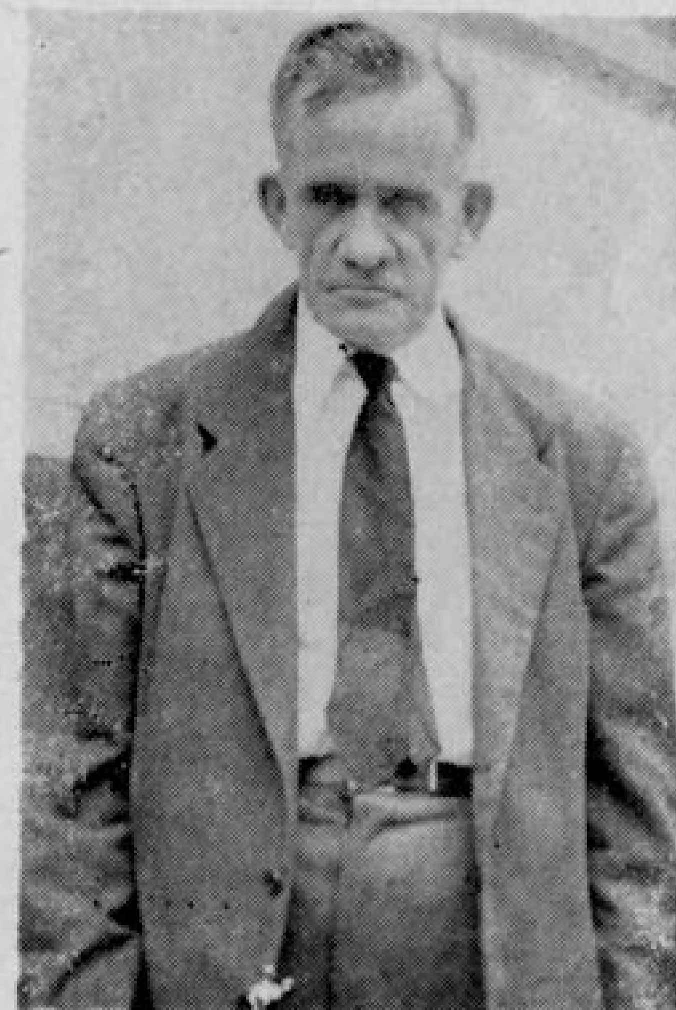
LA PLAZA DE CAYZEDO DE 1909

(Alberto Aguayo).

Así era nuestra plaza principal en 1909. El soplo de la transformación urbanística no se había hecho sentir entonces en ninguno de los



Agustín González - Qué será que no me dicen... Te capo.



Pachito Zorrilla, personaje típico del Cali que se fué. (Olé por tí, mataor).

sectores de la Villa. Desde la esquina de la calle 11 hasta el antiguo Colegio de Santa Librada (cuya torre de antigüedad antidiluviana todavía se dislumbra a través de la foto) pues esa casa de la enseñanza, obra del General Santander, desapareció como claustro docente en el que se formaron generaciones de hombres que con su saber le dieron timbre de honor a Cali. También en el mismo local fundaron su inicial centro pedagógico los primeros Hermanos Maristas, sabios franceses, que vinieron desde la ciudad luz 1887 y aquí, como en otras capitales de Colombia, abrieron sus establecimientos docentes. No solamente la enseñanza didáctica, esa que está compilada en los textos escolares, sirvió de pénsum a la fundación Maristas. La moral cristiana y los preceptos de la Ley Divina, fueron sus cimientos básicos desde la apertura de sus labores instruccionistas.

En la esquina opuesta (calle 11 con carrera 4ª), se divisa el antiguo local que por muchos lustros sirvió de almacén de ferretería al ciudadano alemán don Luis Fischer. Fué ese el primer establecimiento de tal índole que tuvo Cali. Le siguió el de don Francisco Wolff, también de nacionalidad alemana como su colega Fischer. La residencia de dos plantas inmediata al almacén de don Luis, era la anterior casa de la familia Lloreda. En la planta baja se divisan los portales, entre los cuales habían varios establecimientos de rancho y licor. Y en el más pequeño de tales locales, se vendía hielo, proveniente de la primera fábrica que montó en el Valle don Ulpiano Lloreda, industrial caleño. De varias localidades del Departamento, a lomo de mula, venían a Cali a conseguir hielo, especialmente para determinados enfermos. Ese artículo no se conseguía en parte distinta. Ni su propietario, señor Lloreda, tenía competidores.

Siguiendo el curso de la misma cuadra, hacia la calle 12, se ven los vetustos balcones de la residencia del doctor Enrique Otoya, padre de los profesionales del mismo apellido que ocupan posiciones destacadas en Cali. En la puerta baja del edificio Otoya estaba la peluquería, tradicional en Cali y la mejor clientela, de los señores Jesús Carvajal y Manuel Torres (ambos fallecidos).

Al comenzar la siguiente cuadra, es decir, traspasando la calle 12, había otra casona de tipo antiguo. Era de dos pisos. Y en el segundo tuvo por muchos años su agencia judicial el doctor Manuel Augusto Vernaza (fallecido). En los apartamentos de abajo funcionaba un popular centro de cantina y billar denominado "La Dama Blanca". Su propietario era don Lucas Espinosa (difunto hace muchos años).

El resto de la cuadra, hasta llegar a Santa Librada, lo constituía una serie de locales pequeños, en los que nunca faltaban las vendutas de diversa índole.

En toda la esquina de la calle 12 con la carrera 4ª, estaba la antigua casa consistorial, (así se le denominaba entonces a los que hoy les dicen "Palacios Municipales"). En los dependencias de abajo, funcionaban las oficinas de la Tesorería, la Administración de Hacienda Nacional, cuyo jefe era el respetable varón don Fernando Ayala, quien hasta su muerte, que fue súbita, ocupó tal posición. En otro local, caminando por la calle 12 hacia la c arrera 5ª, estaba la Biblioteca Municipal. Desde su fundación la adminstró don Blas S. Scarpetta. Hombre de letras y enamorado de la cultura general, se empeñó por darle a la Biblioteca un sentido de atracción

colectiva. Por las noches, en la puerta de aquel centro de ideas, se reunían, en tertulia cordial y siempre poniendo como temas los de la literatura y la poesía, los valores sobresalientes de esa época. Entre ellos recuerdo a don Alberto Carvajal, a don Andrés J. Lenis, al doctor Oswaldo Scarpetta, al doctor Juan Evangelista Cruz y a otros varios. De esta tertulia surgió la idea de fundar un semanario-revista. Pronto el proyecto se transformó en realidad. Los colaboradores permanentes eran los ya citados, y la revista tuvo gran penetración en todos los círculos sociales. "Correo del Valle" se llamaba. Se ve, asimismo, el Parque de Cayzedo, con una verja como de cementerio de pueblo. Y unos 'árboles locos", sembrados sin simetría y sin selección alguna. Pero...... es que quien diseñó el parque con todas sus adherencias fue un hombre rústico, ignorante y sin el más leve sentido del buen gusto y la estética. Todo el mundo le conocía como "Joaquín Patas". Y tenía un "petit" jardín zoológico: monos, micos, ardilas y la "matrona" una iguana fenomenal. Decía Joaquín que la tenía para que con su cola les diera azotainas a los muchachos traviesos que iban a "su" parque a dañar los sembrados. La hierba llamada "argentina" había hecho su invasión. Para destruirla de raíz tuvo que llevar varios presidiarios a meterles toda la herramienta requerida, pues estirpar tan pertinaz gramínea es algo bien dispendioso.

Que es hoy la plaza de Cayzedo? El arte arquitectónico en su más el hermoso desarrollo. Y el parque, una simétrica concentración de palmeras.

CALI, ABRIL DE 1907

En 1909, y en la Imprenta de don Manuel Sinisterra, publicó Luis Pérez Z. su inmortal libro de versos "Disparos de mi lira". Se trata de una coletánea de poemas que bien podrían ser clasificados como ascéticos, si tan alta inspiración no se saliera de las convencionales casillas de la retórica. Pero a juzgar por el título de los poemas, no puede ponerse en duda el edificante propósito del bardo. "Viernes Santo de 1906", "Felicitación al Párroco González", "Termino de la Vida", "Parroquia de Santiago", "Fabulosa Visita de Adán", entre cien otros, indican la pureza de la musa de Pérez Z., dama que debió vestir túnica de dulceabrigo desde la "ollita" hasta el garrón.

Para solaz de los lectores público "Un Postrimero Adiós", compuesto con motivo de un viaje del R. P. Uladislao González. Dado el respeto que me merece la memoria del autor, **acato hasta la ortografía** del explosivo DISPARO:

En cuarenta primaveras esenciales
Ha tenido Cali tres curas González
De nombres todos diferentes,
Pero sacerdotes dignos, excelentes:

Los dos primeros Reverendos Fray Damián
Y doctor Severo, se fueron a la eternidad,
Y el doctor Uladislao también se ausentará
Por el término de seis meses nomás.

La ciudad de Cali,sensible le dice Adiós
Con la mano izquierda puesta sobre el corazón
Y con la derecha le dá un sentido Adiós;
Todos los ojos al berter amargo lloro dicen: Adiós, Adiós.
También se irá el Sr. Obispo Rojas, el Dr. Arboleda,
El doctor Puyo y el doctor Pérez.

Al separarse esta respetable corporación
Enlutesido queda de amargura, todo corazón
Y cuando arrodillados estén ante el representante del Señor
Adiós........ Adiós........ Adiós........
Queda encargado de la Parroquia de Santiago
El digno doctor Vicario Eladio P. Perlaza
A quien todos los ciudadanos felicitamos.

40 AÑOS POR CADA "LAO".

Alberto Aguayo.

Posadera o nalga es la misma cosa. Pero los del bien hablar nos llevan hasta los tratados de anatomía para referirse a esa parte del cuerpo, que tan ofendida salía en los antiguos viajes a lomo de mula. Los que temen maltratar el castellano, llamando las cosas por su nombre, suelen decir: "la región glútea". Y en cualquier diccionario, es sinónimo de nalgas, pero ro... eso ofende el pudor de los "incontaminados" con la vulgaridad. De allí que se rebusquen términos, como este de la zona glútea, que solamente conocen los médicos para aludir al subido número de arrobas carnosas que que tiene por tales predios el vejete Antonio Kuri.

Yo creo que si fueran a contarse sus años de vida por el kilaje en una báscula saldría tuturuto, preguntando por Matusalén, el patriarca Hebreo abuelo de Noé, para que le acomoden su tumba muy inmediata a la de áquel. Así hasta podría ponerse en un solo epitafio que abarcara a ambos. Se me ocurre que la leyenda podría ser esta: Aquí duerme en el sueño eterno dos coetáneos en el tiempo, aunque no en sus virtudes.

Cada vez que tiene "un ladito", el tal Kuri me pone banderillas de fuego con aquello de los años. Mas la gente que nos conoce a él y mí, se burla de su desesperado esfuerzo para aparecer menos que yo. Es, precisamente, una de tantas manifestaciones de la edad senil. Esta llega co nun rico surtido de extravagancia. A otros les da por la manía ambulatoria. La chochéz no viene sola, querido Kuri. Y lo peor de todo es que la juventud (que imagina que no llega a ese periodo), se burla de tales desplantes y le van haciendo el vacío a quienes por allí traginan. Yo, no obstante el loco empeño de Kuri por catalogarme entre su escalafón de vejetes, lo miro con el respeto que le es debido a la ancianidad y cuando voy en su compañía le tiendo la mano para que baje un andén o atraviese la calzada sin que peligre su voluminosa integridad física. ....

Y como estas cosas se demuestran con documentos extraídos de los libros parroquiales, estoy en chance de ir a la Parroquia de San Nicolás de Cali, en donde el "infante" Antonio Kuri recibió las aguas bautismales. Una excelente señora caleña popularísima, "liberala" (así se autocalificaba

ella) hasta los tuétanos, que siempre tenía a flor de labios la interjección española "carajo" y no se le enredaba la lengua para ir a la Gobernación y decirle al jefe del régimen, don Mariano Ramos: "Ve, so gran pendejo, hasta cuando metés godos a tu gobierno?". No, carajo, estamos fregados con "j" y me voy a decirle al pueblo liberal de Cali que "vos" nos estás traicionando". El mismo t rato tenía para los altos jefes de su partido. Era vieja. Siempre vestía de negro, envuelta en un manto q' le daba hasta los pies. Generalmente era conocida por el sobrenombre de la "Pasionaria". Sacándola del remolino político, era excelente. Servía al q' podía. Y todo Cali la quería. Los conservadores no le poníamos bolas a sus andanadas, y, antes bien, gozábamos oyéndola. Le toreábamos el pico porque era una diversión su lenguaje contra los godos. Pues bien: ella un día, no recuerdo porqué motivo, me dijo: "Yo estuve en el óleo de Antonio Kuri. A ese hombre no se le cocina con menos de sesenta años", y de esto van corridos algo así como veinte. El lector sume y diga cuánto le da la partida.

En todo caso, querido Antonio, quiero que vivas los 969 años, que dice la Historia Sagrada, completó el émulo tuyo, Matusalén.

Y no olvides un consejo: "quien no quiere ver lástimas, no va a la guerra". Siempre te respetaré, porque es una grosería juvenil no inclinarse ante la jeraquía de los años. Ellos equivalen a la lápida sobre organismos aún vivientes. O como dijera alguien, representan cadáveres danzando sobre sus propias ruinas!.

"LA DAMA BLANCA" y sus LEYENDAS.

Alberto Aguyo
(Abril 19 1965)

En el período antañero en que Cali apenas daba sus primeros pasos para ir en pos de la conquista de gran ciudad, se tejían, como es de usanza en los pueblos, leyendas de diferente índole. Y entre estas, las de dos "espantos" nocturnos. Así, con la denominación de "espantos, se les asignaba cierto interés en las conversaciones de gente de regular posición, y a la vez servíanles de tema para entretener a los párvulos o para asustarlos cuando desobedecían a l os mayores.

Una de esas historias miedosas, que mantuvo en tensión los nervios de nuestras gentes al principio del siglo, era la de "La Dama Blanca". También se le denominaba "La Anima Sola".

Su aparición por determinados sectores de la ciudad (entonces sin alumbrado nocturno), era entre la una y las dos de la madrugada. Al amparo de la oscuridad reinante. "La Dama Blanca" hacía sus recorridos. Estos se comentaban con expresiones de terror en los costureros de las señoras y también en determinados círculos masculinos. Las leyendas en torno a ese personaje del "otro mundo" eran tan impresionantes como las de Juan Máximo Gris en Bogotá, creación del diario que lejanos ti empos tenía en la capital Benjamín Palacios Uribe, llamado "Gil Blas".

Los trasnochadores caleños se cuidaban de no frecuentar las calles por donde "La Dama Blanca" hacía sus recorridos al despuntar de ciertas madrugadas. A la sazón funcionaba aquí el Club "La Unión". Era su presidente el doctor Gonzalo Córdoba, persona respetable y, como todas las gen-

tes de su apellido, de temerario valor. Al concluír en el aludido club una tertulia en la que el tema central fue el de "La Dama Blanca", el doctor Córdoba propuso que se situaran en el sitio por donde solía vérsela. Entiendo que varios de sus contertulios no les fué muy grata esta invitación y la desecharon de inmediato. Solamente contestaron por la afirmativa el General Lucio Velasco y don Alejandro Vallecilla (ambos fallecidos).

El terceto enunciado se situó en el lugar preciso con la debida anticipación. Pero no perdieron la "valerosa pesquisa: al filo de las dos de la madrugada, hizo su aparición "La Dama Blanca". Sobra decir que este nombre se le había dado por la indumentaria que usaba, que siempre era de una blancura que contrastaba con la oscuridad de las horas nocturnas. El rostro lo cubría con un antifaz. Los tres caballeros mencionados, apenas vieron la aparición del "espanto ' se fueron sobre él. Su afán era identificarlo y acercándosele hasta establecer si era un prófugo del "otro mundo" o algún colega de trasnocho, que se había dado a la tarea de asustar "tunantes" ingenuos.

Lo primero que los del terceto Córdoba, Velasco y Vallecilla hizo fue arrancarle el antifaz a viva fuerza. Y aquí fué el prólogo y tambíen el epílogo de la leyenda: era, sí, una dama, pero no "La Dama Blanca" tal como figuraba en los relatos de las gentes, sino una dama de refinada alcurnia social. Ella tenía sus andanzas clandestinas. Ya a la madrugada, ni los pocos faroles que encendía el Negro Zingo estaban alumbrando, pues para no consumir demasiado petróleo, se les apagaba a las die de la noche. Total las tinieblas en toda su dimensión.

La encapuchada señora, con su adulterio a cuestas, se llenó de rubor. Y con palabras de pavor por haber sido sorprendida infragantis en sus andurriales novelescos, les imploró a los tres caballeros que la descubrieron que tuvieran un gesto de caridad para con ella, no relevándole a nadie las características del incidente, y especialmente les encareció reserva con respecto a su nombre y familia de origen (que era repito de muy subido linaje social). Se trataba de tres señores. A cual más, abroquelado en la caballerosidad de los auténticos hidalgos. Todos "a una" le garantizaron que nada dirían de su nombre. Y cumplieron estrictamente su palabra. Hoy ellos pertenecen a la posteridad. Y cuando se abrió la tumba de cada uno se llevó con sigo el secreto al sepulcro.

Total, que quien había "espantado" por algún tiempo a las ingenuas gentes del villorio, sufrió una "espantada" peor que las que hicieron célebre a "El Gallo". Con las mismas palabras que se empleaban cuando terminaba alguien un cuento, concluyo el mío: el espanto desapareció desde aquella madrugada trágica para la dama que frecuentaba sus incursiones por los vedados campos del adulterio o infidelidad conyugal. Así suelen ser los miedosos relatos de los "espantos". Es un dicho muy generalizado aquel de que quien toma el camino de la Eternidad, se ha ido por la vía que no tiene regreso. Sin embargo, hay no pocos adictos a dichas leyendas...

Estoy en vena, ya lo dije, de escribir cosas de las gentes que pertenecen a la prehistoria caleña. Yo soy así: unas veces me da la urticaria publicista por censurar lor errores del gobierno; otras, por enumerar las mil y tantas deformidades materiales que tiene esta capital, llamada la segunda de Colombia; y finalmente, echo mano de mis añoranzas sobre este amado

"Cali Viejo", que tiene para mi todas las caracteristicas de la vida honesta, sencilla y hasta campechana. ....

Y ahora que estoy en tónica, voy con unas remembranzas: el Dr. Daniel Quijano Wallis era médico de nombrandía. Hijo del cauca, adoptó a Cali como el lugar de su residencia a lo largo de muchos años. Era muy ocurrente. Tenía originalidades que sólo las poseen los hombres de talento. Entre ellas, sus amigos recuerdan esta: un dia alguno, entre charla burletona y seria, le dijo: "Doctor, ya que su suegra reside en Popayán, que es relativamente cerca de Cali, por qué no se trae a residir con usted a su señora suegra?. Así tiene una compañera de hogar, puesto que sù esposa permanece en Panamá". Su respuesta fué inmediata: "No quiero de la suegra la tirana y torpe ley; el buey solo bien se lame y yo quiero ser el buey".

Rogelio Holguín, a quien apodaban "lindos ojos", tenía un delirio de grandeza inconmesurable. Ponía avisos diciendo que pertenecía a muchisimas sociedades, cientificas, tanto extranjeras como nacionales. Sin embargo, a pesar de ese conjunto de "sabidurias", nunca dizque se le conoció oficio o profesión de ninguna naturaleza.

Mister Becker era un alemán trabajador y bueno ,como casi todos los de su raza. Poseía una quincallería hacia la esquina del edificio de Miguel Calero, y le tenía terror a los sapos. Conocedores los gamines de entonces de la debilidad de Mister Becker, lo mortificaban tirándole esos vichos y el germano se subía al mostrador de su quincalleria a dar gritos espantosos lo cual, lógicamente, hacía que afluyeran innúmeras personas para prestarle auxilio. Lo calmaban y le demostraban que estos animales eran inofensivos. Sin embargo, núnca pudo entrar en razón y su inquietud nerviosa era casi de locura cuando veía algún sapo. Bobadas de los hombres!.

La crónica que escribí sobre Sergio Villalonga me ha proporcionado varias llamadas teléfonicas. La primera fue de Vicente Montehermoso, querido amigo, que ya penetró a los dominios del "Cali Viejo". Este me puso al tanto de que Villalonga no era antioqueño ni cosa por el estilo: su patria chica estaba en nuestro Valle: en Tuluá. Y en casa de la familia González Piedrahita permaneció muchos años, como mandadero de confienza.

El propio Rafael González Piedrahíta me hizo idéntica aclaración. Muchos fueron los años que Villalonga paso en su casa paterna. El siempre dizque decía: "Yo me llamo Sergio Lozano (alias Villalonga), y nací en Tuluá. La herida que tenía en el rostro no fué ocasionada con arma cortopunzante, sino enlazando una res en la casa campestre de los González Piedrahita.

Su muerte fué repentina. Un buen día, en vista de que no se levantaba, a pesar de su costumbre de gran madrugador, fueron al cuarto que ocupaba, y lo hallaron muerto. Llevado al médico de la familia González Piedrahita para que lo examinara, respondió: 'Está rígido y cadavérico". Así terminó la existencia del gran "predicador", que tanto apostrofó a las del sexo bello por lo que él llamaba sus liviandades humanas.

Y si los directores-propietarios de OCCIDENTE me dan puerta franca, como principié, termino: soy un maniatico echando otros pasajes del "Cali Viejo". Como me da por escribir cosas antípodas entre sí. De la administración pública paso a los hombres que hicieron historia en nuestro antaño Cali. En lo que si no veré comprometido será en la política. Doblé esa página para siempre. Harto la trajiné en mi juventud.

UN TRANCE A BALA DEL "CALI VIEJO"

Alberto Aguayo - Abril 27 de 1963

Juan Santander fue uno de los caballeros más apreciados y populares del Cali que se fugó. Tuvo siempre su almacén en la entonces llamada "calle del Comercio" (carrera 5ª entre calles 10 y 11). En dicha casa comercial se encontraban artículos muy finos. Pero su especialidad era para hombres. Y fué, en su tiempo, el único almacén que introducía ropa fina y de gusto exquisito. Para los matrimonios, iban los invitados en pos del atuendo que requerían para asistir a la ceremonia nupcial. Allí mismo se proveían de los regalos que han sido siempre de usanza en los actos nupciales. Juan Santander tenía un carácter especial para atender a sus clientes. Procuraba satisfacerlos en sus pedidos comerciales. Procuraba satisfacerlos Procuraba satisfacerlos en sus pedidos comerciales. Toda demanda que al respecto se le hacia era atendida soliticamente.

El almacén de Juan Santander fué uno de los más antiguos desde la época de su fundación hasta que voluntariamente lo clausuró. Esto último fué talvez a principios de 1951. Otro almacén se estableció en ese sitio, que estaba bastante acreditado: fué el del "Calzado Gloria". Todas sus dependencias eran exclusivamente destinadas al expendio de zapatos para damas y niños. Allí estuvo el "Gloria" hasta hace unas pocas semanas. La piqueta demoledora también se incrustó sobre esos viejos paredones y hoy en día están reducidos a escombros. Vendrá un local moderno, de varias plantas, a sustituir el que, a través de tantos años, fuera el sitio destinado a la labor inteligente y acuciosa de Juan Santander.

"Juancho", como le decíamos sus amigos, era un hombre cordial. Tuvo, sí, una enemistad que logró conservarla de por vida: la del séptimo sacramento. Su solteria no la enajenó. Y frecuentemente hablaba de su "libertad". "A mi me encantan las mujeres", solía repetir. Y agregaba: "pero sin compromisos ni vínculos indisolubles. Me seduce mucho el amor a la carta"... (Santo Dios Bendito).

Tenía como todos los mortales, un lado muy sensible, que era preciso evitar tropezarlo: el de su edad. Ya había traspasado los 80 años cuando murió. Pero siempre mantuvo una frontera infranqueable: la de imponerle respeto a las gentes (aunque se tratara de sus más íntimos amigos) en lo tocante con su edad. Todo se le podía decir, menos, "viejo".

Y aquí va la parte trágica de esa defensa de la partida de nacimiento: estábamos en un período de ardentía política. Quizá en vísperas de algún debate electoral. Tanto el liberalismo como el conservatismo se movilizaban a marchas forzadas. Y dentro de ese programa de acción partidista, se fundaban periódicos de vida esporádica, semanarios casi todos. No existía entonces en Cali ningún diario.

Juan Santander era liberal hasta la médula. No obstante su función comercial, que le mantuvo siempre al margen de otras actividades "su"

partido liberal constituía uno de los ídolos de su vivir. Entre los varios periódicos de la enunciada clase que ya especifiqué, había uno llamado "La Lucha" (hago un paréntesis: el General Inocencio Cucalón tuvo un semanario con el mismo nombre. Y en sus columnas colaboraban hombres más sustantivos del liberalismo, como Fernando Ayala, Belisario Zamorano (padre), Francisco Antonio Magaña (padre), Cenón Fabio Lemos, Evaristo García, etc). Pero ya desaparecido el órgano periodístico del general Cucalón, fundó aquí uno tal vez en 1912, un "paisa" andariego, chistoso, tabernero a ratos y político de oportunidad siempre. En su material sabatino solían aparecer décimas de gente conocida, escritas por el mismo Posada Cano en tono picante y jocoso. Una de ellas se la dedicó a Juan Santander, y le pisó el callo, al decirle la palabra: "viejo".

Esto enardeció a "Juancho" y todo endemoniado salió en pos de Posada Cano. Le increpó su "abuso" y le anunció que si reincidía, le pegaría unos balazos. El periodista le dió poca o ninguna importancia a la terminante amenaza de Santander. Y al sábado siguiente le repitió la fórmula, aumentada y corregida. Ya no limitó su guasonería versificadora a la edad, sino que le dijo: "chiquito, viejo y feo". Tan presto vió el periódico Juan, se armó de dos revólveres. Uno en cada mano. Y como entonces Cali era tan reducido, lo encontró en la Plaza de Caycedo. Pero la misma cólera con que iba, le hizo fallar el pulso y ninguno de lós disparos dió en el blanco. Intervino la policía. Era alcalde don Leonardo Correa Hurtado. Ante él se ventiló el asunto. Ni siquiera hubo denuncio por tentativa de homicidio. Posada Cano quedó en libertad, después de firmar una caución comprometiéndose a no tocar en lo sucesivo, para nada, a Juan Santander.

Y lo cumplió, andando los días, un núcleo de amigos de ambos, y copartidarios por añadidura, se encargaron de hacer una "rochela" en la que pactaron las paces.

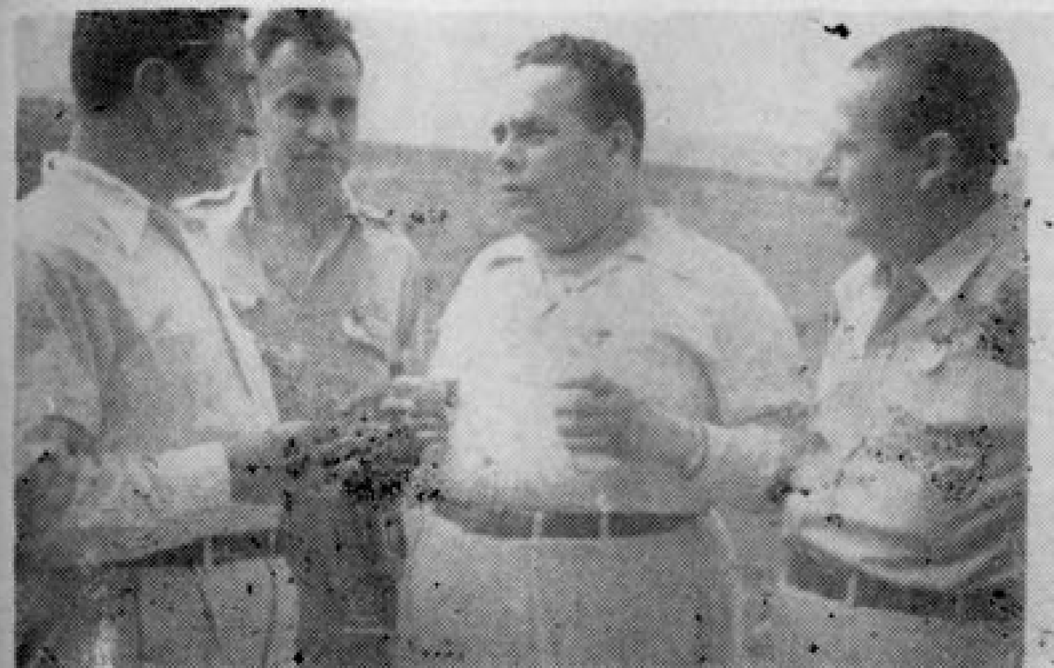
En 1922, siendo yo empleado de la Cámara, en Bogotá, me encontré también en las mismas condiciones, a Posada Cano, rememoramos pasajes de su residencia en Cali. Y ambos nos referimos eufóricamente, al incidente sobre tentativa de homicidio. El, Posada Cano, se expresaba en términos amables de Juan Santander, y para finalizar me dijo: "Yo, incautamente, me dejé carear de varios amigos. Milagrosamente estoy contando el cuento.

VILLALONGA EL PREDICADOR.

Por Alberto Agueyo.
(Abril 23 de 1965).

Y andemos con el "Cali Viejo" antes de que las poquísimas unidades humanas que aún superviven, tomen la ruta de la eternidad.

Quiero revivir hoy un personaje muy conocido en su época y quien, con su locura habitual, hacía pasar ratos amenos a las gentes que con él establecían vínculos de amistad. En la extensa gama de las aberraciónes de que padecen los enfermos mentales divierten dentro de su psiquis enferma. Uno de ellos fue el inolvidable Villalonga. Su obsesión permanente era de predicador. En ese campo se creía un Padre Cortés Lee. Pero sus sermones eran de un corte exclusivo: el del ataque inmisericorde al sexo femenino. En



Gerardo Fajardo, Eulogio Echeverri V., Carlos Gamboa y Jorge E. Rincón.





El copetón Naranjo, con Eulogio Echeverri, desaparecidos, y don Jorge E. Rincón tomando de "eso" que le gusta a usted.



Foto tomada en la loma de San Antonio hace muchos años. Aparecen los gatos Francisco A. Ortiz, Apolinar Ramírez, Guillermo Andrade, N. N., Carlos Gamboa, Jorge Bejarano, Luis Sinisterra, N. N., Demetrio Hurtado, Ernesto Sánchez y otros.

* * *



En casa del gato Clímaco Alvarez, Marceliano Quintana, Clímaco, Dr. Alfonso Valencia, Jorge E. Rincón. Sabas y Luis Tafur.

los hogares se lo disputaban por el deleite de escucharle sus catilinarias contra la mujer. Se remontaba al Paraíso Terrenal, para apostrofar a Eva que incitó a us compañero Adán a comer de la "fruta prohibida", lo cual nos trajo -decía con ira santa- todas las desventuras que padecemos, inclusive la de ganar el pan con el sudor de la frente.

Abundan en temas adversos a las del sexo débil. Les combatía las modas. El que tuvieran novio y muchas cosas más... Los sermones de Villalonga eran para alquilar balcón, como dice el refranero popular. Su fisonomía era enjuta. Alto. Desgarbado. Con unos 70 años a cuestas. Siempre usaba sombrero coco, tan de moda en esos tiempos. Naturalmente, él no se dió el placer de estrenar ninguno; todos eran de vieja data en las cabezas de quienes se los regalaban por su antigüedad. Los muchachos, con su espíritu travieso y zumbón, le perseguían gritandole: Villalonga, siete tiros, machetazo, no corre agua por la zanja (esto último, lo de la zanja, era porque el personaje de mi narración tenía una cicatriz de grandes dimensiones en la cara)". En los días en que estaba más "alunado" que de costumbre, Villalonga perseguía a los párvulos que le injuriaban, y a veces se armaba de guijarros para lanzarlos sobre ellos. Tenía, en cambio, algunos períodos tranquilos, y pasaba por alto todo cuanto los gamines le dijeran.

Villalonga despues de cada "sermón" predicaba en casas de familia, exigía un pocillo de chocolate, con quesos y otros aditamentos. El no pedía dinero. Su especialidad era la gastronomía. Algunos sostenían que "Villalonga" no era su apellido legítimo, sino que, posiblemente, en su juventud, cuando recorría los pueblos como judío errante, algún cusco le encasquetó ese apodo y con él se quedó. Si no ando mal de informaciones Villalonga tenía su partida de nacimiento en algún pueblo antioqueño. Y fiel a la trashumancia de su raza, se tornó en hombre móvil. Dentro de ese itinerario de andanzas permanentes, llegó a Cali. Aquí ancló. El ambiente le fué propicio. Además, su edad avanzada le puso punto final a sus ociosas correrías. (No recuerdo si murió entre nosotros o si ya sintiendose vencido por la inexorable acción del tiempo, tornaría a sus lares nativos como estación terminal.

Es para que vean, pacientes lectores míos, que cada día trae su afán y cada época sus hombres. Antes las diversiones consistían en esa clase de escenas, en las que sus protagonistas eran locos y algunos de ellos distraían a las gentes con sus ocurrencias. Antioquia, por ejemplo, tuvo a "Cosiaca", de quien se refiere anécdotas y pasajes en los que el chiste agudo se hermanaba con una inteligencia silvestre, que era tan pródiga como el mata-palo que se enreda en los árboles y su crecimiento los envuelve. Así han existido locos, que e pesar de sus trastornos mentales, tienen la chispa adelantada para hacer reír a la humanidad.

Y esa gente padece de manía ambulatoria. Va y viene. Viene y va. Siempre sin punto fijo. Y en esa misión del ir y venir, adquieren popularidad. con mayor razón si los gracejos oportunos afloran a sus labios.

CRONICAS DEL CALI VIEJO

EL GATO NEGRO. (Bandullo)

El famoso corrillo de "El Gato Negro" fue fundado hace muchos años por verdaderos caleños, hombres progresistas y defensores de la bella colina de San Antonio y la capilla.

Cuando llegaba el día de San Antonio se hacían grandes fiestas y festivales en lo alto de la colina con "vacaloca",castillo, cohetes y "zapayos".

El famoso corrillo tiene una elevada posición social porque todos sus socios han sido personas honorables y grandes caballeros, Además porque sus sesiones las hacen en la parte más elevada de la ciudad. Se reunían todas las tardes a conversar en gran camaradería.

Los fundadores del corrillo "El Gato Negro", si no "meto la pata" fueron los siguientes: Demetrio Hurtado S., Ezequiel Gamboa H., Luis Alberto Guerrero, J. J. Herrera, Juan Antonio Bonilla, Hernando y Ramiro Guerrero, Guillermo Andrade, Luis Sinisterra, Pablo Bonilla, Jorge Bejarano, Leonardo Bonilla, Gerardo Bonilla, Ramiro Ramírez, Marco T. Cuadros, Apolinar Ramírez, Ernesto Sánchez, Gabriel Torres, Julio C. Ramirez, Julio C. Velasco, Alfonso Manrique, Francisco Echeverri, Jesús Echeverri, Eduardo Castillo, Cornelio Rodriguez, Manuel A. Prado, Cornelio Buenaventura, Vicente Zapata, Jorge Rincón, Guillermo Sandoval, Manuel Bonilla y Francisco A. Ortiz, el gran "Pachortiz". Según entiendo de los fundadores quedan vivos Jorge Rincón y "Pachortiz".

El actual presidente de "El Gato Negro", es Jorge Rincón y tiene unos cincuenta socios cuyos nombres no fué posible obtener. Uno de los actuales entusiastas es Ricardo Vallejo el "Mono".

Se cuenta que muchos socios fueron eliminados por la falta de asistencia al corrillo.

Los que han visto las últimas fiestas de San Antonio, restaurada por "El Gato Negro" -nos cuenta don Manuel Sinisterra (fallecido), en su viejo libro reminicencias del Cali-viejo- ignora que antiguamente presidían las fiestas las alegres salves que celebraban por las tardes ocho días antes.

Allí alternaban los alegres repiques de las campanas con el alboroto de los timbos y el "Garrón de Puerco", al lado también de la banda de Palo Alto" que empesaban desde las cinco de la tarde, como para llamar lindas muchachas y a los habitantes de la ciudad y alegrar con su presencia la hermosa Colina de San Antonio ya que la capilla era insuficiente para albergar a todos los concurrentes.

Todos subían a la colina bien encachacados luciendo los mejores vestidos. A las cinco de la tarde empezaba la quema de cohetes, buscanigutas y "zapayos". Esto duraba hasta pasada la Salve para dar comienzo a la quema de "la culebra", el castillo y la "vacaloca". Ojalá los actuales miembros de "El Gato Negro" os diviertan a "los de ahora" con esas fiestas inolvidables allá en lo alto de la colina. Yo creo que esto se puede realizar con un poco de ánimo y de amor caleño.

Si la memoria no falla, recuerdo que una vez varios socios de "El Gato Negro" entre ellos Pacho (Rumba) Echeverri en briosos corceles enlazaron la "vca-loca" y así la llevaron hasta lo alto de la Colina donde fué quemada. Fue una gran fiesta. Parecía que lo que llevaban enlazado era un furioso novillo en vivo. ....

Ustedes sabrán que San Antonio era un "AS" para conseguirle novio a las muchacas. Por eso recuerdo estos versos que se recitaban mucho, allá en lo alto:

"San Antonio Bendito,
San Antonio querido:
Lo que más necesito
es un marido

"San Antonio Bendito,
Querido Santo,
no me dejes soltera,
que estoy penando.

"San Antonio Bendito"
Santo Querido. No olvides
concederme
Lo que te pido"

AMEN.

Le ruego a los actuales socios de "El Gato Negro" me excusen los olvidos que he tenido en esta crónica de ese bello Cali que se nos fué. Ya tendré ocasión, con el mayor de los gustos, de decira otra a ese famoso corrillo del CALI-VIEJO.

HERMANAS GEMELAS: CALI Y BUGA

Crónica de Pepe Castoreño, fuera de lo taurino

No son pocos los amigos que de tiempo atrás me han pedido que deje de escribir de toros. Entre ellos Gerardo Romero Restrepo, quien nunca se ha ocupado de las vidas y las muertes de Pepe-Hillo y el Espartero, porque otras eran y son sus inquietudes literarias y sentimentales; luego Alfonso Bonilla Aragón, quien después de andar por entre los vericuetos de la filosofía y los postulados políticos de la Convención de Rionegro, me hacía análogos reclamos, quizás sin darse cuenta de que él mismo había caído en las tolvaneras de las embestidas de aquellos a quienes una afición, tan pura como la mía, los obligó a ratos, como a él, a cambiar la delicada pluma por los rudos arreos del lidiador. En este caso, diría yo, por los arreos del pulido escritor. Dejo para este último instante a mi viejo profesor, a mi amigo, —así con esa sola palabra—, Armando Romero Lozano, quien quiso sustraerme a las liviandades de la superficialidad nocturna, entre copas de aguardiente y versos de los que así saben escribirlos porque los han vivido y bebido, para darles gusto a los tres. ¡Quizás lo logre.....!

El título de esta nota no tiene nada que se le deba a la oportunidad periodística. Las dos ciudades que enaltecen la modestia de ella, tienen orígenes comunes en el tiempo y en la distancia, en la pasión y en las horas de la meditación serena, en las guerras y al momento de rubricar los tratados de la paz, transitoria o duradera; en el instante en el que las

aguas de los ríos amigos les entregaron en el milagro de sus ondas una Madre Virgen y un Jesús crucificado casi desde niño.

Buga y Cali, Cali y Buga se confunden, se sienten aludidas en el espíritu que anima este libro. El no es otro que el de rememorar amores, Bautizos, serenatas, "primeros amores que despertaron entre alegres bambucos de Navidad".

Reciba esa contribución Luis Tafur Victoria como el pesito de un limosnero que algo le deja a la madre nutricia de cuanto ella ha recibido.

RECUERDOS Y ANECDOTAS DEL DOCTOR ESTEBAN RODRIGUEZ TRIANA.

Las anécdotas que voy a narrar a continuación no me han sido referidas ni son inventadas sino vividas personalmente. Y ellas se relacionan con el doctor Esteban Rodríguez Triana, insigne y fecundo periodista bogotano, cuya vastísima ilustración y cuya portentosa memoria fueron asombro de todos cuantos tuvimos el inefable placer de escucharlo pública y privadamente.

El doctor Rodríguez Triana vino a Cali, si no recuerdo mal, a principios de 1923, y vivió aquí hasta fines de 1928. A poco de haber llegado a esta ciudad ingresó a la redacción del vespertino liberal "Relator", cuyas páginas aprestigió con sus artículos siempre eruditos, amenos, oportunos y trascendentales. Pero después de haber realizado una elevada, intensa y profícua labor periodística en el aludido diario, se vió obligado a retirarse, del m i s m o por graves discrepancias con uno de sus directores, a causa de que éste le había erigido allí una guillotina a sus ideas y una picota a sus pensamientos...

Consumado el retiro del doctor Rodríguez Triana del extinguido diario caleño, pasó luégo a formar parte del cuerpo de redactores de "Correo del Cauca", caracterizado peridico conservador, en donde se le brindó inmediatamente una amplia acogida y en donde gozó de libertad absoluta para escribir, y digo libertad absoluta, porque el doctor Rodríguez Triana, además de ser un lberal radical, era también un libre pensador. Naturalmente su colaboración aparecía en el periódico respaldada con su firma.

La imprenta en donde se editaba "Correo del Cauca" funcionaba en el interior de una casa colonial perteneciente a la familia Palau, ubicada en esta ciudad en la calle 13, entre las carreras 4ª y 5ª, la que fue demolida recientemente para levantar allí, como ya se levanta, un majestuoso edificio de más de diez pisos de la empresa Carvajal & Cia. Casi en el centro del segundo patio de la referida casa había una frondosa mata de **ajípique**, que semejaba un gran paraguas abierto, de un verdor permanente, que se mantenía cargado todo el año.

Como el doctor Rodríguez Triana y yo éramos los últimos en salir a almorzar, él, antes de hacerlo, se acercaba a la mata a coger unos cuantos ajípiques maduros, que perecían relucientes granitos de oro; luégo se los echaba en el bolsillo derecho del saco, y de allí los iba extrayendo poco a poco para mascarlos y comérselos, sin hacer el más leve de los gestos de desagrado, como si fueran grageas....

Picado por la curiosidad, un día le pregunté al doctor Rodríguez Triana para qué servía el ajípique, y él me contestó:

-El ajípique, amigo Lozano, sirve para el higado. Quien lo coma diariamente, crudo y en bruto y antes de almorzar, nunca sufrirá de ese organo. Fue mi gran amigo y prominente galeno colombiano, ya desaparecido, doctor Libardo Zerda, quien aconsejó que, para qne no padeciera jamás del hígado, comiera todos los días ajípique en la forma indicada más arriba.

Y en efecto, el doctor Rodríguez Triana, quien se llamaba a sí mismo el "hombre-cuba" y el hombre-chimenea", pues era un cotidiano bebedor y un gran fumador, no murió del hígado ni de cáncer. Falleció a co-sencuencia de una fiebre perniciosa, en el año de 1929, en Cartago de Costa Rica).

Una tarde, al pie del portón de entrada a la imprenta de "Correo del del Cauca", don Francisca A. Palau y yo conversábamos con el doctor Rodríguez Triana cuando éste introdujo súbitamente la mano derecha en el bolsillo interor del lado izquierdo del saco, y de allí extrajo su cartera, que abrió al acaso, y entonces pudimos ver ambos, sorpendidos, los retratos de dores sagrados: Monseñor Carlos Córtes Lee y Rafael María Carrasquilla. dos autenticas y señeras figuras de la iglesia colombiana, dos grandes ora-

(De Monseñor Carlos Cortés Lee se decía, en su época, que cuando iba a predicar, en la catedral metropolitana de Bogotá, los primeros en llegar a ella, para escucharlo, eran los protestantes).

Dándose cuenta de nuestra sorpresa, pues don Francisco y yo sabíamos que el doctor Rodríguez Triana no había hecho un secreto de su anticlericalismo, se apresuró a decirnos:

—Yo guardo solicitamente en mi cartera los retratos de esos dos austeros varones de la patria, no porque sean ellos dos eminentes, fieles y genuinos jerarcas de la iglesia católica, sino porque los admiro como a dos egregios exponentes de la inteligencia, de la sabiduría y de la virtud colombianas...

El doctor Rodríguez Triana tenía en "Correo del Cauca", además de otras, dos secciones denominadas "Al soplo de los días" y "Discos históricos". En la primera de ellas trataba, con una maestría asombrosa, cuestiones de interés nacional y de importancia mundial, a tal punto que, en su tiempo, le mereció este concepto del general Rafael Uribe Uribe, aparecido en "El Liberal", del cual era fundador y director el mismo general: "Desde las columnas de mi periódico me complazco en saludar al primer periodista de América".

Recuerdo que cuando falleció en Bogotá el sabio Julio Garavito Armero, gloria de la ciencia astronómica colombiana, el doctor Rodríguez Triana escribió un bellisimo artículo sobre el conspícuo sabio desaparecido, del cual entresaco esta frase lapidaria: "Ha muerto Julio Garavito Armero, el nauta de los océanos siderales, que arrojaba el ancla de su sabiduría sobre piélagos de constelaciones".

La segunda de tales secciones la escribía el doctor Rodríguez Triana de memoria. Para escribirla, nunca le ví consultar libros de historia ni de biografías. Y el único que alguna vez aquí le anotó una diferencia de dos días en una fecha histórica fue el doctor Francisco A. Magaña, historiador vallecaucano fallecido hace ya algunas décadas. Después de él, nadie más. Su grande especialidad, muy importante en un diario, era la de las biografías.

Como lo dije al comienzo, el doctor Rodríguez Triana tenía, además

de una erudición pasmosa, una memoria privilegiada. Y para demostrarlo, básteme citar en seguida el valioso concepto que en su época de periodista, y desde las columnas de "La Gaceta Republicana", emitió el doctor Enrique Olaya Herrera acerca del ilustre periodista nacido en Bogotá, ciudad a la cual él llamaba la "Atenas muisca". Hélo aquí: "Esteban Rodríguez Triana sabe historia universal, antigua y moderna, y futura, por deducción".

CARLOZA

Cali, miércoles 18 de mayo de 1971.

COMETAS.

Definitivamente Ayax pertene a la "poesía Secreta". Quien si no un poeta pudo escribir ese hermoso madrigal a agosto que encabeza su "Rastro de los Hechos de ayer?. La poesía no es el verso, ni las sílabas contadas en los dedos de la mano, como los centavos de las tenderas pueblerinas. La poesía es eso que Ayax ha aprisionado en diez renglones de prosa tersa.

Quién no viajó ayer con él, en las alas del viento del verano, solaz e insinuante como el que jugó con las piernas de Preciosa, hacia el mundo maravvilloso de la infancia?.

Ah que saudades que tenho
da alba de minha vida...
lloraba el pobre Casimiro de Abreu con la voz quebrad
por la fiebre.

Agosto en la colina de San Antonio era una fiesta de sol y de lu: un globo de colores que se elevaba sobre la esmeralda del Valle. Las yei bas, verdes durante todo el año, tomaban bajo la urgencia de los soles, color malva del alto estío, y se quejaban un poco bajo el correteo de los mı chachos (Los muchachos eramos nosotros). Al filo de las cinco apurada frugal merienda, íbamos subiendo divididos en tribus vocingleras detrás (la bandera de guerra de las cometas. Ya en la cima, frente a la capilla qı como una humilde torcaza "abuelita" se esponjaba de ternura, se concert ban los duelos. Y comenzaba la guerra. Fiábamos al viento las frágiles a quitecturas de colorets, que se elevaban con la gracia de un ave geométri libre y cautiva al mismo tiempo. Esperabamos que hubiera alcanzado la tura conveniente, y comenzaba la batalla. Las armas?. Medias lunas de drio o cuchillas de barba que iban sujetas a la cola y con las cuales se cor ba el cordel del volívolo enemigo. Cuantas veces una cometa que signifi largas horas de trabajo -labrar la guadua, preparar el engrudo, estirar papelillo de Esparza- duró en el aire solo minutos, y se fué libre en el vi to y en la tarde, colina abajo, a morir en los metales, en los madroños, los mangos de los huertos caseros...?. A morir como todas las ilusiones de vida... Cometas de la infancia que vuelven a volar en el recuerdo todos agostos. Verdad don Alfonso?. Verdad don Joaquín?. Verdad Rafico. Qu hubiera podido irse tras ellas, prendido en el hilo que gobernaba su a navegación!. (Pero nó; me estoy poniendo cursi. Olvidaba que el "cora no se lleva este verano...").

Y sabes tras de qué iba con esta nota?. Pues a pedirle a Soffy, alcaide y guarda mayor de nuestro paisaje, que consiga un policía para que impida las "quemas" en San Antonio. Es suficiente lo que hicieron con la colina al convertirla en un "ponqué" de bodas, y flanquearla con esas hórridas lápidas de cementerio aldeano. Que al menos la defiendan del fuego. Que nos la guarden al menos como un "resabio" sentimental de los caleños, ya que hasta el derecho de pelear por nuestra tierra nos quieren desconocer.

EL ESTABLECIMIENTO PUBLICO

EMPRESA DE SERVICIOS VARIOS MUNICIPALES DE CALI

EMSIRVA

Se permite ofrecer a la ciudadanía árboles ornamentales, plantas de jardín, arbustos ornamentales y árboles frutales. Los interesados pueden dirigirse a su Vivero de Prados del Norte, ubicado en la calle 39 con Avenida Segunda Norte, o solicitar informes al teléfono 711777 o 751827 de su División de Arborización y Parques.



1.971, CALI SEDE DE LOS VI JUEGOS PANAMERICANOS.